



omán carraquilla

ace
tempo/...

ovela

por cumbre
cañada
editorial allanida

TOMAS CARRASQUILLA

Hace Tiempos

MEMORIAS DE ELOY GAMBOA

TOMO II

POR CUMBRES Y CAÑADAS

EDITORIAL ATLANTIDA

MEDELLIN

1935

ES PROPIEDAD

*Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*

I

En el ángulo del corredor, zancajo adelante, zancajo atrás, agache a un lado, repeche al otro, me adiestro en el valero, que apenas había entrevisto en Aguaslimpias. Ufano estoy con mis adelantos y con poseer aquel palitroque y aquella bola tan grandes y tan pesados. Me los ha regalado Martiniano, al despedirnos en San Juan.

Debo de parecerme a un geniecillo floral, prosaicamente vestido y descuidado de su misión. Cómo no? Arriba, a guisa de cenefa, ostenta la siempre viva mata de cera sus hojas como charol y sus flores como pasta; por el poste esquinero bota hacia afuera sus copos un geranio purpurino; a lado y lado, pendientes de las soleras, oscilan las orquídeas bordeadas con esas hebras musgosas y grisáceas que llaman melenas.

Valientes gentes tan ricas y tan bizarras estos señores Cuencas y Moncadas! Cómo se alegrara Cantalicia si me viera entre todo este señorío y en aquella casa de San Juan y en esta otra de la mina! Esto no parecía cosa de montaña, sino un pedazo de plaza. Cuántas conocía ya? Cinco, según mis cuentas, pero la de la Cabecera siempre era la más bonita. Había de aprender a escribir cartas muy prontico, para hacerles fieros a Tocayo y a Israel, que no conocían más plaza que aquella de su pueblo tan fea y tan falduda.

Pegada al costado sur de la casa hay una entrada, una como rampa. Tiene pasamanos del lado de afuera, y en ambos lados enredaderas y matas floridas. Por allí sube Bedoyita el molinero. Comprendo que lo que trae medio embolsado es la pailita con el oro. Dios del Cielo! No acabo de pasmarme cuando sube otro. Me apoyo en la barandilla y echo afuera la cabeza para atisbar mejor: nueva paila, nuevo tapujo. Estos señores sí iban a colmar las maletas! Qué gentes había en este mundo!

Doña Elisa asoma por la puerta de la sala.

—Me parece que mi muchacho ya conocerá esto al derecho y al revés, porque apenas en la comida le hemos visto la cara.

—Siempre voy conociendo: Teodoro y Tano me llevaron al Molino Grande, y ya voy aprendiendo los caminos.

La señora toma un taburete, lo recuesta sobre la tira de tabla que atraviesa los corredores, y echándome el brazo me arrima a su hombro.

—Cómo se va sintiendo? Dígame la verdad. Está contento o está aburrido?

—Muy contento, señora.

—Mucho que me gusta. Eso es lo que queremos: que esté muy a su gusto y que no se sienta extraño. Miguel y yo somos sus padres. Usted es otro hijito que nos mandó Dios, ya criado.

—Sí, señora. Eso me decían en Aguaslimpías Cantalicia y Nicanor.

—Y usted sí cree, Eloy?

—Sí, señora; yo creo. Yo les obedezco en todo lo que me manden.

—Y sí nos quiere?

—Mucho, señora. A don Miguel lo quiero desde que lo conocí, y a Martiniano y a Melita y a Teodoro y a usted y a sus padrecitos y a todos los de la casa.

—Pues eso es lo principal, mi muchachito. Cantalicia y Nicanor no se lo dieron a Miguel ni me lo mandaron a mí para que lo mantuviéramos como a cualquier hijo de peones, sinó para que viviera con familia blanca y decente, porque usted es tan blanco y tan decente como nosotros. Eso se le ve por encima. Por lo que me han contado y he visto, no es ningún malcriado; está bien educadito y parece muy formal y muy moderado. Nos han dicho que es de muy buena pasta y muy dócil; esto es lo principal. No li'hace qu'esté un poquito atrasado en otras cosas. Usted aprende en un momento, desde que quiera.

—Sí, señora; yo quiero, yo aprendo.

—Me gusta que esté tan resuelto. Así deben ser los hombres. Usted dizque apenas tiene doce años, y ya casi es un hombre hecho y derecho. Ya ve, pues, que no lo puedo pellizcar ni echarle

chancleta como a Teodoro. No me parece que se necesita. No es cierto?

—No, señora; yo quiero ser formal, para que ninguno en la casa me regañe.

—Muy bien, mi muchachito; la cuestión es que lo que dice con el pico lo sostenga con la muñeca. Ya sé que en su casa no tuvieron nunca por qué regañarlo.

—No me regañaron, señora, ni mis padrecitos ni Cantalicia ni Nicanor. Ni tampoco el maestro, porque a mí no me han puesto en escuela.

—Pues por eso tiene tan buena crianza. Si hubiera vivido entre muchachos groseros, sería de otro modo. La cuestión es que no se vaya a dañar. Aquí no tiene por qué aprender groserías. Teodoro y los muchachos de Clemente no habrán de enseñarle ninguna cosa mala. Teodoro es muy necio y algo desobediente; le gusta decir mucha repelencia, porque es muy hablantinoso y muy embelequero; ya habrá visto que no se puede estar quieto; pero hasta ahora no ha mostrado ni mala entraña ni maneras de gente mal educada. Aquí no vamos a acosarlo a usted ni con estudios ni con oficios que no pueda hacer. Aquí, en esta casita, puede jugar y rocheliar lo que quiera. En la casa grande sí no vaya a hacer bulla. A los tres viejitos les fastidia mucho el retozo de los muchachos. A los viejos hay que respetarlos más que a todos, y a doña Rosario le incomodan mucho muchachitos en la nuca. Ella vive muy enferma y no aguanta la bulla. Ya sabe, pues, Eloy.

—Sí, señora; ya sé.

Doña Elisa me ha ido acercando, a medida que conversamos, hasta poner mi cabeza junto a

la suya. Yo suspiro, no sé por qué, pero no es de tristeza. Y me pregunta:

—Se acongoja por eso, Eloy?

—No, señora. Es que... no sé...

Los ojos se me humedecen. Ella me besa con ternura. Saca un pañolito muy lindo, me enjuga las lágrimas, y me dice medio conmovida:

—Yo quiero mucho a mi negrito. Mi negrito tiene mucho corazón. Yo también tengo. No es cierto que nos vamos a querer mucho?

—Mucho, señora.

—Por qué no me dice mamá?

—Mamá....

Nuevo beso, nueva lágrima, nueva enjugada.

—Y a don Miguel también le puedo decir papá?

—También, Eloy. El lo quiere tal vez más que yo. Miguel es muy afectuoso.

—Ea, pues!—exclama Beneda, asomando por una puerta ahí cercana.—Ai la veo culeca con el muchachito. Ni gracia es, niñ'Elisa; es tan sabrosito y tan célebre!... Allá verá, niño Eloy, toíto lo que se va a amañar en esta casa. Lo malo es qu'en este laborinto tiene uno que tener mucha cabeza, porque si nó, s'infusca, y en este monte los persiguen a uno mucho los ilusiones. Ya ve cómo mantienen a Tom. Por eso es tan idiático y tan repentino.

—Te parece más buen mozo que Teodoro?

—Ni sé qué le diga, niñ'Elisa. Tiodorito con esos ojos igualitos a los de Tirano y esa cara tan

blanca y ese pelo chocolate es tan diferente a este morenito, con ese pelo y esos ojos tan negros. Por ahí la irán. Este es como más larguito y más bien compartido. Y cuántos años tiene, el niño?

—Todavía no he ajustao los doce.

—Pues está tan crecido como el Príncipe, que ya está entao en los diez y seis. No es cierto, niñ'Elisa?

—Cierto, Beneda. Le lleva a Teodoro cuatro años.... Y éste te cogerá los pepinos biches?

—Pes no parece, niñ'Elisa. Mas sin embargo, tal vez tenga el juego guardao.

—Muy guardao que lo tiene, Beneda; pero no es de malo. Al contrario: es por bueno. Mi negrito tiene una entraña muy buena y muy tiernecita.

—Pes sí, niñ'Elisa. Por eso es que tiene tanto quereme. Al golpe de las doce llegaron, y ya lo queremos en toda la casa. En toíta, niñ'Elisa: dend'estas cocinas hasta los aposentos de los amos. Ya vido a la niña Angelina, con todo lo desentendida qu'es y todo lo que peliaba con el Príncipe: ahí vide que l'hizo su buen salvajón. También fue que Largo Valencia dende que volvió del Tacamocho, nu'ha hecho sinó aponderanos a este muchachito. A ese sí le coló por el ojo derecho.

—Y a Martina también le colaría?

—Ni sé qué le diga. Ella es tan palo seco y tan aparte con todos los cristianos... Ya ve con sus dos muchachitas: izque las trujeron pa que temperaran d'ese clima tan calorío de la La Villa, y me parece que no les ha dao el viento del Espíritu Santo, ni an por aquí por el Alto del Ga-

nao onde ventea tan bueno. Tampoco las deja bajar a la güerta, izque porque se les ensucia la ropa. No me parece que las mantenga tan vestidas de ninfas pa toitos esos cuidaos. Más bien son vestiditos de pobretanas, que d'hijitas de un señor tan rico como mi amo Evaristo, que izque está a porcao en la plata. Eso pa ustedes los Cuencas, niñ'Elisa! Ustedes sí tienen orgullo pa los trujes, pa las casas y pa todo. Y pa socorrer al cristiano. Yo mi'acuerdo cuando vivíanos en San Juan qu'el portón de la casa vivía lleno de la pobrecía, y a todos les untaban la mano. Mi Dios le bendiga el caudal a mi amo Cuenca!

—Que El te oiga, Beneda.

—Bueno, niño Eloy; ya sabe que vamos a ser muy buenos amigos—dice Beneda alejándose.

Mi nueva mamá no es tan linda como la que tengo en el Cielo. Es trigueña, paliducha, de pelo negro y ondeado, ojos garzos, cejas de terciopelo, boca graciosa, dientes perfectos y unas manos que pudieran servir de modelo. A la simple vista no parece hermosa; pero en cuanto habla expresa esa cara tantas cosas!... Es alta, un tanto robusta, y tiene «aire de matrona», que dicen en estos pueblos. Sobre tan buenas partes agrega esa, inapreciable, de la voz. Es una voz que no sé definir: una articulación tan clara, unas inflexiones tan apropiadas al asunto de que trata: es una voz que parece de palo, de palo de castañuela, siempre grata, siempre eficaz. Pulquérrima en su persona, no gasta afeites de ninguna especie. El cabello, partido por el centro, medio retorcido tras de la oreja, cae en trenzas flojas, rematadas en uno como tirabuzón. Viste traje de media cola, de un merino medio café con lunares claros, y

un saco de lana negra tejido a mano. Calzan el pie pulido unas botas como de satín oscuro muy decoradas.

—Vio todos los peligros que hay en los molinos?

—Sí, señora; ya los vi. Mi papá me había dicho desde el camino que a un muchachito se le habían molido los pies en un arrastre.

—No sólo son los arrastres, mi muchachito; la rueda también es muy peligrosa. Cualquier atolondrado que se arrime al cárcamo, lo tumba y lo mata. Y encaramarse por la tolva y por esos parapetos o por los carreteaderos es mucho más peligroso: o se caen o les echan encima una carretada de mineral. Ya sabe, pues.

—Sí, mamá.

—Cuando lo lleven a los apiques no vaya a asomarse sin que ninguno lo tenga de la mano. Esos huecos tan negros y tan hondos atraen, dan vértigo, y cualquiera se va de cabeza. Tampoco vaya a coger la manigueta de la garrucha, en que envuelven el cable, porque le da un golpe y lo tira al hoyo. Sabe lo que es vértigo?

—Será eso que le da a uno cuando hace gulumpán?

—Eso mismo: una maluquera que hace caer. Por esos socavones tampoco se meta. Eso es muy dañino y hasta peligroso. Ya me iré fijando, para ver si no es aturdido como Teodoro. Este loco no me deja tener vida, porque cuando menos lo pienso, se me va y se mete por todos los peligros. Tenía el vicio de montarse en los arrastres hasta perder la cabeza. No sé cómo ha escapado con vida. Por eso han sido los pellizcos, los chancleta-

zos y los encierros. De aquí a unos días le doy permiso a usted para que Largo Valencia le dé una asomadita por algún socavón, y para que lo bajen en el cajón a un apique. Pero usted solo, sin quién lo vigile, no lo vaya a pensar siquiera.

—No lo pienso, mamá. Yo le obedezco en todo.

A esas divisamos a Teodorito montado en la baranda del corredor de La Casa Grande. Salta al patio como una pelota. Trasiega, brinca que brinca, en torno de las éras. Avanza hasta nosotros. Mas se detiene en el espacio despejado que llaman la placita. Da vueltas de carnero, camina en las manos y hace no sé cuántas micadas y cabriolas.

—Véalo, Eloy. No le digo que es azogado? Parece un lagarto, una ardilla, un muñeco de caucho. Por eso se acuesta rendido. Pero ni dormido tiene sosiego: se cae de la almohada; se rueda, se resbala como una sabaleta. Si no fuera por la tabla que se le pone por delante de la cama, ya se habría desnucado de alguna caída.

La señora le grita:

—Cuidado como se mata en lo limpio el mico en pesebre.

El se viene hacia nosotros, aceza que más aceza.

—Dónde estabas?

—Estaba en la despensa con Largo Valencia y después le vine a dar a mi padre Julián las razones que le mandó mamá Dolores. Pero no lo emborraché. No vas a creer, Elisa. Le conversé muy formal, sin gritarle duro. Está muy contento con

el escapulario y la petaca de tabacos que le mandó mamá Dolores y con las cajas de dulce que le trajeron Lola y Melita. Me sobó la cabeza y la cara como cuando está contento, y me dijo: «Moncadita pícaro, Moncadita pícaro». Cómo está de lindo el viejito, Elisa! Es mucho más lindo que mi padre Silverio. Es que Minos lo mantiene tan limpiecito... Y qué te parece, Elisa: este Eloy no conoció los bisabuelitos, ni los abuelos tan siquiera.

—Contáme, pues, lo que hay por allá en casa. Qué dijo mamá del Nazarenito?

—Si la hubieras visto! Bailaba de contenta! Pero ve qué tal es: no lo mostró hasta que le hizo el vestido. Lo puso en una mesa de la sala con las potencias y la cruz, y llamó a todo el mundo pa que lo viera; y llamó al maestro Cachetes pa que le hiciera la urna; y que apenas vaya el señor obispo a la visita se lo va a mandar, pa que le conceda indulgencias. Cada rato decía: «Qué será lo que yo le mando a Elisa en retorno?» Muy lindo que quedó el Nazarenito con ese vestido colorao con tantas cosas di'oro! Tía Anatilde hizo muchas cismas y decía:—con todo y remedo—«No, María Dolores; es imposible que en La Blanca, que es un pueblo tan atrasado, se pueda hacer una imagen tan perfecta! Ese maestro Matías la encargó a Quito. Ni en Rionegro ni en Marinilla hay un Nazareno tan perfecto».

—Y Lola no dijo que era un mamarracho?

—No, Elisa. Qué te parece que estaba tan encantada como mamá Dolores.

—Contáme de Martiniano.

—Marto?... Si lo vieras, Elisa! Está lo más

entablao de botines y con vestido de paño en toda la semana. Lola le compró cuellos tiesos de papel y corbata de tirita colorada, y le hace moño de pa fuera, lo más fruncidito y lo más chinche. Y qué te parece: es tan bobo que no le gustan sinó las novias chiquitas. La de ahora es Faustina, una nietecita del señor Cura. La novia que yo conseguí sí es una muchacha grande y muy linda! Yo le mandé un regalo muy bueno: una caja redonda con doce botellitas de perfume, puestas así como los números di'un reló.

—Caramba! Con un novio tan rumboso ninguna se va a hacer de mi alma. Lo malo es que con un galán que no ha podido amansar los botines y que se mantiene tan mechudo y con la ropa hecha mugre, no valen botellitas de perfume. Y cuánto te costó el regalo?

—Si no me das reprimenda te digo.

—Apuesto a que gastaste los quince reales que recogiste para el viaje...

—No me costó sinó seis y medio; pero como allá me dieron, no vine pelao. Ai tengo en la chuspita cuatro o cinco riales.

—Y si dejaste por allá ese encabe, por qué le trajiste guardapelo a Teresa?

—Porque ella y yo siempre somos novios aquí. Y qué te parece, Elisa: Eloy no dejó novia en su pueblo ni consiguió en San Juan.

—Porque Eloy no es bobo para enamorarse de mujeres hechas y derechas como le pasa a cierto zoquete que yo conozco.

—Es que las grandes siempre son más bonitas, Elisa!... Las chiquitas no se saben engala-

nar ni coquetiar, ni se ríen con uno.

—Bueno: quiere decir que cuando estés de casarte será con una vieja, así como Ramoncito con doña Simona. Y ahora vayan juntos, bien formales, aquí donde Tila, y díganle a Jacoba y a Laurencia que se vengán con las niñas que ya está muy tarde.

Salimos por la rampa; llegamos a la cancilla que guarda la entrada, y tomamos la curva del sendero que conduce al Molino Grande. Es casi horizontal, practicado al pie de un cerro, y el único propio para caminatas y andorrees de ejercicio; el único en estos vericuetos y barranqueros. Por allí está la casita de doña Tila, o sea de don Clemente, equidistante del Molino Grande y de la Mayoría. Al llegar salen las fámulas con las rapazuelas. El grupo es interesante. Jacoba, una mestiza cincuentona, trae en brazos a Elenita, una criatura de cuatro años, muy preciosa y regordeta. Laurencia, una negrita doceañera, muy galana, con camisa de arandela, falda de floripones, gargantillas de abalorios y montera de colores, trae de la manita a Raquel, de ocho años, muy fina, muy nivea, muy angélica, con su muñeca muy cogida en el brazo libre.

Otro personaje las acompaña: es Tío Tom, el insigne Tom. Se anticipó setenta y cinco años a su época. Tiene las veleidades, las inquietudes, el dinamismo y la nerviosidad de los tiempos que corremos. Hasta será vidente y ocultista. Quién sabe qué espíritu travieso y exaltado lo anima. Acaso alguno de estos, entre diabólicos y celestes, que cabriolean por el éter. No pudiendo amar con la carne ama con todas las concupiscencias del alma. Ignoro a qué dinastía pertenezca. Cuarenta

centímetros podrá tener su alzada; su cuerpecillo fino, grácil y dibujado se afianza en esas cuatro patas tan eléctricas; sus orejas arrancan erectas para doblarse en las puntas, como insignias mercuriales que lo coronasen, y su rabillo cabalístico es más de diablo que de bestezuela. Es negro, tenebroso, como forrado en la seda de un rito fúnebre del Congo. Sus ojos son dos esferillas giratorias de luz negra. El demontres del perrito es un condensador tenso y galvánico que echa chispas sin sobarlo. Ama a los de la casa con pasión y a papá con delirio. En cuanto lo presiente vuela a su encuentro. Aquel sér que tiene a rodo todas las voluptuosidades de la gula ha de ir siempre a la mesa de su amo a implorarle el bocado del cariño. Tiene su puesto fijo para esta ceremonia ineludible. Allí le ponen un trocito de hule donde apoya sus patitas. Cuántas cosas expresa con esos ojos! Y si a papá se le ocurre demorarle el agasajo, ahí se queda aunque tiemble de cansancio. Recibe el bocado y no se va hasta que el amo le impone la mano en esa frente henchida de ensueños y saudades. Tántas son que al oír algún canto femenino acompañado de guitarra, o el caramillo de algún aticero o el flautín de Largo Valencia, gime y gime hasta que cesa la melodía. Persigue a las mariposas intangibles y desprecia a los reptiles. Ya ven si será felibre vanguardista el Tío Tom. Cuán diverso a Pagola, el langaruto maicero tan mimado de don Teodoro por honrar a un paladín conservador.

Teodoro quiere cargar a la chiquitina, mas ella lo rechaza muy categórica:

—Todolo, nó! Loy, sí!

—Esta bolonga tan novelera! Te iba a dar

más bolas de las que traje, pero se las voy a dar toditas a mi Alfandoque.

Acudo a tan dulce reclamo y Elenita me echa los brazos, lo más satisfecha y puesta en razón. Cómo pesa el repollito!

—Vea, Loy, que teno cazonas y teno funda losada y cinta losada.

—Muy bonitos. Quién le dio ese vestidito tan lindo?

—Elisa me loació. Tene bolelos.

—Está muy galana la repollita.

—Este Tiodorete vino más necio y más mentiroso!—regaña Raquel.—No me das ni una bola... No me toqués los cachumbos, que me dañás la cinta!

—A tiempo que entramos viene papá por la placita.

—Miguelito querido!—grita Raquel, corriendo a su encuentro.—El domingo tenés qué llevarme al Sitio, para estrenarme la sombrereta y el traje de porcelana y los zapatos que me mandó mi madre Dolores.

—Sí te llevo, Alfandoquito. Pero quién sabe si Elisa te deja ir. Dizque has estado muy des aplicada y muy moñona con las niñas de Martina.

—Ellas son, Miguelito, las moñonas. No les gusta venir a jugar con nosotras, y cuando vamos al cuarto de tía Martina esconden las muñecas y se aburren con nosotras. Preguntáale a Laurencia.

—Asina mismo es, mi amo don Miguelito. La niña grande izque les quiebra las cosas y por eso hacen cara de enfado.

—Ve, Miguelito: Laurencia nos va a servir mañana café con leche, en el juego tan lindo que nos trajiste de Tacamocho. Decime si las convidó o me hago la desentendida.

—Convidálas; por supuesto. Cómo van a hacer una fiesta tan bonita sin llamarlas?

—Oí, Laurencia, pues, para que no salgás con inconvenientes.

Papá se sienta; carga la chiquitina en las rodillas y la otra se le arrima, muñeca en brazo, enredando los tirabuzones de oro en las paternas balcarrotas, mientras Tom azota al amo con la cola.

—Caminá, Eloy,—vocea Teodoro—empalagosiemos también nosotros con Elisa. Ella no nos rumba hoy porque estamos de cedacito nuevo. Caminá!

Se le arrima; le hociquea por la crencha, por la oreja; le toma la trenza y la besa.

—Vino peor.

—Arrimate, Eloy, y agarrá crizneja.

—Agarre, mi negrito, sin miedo.

Y yo agarro y yo beso.

—Bueno; ya está hecho el empalago.

Y nos aparta con ambas manos.

—Encontraste las cuentas muy enredadas?

—No m'hija; todo está muy bien. Todavía no he terminado los asientos.

—Y cómo te han parecido los diarios?

—Muy buenos; muy sostenidos. Me parece

que nos vamos a pasar de las cuarenta libras.

—Bueno, muchachitas: descuélguense y váyanse a que les den la merienda, que ya las voy a acostar. Pidan desde ahora la bendición.

Tál lo hacen, ni más ni menos que los nietos de ño Matica.

—Cómo le va pareciendo la mamá?

—Muy querida, papá.

El se levanta, muy risueño; nos toma a Teodoro y a mí por los molledos y nos pone espalda contra espalda, para medirnos.

—No se empine, Teodoro. Pónganse bien derechos y esténse quietos, que voy a traer la regla.

De tan importante mensura resulta que aventajo a mi hermano en dos pulgadas y media.

—Ya ve, Teodoro. La diferencia es nada. Usted parece más chiquito que Eloy porque tiene el vicio de agacharse.

Nos llaman al comedor para tomar ese chocolate vespertino que tanto alegra el espíritu como el estómago en las regiones frías.

—Cómo estará mamá!...—murmura Elisa, no bien apura la jícara.—A la pobre que le gusta tanto la compañía. Cómo estará en esa casa, en poder de Eloísa, que es una santica de palo que no afloja palabra. Así me lo dice en la carta.

—Ve, Elisa; no me vas a decir métomentodo ni que invento cosas, pero yo sé cómo está ahora la casa: la veo desdi'aquí.

—Qué ves?—pregunta nuestro papá.

El tarambana cierra los ojos, se pone el ín-

dice en la frente y murmura muy despacio, como un comediante:

—Está lloviendo seguido, seguido. La bella Eloísa está sentada en la ventana, haciendo que teje lana con los dos chuzos, pero está atisbando al Mono Cadavid, que está parao en l'esquina. Papá Cuenca tiene el saco de bayetón y la capa y el gorro atarugado hasta las orejas. Se pasea por los cuatro corredores para calentar los pies. Mamá Dolores se asoma por la puerta del costurero, muy arropada en el pañuelón peludo, y dice: «Qué hacemos con este invierno, José Joaquín?». «Dejarlo caer, María de los Dolores». Eso es lo que hay en la casa.

Y abre los ojos.

—Este sí es el muchacho más bobo y más papelero!—exclama mamá, entre enojada y satisfecha.—Fíjese, Eloy, en el compañero que le va a tocar, para que no le haga caso cuando le salga con alguna arracachada.

—Sí, mamá: yo me fijo. Pero Teodoro no me ha dicho ninguna cosa mala ni me ha molestado. A mí me hace reír con todas las cosas que me ensarta en un momento. A papá también.

—Sí, m'hijo. Es que me acuerdo que por el mismo estilo era yo.

—Ya ves, Elisa, para que no te desconsolés. Pero este Eloy sí te va a dar gusto: ni toma la palabra como yo, ni es payaso como Marto.

—Ahí lo iré cateando.

Un esquilón tañe y retañe: llama al rosario. Nos levantamos. Minos está patiabierito en medio patio, badajo va, badajo viene. Suenan pasos por

esos corredores. Atravesando la placita nos colamos por la puertecilla del barandaje y recalamos en la sala de La Casa Grande. A la luz de una lamparilla de aceite que arde ante la Virgen del Rosario se forma el grupo escénico antes de que lo piense. El reloj da las seis y la vocecilla trémula de papá Julián declama muy ungida:

«Saludemos a María

con gran gozo y alegría».

Sigue el Angelus con las jaculatorias en latín, y previa persignada general, el rosario.

Con uno de cuentas muy gordas va apuntando el viejecito, muy acomodado en su silla, al propio frente de la Virgen. Yo rezo sin saber qué, por ver y estudiar cosas y gentes. Aquella sala, bastante larga y poco ancha, tiene cielo de madera y encaladas las paredes, con un friso al temple, a listones rojos y negros. La puerta de entrada se abre a un lado, y en el centro del espacio libre, el ventanón de alas partidas. Sólo están cerradas las de abajo. Cubre ese lado una tarima con estera y tapetes. En el rincón se acomoda doña Rosario, medio arropada con sus mantas, y en seguida las dos señoras y las cuatro señoritas. Al frente, en taburetes de guadamacil, don Teodoro, papá, Minos, Largo, El Azogado y mano Eloy. En dos bancas del corredor que ha entrado el fámulo se sienta la servidumbre femenina, de no sé cuántas unidades. Afuera, oficiales de carpintería y algunos otros peones rezanderos, muy ajoneados por la niña Marinacita. Del lado masculino, a lado y lado de la puerta céntrica, campean los retratos, al óleo, de don Teodoro y de doña Rosario; frente a la Virgen, el de tío José Manuel; entre puerta y ventana un reloj enorme,

en caja ochavada. El Corazón de Jesús preside todo aquello desde su lienzo heróico, colocado sobre la puerta céntrica. Por ahí junto al tío José Manuel cuelga un cuadro que excita mi curiosidad. Es la proclama del doctor Berrío, del año sesenta y siete. Allí están las efigies del gobernante y de sus dos escribanos. Teodoro, de oírsele leer al abuelo, se la sabe de memoria.

Aquel rosario sin misterios ni añadijos termina en un decir Jesús. Disuelto el grupo, sacadas las bancas, arma Minos la mesa para el tute de don Julián. Es el recreo de aquel señor tan venerado. Se juega siempre en cuarto y todo el interés y el misterio del asunto están en que el viejecito salga siempre ganancioso. La Chiquita, como él denomina a Amelia, es casi siempre su compañera; La Larga, o sea su biznieta Angelina y su hijo, son sus contrarios. Amelita, el contralor de aquella timba tan formidable: por sus manos tienen que pasar los chochos del apunte y los cuatro reales de la apuesta.

—Esta noche sí, don Julián,—exclama la regocijada joven—nos van a quedar debiendo hasta las orejas. Vine de San Juan con una suerte loca. Aquí la estoy sintiendo en el corazón. Es que con nosotros son bobadas. Siempre los pelamos.

—No eres tú, Chiquita, la que tienes más suerte que yo. En estas noches también les he dado su merecido, aunque he tenido que jugar con Elisa que no entiende jota. Pero yo siempre juego mejor que tú.

—Ya me le voy emparejando, don Julián, con todo lo que me ha enseñado.

—Es que mi padre Teodoro es tan chambón,

padre Julián—dice Angelina, con esa dificultad de los que no saben chancear.

—Chambón no, hija.—repone su abuelo.—Es que a mi padre, con esa suerte que tiene y con todo lo que entiende de este juego, no hay quién le éntre.

—Sí, Teodoro;—afirma el venerable—todos vosotros me quedáis muy chiquitos.

Papá, mamá, Teodoro y yo recibimos la bendición de los tres viejos, y Elisa nos dice:

—Quédense aquí un ratico para que Eloy vea el juego; pero bien formales.

Principia aquella lucha en que intervienen cuatro generaciones y que ha de terminar siempre a los tres cuartos de las ocho, porque al golpe de estas, ha de estar el viejecito en su cama.

Yo estudio las caras de todos y las cosas que saca Amelita para entretener al patriarca. Adentro rezan letanías doña Rosario e Ignacita con Beneda y otras. Según lo ordenado, pronto tornamos a casa. Allí están doña Martina y Lola.

—Llegó Pérez a Anorí!—exclama aquélla, con un gesto y una cara que no puedo definir.—Si el nuevo arrinquín le va a coger las mañas, los van a enloquecer.

—No nos enloquecen, Martina.—replica Lola, entre veras y chanza.—Las Cuencas, como somos tan literatas y tan locas, no tenemos qué perder. Eso es para las señoras serias y juiciosas.

—No salgás con esas, que ya tenés qué coger juicio; porque te va mal así que tomés estado.

—Sin juicio se vive mejor que con juicio. Ya ves que Miguel vive muy encantado con Elisa que

es la más letrada de la casa y la que más lee gacetas malas y libros prohibidos. Mi marchante como hace versos y tiene muchas telarañas en la cabeza, no tiene por qué pelear conmigo. Y si no conseguimos con qué comprar el mercado, comemos poesía.

—Pues lo que es hambre no pasarán, m'hija, porque tienen a don José Joaquín, que está nadando en la plata. Pero siempre es muy triste que las mujeres no sepan economizar en la casa, porque cualquier día se voltea la suerte y las coge muy mal enseñadas. Lo que es Miguel y Elisa me parece que no economizan ni un cuartillo. Ya ves: con cuatro hijos y todavía se apechugan con hijos ajenos. Amelia siquiera como que les ayuda; pero quién sabe este otro arrimadijo.

—Vea, Martina:—salta don Miguel, sulfurado—No le admito eso, ni de chanza. Bien sabe lo que es Amelia para nosotros, para que se ponga a decir esas estupideces y se exprese de ese modo. Si he traído este muchachito es por obligación, porque delante de usted hemos conversado Evaristo y yo de todos los servicios y favores que le prestó a mi padre el abuelo de este muchachito, y el mismo don Jerónimo.

—Sí lo sé, Miguel, cómo no! Pero bien podrían favorecerlo de otro modo y no cargar con él como cargaron con Amelia: eso trae muchas responsabilidades. Y ese gasto seguido, a la larga resulta un platal. Eso es quitarle a los hijos lo que les corresponde para dárselo a otros. Lo que pasa es que ni los arrimados agradecen, porque los sacan de su puesto y los enseñan a vivir como gente acomodada.

—No sigamos, Martina, el asunto, porque

no podemos entendernos.

—Dejála seguir, Miguel!—repone Lola.—Ella nos está dando unas lecciones que nos convienen.

—Aunque eche sátiras, m'hijita!.. Eso de meterse uno en obligaciones tan costosas, sólo pueden hacerlo los millonarios.

—Tiene mucha razón, Martina. Miguel y Elisa viven metidos en camisa de once varas. Bien hace usted en vivir tan asada. Elisa es la peor de la casa. Ya la ve en este monte con calzado extranjero, rompiendo traje de merino, con este tren de criadas y sin alzar una paja ni sacar los despachos de la despensa, por entregarse al francés y a otras ociosidades. Siempre es bueno que le dé la lección de la totumita para que sepa cuántos granos ha de sacar de maíz y cuántos de frijol. Y las lecciones del zapato de seis reales. Es bueno que le enseñe, porque nosotras las de los pueblos no sabemos cómo se maneja una casa y todo lo destrozamos y nos dejamos robar de las criadas, y no hay marido que nos aguante por muy rico que sea.

—No te quede duda, m'hija. Sería porque a nosotras nos criaron tan distinto.

—Sí, Martina. Así debe ser la crianza. Voy a aprovechar los pocos días que me esté aquí para que me des ciertas lecciones, porque ya ves que aunque me pusieron en los mejores colegios de Medellín no salí con nada. Y pienso dejar el tal francés y esos libros tan perjudiciales y aprender a guardar las cosas. Si mi marido me regala una vajilla como esa que te trajo Evaristo, la he de encatar donde nadie la toque, y aunque vaya

el obispo a casa no he de sacar ni un plato: he de darle el cacao en un pocillo desorejado. Y si me da colchas de seda como las tuyas, pienso guardarlas bien guardaditas en el escaparate, y tiendo las camas con colchas de retazos, así como las tendés vos. Y si Dios me da muchachitas he de mantenerlas bien remendaditas y peinaditas de talanquera, así como tus niñas. Ese cuento de cachumbos y de franjas y linones es un perdedero de tiempo y un destrozo, nada más que para sacar a las muchachas bien vanidosas y bien inútiles.

—Sí, Lola.—interviene don Miguel—Así le enseñás a Gómez a apretar el cuartillo, como le ha enseñado ésta a Evaristo. Y te aseguro que de soltero era muy manirroto.

—Es que hay que pensar en los hijos, José Miguel. Y me voy, porque... ya va siendo tarde.

—No se vaya, Martina,—dice mamá—sin probar siquiera un bocado de dulce. Mamá me mandó unas cajas muy sabrosas.

—Muchas gracias, Elisa. Usted sabe que yo no tomo dulce de noche porque me da vinagrera. Y buenas noches.

—Yo la acompaño, Martina.

—Camine, pero no se necesita: ningún peón me ha de robar; y si me roba, peor para él. Hasta mañana.

Salen.

—No te va a perdonar, con todo lo rabanilluda que es.

—Mejor, Elisa. Siempre ha mantenido esa matanza con nosotras las Cuencas. Te aseguro que la última vez que estuvo en Medellín no me

habló sinó de eso, las dos o tres veces que estuve en su casa. Estoy admirada de que hayás cerrado el pico.

—Pues no, Lola. Estando en mi casa no podía decir ninguna cosa que pudiera chocarle. Ni yo le hago caso, tampoco. Yo la conozco mucho. Ella siempre ha sido así. Y eso tampoco vale la pena. A Miguel se le subió, no sé por qué: él la conoce mejor que yo.

Don Miguel vuelve.

—Vendrás muy reconciliado, porque estás muy caricontento.

—Sí, m'hija. Esta Lola se lució. Ve, cuñadita: parece que me hubieras adivinado la gana que yo tenía de echarle unos pipos a Martina. Eso de que sea tan cicatera me parece muy natural: a ella la criaron en el campo y en mucha pobreza, y en vez de aprender a ser rica le enseñó a Evaristo a ser pobre; lo volvió un hambriento y un reparón de siete suelas. No me admira tampoco que ella sea tan egoísta y tan inservible. Lo que me da rabia es que quiera imponerse en la familia y meternos a todos en la horma de su zapato, como si todos tuviéramos las patas iguales.

—Tampoco le dé rabia, Miguel, por esa bobada.—dice mamá—Ella no entiende nada de la vida. Ella no ha salido nunca de su rincón ni tiene más cuentas que con nosotros, los allegados. Me parece que no ha ido nunca a una casa de ricos, ni conoce más estilos que los de su casa. Cree que todo el mundo debe ser así.

—Sí, m'hija. Bien lo veo. Pero siempre le mete a mi madre y hasta a mi padre cuentos contra nosotros: que somos muy gastadores; que las

Cuencas son muy despreocupadas y qué se yo qué más cosas. Y los viejos, como siempre tienen tantas rancieras, le creen todas las cosas que ella les sopla.

—Es muy natural, Miguel. A don Teodoro y a doña Rosario siempre les parezco yo muy poco piadosa y viven muy alarmados con todos los libros que mantengo aquí. Todos ellos les huelen a azufre. Cada vez que papá manda la remesa gruñe doña Rosario y se asusta María Ignacia. Y ya ves que siempre la voy muy bien con ellos y siempre me quieren mucho.

—Es que Ignacia cree que todo libro que no sea novenas ni vidas de santos tiene que ser cosa muy mala. Yo te veo allí libros de Religión y Año Cristiano y otras obras por el estilo y veo que les lees muchas cosas.

—Sí. A María Ignacia la confunden periódicos y grabados que no sean de santos; dice que las novelas son veneno en vaso de oro.

—Recordá la pasativa con El Mártir del Gólgota....

—Qué fue, Elisa?—interroga Lola.

—Pues oyó el cuento del libro y se lo encargó a don Teodoro. Apenas lo trajeron se puso a hojearlo con mucho entusiasmo y así que encontró versos de amores y una lámina de la Magdalena, medio en cueros, guardó el libro. Hasta me figuro que lo echó a quemar. Le pasó lo mismo que a la tía Elena con Nuestra Señora de París: se atuvo al título, se enfrascó el libro y después se llenó de escrúpulos. Y eso que no sería mucho lo que entendió. Ignacia sí se confunde muy de veras, porque ella es mística de verdad. Muy a-

tribulada que se mantiene con los escrúpulos. Cuando estuvo en las últimas Cuarenta Horas de Marinilla, un padre Castillo le dijo que eso era astucias del diablo para hacerle perder el amor a Dios. Y eso que ya se ha vuelto muy manguiancha, con todas las cosas que ha visto en esta mina y todas las gentes que han hecho casar entre ella, el Padre Cuervo y don Teodoro. Pobre Ignacia: es tan bienaventurada que cree que saber los pecados es pecar.

—Ella sí.—dice papá—Y con la enseñanza de la doctrina a todos estos muchachitos quiere catequizar a los grandes; y ya ves los cachos que le han pasado.

—Yo sé algunos.—responde Lola—A Pedro Díaz, sin mentar persona, que trabajaba aquí en el Molino Grande, le hizo leer la Práctica del Amor a Jesucristo, la Imitación y no sé qué más cosas, y ya ves las historias y las resultas con aquella negra tan fea y tan viejorra. Si ella supiera que Amelia y yo sabemos esto, nos quemaba ramo bendito. Figúrense: una soltera de veintitrés años, sabiendo todas aquellas cosas tan horribles!

No pierdo una sílaba de aquella conversa, para mí tan reveladora. Lola me está pareciendo más bonita que en San Juan, con ese traje rosado con tantos ribetes de cinta negra y tantísimos adornos. Lo que más lindo me parece es el cope-te, tan sumamente crespo, y ese peinado con esa rosca tan grande y tan colgada. Lola siempre se engalanaba mucho más que Ricarda. Como era tan rica.... Y el tal novio «con telarañas en la cabeza», quién sería? Lola, mamá y Amelita siempre tenían qué ser escribanas. Teodoro también es otro escuchetas como yo: ahí lo veo muy formal,

sin hacer micadas. Amelita vuelve y nos hace acostar. Yo ocupo el lecho de Marto, que está en el cuarto chiquito. Como ya era un hombre muy grande no me daba miedo y me acostaban solo en cuarto aparte. Allí me habían puesto mi maleta y mis utensilios de aseo. La misma Amelita me había colgado la Virgen sobre mi cabecera, y le había puesto arriba un ramo de geranios. Qué diría Cantalicia si me viera tan en grande! La cama está muy buena, pero no puedo dormir. Estos sí eran los enredos, como decía Nicanor.

Aquel cambio tan brusco de mi vida se me agolpa, y voy evocando mi odisea: la despedida en el puente, las conversaciones con papá, los cantos de Largo Valencia; las bobadas de Buitrago, el cargador de mi maleta; mi orgullo del primer viaje a bestia y a jornadas; el de ser dueño y señor de montura con todo y zamarros. Ignoro aún cómo se hizo aquel milagro. Desde luego que Cantalicia y Nicanor lo iniciarían, si no lo hicieron del todo. La silla está apenas medio usada; la consiguieron grande para que me sirviera cuando fuera un tasajón como el Escribano. Los zamarros son míos desde nuevos. Qué delicia eran los fiambres; qué delicia la posada! Pues y la llegada a La Cabecera, antes de las doce?

Nos fuimos derecho a casa del doctor Salgado. Qué doctor tan bueno y tan formal! Y esa doña Benicia, tan señorona, tan escribana y tan sumamente caritativa. Nos acompaña al cementerio a papá y a mí; reza con nosotros ante la cruz de la sepultura de mi padrecito, una cruz muy alta que entre ella, los sacerdotes y los señores principales han costeadado. No lloro. La señora no lo toma a insensibilidad: ve en ello hom-

bría y religión. Me lo expresa tan bien como el maestro Hernández. Siendo mujer de doctor, no era ni gracia: doctora debía ser; siendo prima de don Miguel, tendría de ser bondadosa. En la casa no estoy arisco ni humillado: me sientan a la mesa con todos. Dos niños de la señora me sacan a conocer la iglesia y las cosas más lindas de La Cabecera. Y después aquel madrugar con los pajaritos, aquellos fríos y nieblas matinales, aquel puente de paja sobre el río perseguido, ese caminar y caminar y aquella cuesta acanalada, tan estrecha; aquel desmontarse cuando vienen re-cuas, porque no hay campo para tanto tránsito. Y por fin, después de subir, de dar vueltas por altos y bajos, aquel tope frente a una posada. Son Lola y Amelita con Marto y Theodorete. No sé si veo a las señoras. Esos sombreros, esos vestidos, esos avíos, esos caballos me van desvaneciendo. Las gualdrapas, tan galanas, me deslumbran. Esos trapos como neblina que les cuelgan del sombrero y revuelan al viento, se me quieren figurar los cabellos de las brujas cuando discurren por el aire en busca de aventuras. Aquel tope hecho a la si pega, más por cabalgar y disfrutar de aquel día tan bonito, y el llegar a aquella casa de tanto señorío; y esa doña Dolores tan cariñosa, y ese don José Joaquín tan bien vestido... Qué tal que no hubieran puesto mesita de músicos para los nietos y para mí. Qué hubiera sido del pobre Eloy en aquella mesa, con tanto potaje y tanto trasto que no conocía? Con la sola presencia del doctor Albano había tenido para estar hecho un bobo. Valiente doctor! Sabría más que el doctor Salgado? Cuántas cosas había aprendido en San Juan! Amelita, desde el tope, me había contado y enseñado tantas.

Qué camino tan particular el de San Juan a la mina de Santa Ana, y qué tanto sabía Nicanor!... En ese Alto del Chamuscado se veían los arbolitos envueltos en su cobija, para que el frío no los pasmase. Cómo sería esa Piedra del Peñol! Desde el alto la había visto, así medio puntuda, como la montera de Cantalicia. Y dizque quedaba a muchas leguas. Cuántas habríamos bajado para llegar a ese Llano de Arcila? Y qué sorpresa! Allí estaba misiá Elisa, muy sentada en el corredor de una casa. Qué gritos los de Theodorete al descubrirla. Qué desmontada más deliciosa. Qué abrazos. Cuando don Miguel me acercó a ella, sentía un gusto y un sustico!... No me acordaba lo que dijeron ni lo que dije. Ella me había abrazado lo mismo que a Teodoro. No traía vestidos galanes sino un sombrero de jipijapa y un pañolón. Y la había traído Maluqueras como peón de estribo. Los señores Moncadas y las señoras eran todos tan formales y de tanta educación. Me habían recibido con tanto cariño como en casa de don Cuenca. Bien me lo había dicho Cantalicia. Pero esa doña Martina siempre era allá como muy particular: ahí estaría pensando que yo era algún arrinquín como Antolino. Siempre me daba, con eso, una cosa muy maluca con más tristeza que rabia.

Qué tan raro sonaba el molino por la noche. Sería uno solo? Serían los tres? Y estos montes no se oían tristes como los de Morrolargo ni medrosos como los del río. Qué habría en estos montes que tapaban tanto oro? Cuánta gente dormiría en la mina? Sabría Dios el brujerío que revolvería por estos altos y estas cañadas!... Y me pongo a rezarle a mi Virgencita. Qué trabajo le daba a ella que yo resultara un cachaco como Marto? Ese Marto... y... no más...

II

No intentaré describir ni el relieve ni la topografía de este vericuelo. Será de lo más caprichoso y arbitrario de esta Antioquia arriscada. Y la industria minera ha acabado de complicarlo con cañadas abiertas a golpe de agua, con banquetes, con tierras rodadas. Diré sólo lo que mis ojos alcanzan desde el patio delantero. Al norte se comba un alto medio trunco; al oriente las cumbres máximas se recortan en el cielo en picos y curvas, y se bajan de repente hacia el sur. Por este punto cardinal se perfila una serranía medio recta, con sus hileras de árboles distanciados que semejan una procesión de fantoches, para descender suavemente en varios filos como las bambas de un árbol. Forman estas alturas como los tres lados de una caja. El cuarto, o sea el occidente, es el único destapado; deja ver una serie de ondulaciones bajas que se desvanecen en la lejanía. La última es, precisamente, el perfil de este ramal oriental de la bifurcación que abre el Porce.

Deslindado el corral, digamos qué encierra. La Mayoría se emplaza muy arriba de la falda, que desciende del norte, como un cinturón que la ciñese. Tiene al frente la cañada más honda, y al lado oriental la menos. La componen cuerpos de edificios unidos por pasadizos. Teja, ladrillo y tapia ni para muestra: las techumbres son de ro-

ble; las paredes, de embarrados; las aceras, empedradas; puertas y ventanas, postes y barandas, de buena hechura, están pintados con ese rojo del bolo que tanto alegra en las casas montañeras y tanto resalta en las paredes encaladas. Frente a nuestra casita, como a cincuenta varas, están los cuartos de los huéspedes, el oratorio y la sacristía en un solo cuerpo; tras de éste el de herramienta, monturas, despensa y carnicería. Pesebreras y velería forman casa aparte en sus puestos adecuados. De este mismo lado se abre la entrada de bestias, porque no puede abrirse por ningún otro. Y es que desde el alto baja el camino y se curva al oriente como una aldaba, para entrar en un patio muy irregular formado por un banqueo. Es el patio de los trajines de bestias y del descargue perpetuo de tantos víveres y materiales. En la curva, medio tapados por sauces llorones y boscajes de higuierillos, están los mataderos y un caño recto, por donde desagua y elimina toda la mansión.

En el patio delantero se alinean ocho éras largas, hechas con tablones, de donde se derraman las flores como de unas canastillas. Deslinda el patio de la huerta un pretil de piedra y una hilera de variadísimos arbustos. Falda adelante se extiende la huerta, y abajo, en lo plano, donde en otro tiempo existiera una casa, los naranjos y limoneros añosos, los cerezos y los guaduales. Más abajo las plataneras; por donde se pueda el gramalote y la yerba de pará, la caña criolla y la morada. Por los setos de césped hileras de maguey. Con ellos se entreveran las frondas de hortensia, las fucsias y las dalias de árbol, y todas las flores que resultan de la poda del jardín: pues de estas basuras echadas en los cercos han resulta-

do las galas, los colorines y todas las gracias de una flora ciudadana. Los sanean que es un gusto; que no todos los montañeros urbanizados sienten la nostalgia de la tierra ajena al tornar a sus montes. Nada diré de las trepadoras que cuelgan de soleras y se enredan por barandas; nada de los colgajos de orquídeas y melenas entre poste y poste; nada de los acueductos, de los chorros ni de los baños de tablón. Los barrancos que se escalonan detrás de la casa están cercados de un lado por una ceja de monte; del otro, por unos setos a semejanza de los de la huerta. No permiten que ningún animal vaya a hacer algo indebido en esos lugares tan altos y escurridizos. Y para tapar los escalones y barranqueras han dejado que medren el cordoncillo y el carrizo, el sietecueros y el uvi-to, y han ido formando, con las podas jardineras, pensiles escalonados. Son prodigios de Minos y la niña Marinacita. Los dos madrugan: él, a tañer el esquilón; ella a ofrecer en el oratorio las obras del día. Y el esquilón tañe y tañe. Y le oyen y le atienden por todas esas casitas dispersas por faldas y collados; y le oyen y le atienden desde el Molino Hondo, a pesar de los pisonos y los chorros, porque hay voces de la altura que no ahogan los estruendos industriales.

A mí también me despiertan en esta mañana inicial. Yo también correspondo al reclamo con el Alabado aprendido de Cantalicia y repetido la víspera por don Julián. Qué dicha que el viejecito supiese las mismas oraciones que la india querida!

A poco salgo, y Jacoba acude para indicarme los asuntos del lavatorio. Cuando me peino las crespuras según los preceptos de mi maestra in-

dígena, asoma Amelita por el corredor. Viene, según su costumbre, ya ablucionada y peinadita. Después de los saludos me dice muy festiva:

—Me gusta mucho que sea tan madrugador. Este vientecito de la mañana es el que da vida y salud; y «Al mozo sano y sin plata la cama lo mata». No es cierto que está muy contento? Dígame su verdad.

—Mucho, Amelita. Bien me decía usted.

—Sí, Eloy; usted es gallo fino, que no extraña gallera. Ayer apenas medio le arreglamos el cuartico, pero hoy se lo acabo de componer para que le quede bien coqueto. Por el examen que le hice en San Juan veo que siempre lee y escribe algo. Hoy sacamos el tablero y la tiza para que escriba renglones y guarismos. Allá verá que se aprende mejor en tablero que en pizarra. En esta semana y en la entrante que está aquí Lola, no nos metamos en lecciones. Apenas se vaya seguiremos con la Aritmética y principiamos las clases de Gramática, de Geografía, de Historia y de Urbanidad. Teodorete le va ayudando. A él hasta le gusta enseñar, porque así puede hablar todo lo que él quiere. Usted no es ningún tapado. Me ha prometido que va a aprender mucho y pronto. Vamos a ver si cumple la promesa.

—Yo cumplo, Amelita.

—Esta semana conoce y novelerea todo. Váyase por ahí con Teodoro; pero eso sí: ya sabe las condiciones.

—Mamá me dijo.

Después del desayuno se pone a regar las orquídeas colgantes, los geranios, que amarra de los postes, y una éra de claveles que cultiva en el pa-

tiecillo. Yo le ayudo. Me encanta esa lluvia de la regadera, que no conocía. Pongo en ello todas mis mañas y todos mis conatos.

—Ya vi desde San Juan que tiene mucho cuidado para hacer todas las cosas. Pueda ser que siga así de limpiecito y no se le pegue el vicio de Teodoro de arrastrarse por todas partes y de volver el vestidito una miseria.

—No me arrastro. Mi madrecita no me dejaba arrastrar sinó en la sabana limpia.

—Está bien educadito, Eloy. Allá verá que vamos a volverlo un cachaco de toda cuenta.

—Como de aquí a cuándo?

—Eso depende de usted. Ahí vamos viendo.

Salgo al patio principal; echo valero. Pero, a poco más, me doy a ayudarle a señó Minos en su trabajo de jardinería. No es tanta mi ayuda. Los colibríes me embelesan. Ese meter del pico en los tubos de las flores, ese colgarse, ese aleteo susurrante, me maravillan. Así y todo, me instruyo. Y Minos se presta a instruírme. Aquella nomenclatura floral, que nunca había escuchado, se me hace tan divertida: Gatico, pajarito, pelícano, zapato de obispo y espuela de galán, son los que más me agradan. Teodoro llega y nos vamos a la excursión. Viene con la vihuela que le ha traído Largo Valencia de La Cabecera. Tomamos por la rampa y descendemos en dirección al Molino Hondo. Yo, atisba que más atisba; Teodoro, raspa que raspa el instrumentillo.

—No te vas a reír de mí porque no he podido aprender a tocar como Marto. Eso es muy trabajoso. Pero siempre zurrungueo muy bueno. Y qué te parece, Eloy: esta cañada, tan grande y tan

anchota, la hizo Miguel hace tiempos, echando bombas de agua desde allá arriba. Allá está el hueco que llenaban de agua. Allá verás lo sabroso. Hoy tenemos qué subir. Y ve: esto dizque era por aquí como un morro que subía desde la huerta hasta allí.

Y me señala, con mil monerías, un barranco altísimo que tenemos al frente.

—Ve cómo partió Miguel el morro. Qué tan caliente es! Ve: Lo partió disparejo como una arepa de chócolo. Fijáte en esos árboles agachaos: Le parece a uno que se le van a caer encima. Y allí están hace años. Qué tal son las raíces de duras, que no los dejan caer. Y ve que tienen afuera otras colgando, muy feas. Y ya ves que los árboles no se han seco. Qué tal son las cosas de mi Dios!

Veo y comprendo. La tierra está partida. Todavía tiene pedazos rojos, como carne recién cortada; tiene otros con costras de musgos y yerbecillas. Cuelgan del borde del corte esos bejucos, transición de musgo a enredadera, que llaman colchón de pobre y colchón de rico. Este, rígido y de copos erectos; aquél, desmayado, felpudo y en pelmazos. El chusque bota al aire sus varas cimbradoras, engoladas de follaje a cada juntura; los carrizales levantan sus espigones y los helechales de peine guarnecen todo aquello.

—Fijáte, Eloy, en el socavón. Qué tan linda la placita que le hicieron. Y no se te vaya a ocurrir andar por ese carretiadero, porque te va muy mal con Elisa. Ella no dizque te va a pellizcar. Pero ve: vos no sabés cómo es ella cuando lo castiga a uno con desprecios. No li'hace mala cara ni gesto miedoso, pero no lo voltea a ver ni le dice

nada. Y si uno le pregunta algo, es como si le preguntara a un palo. Eso es peor que chancleta y que encierro en el cuarto de las monturas.

Un carretero sale del socavón; la carreta chirría al voltear y se enfila derecho hasta el molino, por aquel tablón sostenido en estantillos. El hombre se me achica en el aire hasta volverse un muñequito. Miro hacia abajo y me aterro de la altura. Eso es lo más hundido de la cañada. Por ahí baja un arroyo. Y Teodorete me dice:

—Fijáte en el agua: allí donde la ves tan limpiecita es la misma del matadero, por onde baja tanta porquería.

Yo me asomo. Hay un charco largo, sereno como un espejo. Por él recorren esos zancudos que saben caminar por las aguas tranquilas sin hundir tan siquiera la punta de las zancas. Por los rastrojos y árboles que visten las orillas se oyen esas quejumbres de tantasavecillas señeras y escondidas. Se oyen a pesar de la música de los molinos. Ya los tenemos allí cerca. El de acá lleva la rueda atrás; el de allá, adelante. Yo me aterro del poder del agua: no me parece tanto el chorro, para mover todo aquello tan bien y tan parejo. Y me fijo en esas como telas de agua que va desflecando la rueda a cada división.

—Este de acá no hace nada, Eloy: no son sino dos arrastres lo que hace mover; el de allá, ese sí es caliente de veras: mueve los ocho pisones y otro arrastre. Fijáte qué ruedaza tan bonita.

Damos la vuelta y entramos. Allí están los peones echándole arena a aquellos hoyos como platos. Teodorete me explica:

—Ai los ves tan lisitos, y cuando nuevos todos son carrasposos y no ajustan. No ves que las piedras, de puro voltiar, se van mermando parejo con las lajas del tendido? Se amuelan las unas con las otras hasta volverse así. Y si volvemos de aquí a unos días, no encontramos sinó los zocos.

A mí no me molerían los pies como al niño de la historia: tenía qué obedecer a mamá. Pero, ah vértigo! Aquella brujería me fascina. Ese palo, tan grueso y tan derecho, parado en un herrón; esos dos cuartones que lo atraviesan en cruz; esas piedras cogidas por cadenas; aquellas ruedas tendidas que se engranan con otras paradas; aquel compás, aquel girar, es el verdadero gulumpán de la arena. Eso sí voltea serenito, sin tropezarse como los trompos zangaretas. Quién no siente la necesidad de montarse en esos palos y girar y girar hasta dormirse?

Entre los dos edificios corre una quebrada. Pasamos el puentecillo y contemplamos el mampuesto de doble canoa. Arranca del otro lado y atraviesa, muy montado en los parapetos de dobles palos, para mover la rueda de los arrastres y surtir la cocina, que ahí cerca se emplaza. Entramos en aquel molino tan alto que tiene celdas donde duermen los molineros.

—Cuidao, Tiodorito!—nos grita Juan Barco. —Ya sabe lo que nos ha ordenao don Miguel. Vean bien todo, pero de lejos.

Unos hombres machucan piedra con un martillón muy grande, y otros van sacando la machucada con una pala, y van echando a lo largo de los pisones.

—Fijáte, Eloy, en la cosa. Ve: Esos tarugos

del principal se trompiezan con esos sacaos de los palos, y levantan los pisones y los dejan caer. Así van quebrando el mineral hasta volverlo arena, arena. Y ve: Por esos coladorcitos de abajo, por onde chorrea el agua, va saliendo el oro, y vos no lo ves. Va cayendo a esas tablas que llaman baterías. Ves esas bayetas tendidas? Pues esos son los paños y en ellos se enreda el oro y en todas las rendijas. Ahora verás cómo viene Remigio y se lleva las bayetas y barre con una brocha. Y toda l'arena que queda en el cañito de allí, la sacan por esa canoíta y cae a ese cajón hundido. Ve aquellos di'allá cómo ponen las bayetas en el chorro, hasta que caiga todo el oro en el cajón lavador. Así van juntando todo y después van lavando batea por batea. Pero ve qué tal es el oro: Esa arena, que parece que no tiene nada, la amontonan y la muelen en los arrastres. No viste ese cursito que parece conserva de ceniza? Pues lo sacan y lo lavan y le echan azogue. Ve, Eloy: Allá adentro no nos dejan entrar, porque dizque les destapamos las compuertas de las canoas y les hacemos casabates. Pero ve el azogue. No lo alcanzás a ver?

—No veo nada, Tiodorete.

—Ve: El azogue es una cosa endiablada. Se vuelve peloticas chiquitas y brinca y no se deja coger; y todo granito di'oro que encuentre, se le pega. Y si uno lo coge, se azoga. No has oído a Elisa que me llama Azogado? Pues es por decirme brincón y necio. Yo sí he bregao por cogerlo; pero no he podido, ni con astilla ni con cucharita chiquita.

Salimos para examinar en torno del edificio. Me pasmo de ver cómo los carreteros vuelcan

la carretada en la tolva; cómo voltean el cuerpo y la van sacando al revés. Volvemos afuera. Veo el cárcamo, los palos y todas las maderas cercanas a la rueda. Todos están como untados de gelatina, de babas, de una cosa sucia y pegajosa como los cordones de los sapos. Cosa de sapos debe de ser, porque allí veo sus paraguas, que brotan por esas maderas que se van pudriendo. En las unas hay lamas; en las otras, basuras; en las otras, lombrices. Y arrimados a las paredes, medio enrejadas, hay trozos de palos, zocos de pisón, pedazos de palas y de almocafres, pedazos de carreta y de cernederos; hay frascos de azogue, hay pedazos de fierro. Todo aquello entre yerbajos, telarañas y gusarapos.

—No habrá alguna culebra entre todo eso?

—No sias bobo, Eloicete. Ojalá hubiera. Aquí no hay sinó culebras verdes, que no hacen nada: los piones y Beneda las cogen y juegan con ellas. Te aseguro que más te puede picar un gusano de Santa María.

Salimos por detrás del molino. Mi Virgilio me dice:

—Ve qué plaza tan sabrosa. Es la más grande de la mina. Aquí juegan chumbimba, los domingos, los piones muchachos y hasta los grandes. Ve: En aquella casita di'arriba hay un api-que. Ahora no nos asomemos, porque le van a contar a Miguel, y Elisa no nos habla en tres días. Asomémonos aquí a la fragua y a la carpintería pa que viás; pero no entremos tampoco. Cancio es muy formal, pero esos dos herreritos son muy repelentes. Los carpinteros también son muy buenos, pero ahora están haciendo carretas y eso no tiene ninguna gracia. Ve: Eso que está enci-

ma de la carpintería es un cuartel, pero no subamos tampoco porque eso huele a mugre y da asco ver esas cobijas y esas esteras tan sucias. Ahora nos subimos a las celdas de Juan Barco y los compañeros. Esos sí son asiaos.

Y en un instante nos trepamos.

—Ve cómo tienen las camas con el bayetón tan bien tendido, porque Marinacita los ha enseñao desde que vinieron a trabajar.

Siento el aire enrarecido, pero todo lo vigeo. Allí están los carrieles, las ruanas y los pantalones domingueros muy bien colgados del palo, y están las vihuelas en sus clavos, y están las cruces de ramo bendito y la escoba.

—Vámonos ya y no entremos a la cocina, porque ahora determina María Cifuentes darnos caldo con arepa, y si no se lo recibimos dice que es desprecio y se enfurruca con nosotros. Y ve: No vas a tomar esos caldos sin echarles agua: Te da correquetealcanza. Ya ves que en San Juan te estaba dando y vos no sabés cómo es Elisa cuando uno se enferma de la barriga. Te mete tu frascao de Palma-Christi, y ni del popo di'arracacha te escapás. Pero no te dé vergüenza: Jacoba es la que nos hace a Marto y a mí esos remedios tan puercos. Y vámonos a la carrera, falda arriba, a ver quién corre más.

Dicho y hecho. El demontres del mico me va coleando; pero salvo la negra honrilla, porque llegamos parejos frente al socavón, lengua afuera, que ni perros cazadores. Nos sentamos en una piedra.

—Ve: Aquella otra cañadita di'arriba también la abrió Miguel. Y aquella di'atrás, onde

estuvimos ayer, también la abrió. Miguel ha desbaratao todo esto como le ha dao la gana. Y ve: Por todas aquellas casas viene la acequia grande. Le echó casi toda la quebrada de La Trinidad, desde por allá muy arriba. Por eso lo que baja es como un miao de ratón. Oí el cacho. Ya van a comer el sancocho de María Cifuentes. Y ve: Ai va saliendo toda la pionería. Otra carrera hasta la casa. Esta es más descansada, Eloicete. Uno... dos... tres!

Los dos venadillos se lanzan. Cuando llegan a la rampa está Elenita en la barandilla; asoma la muñeca y gazzatea:

—Ve, Loicete, la negla que me tlajo Lola. Es Lauliana y tamén tene montela!

—Este Repollo! Ya no querés sinó a Eloicete. Comé que te dé colaciones y pasas de las que traje.

—Todolete necio!

Y se vuela, corredor adentro, con todo y negra.

Son las ocho. Ni señas de Elisa, de Amelia ni de Raquel. Ursula nos llama al chicharrón y a las fritas. Nos colamos por el cuarto de los huéspedes, por el de Amelita, por el de los papás, derechito al comedor. Está éste contiguo a mi cuarto; abarca parte del corredor de afuera y se comunica con el cuerpo de la cocina, despensa y cuarto de criadas, por un pasadizo destapado por delante. En el patio está la éra, y los geranios y claveles de Amelita. Tiene cerco por el frente, y como la casa está construída en el borde de un barranco, el tal patiecillo, lo mismo que la punta del corredor, vienen a ser como una azotea. Por el cerco asoman todas las enredaderas y matas

que ha sembrado Amelita desde la rampa. Un rosál de enredadera se entreteje por las macanas de aquel refectorio tan reducido. De macanas son la puerta que da al corredor de afuera y la que da al pasadizo. Una cómoda despensa, con estante para vajilla, cubre todo el lado frontero de mi cuarto. Tinaja y tinajero están en el pasadizo, así como las perchas para paños y la larga repisa del lavabo. Entre las dos hay una puerta que da al corral de La Casa Grande. Tras la cocina se esconde el baño en lo más intrincado de los bejuqueros florales. Alinderaan este recinto íntimo unos peñascos rodados, con muchos cardos, yedras y la consabida mata de piedra. Allí ha puesto Amelita todas sus industrias y estéticas.

Todos los cuartos tienen su puertecilla que da a un corredor tapado: El corredor tiene sus divisiones y por ahí corre, encajonada en tablo-nes, a una poceta, agua suficiente para mover una rueda.

Tornamos a la sala, a mecernos en las sillas. Qué sala más rara! A no ser porque Teodorete me lo ha explicado todo desde la víspera, no adivinara muchas cosas. La pared está tapizada con papel de dibujo agreste: Es un ciervo enredado en carrascales y un cazador que le apunta. Abajo un zócalo en cuadros: Nada menos que el patio de los leones de La Alhambra. En el centro, del lado libre, dominan el lienzo de Nuestra Señora de la Soledad y una cómoda de granadillo sin barniz. Sobre ella vasos con flores, candeleros de cristal, cielo y tierra en sus dos globos. Al frente ancha ventana y tarimón. A un lado de la puerta de entrada una máquina de coser. Al otro, un estante con libros y mesa de pupitre. Frente a és-

tos un mapamundi de enrollar. A un lado de la ventana un reloj de escaparate, en su repisa de patas, y entre las patas un termómetro.

Desde el patio diviso a Beneda trasegando falda arriba por entre los escalones, allá tras de la casa.

—María Antonia!..—berrea a toda voz—Esta sinvergüenza tan rastrojera. María Antonia!.. María Antonia!.. María Antonia!..

Me asomo por la puerta que da al corral.

Una gallina amarilla salta de arriba y se echa, muy sumisa, a los pies de Beneda. Ella le echa mano y la levanta, cogida por los muslos. La pone a la altura de su cara y regaña:

—Mirá, María Antonia: si estás botando los güevos por ahí en esos güecos, te arranco la güevera. Y no vengás de adulanta con tus zalame-rías. Ya sabés!..

La arrima y la carga como a un niño, y baja afanada, al tiempo que una voz le grita:

—Beneda! Quiero cacao!..

Al punto me explica Theodorete todos aquellos misterios. Beneda es una criatura, no se sabe si mágica o franciscana. Conversa con todos los animales, y las aves la persiguen y los gorriones se le posan en los hombros y en la cabeza. Ella sabe producir sonidos a modo de reclamos. Indino, su chamón favorito y educado, vuela a sus hombros por las mañanas, a comer migajas en la cuenca de aquella mano de mulata anémica. Ella le hace arrullos, caricias; ella le silba y le croaja y el chamón abre las alas y sacude la cabeza y se estremece y vibra, muy regocijado y amoroso.

No bien termina el condumio y todo aquel melindre de cariños, ella lo lanza y el chamón se encumbra. Cuando Indino no vuelve es señal de muerte. Pero hay tantos chamonos en el mundo... Y Beneda se inventa otro.

Patojo, su loro, la llama a cada rato desde la vara, y ella lo mete tarde por tarde dentro de su jaula, para librarlo de las acechanzas de alguna alimaña o pajarraco alevoso. Tirano, el esposo de María Antonia, también le atiende todas sus reprimendas y exhortaciones. No fuera a acabar con la pobre María Antonia ni a arrancarle la cresta cada rato. Hiciera todos sus cases sin volverse tan abusivo. Mi Dios lo iba a castigar por tantas maldades. Por ahí tenía la comadre Abigaíl un pollito que pronto lo iba a sustituir. Porque es de saberse que Tirano y María Antonia reinaban por poco tiempo. Beneda, a pesar de aquel amor a sus aves o acaso por el amor mismo, echaba a la olla a Tirano y a María Antonia cuando menos se pensaba. Venían los sustitutos, siempre con los mismos nombres, en aquella monarquía sui géneris.

El Tirano actual se ensaya apenas en sus egregias atribuciones. Es tan hermoso y arrogante, que según el concilio de domésticas y sugestiones de Marinacita, no debía morir por torcedura de pescuezo sino por visitación de Dios.

Mas no son las aves sus principales afectos: El amor de sus amores es Petos, diminutivo o sín-copa de Respetos. Respetos hace algunos años que reina. Theodorete me lleva a conocerlo, allá donde Beneda lo tiene colocado. Es en el patiecito de la manzanilla, que separa el cuerpo de las habitaciones señoriales del de las cocinas y servidum-

bre. Los une uno como pasillo donde Beneda desempeña sus altas funciones de chocolates y cubiertos, y formando escuadra se une a otro pasillo que da al comedor. En la escuadra tienen largas rejas de macanas, y en el ángulo exterior se alza Respetos en su tablilla esquinera. Es una horqueta de cualquier árbol. Beneda le ha atravesado un palillo, y el ocioso de Eladio le ha labrado algo como cara en la punta del palo. Beneda le pone y le releva con frecuencia pantalones, ruana y sombrero alón. Beneda le echa diarios parlamentos: «Hacé respetar tu patio pa qu'estos pajaritos tan noveleros y escarbosos no se lleven las semillas y pa que a Beneda le vaya bien y se cure d'esos males tan malucos, y pa que Patrón, Patrona y Patroncita aflojen». Estas reconvenciones encierran mucha enjundia, esencia y arcano. Vean si nó: Beneda fue recogida en Medellín desde muy niña, por la familia de don Teodoro. Al crecer quedó tan fea, tan alta, tan exuberante, tan patiplancha, que los peones la llaman La Danta. Es una mulata descolorida, de pelo ondeado y unos ojos tan grandes, tan tristes, tan pestañones, que parecen de ternera enferma. Cualquier día amanece con la habladera y... ya se sabe! Se postra en la cama, lágrima va y moco viene: «Ay, ay Patroncita! Tengo mucha de la congoja, porque mi'acuerdo que mi mamita era ciega y qu'éranos méndigas y que los daban limosna en la puerta de las iglesias». Este es el motivo invariable de tanto quebranto, y el preludio del patatús infalible: Vuelve los ojos, se queda rígida; parece mismamente que está en las últimas. Ahí la dejan quieta hasta que vuelva. Hasta dos o tres días dura el soponcio. No hay poder humano que la haya enseñado a decir «es contigo». Su madrecita decía «espontigo», y ella no tenía

por qué cambiarlo. Y «espontigo» vino a ser un epíteto: Algo así como misericordioso o cosa tal. Sabe Dios el valor de este epíteto.

Todo esto me lo cuenta Teodorete a su manera, y me promete lo restante para cuando estemos a solas. Nos vamos en seguida a los dominios de Largo Valencia: Al enorme cuarto de monturas, cueros, enjalmas, paja y cabuya. Aquello está según los preceptos de Marinacita. En los dos largos burros que ocupan el centro cabalgan las monturas masculinas y femeninas con sus arneses correspondientes. Me regocija ver mi sillita y mis zamarros haciendo gran papel. Así lo haría yo en esta casa? Por esa tablamenta mural cuelgan enfilados, espuelas y espolines, látigos y vergajetes, cinchones y correas. En un ángulo se encarran las pieles de res, muy bien dobladas, y el equipo enjalmero levanta un monumento todo euritmia y sabiduría, por allá en lo más recóndito. Y Largo Valencia me dice:

—Ea, pues, compañerito! Aquí sí va a jineciar a todo taco. Camine para que vea los caballos.

Qué ensueño! En aquella caballeriza empedrada con lajas están los cinco, pegados al pesebre. Maluqueras, el muchacho forrajero, pica caña y gramalote en una punta.

—Ve, Eloicete:—enseña mi dómene.—Este Rabicano es el de Elisa; el Amarillo, el de Angelina; el Cisne, el de Marinacita. El Overo de Lola y el Negro de Amelita ya los conocías.

—Cuál es más bueno, Largo Valencia?

—Ai se darán la mano Tiodorito. El de la niña Lola apenas lo vine a conocer en San Juan. Me parece muy bien arrendao, muy bonito y muy

fino. Eso pende de la jineta, y ella me parece qu'es muy baquiana. Todas estas niñas Cuencas son tan chalanas. Pero la niña Angelina tampoco se queda atrás. La niñ'Elisa si'ha vuelto miedosa desde que si'ha acuerpao; pero recién venida aquí era muy baquiana. Estos mochos todos cinco son muy finos y muy señoreros, sobre todo los dos hatograndeños.

—Y adónde están, Largo Valencia, el Ruano y La Pájara?

—Los echamos hace rato a la manga, porque arman contienda con el caballo forastero. No vinieron nada atrasaos del viaje. Con la demora en San Juan se recobraron mucho, porque don Cuenca es el señor que mejor cuida los animales. El Ruano está ya ovachón. Y no me ha contaó, compañero, cómo le fue con La Pájara.

—Muy bien, Largo Valencia. Ella anda muy sabroso y muy mañosita, así como una de don Sabas, un señor de Orofino.

—Y bueno, mis niños: no me entretengan más que nos muerde el perro y en esto vienen los patrones.

Vaya con Largo Valencia! A la manera rusa, jamás se le nombra sin el apellido, con ser el único que lleva tal nombre en todo el personal. Es arriero, albéitar, amansador, espolique y escudero. Se anda de Ceca en Meca en todas las andanzas que a señores, señoras y mocosuelos se les ocurran. Se casó en San Juan con una viuda madura, de quien sólo tuvo una hija: Pero a los Dávilas, sus cuatro entenados, los ha criado como habidos a propio muslo. Todos trabajan en la mina. Dos de ellos son carpinteros; otro, sacador de

astilla para las techumbres; y el cuarto, en compañía de su madre y hermana, corre con las velas y demás labores del sebo. El padraastro, tal vez por no haber tenido hijos varones, mantiene un exceso de paternidad siempre enconado, porque vive ansioso de la santa infancia. Tiene sus ribetes de músico: rasga la vihuela, sopla con mucho oído en una flauta de popo, redobla el tambor y sacude la pandereta. Indalecia, su cara mitad, vive frita y enconada con los regocijos de su marido; y no por celosa, sino por agria y adusta. Lo que más la injuria es que el alegre viejorro se ríe de sus bravatas. Mas, si la vieja rabia, toda la mina se recrea en aquel Largo Valencia, tan hombre de bién, tan contento y formalote. No confiesa los años ni los demuestra: mas por las cuentas que le hace don Teodoro, se anda por los once lustros, largos de talle. Es de estatura mediana, muy ágil, carirredondo, ojos de sapo; con algo más de blanco que de indio. Apenas se deja el bozo, que aún negrea; mantiene su pelambrera muy bien recortada; y en su persona y humilde indumento compite en limpieza con señó Minos. Su predicamento en la familia casi lo eleva a miembro suyo.

El que se va, y nosotros que tomamos almohaza y cepillo. Y soba por aquí y estriega por allá, ahora en el uno, ahora en el otro, cumplimos la hidalga tarea de acicalar la piel y las crines de los cinco bucéfalos. Don Teodoro y papá llegan a estas en sus mulos. Yo corro a desensillar, y don Teodoro me felicita por tanta diligencia y oportunidad.

Cuando acabamos de almorzar, y todavía de sobremesa, se llega el señor a nuestra casa, a fumar el tabaco de rigor. Lola saca un paquete de

cigarrillos Teresita Carreño; arregla y alambica uno hasta volverlo un arco, y le pide candela a don Teodoro.

—Muy bueno que echés humo, Mulata emancipada.—dice el viejo, muy jovialote y sonreído—Pueda ser que te salga todo ese que tenés en esa cabeza.

—Ese no se sale, don Tiodoro: eso es condición de nosotras las poetisas liberales. Con los humos adentro nos vamos al otro mundo.

—Y has compuesto muchos versos en estos días?

—No se figura, don Tiodoro. Allá en casa dejé un cuaderno tamaño de grande. Así que tumbeamos a Berrío lo voy a publicar: si lo publico ahora me confina ese ñato a Patiburrú, si no es que me fusila en media plaza. Es un canto sumamente inspirado, al general Mosquera. Al señor obispo no le tengo hartos miedos: su Señoría Ilustrísima no me destierra ni me mete a la cárcel; cuando más me echará una excomunión de las chiquitas.

—Bien podés decir ociosidades; pueda ser que con eso te purgués de todos los papeles públicos que lees con tu taita, y de todos esos libros de amores y bobadas que se te quedan en la cabeza. Esos amores de los libros son los que te tienen relatando de memoria.

—No me salga con esas, don Tiodoro: acuértese todo lo que gozó cuando le leí La María en tono de comedia.

—Pues, sí, Mulata; pero fue de oírte todos los tonos y las pantomimas que le ponías a eso.

—Ese es el estilo sublime, don Tiodoro.

—Bien lo veo, Mulata; pero acordate que no lloré las tres veces que me pusiste por condición.

—Por no darme ese gusto, don Tiodoro. Pero así lo ví muy cariacontecido en los pasajes tristes.

—Bueno, Mulata: dejémonos de cuentos y decime cuando van a ser esas bodas del poeta y la poetisa.

—Yo le aviso cuando sea tiempo para que llame a Ceferino y le componga el discurso del brindis. Pero tiene que ser en verso. Tirso y yo no admitimos nada en prosa: vamos a vivir improvisando. Eso va a ser más bonito y más versiado que La Flor de un Día. Como él es un pelao y yo no sé economizar un cuartillo de perro, tenemos que ponernos bien ideales, así como Lamartine y Madama de Stael, para enseñarnos al hambre.

—Bueno, Mulata: Pero vos tan roja y él tan sumamente godo, cómo van a entenderse?

—Divinamente, don Tiodoro. Así es como resultan los matrimonios. No ve que así hacemos carbonato? Y allá verá qué jervetones y qué espuma! O si no, vea la muestra. Vea al tal Miguel y a la tal Elisa. El es más conservero que Pagola y Elisa más zurriaguera que la tía Mercedes Córdoba. Y véalos: hace diecisiete años que se casaron y todavía se hacen ojos.

Aún fulguran los del viejo con alguna vislumbre juvenil. Y la boca, sonreída, deja ver los dientes de porcelana, montados en oro. Y hace una cara... Así debió de ser la de David antes de arrepentirse; que por más que los pergaminos de los Moncadas declaren que en esa sangre esclarecida no corre una gota de la judaica, la cara

del viejo dice judería a la simple vista. Es calvo, con el resto del cabello ensortijado y argénteo. Lleva la barba en punta y medio recortada, y por hábito reflejo o inconsciente la soba y la plancha a cada instante, desde la oreja hasta el remate. Es lantagón, como dijera Cantalicia, y muy plantado y muy erguido con sus treinta y seis años en cada pata.

Papá, mamá y Amelita se regocijan con la charla, y Teodorete y yo abrimos la boca. Esta Lola siempre era muy tremenda y muy sabida. No era tan linda como Cristinita, pero tenía un cuerpo tan querido y una cintura tan delgadita y un pie y unas manos... Tan bobo que había sido yo que me había parecido tan galana la Ricarda. Viniera esa creída a ver los vestidos, los adornos y los peinados de Lola! El Teodorete, ahí lo veía: estaba más prendado de su tía Lola! Y yo!...

De las charlas pasan a las veras. Lola interroga y don Teodoro se extiende con toda franqueza; que no es hombre para reservas ni tapujos.

De la mina no lo sacarían hasta no verle el fin a su padre. El viejecito estaba ahí muy arraigado y no aguantaba ya ni viajes ni mudanzas. El mismo había encontrado en esta montaña el reposo y la tranquilidad que no tuviera en el rodar de su vida de minero. La Empresa estaba muy contenta de la administración y del empuje que Miguel le había dado con sus trabajos e invenciones. La mina se estaba luciendo y el oro iba para arriba. El y Miguel ya tenían de qué vivir: pero mientras la bola rodara y Dios les diera vida y salud, en Santa Ana se quedarían. Los achaques de doña Rosario le eran más llevaderos

en este clima y en esta tranquilidad.

—Pues sí, don Tiodoro:—dice Lola—ahora vivirán más contentos. María Ignacia no tiene ya qué andar de Ceca en Meca en busca de Santísimo.

—Ignacia, antes de colocar en el pueblo, siempre se daba sus atracones de Cuarenta Horas: en Medellín, en Rionegro, en San Juan, en Marinilla, en El Peñol y en San Vicente. Ella ha sido, como le dice Elisa, una monja corredora, a estilo de Santa Teresa. Y desde que dimos con Minos, que es especial para cuidar al viejito, se va más tranquila al Sitio a sus biaterías.

—Pues a don Julián lo he encontrado sumamente bien. Me ha preguntado por todos y no está tan envolatado. Me parece que siempre ajusta el siglo.

—Quién sabe, Mulata. Todavía le faltan tres años. Pero sí creo que don Silverio se va primero. Y eso que me parece que es menor que su mercé. No es cierto, Elisa?

—Cómo no, don Tiodoro. Papá Silverio tiene noventa y cinco, pero está muy ciego y mucho más chocho que don Julián.

—Mucho más.—afirma Lola—Figúrense! Un viejito con niña menor que Raquel!

—Ese viejo parece un patriarca de la Historia Sagrada.—dice papá—Miren que casarse a los setenta años y salir con esa culecada tan robusta y tan sana. Y eso que no ha sido un penitente manso.

—El patas suelto.—afirma don Teodoro—Y va a morir en su ley. Mientras más anciano más

amigo de decir verduras.

—Pues mi padre Julián,—repone el nieto—tan devoto y tan terciario, también habla en castellano cuando se ocurre.

—Si es peor que la Biblia!—dice mamá—Ya habrán visto a María Ignacia cómo se aterra y se va de güida cuando él principia a contar el nacimiento de Tiodoro y la jornada que hizo en la mula baya desde la mina de San Jacinto hasta Envigado.

—Cómo no?—ríe el viejo—Y me pone de testigo, y yo declaro que sí, que me acuerdo perfectamente.

—Y todavía se mantiene tan bravo con don José Manuel porque escribió la historia para ponderar a los patriotas?—pregunta Lola.

—Siempre gruñe cuando se acuerda.—contesta don Teodoro—Nunca le ha podido pasar que un hombre tan entendido en minas y en religión como su cuñado José Manuel, se haya puesto a escribir libros sobre los rebeldes y herejes de por aquí, en vez de escribir vidas de santos y una cartilla para enseñar a sacar el oro. Siempre ha dicho que la familia de mi madre es gente tentada del patas y que la buena cabeza que Dios les dio no les ha servido sinó para escribir ociosidades. El no pudo convenir jamás con que mi madre fuera tan patriota y siempre ha asegurado que si no fuera por eso sería santa de ponerla en nicho.

—Y eso que él no ha perdido la esperanza de que vuelva a mandar el rey.—dice mamá—El siempre espera que de un momento a otro mande ochocientos o mil navíos para reconquistarnos. Si hubieras visto, Lola: El otro día le conté el des-

tronamiento de doña Isabel, que leímos en El Correo de Ultramar; y en vez de entristecerse se alegró muchísimo; que ahora sí era cierta la reconquista, porque no habían de poner en el trono más polleras. Después le mostré el retrato de don Amadeo, y como ya ve muy bien sin anteojos, se estuvo viéndolo un rato, y me dijo: «Este tal Cebolla tal vez sí manda los navíos». Qué tal que supiera que es hijo de Víctor Manuel!

—Pobre viejito! Hasta bueno será volver uno al estado de inocencia!

—En ese estado vivimos todos, don Tiodoro,—dice mamá—aunque María Ignacia viva tan escandalizada con estas gentes de la mina.

—No te atengás a la inocencia, hija, porque el que inocentemente peca, inocentemente se condena.

—Pues quién sabe cómo se entenderá eso. Yo me atengo a lo que pidió Jesucristo a Nuestro Señor: «Perdónales, Padre Mío, porque no saben lo que hacen». Me figuro que no habló solamente de sus verdugos, sinó de todo bicho viviente: nadie sabe lo que hace.

—No le salgás a María Ignacia con esos argumentos, porque al momento emprende viaje al pueblo a reconciliarse. Pobre Ignacia! Figúrense! Salir de las devociones de Medellín y del biaterío que fundó en San Juan, para venir a abrir los ojos entre este ganado!

—Sí que me parece raro que Ignacita no se hubiera casado.—dice Lola—Si todavía la pega cómo sería cuando muchacha.

—Una pintura!—confirma el viejo.

—Qué se iba a casar Ignacia!—exclama papá—Cada vez que le salía novio le daba calentura y se encerraba a hacer oración mental.

—Así era.—dice el viejo—Ella nació para monja; pero las celdas del convento de Medellín han tenido tantas aspirantas y yo no tenía con qué darle la dote.

—Bueno, Elisa: Cómo te parece que debemos indilgar a este marchante?—dice el viejo levantándose y echándome el brazo con mucho cariño.

—Pues ahí iremos viendo, entre todos. Ahí le veo una ceja como de muy buena jagua. Algunas arenitas de oro habrán de resultar. En todo caso me parece que ha de salir trabajador, de un modo o de otro. Qué dice mi muchacho?

—Yo quiero trabajar, mamá. Y también quiero estudiar, para ser doctor como el doctor Albano.

—Barajo, hombre!—exclama don Teodoro riendo—El que tira el chorro tan alto a alguna parte ha de alcanzar.

Y se va corredor afuera, tan alto, tan ancho de espaldas, tan mandatario, con aquel vestido de dril grueso y amahonado, kaki, de la época.

Amelita me lleva al cuartico. Le ha puesto tira de papel a lo largo de la cama y dos grabados: el vapor Esperanza y el Confianza, los primeros que surcaron el Magdalena.

Sacamos el gran tablero de madera, pintado con humo de pez por ambos lados. Lo llevamos al corredor largo, lo ponemos sobre un taburete, y cárame a mano Eloy iniciándose en los manejos de la tiza y en las caligrafías y numeraciones de

tipo gordo. Por supuesto que Teodorete interviene y va enseñando parejo con Amelita. Hora y media dura la sesión y queda convenido en que seguirá a esas mismas horas, hoy escritura y mañana lectura, hasta que perfeccione los dos cursos.

Nos dan la colación meridiana. Como quien dice taza de masamorra a medio lechar y un plato de trocitos de esa panela sanvicenteña, tan blanca y tan simplota.

III

Como buenos hermanos los compartimos... y a los bolsillos derechos van a dar. Chupando y paladeando tiramos corral adentro y nos subimos por los escalones y senderillos de esas barrancas. Por ahí la anchurosa canoa que trae el agua para la casa; por ahí los tubos, industrias y canales para que no la inunden los aguaceros. Detrás de la casa atraviesa el callejón, que arrancando del patio de la entrada va a terminar en la Calle Real. Por ahí entran o salen los empleados que comen en la casa y las gentes que llevan las raciones a las cocinas. En una como cuenca hay una casita pegada a un cerco, muy alta y muy cuadrada. Nos detenemos y mi Virgilio enseña:

—Este es el baño de las señoras de La Casa Grande. Fijáte en esos enredos de recuerdos y de cortapicos. Eso es para que no las atisben ni los gallinazos ni los tominejos.

Subiendo, subiendo, por entre los matorrales de girasoles y las éras enchamizadas, de cebollas y plantas de aliño que cultivan las domésticas, llegamos al tal hueco. Bien me decía Teodoro. Es como un patio hundido donde se puede bailar. Sólo el boquete de tres escalones que le sirve de entrada no está cubierto de verduras y ma-

lezas. El fondo es una alfombra que llega hasta la zanja por donde desagua. Por las paredes forma almohadones ese musgo capotero y aterciopeado que pasa del blanco al rosa, del rosa al rojo, del negro desteñado al verdinegro. Acá, allá, acullá, resaltan los helechos, cual si fueran muestrario o colección de esa planta que no produce flor ni fruto. Pero cuánta hermosura y variedad. Unos, color de rosa; otros, color de grana; de oro antiguo, de oro nuevo, nupciales, fúnebres; negros por el derecho y blancos por el revés. Estos rígidos, casi espinosos; aquéllos crespos y desmayados. Cuales desmesurados y heroicos; cuales delicados y sutiles. Y los tallos cimeros que no han brotado las hojas, se enroscan y encaracolan en volutas, en rodetes, en crespos. Por los bordes pedregosos hace caprichos la plateada y casi inmarcesible viravira y levantan los espartillos sus espigones etéreos. Por los bordes capotosos se involucran los cardos menudos con esas parásitas fibrosas de florecillas rojizas que llaman yedra de barda. El rabo de zorro erige sus escobas y sus pelusas por cualquier parte. Por los bordes interiores y húmedos forma cojines áureos el yuyo; se desparrama la acedera y cuelga la bruja su follaje constelado de corales. Y allá, donde la fosa se empalma con la falda... no se diga. La sabiduría de Nicanor me viene otra vez más: ahí están a rodo, en esponjas, en mechones, en melenas, los abrigos con que Dios envuelve a sus arbustos para que no se emparamen. Y todo aquello se va embebiendo, en policroma eflorescencia, hasta los últimos árboles de la cumbre.

Admiro unos racimos de calabacitos azul de Prusia, que guindan por cualquier parte. Voy a coger uno y Theodorete me ataja:

—No te vas a untar de esas pipas: eso es veneno; es la comida de los sapos y eso es lo que les da la leche: Y ve: ondi'hay culebras bravas, eso es lo que comen; porque con esas pipas consiguen más veneno. Y caminá luchemos un ratico, así como en San Juan.

Nos despojamos de chaquetines y sombreros, y trabándonos brazo a brazo, cabeza junto a cabeza, formamos arco y luchamos y luchamos, hasta irnos de lado sobre la alfombra. Me levanto aterrado a sacudir los calzones, a componer los desperfectos de camisa y correa. Pero el sinvergüenzote de Teodoro se extiende y se revuelca, carcajeándose, piernas al aire, hecho un tonto. Al fin salimos. Tornamos a los troncos de panela y vamos a tomar el agua de la canoa en la cuenca de la mano. Veo una barranquita. Tiendo el pañuelo y me arrellano. Theodorete se carcajea de mis precauciones.

—Es que... uno tan sucio es tan maluco. Y decime: qué es lo que llaman por aquí arrinquín?

—Pues... arrinquín? Yo le pregunto a Elisa.

—Y qué era lo que me ibas a contar de Benedita? Aquí no oyen.

A estas asoma por el alto el bestierío cargado y va descendiendo, a los gritos y rejaos de los arrieros. Pisones, fierro, frascos de azogue, cajas, bultos.

—Esa es la carga de Medellín.

No ha descendido hasta la entrada, cuando llega otra arriería más larga aún. Son cargas y más cargas.

—Esos son los maiceros del Río Abajo y los

dulceros del Cañón. Es que se juntan algunas veces. Pero esto no es nada, Eloicete. Hay días que son las recuas seguidas. La cosa de Beneda... es hasta trabajosa pa contar. Ve: eso está trabao con la tema que me ha tenido mi padre Tiodoro, porque dizque soy muy maula y muy llorón. Era que cuando estaba chiquito me daba miedo de la sombra.

—De cuál sombra, Tiodorete?

—Pues de la que hace uno. A vos no te daba?

—No.

—Pues es que la sombra, cuando uno no sabe, siempre es muy miedosa.

Se pára, proyecta su sombra en la sabana, y dice:

—Ve: a mí todavía me parece muy particular, aunque sea por el sol. Ve: hace todo lo que uno hace. Y unas veces es grande, y otras veces es chiquita.

—Pues tal vez sí, Tiodorete. Yo no había reparao.

—Mi padre Tiodoro me regañaba mucho por este miedo y me hacía llorar. Y el negro Benito que estaba de garitero en la cocina de la casa, me consolaba y me quería mucho. Es un negro muy bueno. Elisa y Miguel me dejaban juntar con él. Y nos íbamos con la bestia a traer la leña, y me montaba en la enjalma a la ida, y a la vuelta me traía a la espalda. Canta muy bonito y me cantaba mucho y me contaba cuentos muy buenos. Estaba muy prendao de Beneda y se iba a casar con ella; y algunas noches le daba serenatas con canciones muy lindas. Y entonces entre mi padre

Tiodoro, mi madre Rosario y Marinacita, determinaron rumbarlo, como si fuera algún ladrón o algún cuchillero. Yo ví cuando mi padre Tiodoro y Angelina l'estaban cortando la cuenta pa bombarlo. Apenas le dieron la platica, les dijo muy acobardao: «Adiós, Patrón. Adiós, la niña. Perdonen si en algo hubiera faltao». Y mi padre Tiodoro le contestó muy despreciativo: «Estás perdonado; pero no volváas a asomar por aquí». Lo ví muy triste y me fui con él. Cogió su malecón y su vihuela y nos subimos por estas escalitas que salen aquí derecho—señalándome por el patio de la entrada—hasta esta vuelta di'aquí arriba. Iba tan triste que ni podía hablar. Y me dijo llorando: «Me bombaron comu'a un perro; me quitaron el destino. Y vuélvase ya, Tiodorito, que lo regaña don Tiodoro. Quién sabe cuándo nos volveremos a ver». Y me abrazó y se fue falda arriba. Me dio tanta lástima y tanta tristeza, que me bajé llorando y no podía atajar las lágrimas, por más que bregaba. Mi padre Tiodoro, ve qué tal es: estaba atisbando, y apenas me vio emperrao se puso a regañarme y a hacerme burlas lo más malucas. Qué culpa tenía yo de que me diera lástima de Benito y de Beneda? Yo me fui bien regañao y Beneda me llamó. Nos entrámos al comedor de los empliaos y nos sentámos en la banca a llorar juntos. Papá Tiodoro nos cogió llorando, y me volvió a regañar y a decirme cosas.

—Y papá y mamá te regañaron, Tiodorete?

—Miguel andaba con Marto por aí en los trabajos, y Elisa y Melita en la casa de don Clemente. Cuando supieron no me dijeron nada, ni Melita tampoco; pero mi padre Tiodoro y Marinacita y Angelina siempre me hacían burlitas muy

chinchas. Es que vos no sabés, Eloicete, cómo son en La Casa Grande de cosarios cuando le cogen tema a alguno.

—Y fue que Benito hizo maldades?

—Qué maldades iba a hacer Benito! Pero así que lo vieron tan encabao con Beneda determinaron decir qu'era muy perezoso y que no ganaba la comida, y que bebía aguardiente, y que Beneda era un animal de cuatro patas que no debía meterse en casorio. Ve qué tan injustos son: como si todos los animales no se casaran. En La Casa Grande tiene que estar uno como en misa. Si uno mueve un dedo, dice mi madre Rosario: «Estése quedo, niño»; y le hace ojos muy feos. Si uno habla, dicen que es taravita. Y si uno llega a quebrar alguna cosa... Virgen del Amparo! De eso vino toda la tema que le cogieron a Marto, hasta que lo empuntaron pa l'escuela de don Ceferino.

—Eso cómo fue, Tiodorete?

—Pues fue que un día nos mandaron a Marto y a mí a saludar a mi madre Rosario, que dizque estaba muy enferma. Y cuando salíamos nos pusimos a echar trompo en el corredor. Angelina estaba cogiendo flores y había dejao en una banca el jarro en que las iba a poner. Y Marto alzó la pata pa echar el trompo y movió la banca, y el jarro se cayó y se volvió pedazos. Y saltó Angelina desde el jardín, que casi nos saca los ojos con las tijeras, y nos jartó a insultos. Que éramos la polilla de la casa; que pobre su tío Miguel con el par de saltiadores, y otro montón de cosas muy malucas. Yo, como he sido tan correúdo desde chiquito, me quedé echando mi trompo, muy tranquilo; pero Marto salió a la carrera y a un ratico volvió con un jarro igual y le dijo a Ange-

lina, muy bravo: «Aquí está su jarro, pa que no se vaya a morir». Y se lo dejó en la banca y se volvió a la carrera. Y Angelina se fue a buscar a Elisa pa devolvele el tal jarro, y Elisa no se lo quiso recibir. Así mismo fue, Eloicete.

—Y por eso lo mandaron para la escuela?

—Sí. Dizque pa que le bajaran el moño. Quién sabe cuántos cuentos le harían a mi padre Tiodoro. Y ya ves lo que resultó. Marto se aburría mucho en la casa del maestro, porque eran muy chinchas con él y le daban una comida muy maluca y muy poquita. Pero aguantó hasta que el maestro lo castigó injustamente: le metió seis ferulazos a toda gana.

—Por qué, Tiodorete?

—Eso dizque fue una zafacoca muy grande en la iglesia, y el señor cura regañó a todo el colegio. Por eso fue la pelea. Y qué te parece: Los chiquitos agarraron los incensarios y les echaban cosas que reventaban muy duro. Eso dizque fue una pedorrera de lo más sabroso. Y el padre se subió al púlpito y echó y barajustó contra todos los colegiales. Los chiquitos se juntaron, y viendo que les iban a echar férula consiguieron cebolleta, y el lunes por la mañana se estregaron las palmas de las manos pa que la férula se partiera al primer palmetazo.

Teodorete hace mil muecas y se tira y se revuelca en el suelo.

—Pero, qué hubo?

—Pues que don Ceferino siempre los peló a todos y la palmeta no se partió. Y qué tan mala ley es el maestro Ceferino: Marto estaba junto a

él en la Salve, y cuando él se salió se fue con él pa la casa: Pues siempre le metió sus seis ferulazos.

—Por qué serán los maestros tan verdugos?

—Yo qué sé. Pero ve qué tan caliente es Marto pa disimular. Aguantó toda la semana, como si nada le hubiera pasao, y el sábado por la mañana pidió permiso pa venirse p'acá. Envolvió una muda en un pañuelo y se vino. Se juntó con unos paperos de San Vicente y se fue con ellos hasta San Juan. Allá se les apareció a mi padre José Joaquín y a mi madre Dolores, y en San Juan se quedó. Eso hace tiempísimos y Miguel lo ha visto dos veces y Elisa una mera, porque han ido allá.

—Y don Tiodoro no se calentó?

—El sí. Y dijo muchas cosas y las de La Casa Grande gruñían cada rato. Pero Miguel y Elisa se callaron el pico. Angelina todavía gruñe.

—Yo creía que la señorita Angelina, tan linda y de tanta educación, era tan moderada como era mi madrecita.

—Delante de la gente es muy moderada y muy formalita; pero otra cosa es en la casa. Eso dizque es que los Palmeras todos son así: Lola dice que no son Palmera sinó Palmachristi.

—Palmera? Yo creía que el apelativo era Moncada. Ella qué le toca, pues, a don Tiodoro?

—Pues es nieta. Eso es un trabadillo de Palmeras y Moncadas. Ve: Tio Severo, el padre de Angelina, es hermano de tía Martina y fue casao con una hija de papá Tiodoro, que se llamaba Mariana. Ella era la madre de Angelina y de otros hermanos que viven en Medellín. El tío Severo se volvió a casar con la tía Rosalía, otra hija de

padre Tiodoro, y tienen muchachos y vienen aquí en tiempo de Nochebuena. Por eso son tantos trabadillos en la familia. Ahora si vieras los trabadillos de los Cuencas...

—Y vos cómo hacés, Tiodorete, pa saber todas esas cosas tan trabajosas?

—Ah! Pues oyendo... Oyendo a los grandes se aprenden más cosas que estudiando uno en libros. Lo malo es qui'a los grandes no les gusta hablar algunas cosas delante di'uno. Y uno tiene qui'nacese el disimulao y oír de lejitos onde no lo vean.

—Pero qué te parece, Tiodorete, qu'eso dizque es malo y una traición.

—No sias pendejo, Eloicete. Quién te metió esa?

—Pues... yo he oído decir...

—Qué malo va a ser eso, hombre: si mi Dios lo hizo a uno con oídos es pa oír y pa saber. A vos no te ha gustao oír?

—A mí?... Pues, ni sé, Tiodorete. Y decíme una cosa: La señorita Angelina, tan bonita, no tiene muchos novios?

—Cómo no, Eloicete. Pero ve: Ella no quiere sinó a Enrique Murcia, y mi padre Tiodoro y mi madre Rosario no la dejan casar con él.

—Es algún pión?

—Pión? Es muy buen mozo y muy pepo y muy rico. Vive aquí en el pueblo y tiene tienda y posesión y es hasta sabido, porqu'estudió en el Colegio del Estado. Pero el padre dizque era bastardo y por eso lu'aborrece mi padre Tiodoro. Vos

sabés, Eloicete, lo qu'es bastardo?

—Yo sí. Eso es lo que llaman arrinquines allá en Orofino.

—Y si sabías por qué me preguntabas?

—Pa ver si aquí llamaban a los bastardos di'otro modo.

—Y qué te parece Eloicete. Yo no conozco bastardos. Vos los conocés?

—Yo sí. En Orofino hay uno que llama Daniel y otro que llama Antolino.

—Esos serán hijos di'alguna cocinera o de alguna zamba de por allá. Los bastardos son hijos de blanca.

—Y cómo sabés, Tiodorete?

—Porque he oído; pero no conozco bastardos.

Y este maestro, que sólo me lleva en edad algunos meses, apura un poco más el tema de la bastardía. Por la vuelta del camino asoman un caballero y dos Amazonas.

—Es el tío Eusebio con Herminia y Delfina! —exclama muy regocijado— Cuando vienen tan tarde es porque se van a quedar esta noche. Allá verás qué tan sabroso. Cantan más lindo!..

Y trepándonos por el vallado de piedra saltamos al camino, en són de encuentro. Cuencas tenían de ser, según el atalaje; mas las señoras no revuelan las nieblas consabidas. El intruso de Theodorete saluda de mano con mucho cariño, y don Eusebio dice:

—Y este mocito quién es?

—Eloy Gamboa, un servidor de usted y de estas señoritas.—salto yo, gorra en mano, y voy a estrechar las que el caballero y las señoritas me tienden.

—A Eloy lo trajo Miguel desde Aguaslimpias para vivir con nosotros.

—Ajá!—dice don Eusebio—Me parece muy bien pensado.

—Vea, papá, qué tan bien educado!—dice la menos bella.

—Muchas gracias, señorita.—contesto yo—Ojalá fuera cierto.

Seguimos con ellos por la curva, entre conversas y sonrisas. Como por un arco de triunfo pasamos bajo el mampuesto festonado de batatilla, que lleva el agua a la casa. Virgen Santísima! Qué iba a hacer yo con estas dos muchachas más lindas que Angelina?

—Ya nos figurábamos—dice Theodorete muy puesto en razón—que hoy venían a ver a Lola.

—A Lola y a su mamá y a Amelia y a todos. —dice la más bonita, con una vocecilla medialengua muy suave y salerosa.

Yo corro y abro la cancilla y me apresuro a sacar el taburete para que las señoras desmonten. Minos y Largo acuden, y acude Maluqueras y se agolpa toda la casa. Eso sí es saludo, salva, salvajón. Mas, en medio de todo aquello, cuando yo me embeleso viendo a las niñas cómo recogen el fundón para poder andar y cómo juegan con los fuetecillos, nos hace ojos mamá, muy apurada, y nos ordena medio en secreto:

—Corran a lavarse esos pies y esas manos,

TOMAS CARRASQUILLA

que parecen de aporcadores, y a quitarse esos mugres. Ojalá se vayan a presentar en la mesa con los dientes sucios y las uñas de luto. Y no se vengan por aquí a hacerle cocos y sombras chinecas a Herminia. Vístanse y esténse por allá hasta la hora de comer.

Cruel es la orden, pero no hay remedio. En un instante estamos hechos unos brazos de mar, con las mudas entrefinas, y las uñas que ni unas platas. Nos quedamos en el corredor en atisba, por ver qué pescamos. Pero ni señales de Cuenca.

—Cómo tendrán de novios estas señoritas; no, Tiodorete...

—Puú! Todos los colegiales grandes se mueren por Herminia; pero ella tiene novio en Rio-negro, y Delfina también como que tiene.

—Hasta Amelita tendrá novio...

—Melita nó. Ella dice que ya dizque está muy vieja.

—Y cuántos años tiene Amelita, Tiodorete?

—Dizque tiene veintiocho. Y qué te parece: Desde que estaba chiquita está estudiando. Qué tanto sabrá. Pero ve: La nombraron maestra en San Juan y no quiso por no dejar a Elisa sola en este monte.

—Qué tan bueno, Tiodorete, que Amelita fuera bien linda...

—Pues Elisa dice que mi Dios no le da todas las cosas juntas a una sola persona. Y que si Melita fuera linda, sería un sér perfecto. Vos sabés qué es un sér perfecto?

—Pues... nó, Tiodorete; yo no sé bien...

—Cuando aprendás bien la Historia Sagrada y la Doctrina Explicada vas a saber. Allá verás cuando Elisa te enseñe. Un sér perfecto es una persona que se parece a la Virgen o a Nuestro Señor Jesucristo y a los doctores y a los santos que ha habido en el mundo.

—Ah bueno pa vos, Tiodorete, que sabés tanto!..

—Qué voy a saber, hombre; no sias pendejo! Elisa dice que voy a ser más zoquete que Brújulo.

—Este que vive más acá del Molino Grande?

—Ese mismo.

—Pero siendo tan bobo, por qué es el maestro?

—Ah, pues los maestros también pueden ser bobos... Ese don Ceferino, tan jullero, es un conservero que li'ha metido los monos a mi padre Tiodoro y a los de La Casa Grande. En el pueblo también lo creen mucha cosa, menos el tío Eusebio. Ya ves lo qu'enseñará. Brújulo estudió con él.

—Valiente nombre tan feo y tan particular!

—Vos estás pensando qu'eso es nombre? Lo pusieron así porque echa muchos discursos y mienta siempre la brújula: Que la brújula es la que le señala a la gente por dónde ha de ir y que sirve en el mar y en la oscuridad y otras muchas cosas. Pues no te mostré la brújula el día que vinimos? Cuando sepás harta geografía y la rosa de los vientos vas a saber lo que es eso. Miguel la mantiene muy guardada pa que no se la dañemos; pero Melita t'enseña. Brújulo es un mon-

tuno de Monteloro. Trabajaba aquí, desde chiquito, trayendo atices. Pero Marinacita determinó que era muy buen cristiano y que iba a ser cura. Y dio su modo y su maña de ponerlo en la escuela de don Ceferino, y allá estuvo no sé cuánto tiempo. En vez de salir cura resultó muy enamorado y se casó con La Joven Campestre.

—Pero quién es La Joven Campestre?

—Pues la mujer. Es que él la llama así. Es Eleuteria, una muchacha di'aquí de la playa, hija de ño Segundo, un viejo platanero que viene aquí cada rato a traer revuelto. Y qué te parece que La Joven Campestre es lo más bonita. Ni aun querrá nada a ese Brújulo carevieja, tan feo y tan mechudo y tan flacuchento, que parece una lombriz de verano y con esas canillas tan garetas que parecen dos gurbios.

Torna otra vez a las carcajadas y al despatarre.

—Si lo vieras cuando viene aquí con unos vestidos ruñidos, con las patas bien sucias y con unas corbatas viejas. Yo no sé de dónde sacará Brújulo esos corbatines. Ya tienen dos campestricos lo más fruncidos y lo más sucios.

—Pero cómo se llama Brújulo?

—Ah!...—con mucho énfasis y mucho inflado de narices—Pues Nicomedes Elías Cataño. Y en las planas de los de la escuela pone la firma en una letrona muy grande y con la rúbrica de Pilatos. Tenemos que asomarnos pa que viás. Son como doce o quince los discípulos, y tienen mesa con arena y muchos catones y citolegias. Y tiene campanita y la sacude, en la mesa, pa que los muchachos marchen y den vueltas por la sala. Yo

me zampo algunas veces y marchó también. Ve: Eso es lo más bueno, así como la rueda del ángel. Lo malo es que un día son los muchachos y otro las muchachas; y no los junta, porque Marinacita no lo permite. No es la rueda revuelta con muchachas, como en San Juan: Allá sí, pues!

Sintiendo ruido de trastos en el comedor, corre Theodorete y dice:

—Ve, Ursula. No nos vayan a poner en mesa de músicos. Arreglá bien los taburetes pa que quepamos todos.

—No se afane niño Tiodoro, que siempre caben con apartao regular. Y quédese allá, con el niño Eloy, porque me perturban.

Teodorete le echa la bendición y se brinca a la baranda y se pega a un poste. Y yo advierto:

—No hagás tantas cosas, Tiodorete, porque cuando nos sentemos a la mesa, ya tenés el vestido machucado y te hace ojos mamá.

—Velas!—exclama, brincando hacia el corredor del frente—Allá van pal Gabinete Azul.

—Y qué es eso?

—De veras que vos no lo has visto. Eso es allá, en la punta.

—Y qué cosa es Gabinete? Decíme.

—Un cuartico, una uña más grande que el tuyo. Fue que Amelita y Angelina lo empapelaron con papel azul y le pusieron muchos figurines de La Moda Elegante y de El Correo de Ultramar, que les manda Lola. Y arreglaron tarima con saya. Y Miguel les hizo mesa de escribir. Y ve qué tal es Elisa de burletera: lo puso El Gabinete A-

zul. Y dice que cuando viene Lola se encierra allá a poetiquiar y a hablar de Nápoles y de Venecia. Pero eso sí: Elisa es la primera que se va para allá y se encierra cuando tiene que escribir cartas. Si vieras todos los tinteros y los encabadores y las cajas de obleas que tienen, y un bulto muy grande pa escribir, con un caballo pintao, muy bonito. Pueda ser que lo dejen abierto pa que nos colemos. Porque eso es una cosa bendita como si fuera un oratorio. Y caminá, Eloicete, vámonos por aquí por el bordito del jardín con mucho disimulo, como si estuviéramos atisbando pájaros.

—No, Tiodorete; nos regaña mamá.

—Caminá, que ella no nos ve ahora: ella está en la sala grande, conversando con tío Eusebio.

Qué iba a hacer yo? Atravesamos a lo largo del patio hasta el tal gabinete. Oímos risas; no vemos caras, y yo me embebo viendo ese rincón.

El terreno se inclina en esa punta, y el tal gabinete y parte del corredor quedan embalconados. Lo sostienen tacos de cuartones, y las marañas de trepadoras cubren desde abajo hasta los mesones del barandaje. Es como un jardín en una pared. La ventana sin rejas tiene abajo una como repisa con cajones de matas. Y las malvas españolas y las conservadoras, de no sé cuántos colores, cuelgan y se columpian como un cortinaje. Al frente hay unas piedras rodadas cuñadas con yedras, y rosales y cardos y no sé qué más yerbas. Por ahí descende un caminito, derecho a la velería, bordeado de lulos de Castilla, con sus follajes de felpa verdes, moraúscos y blancos.

Tornamos a nuestra casita. La ocasión es so-

lemne: las chiquillas y Tom han sido confinados a las interioridades del baño. Hay prolegómenos de copillas entre papá, don Eusebio y Lola. Nos sentamos a la mesa, y con este disimulo que Dios me dio y que voy educando, veo y estudio. Al ver a Amelita entre las tres jóvenes me da más pena de que no sea hermosa. Es tan menuda, su cara y sus facciones son tan insignificantes. Con el pelo tan negro y los ojillos tan vivos, se me figura una golondrina. Y eso es ella: una golondrina alegre y bondadosa que no emigra porque vive siempre en primavera o en verano. Viste bien, sin anticipo ni atraso en la moda, con mucha discreción en los colores y en la forma. No procura mejorar su piel con artificios de ninguna especie, ni sus maneras con ninguna coquetería.

Guardo en tamaña solemnidad todos los preceptos de Cantalicia y las sabidurías que desde San Juan me ha inculcado mi maestra. Ni cojo feo la cuchara, ni sorbo la sopa, ni desharino la arepa. Me muestro, en fin, un muchachito más de corte que de cortijo. Cómo nó, si estoy al frente de Herminia? Se me hace más hermosa sin sombrero. Qué modo de tomar aquella sopa de pollo, tan casera. Papá y Lola sirven el vino. Cuando la hermosa toma la copa para ese brindis colectivo y mudo del cariño familiar, yo levanto la mía y me siento un cura diciendo misa; pero mi divinidad la tengo al frente. Ricarda, Cristinita, Angelina, no sé si se me borran o se me funden con Herminia. Cómo se sirve la ensalada, cómo parte aquellos pedacitos de posta; y a los postres, cuando sirven aquel batido de merengue con pasas, es el momento álgido: cómo toma la cucharilla con aquel melindre y aquel pulimiento. Me

parece que batido y dientes se confunden, y que la pasa, en aquella boquita, es como una negra metida en docena. Cómo bebe el agua en esas copas tan labradas! No bien se enjuga los labios, dice en su medialengua deliciosa:

—Qué comida tan exquisita! Y es que en este comedor, tan poético y tan perfumado, cualquier sancocho de peones será agradable. Fijáte, Delfina, en este rosal de enredadera. No le hacemos caso a esta rosa, y ve qué belleza.

No es Delfina la que ve; soy yo. No había reparado cómo se botan y se prodigan hacia adentro los ramos.

—Una belleza.—repone Delfina—Caramba, prima! Nos ha dado un banquete! Y qué cristalería tan bonita manejamos!

—Naturalmente.—contesta mamá, muy charlera—Hay que echar la casa por la ventana cuando vienen los blancos. Ursula y Sebastiana estaban haciendo una comidita muy triste; pero agregaron, improvisaron y compusieron como les ha enseñado mamá. Les tocó a ustedes la gloria de estrenar el vidrierío que me trajo Miguel de Tacamocho y probar el vinito que me mandó el viejo.

—Y ese brandy tan fino también te lo envió?

—Ese no, tío. Hace días que lo tenía guardado Miguel, para un día tremendo. Deje el viaje para medio día, para que se tome unas buenas mañanas. Todavía queda mucho en el limetón.

—Ojalá, m'hija, pudiera quedarme. Ni estas muchachitas tampoco.

—Pues si le gustó el brandy llévese la bote-

lla, don Eusebio.—suplica papá—Yo soy tan mal catador, que no distingo el brandy del ron. Llévela, que un día tan tremendo como este no tendremos en mucho tiempo. Se lo ofrezco como albricias, en nombre de Ignacia, por la noticia que le trajo de la llegada de la custodia.

—Pues si es con custodia y todo, siempre tengo que aceptárselo, sobrino.

—Lo que es Ignacia,—dice mamá—no aguanta hasta el domingo sin verla. Esto es si no se va mañana con ustedes. Ella no ha podido convenir con que en una iglesia tan linda y con ornamentos tan lujosos tengan una custodia tan pobre.

—Y no cambiarían las piedras, tío?—pregunta Lola.

—No, hija. La custodia la mandó a hacer Castor, el de don Mariano, que está en París. El mismo vigiló la postura de las piedras, y como es tan entendido en mineralogía y en química, no podían engañarlo. En la peana le pusieron las dos esmeraldas que dio Dolores. Y las que dimos en casa las reconocimos al momento.

Salimos al corredor de afuera. Son las cuatro. La tarde está luminosa y todo convida a la alegría. Por el camino plano viene don Julián con Minos.

—Vea papá al viejito.—exclama Herminia—Vea qué tan fino está todavía.

Yo también atisbo, porque aún no he visto a don Julián fuera de su silla y de su sala. Viene de sombrero aguadeño muy alón, ruana espesa forrada en bayeta medio amarilla. Se apoya muy bien en sus zapatos y en una caña rematada en regatón. Minos está medio apartado y ojo avizor.

—Pobre viejito!—exclama papá—Hay que estar envolatándolo porque quiere salirse cada rato. Hay que acompañarlo con muchísimo disimulo, porque si comprende que lo estamos vigilando, se incomoda: Que él no es ningún valetudinario que necesite auxilio de nadie. Minos es el único que sabe cuidarlo, a la traición.

Al llegar a la rampa, le dice don Eusebio:

—Cómo le fue en la caminata, don Julián?

—Muy bien, hombre.—exclama el viejecito deteniéndose y alzando los ojos, que ven perfectamente—El tiempo está muy bonito; pero de aquí a mañana se daña. Hay amagos de arrebol, y tú sabes, hombre, que arreboles en poniente es aguacero en naciente.

Y sigue muy satisfecho, y paso a paso se va sesgando con Minos, hasta el corredor de la casa grande. Sólo al subir la grada de pedrisco y la de tabla, acepta el apoyo que el fámulo le ofrece.

—Las primas también son cafeteras?—pregunta mamá.

—También, Elisa.—contesta Herminia—Y estamos tan civilizadas que ya lo tomamos sin azúcar.

—Y con cigarrillo.—agrega Lola—Y como el tío es tan civilizado como nosotras las deja fumar delante de la gente. No es cierto?

—Yo sí. La que no las deja es Rafaela.

En la mesa de nuestro estudio ponen los azafates, y Amelita en persona sirve. Las niñas arreglan; papá despunta; se encienden los fósforos y el humo empieza.

—Vamos a ver, don Eusebio, cómo le pare-

cen mis habilidades. Le he puesto los cinco sentidos.—insinúa Amelita.

E inclinando la cafetera salta el chorro negro y espeso en la cuenca de la jícara.

—Pues, hija;—exclama el caballero—si sabe como huele, le doy el grado.

Y tomando la cucharilla, agrega:

—No puedo estar tan civilizado como estas muchachas. Por eso me gusta con el amarguito del azúcar.

Revuelve con la diestra, chupa el cigarro con la siniestra y prueba aquella toma tan avanzada.

—De lo mejor, Amelita! De lo mejor!

Pues es de saberse que el café era, por aquellas calendas y en estas montañas, algo así como una iniciación en los refinamientos y elegancias de la gente europea. Su tostada, molienda, envase y destilación eran cuatro secretos de raros afortunados.

—Y ya aprendió don Tiodoro a tomarlo?

—Qué va a aprender mi padre!—exclama don Miguel—Ni con leche es capaz de pasarlo. Dice que no solamente es porquería sinó veneno.

—Doña Rosario y don Julián lo detestan tanto,—charla mamá—que tienen como enemigo al que les miente el brebaje. Ellos tienen el café como una ociosidad casi pecaminosa.

En acabando pide Amelita permiso para recibir los diarios, y se arma caminata hasta el molino consabido. Mamá nos llama en secreto a Teodorete y a mí y nos dice:

—Bueno: Estuvieron muy formales en la me-

sa, pero no se vayan con nosotros los mayores. Y no sigan detrás de las muchachas, porque ahí le veo al mico la gana de llamar la atención y de hacer bobadas. Véanlas de lejos, pero no se metan en colada, porque hasta a Eloy lo estoy viendo embelecado.

—Ello no, mamá: Es que uno es tan novelero...

Nos quedamos viendo para el páramo. Y oh ironía! Nos juntamos con el cortejo de las niñas, de las niñas y de Tom, a muchísima distancia de Herminia y de las conversas tan buenas que tendrían entre todos. Claro que yo tomo a mi Repollo y Theodorete boba con Alfandoque.

—Ahola no toy galana, Loicete. Este saco es feo.

—Si vas más linda con ese saquito y esas fundas!

—No tenen bolelos.

—Y qué hizo la negra?

—Ta dolmila con las muñecas. Hace lato las acostámos.

Quién sabe qué musaraña alcanza a ver Tom, porque de presto se dispara hacia adelante, entre si gruñe o late. Alfandoque se contagia y corre tras el perrillo, tan loca como él. Y se dan a la rochela y al retozo. Y de una casita que se alza muy cerca del sendero sale una voz infantil, muy repelente, que canta esta copla guabinera:

Hoy hace cuarenta días
que murió la Cachumbona.
La enterraron con cachumbos,
porque murió motilona.

Y Theodorete junta las manos, se lleva a la boca los pulgares, y un corcoveo!... veo!... veo!... retañe; y otro, más agudo, le contesta. Tras los corcoveos vibra un pis!... pis!... recíproco y altanero, de lo más despreciativo y antipático. Eso es como un reto. Y Theodorete grita:

—Salí, so sinvergüenza, del rastrojo, pa que viás quién soy!

—Soy!... soy!... soy!—repite como un eco.

Teodorete, fuera de sí, recoge una piedra y la lanza a la maraña. Una vieja asoma en la puerta y vocea, muy apurada:

—Pedro José! Pedro José! Si seguís de provocativo te meto tus lapos! Colá pa dentro, facineroso!

Y cesa la epopeya.

—Devolvámonos, Jacoba!—grita Theodorete, con voz imperiosa y colérica.

—Pues no ve, niño, que nunca faltan calenturas con estos malcriaos!... En estico nos coge la niñ'Elisa y hasta a yo m'echa la culpa. Y camine, Raquelita, qu'en esto se mete usté también en la contienda. Y caminá, Laurencia, que vos también estás tentada.

—Es qu'estos Pispirises son tan buscapleitos!—gruñe la negrita, hundiéndose la montera—Podían tener buena crianza con los más blancos.

—Ese Pispirís tan descarao!—gruñe Raquel, trémula por la rabia—Que vuelva a pasar por abajito del cercao, pa tener el gusto de tirale harta arena.

Teodorete se echa adelante y se mete a la casa, jadea que jadea. Cuando llegamos está senta-

do en una banca, con la cara desencajada y los ojos brotados.

—Vea, Tiodorito, mi lindo:—ruega Jacoba, muy angustiada—No se enjunezca así. Vea qu'en esto viene mi amo Miguel y la niñ'Elisa y allá verá la que se nos espera. Camine yo le doy agua con azúcar, y verá que se le pasa. Camine, m'hijo.

—Tololete necio. Le tirate piedra!

Tom está todo inquieto y alborotado, cruza que más cruza la escuadra del corredor.

Jacoba quiere recibirme la niña, pero ella se resiste.

—Camine, Elenita; no se ponga a jorobar al niño Eloy, que usted, ultimadamente se está poniendo muy hombrerita. Camine.

Y empuja hacia la sala a la negrilla. Nosotros guardamos silencio. Qué sería aquel conflicto tan incógnito? Estoy deshecho de curiosidad, pero no me atrevo a preguntarle a Teodorete. A esas comparece Ursula con las manos envueltas en el delantal y muy abrigada la cabeza, y ruega:

—Vea, niño Tiodoro, mi queridito. Cuélese p'adentro, que ahora viene Beneda y echa a hablar y a hacer escándalo. Y un niño com'usted se pone a hacele caso y a echale piedra a un patojo más chiquito? La niñ'Elisa no lo regañará, pero lo postra con alguna trisca. Usted bien sabe cómo es ella de burletera. Qué li'hace qu'ese niguatero diga qu'es novio de Raquelita? Ese es un bobo y usted no debe hacele caso. Camine cuélese que yo'staba moliendo cacao y me vine a entrarlo. Si me demoro aquí me hace mal. Camine, que allá le damos agua de azúcar con agrio de naranja, y verá cómo se le pasa la cólera. Eso fue un ilu-

sión que lo perturbó. Nosotras no contamos nada, ni Raquelita tampoco. Ella se comprometió con nosotras a callarse la boca. Qué tal qu'estas niñas Cuencas fueran a saber qui'usted estaba en contiendas con ese mugrosito.

Y Teodorete camina y yo también. Toma milagrosa para la cólera es el tal agrio de naranja.

—Ve, Eloicete:—me dice, no bien se la ingurgita—Es que ese asquerosito se puso a atisbar a Raquel, y como ella no le hizo caso, le canta cosas siempre que la alcanza a ver. Ve qué tan creído es esa porquería. Es que la rabia lo agarra a uno de pronto. Irán a saber las Cuencas?

—No.

—Y ve: Por eso dejé la pelea, y para que Elisa no vaya a determinar rumbarnos lejos para que no oigamos esta noche ni canto ni nada. Caminá sentémonos aquí en el corredor, junto a la ventana, y yo voy a sacar un tomo del Correo de Ultramar, pa que viamos láminas. Y cuando vengán, si se meten en la sala, oímos muy bien.

—Pero ve, Tiodorete: Qué son los ilusiones?

—No sabés? Y en ese monte donde estuviste no había?

—No.

—Fue que no supiste. Ilusiones hay no solamente en el monte sinó en los pueblos. Y no vas a decir nada delante de Amelita ni de Elisa, porque te regañan. Ve: No hay brujas ni duendes; pero los ilusiones sí nos persiguen a todos los cristianos. Son cosas del enemigo malo, que se le meten a uno adentro, pa que cometa faltas y peque.

—Y vos los has visto?

—No siás pendejo, Eloicete: Eso no se ve: Por eso son ilusiones. Pero se le meten a uno adentro, así como se le meten en las narices las jenduntinas y los perfumes, sin uno verlos. Ve: Elisa dice que esas pesadillas tan malucas que me dan es porque he longaniciado mucho y me acuesto entamborao. Pero son los ilusiones que me molestan dormido.

El ocaso y hasta el sur están incendiados; un vientecillo escarbador agita las hojarascas; la música del molino se acentúa, y los borracheros que abajo de la rampa se agrupan, difunden ese perfume delicioso y malsano como la culpa. Vuelve Melita; llega la gente y se arma la tertulia:

—Bueno, Lola:—dice don Eusebio—Por qué no me habías contado que has publicado muchos versos?

—Válgame Dios, tío! Usted también está creyendo tales invenciones? Yo no soy capaz de hacer versos. Soy más sorda que una tapia. Todo eso es por embromar con don Tiodoro y con otros; porque nosotras las Cuencas, dizque somos muy literatas y muy novelescas. En esto sacan de poetisa a Herminia y a Delfina y hasta a Carlota.

—Pues me aseguró una persona que dizque habías publicado versos en un periódico que redacta tu novio.

—Conozco la persona. Es Ceferino. Allá leyó en casa varios números de ese periódico. Han publicado versos de mujeres, con seudónimo, y se supuso que yo era una de esas poetisas. Como Tirso es tan bobo y tan cañero, no me parece difícil que les haga creer algo parecido a los amigos y condiscípulos. Figúrense Tirso!... Se iba a que-

dar sin novia poetisa!

—Sí; fue Ceferino, sobrina. Para qué te lo niego.

—Y no le dijo también que yo era librepensadora?

—Eso si nó, sobrina. No había de ser tan atrevido.

—Pues lo dice, tío. Y yo le levanto el juicio, que no me parece muy temerario, de que le ha salido con todas esas simplezas a don Tiodoro y a doña Rosario. Qué decís, Miguel? Serán caviloseos míos?

—Pues tal vez nó, Lola. Ceferino como se ha propuesto moralizar este pueblo y volverlo conservador, en todo ve herejía.

—No lo diga muy duro, compadre,—dice mamá—porque si don Teodoro y doña Rosario lo alcanzan a oír, no le vuelven a echar la bendición.

—Ni en la hora de su muerte.—dice papá—Ellos pueden dudar del Santo Padre, pero de Ceferino no hay ni riesgo que duden. Todas las cosas que le enrostró la Irenita son para ellos una calumnia.

—Yo creía—dice don Eusebio—que Ceferino se entendía muy bien con todos ustedes.

—Sí, tío.—contesta mamá—Tenemos muchas camaduras. Hasta le he prestado libros para que ensarte pedazos en sus discursos.

—Ese es el más plagiario!—exclama Lola.

—Plagiario nó.—replica Elisa—Como él no publica nada, nadie le puede decir plagiario.

—Y sí te parece, Elisa, que sepa y enseñe

TOMAS CARRASQUILLA

bien?

—Pues... no sé qué decirle, tío. Ese colegio, en que se enseña código civil y filosofía revueltos con elementos de gramática o de cualquier cosa, no me parece que tenga pies ni cabeza; pero de todos modos los muchachos siempre cogen algo. Las mismas pantomimas y alharacas de Ceferino y sus viernes santos con huracanes y tronamontañas, algo pueden enseñarles. No me parece que él sepa mayor cosa, pero querrá decir que estudia parejo con los discípulos. De todos modos, él siempre ha hecho progresar el pueblo.

—Creo lo mismo, Elisa. Allá tengo los dos chiquitos en el tal Colegio de San Antonio. Como son tan desaplicados, poco aprenden; pero otros aprovechan algo. Las mías, como han estudiado en Medellín y Rionegro, nada han tenido que ver con La Inmaculada.

—Pero sí le tocó todo el sainete con Irene?—pregunta Lola.

—No, sobrina. Estaba en Rionegro. No hay qué creer todas las cosas que digan; pero según me ha contado el Venezolano, que no es embustero, eso siempre dizque estuvo algo bochornoso para Ceferino. Me parece que hasta le convino. Apenas así queda en buen punto.

—Sí.—dice mamá—Ya no será mucho su prestigio. Con todas esas peleas y esos chismes de lado y lado, ya no podrá ser el gamonal de hace año y medio. Pero no puede negarse que con todas sus payasadas y sus papeles siempre ha hecho algo bueno.

—Sí, Elisa.—dice papá—Pero ahora le ha dado por volverse misionero y cura y nos va a em-

bromar, porque hasta a mi padre le ha metido el miedo a la herejía.

—Sí, Miguel.—repone mamá—Eso es así; pero yo sigo sosteniendo que con todas esas pretensiones siempre enseña algo.

—Sobre todo elocuencia es mucho lo que han aprendido todos.—dice Lola—Hasta este mico en pesebre, que no ha estado en esa escuela, sabe muchos pedazos de discursos.

—Pues eso también enseña, Lola.—dice mamá—No hay que pensar que en los pueblos pueda haber oradores como Rojas Garrido o como Federico Jaramillo o el Tuerto Echeverri. Pero, al fin y al cabo, aprenden a hablar en público; y si acaso se les ocurre algún día, por lo menos no se turbarán. Por más que nos riamos de todas las bobadas que peroran en los certámenes y en los veintes de julio, no dejan de convenirles a estos muchachos todos esos ensayos. Ya ves que el mismo Brújulo siempre enseña a todos estos muchachitos de la mina.

—Sí, Elisa.—dice Lola—Pero es que Ceferino en todo se mete y todo lo quiere dirigir en el pueblo y ser como el gamonal de la religión.

—Ah, pues que lo sea. Con eso nada perdemos.

—Sí; pero ya ves el francés que enseñará; ya ves que Amelia ha tenido que traducirle las Confidencias y las Veladas de San Petersburgo.

—Pues eso quiere decir que Amelia sabe más.

—No es que sepa más, Elisa: Será que ignoro menos.

—Muy bien, Amelita. Y por qué no opina nada sobre Ceferino?—pregunta el viejo.

—Yo oigo, don Eusebio.—dice Amelita entre veras y chanzas—Yo no puedo hablar mal de Ceferino, porque ambos somos muy conservadores y muy marinillos. El está muy aplicado ahora, y al fin acabará por aprender. En todo tiempo se aprende. Que lo diga Miguel.

—No lo puedo decir, Amelia, porque yo no sé jota.

—Pero usted, Miguelito, no estudió en Medellín?

—Qué iba a estudiar, Herminia. Cuando nosotros crecimos, mi padre estaba en la ruina. Nos pusieron en una escuela de doña Rosalía Gómez, donde nos enseñaron a leer y a escribir. Eso fue todo. Y después me puse a aprender carpintería.

—Y entonces cómo ha hecho—repone Delfina—para hacer esos molinos y esos puentes tan famosos?

—Ni yo mismo lo sé, Delfina. Eso habrá sido con la ayuda de Dios. Sería por lo que les veía y les oía a mi padre Julián y a mi padre. Yo tal vez no había oído la palabra mecánica. Cuando estaba medio grandecito, le oí explicaciones a don Carlos de Greiff. Yo no sabía lo que era Geometría, ni Álgebra, ni Física, ni ninguna de esas cosas, ni lo sé todavía. Antesitos de casarme me dio el doctor Albano algunas clases y me ayudó a conseguir algunos libros elementales. Dos o tres que están en francés me los traducía él, y después me los ha ido traduciendo Amelia y hasta Elisa. El dibujo lo he ido aprendiendo yo solo. Eso es cuestión de pulso y en eso no fallo. Creo que en todas

estas cosas la cuestión es la práctica.

—Eso es así, Miguelito.—repone don Eusebio—Yo entiendo que estos molinos de pisón los han ido aprendiendo a hacer las gentes de Antioquia con la práctica. Al doctor Mac Ewen y al mismo doctor de Greiff y a Mr. Moore les han llamado la atención. Creo que el primero que hizo aquí molinos de pisón fue un francés, un tal Luis Moneret, si no estoy mal; pero aquí los perfeccionaron un tal Baena, don Tiodoro y otros.

—Cómo no, don Eusebio. Leonardo el de don Mariano, que estudió estas cosas de minería en Europa y en los Estados Unidos, se encantó con un molinito que le hizo Eladio Dávila a Martiniano y le mandó a hacer otro igual para mandárselo a Europa a uno de esos místeres de por allá. Aquí me mostró la carta que le contestó: Dizque le pareció cosa muy buena. Ya ve qué tan sabidos resultámos.

—Sí, Miguel. No lo diga muy en charla.

—De acuerdo, tío.—dice mamá—Yo conozco cierto señor que resultó arquitecto, sin comerlo ni beberlo. Sacó diseños para iglesia; carpintió altares muy bonitos. En una iglesia ha metido mucho la mano.

—Ni modo de negártelo, hija. Esas son cosas de la necesidad. Yo no era sinó un carpinterito de mala muerte. Pero me ví tan arrancado que determiné meterme de iglesiero y de altarero. En Rionegro conseguí un Vignola, y de ahí saqué toda mi sabiduría.

—Hasta el juicio lo sacaría de allí, tío.

—Pues no te quede duda. Tengo que contárselo a Ceferino para que vea la influencia de las

cosas religiosas: yo era un tronerita que no hacía más que dar serenatas y rodar los huesos de Santa Polonia. José Joaquín y Leandro vivían confundidos conmigo. Mi mujer no, porque esa siempre ha sido tranquila.

—Yo no sé—dice papá—de donde les ha venido a ustedes los Cuencas toda esa canela para trabajar y conseguir, y esa decisión por los libros y los estudios.

—Pues yo tampoco lo sé, Miguelito. Cuando murió mi padre éramos unos mocosos. Yo ni me acuerdo de él. Creo que nos dejó una casita; pero mi madre era de armas tomar. Trabajaba como una negra y era la estanquera del tabaco. No sé cómo haría para mandarnos a Rionegro, a casa de la tía Pascuala. En una escuela del maestro Balcázar nos enseñaron a medio leer y escribir. Esa era toda la escuela que había allá, en los tiempos de la Patria Boba. No me acuerdo haber visto en casa ningún libro. Mi madre me parece que firmaba a ruego, y creo que la manía librera le vino a Leandro y se la contagió a José Joaquín y después a mí. Y como en esos tiempos trajeron tanto libro, seguramente nos entraría la culequera de la letra de molde.

—Pues la culequera me parece que les va a durar hasta que se mueran.—dice Lola—Y se la contagiaron a los hijos, especialmente a las mujeres. Por lo que es mi parte, pienso seguir culeca hasta que Dios me llame.

—Sí creo.—dice papá—Con Tirso te vas a acabar de empiorar, como le sucedió a Carlota con el doctor Cuesta.

—Sí.—dice don Eusebio—Carlota tenía que

casarse con hombre letrado. Desde niña era muy aficionada a estudiar y en San Juan se ha encontrado en su elemento: entre José Joaquín, el doctor Albano y mi yerno, han formado una trinca tremenda y han juntado tantos libros y tantos periódicos, que hasta por aquí nos llegan las colas. Y como Leandro tampoco se queda atrás con estas librerías, yo me he visto envuelto en la corriente de papeles y libracos.

—Y nosotras también.—asegura Herminia.

—Sí.—dice Delfina—Por qué nos vamos a quedar atrás de Elisa y de Lola?

—No se crean muy atrás. La sabiduría de nosotras no es sinó bambolla. Yo recibí algunas clases después de casada. Y eso porque el doctor Albano y Federico me metieron en tales enredos. Medio traduzco del francés y eso por leer libros divertidos. Esta Lola como que sí ha estudiado algo de gramática; pero yo nó. Mi traducción debe ser muy disparatada, porque yo no sé castellano. Aquí la única que sí ha estudiado y sabe es Amelia, aunque se haga la disimulada.

—Sí me gusta estudiar; pero eso no quiere decir que sepa. El francés medio lo escribo y medio lo pronuncio.

—No se haga la modesta.—dice Delfina—El doctor Justiniano Montoya nos aseguró que usted era la mejor de sus discípulas y que tenía muy buena pronunciación.

—Eso dice el doctor Albano.—interviene Lola—Y él pronuncia muy bien, porque estuvo en Francia.

—Bueno, tío;—dice Elisa—bajemos al triste

mundo. Qué quiere merendar?

—Ve, hija; mejor sería que lo dejáramos para después, porque con esa comida que nos diste no me cabe todavía. Yo no sé qué dirán estas muchachitas.

La señora se retira para mandar las niñas a la bendición de los abuelos y para acostarlas. A poco suena el esquilón. Y como este rito obliga a visitados y visitantes, a rojos y celestes, todos acuden al reclamo.

IV

Acabado el rezo principia la sesión en nuestra casita. Herminia canta El Pirata y El Mendigo. De Espronceda se pasa a Gregorio Gutiérrez González:

Nadie te canta rey de los infiernos.

No hay una lira que te dé su voz.

.....

Tan alta es la ocasión, que doña Martina y Angelina comparecen en nuestra sala con Amelita. En seguida, don Teodoro.

—Aquí vengo, mis niñas, a que m'echen un canto bien alegre. Pero no me vayan a salir con eso que aprendieron en Medellín y que les alcancé a oír en el pueblo la otra tarde. Esos son los chillidos de monos en el Porce, que trajo la tal Azzunta Mazzetti. Este Eusebio y José Joaquín, como son tan amigos de novedades y de modas, juran y perjuran que eso dizque es la cosa más linda. Guillermo Mc Ewen, que estaba trastornado con esa muchacha, me hizo ir dos veces. Pero no pude aguantar la función: las dos veces me salí en la mitad. Y eso que ese diantres de cantatriz es de

lo más lindo que se ensilla. Quién sabe en qué bundes andará a estas horas. Por supuesto que a todas ustedes les parecerá eso cosa del cielo. Elisa y Amelia todavía están ponderando la tal Azzunta. Y la Mulata me parece que hasta se desmayó.

—Una mera vez, don Tiodoro, porque soy muy sorda. Pero estas y Carlota que son músicas, se desmayaron todas las veces que fuimos.

—A esta Martina tampoco como que le pareció la ópera.—afirma el viejo.

—Lo que fue el canto, nó.—replica la nueva—Yo no entendí jota: Me quedé como perro en misa. Hasta mejor sería, porque esa tal Traviata dizque es muy inmoral.

—Usted ha oído cantar turpiales, doña Martina?—le pregunta don Eusebio.

—He oído muchos y eso sí me parece muy bonito.

—Y les ha entendido?

—Entenderles, nó. Yo no les entiendo y creo que ninguno les entiende.

—Pues eso es la Mazzetti; eso es la ópera y eso es la música: para oírla y para sentirla; nó para entenderla.

—Qué opinás, Martina?—le pregunta papá.

—Así será, Miguel.—repone ella muy displicente—Pero se lo podían avisar a uno.

—Vea, Martina:—dice mamá—Eso es cuestión de gustos, y por los gustos se venden los calamacos. No es a usted sola ni a don Tiodoro: A muchas personas les parece la ópera italiana cosa muy fea. Bueno, primitas: Si saben algún bunde

échenselo a don Tiodoro, que eso es lo que a él le gusta.

Cuál sería? Cuál no sería? Al fin, el guitarrón punteado por Amelita, la guitarra por Herminia y la bandola por Delfina, preludian, entre festivas y melancólicas. Y la voz de la bella, sombreada por la de su hermana y con requinto de Amelita, modulan:

La perl 'e María 'e la O
no es más bonita que yo.
Más bonita sí será;
pero más graciosa nó.

Cómo jacen loj negroj
pa resollá;
cómo jacen loj blancoj
pa respirá.
Ja! ja! ja! ja!

La Habana se va a perdé
la curpa tene er dinero:
loj negro quiere ser blancoj;
loj mulato, caballero.

Y tal y cual.

—Eso sí es canto!—exclama el viejo—Muchas gracias. Y me voy a acompañar a Rosario para que venga Ignacia, porque esta noche la tiene la custodia muy disipada.

—Hágala venir pronto, don Teodoro,—dice Lola—para echarle una canción bien amorosa, de esas con besuqueos y todo. No te parece Angelina?

—Ustedes sí son muy capaces. Pero hay que ser serias, porque ni ella ni mi madre aguantan estas canciones.

—Ni Angelina Palmera tampoco.—repone Lola—Pero éstas saben el

Quisiera yo, Señora,
oh dulce Madre mía...

que ella nos enseñaba para rezárselo a la Virgen en el mes de María.

—Tampoco, Lola. No hay qué exagerar.

—Bueno; pues te dejamos para que escojás, porque nosotras no sabemos poner las cosas en su punto. Pero mientras tanto vayan cantando El Volcán, para que cuando venga las encuentre en la mitad y tenga que oír lo más miedoso.

—Sí; echen El Volcán.—dice papá muy entusiasmado.

Y lo echan:

Por qué cuando miro tu rostro divino,
incógnito fuego circula en mis venas
y siento me oprimen de amor las cadenas
y quiero y no puedo decirte mi amor?

Qué sería? Sería yo el oprimido? Me siento fuera de mí. No sé si es susto, si es alegría, si es tristeza. Yo, que sólo he oído cantar en la iglesia y al mero Fabián Pulgarín, me admiro de que las mujeres canten tan bello. Hasta la misma Amelita se me figura hermosa. Y Herminita? Esta Herminita!.. Teodorete enmudece quietecito. Estamos en el corredor; hemos apartado la banca y apoyado las cabezas en el primer travesaño de la ventana. Nos acompañan don Isaías el despensero, Largo Valencia, Beneda, la servidumbre de la casa y no sé cuántos más. Oigo los gemidos lastimeros de Tom, encerrado en el cuarto de las sirvientas. Beneda está recostada en la baranda y se

tapa la cara con la diestra.

—Ave María, Jacoba!—murmura muy suspirona—No es al perrito tan solamente. Yo no sé qué será; pero estos cantos y estas guitarras le alborotan a uno el gusano que tiene por dentro.

—Tentaciones del enemigo, Beneda.—declara Ursula—Es que el canto, de puro bonito, más bien da congoja.

—Congoja?—interviene Largo Valencia—Yo sé qué son las congojas que las pañan a ustedes. Ai está Beneda viendo al negro Benito todo patiabierta en la barranca, echándole cantos.

—Pa qué si no es la verdá!—gimotea Beneda, enjugándose los ojos con el delantal—Hasta pecao será que le cuelen a uno ganas de llorar. Es que ni Patrón ni Patrona ni Patroncita les gusta qui'uno sea dichoso. Ai también tará la niña Angelina con la gusanera enconada: Ai tará viendo al niño Enrique. María Santa, Jacoba! Es mejor ime a rezar mis oraciones, a ver si en eso va.

Y sale, asentando sus patas de elefante en aquel entablado tan crujiente.

Ignacita comparece. Cómo es de querida. Se le ve por encima todo lo buena que es. Parece más bien una muñequita o una santica de palo, larga y escurrida. Su cara tan blanca, sus chapietas, y ese cabello acanalado sobre las sienes, la hacen más imagen. Lleva su vestido habitual de una tela oscura, medio ceniza; una pañoleta blanca prendida con un medallón de loza con el Corazón de Jesús, muy pintado. Al cuello el óvalo de oro con el Lignum Crucis.

La ovacionan.

—Muy bueno que haya venido—dice mamá—para que cantemos un tedeum con estas cantatrices y guitarristas. Siéntese aquí, en la tarima, para que oiga bien.

—Con alma, vida y corazón.—dice sentándose, con su voz opaca y un tanto enredada—Esto es un tedeum de todos modos. No es cierto don Eusebio?

—Cómo no, Ignacia. Hay que darle gracias a Dios con alegría.

—Ponga harta oreja pues, Ignacita,—dice Amelia—porque aquí le tenemos preparada la oración. Nosotras también sabemos cosas religiosas.

Va de cifra, y cantan:

Mirad de Dios la mano
que al hombre da sostén.
Pensad en el arcano
que a todos da su bien.

Mirad al manso río
y el anchuroso mar...

Todos aplauden por Ignacita. Y ella pide:

—Bueno. Echenme una encimita de La Madre, que es tan religiosa y tan tierna.

Y va:

Cuán buena fuiste tú,
madre querida,
cargada de dolor sin regocijo.

Te olvidabas de tí
sólo por tu hijo;
sólo por tu hijo
era tan sólo tu oración.

Arado por las lágrimas tu rostro,
tus sienes agobiadas de agonía,
sólo por mí tu corazón latía.
Yo solo te llenaba,
te llenaba el corazón.

Me levanto.

—Por qué te vas?—pregunta Teodorete.

—Es que... estoy cansao de esta banca.

Me voy hasta el ángulo que da a La Placita. Como Beneda, me apoyo; como Beneda, me enjugo. Me contraigo; me frunzo para que no me sientan, para que no me vean. Ay, mi madrecita tan linda, tan formal! Mi madrecita sí era sér perfecto porque se parecía a la Inmaculada. Allá estaba en el Cielo pidiendo por mí. Rezo. No sé qué, pero rezo. La ráfaga pasa pronto, y siento cierta dulzura para mí desconocida. Parece que los borracheros hubieran agotado su esencia en la orgía. El cidrón, la yerbabuena y la albahaca me regalan ahora su fragancia religiosa, para que me consuele y me alivie. Y las estrellas me indican los roticos por donde todos vamos a entrar a la gloria. Allá en Aguaslimpias estarían Nicanor y Cantalicia cargando tal vez al Escribanito.

Por ahí viene Minos, tan raro, con una ruana muy grande. Se baja por la escalita de la esquina; se apoya en el poste. Siempre tan apartado, tan señero.

Diré desde ahora quién es Minos. Cualquiera día recaló por estos minerales, con dos hijos zagalones. Decía ser oriundo de Riosucio y traía no sé qué certificados de curas y alcaldes. Y les contó a los patrones su historia, que poco después se divulgó. Había dado muerte a un hombre porque lo encontró en su casa. Ningún castigo recibió de la justicia. A su mujer la había dejado sola para que hiciera cuanto le diera su gana. Pero se trajo sus dos hijos. Pronto vieron que a más de buen lavador y mejor carretero era padre ejemplar, muy devoto, muy caritativo. Cuidaba a los enfermos, amortajaba a los muertos, ayudaba a todos. Ignacia descubrió que había sido sacristán y fámullo de clérigo; que sabía ayudar a misa y a otras ceremonias rituales; que era más limpio que el agua y más higiénico que el jabón, y que entendía en toda labor casera. Y cágame a Minos de camarero tutelar de don Julián, con el aditamento de jardinería y barbería, de blanquimentos y sacristaneos. Por este tiempo había casado sus dos hijos y acentuado su religiosidad con novenas y lecturas devotas. Su tarimacama, al propio frente de la del anciano, huele a ropa recién lavada. Ignacita lo tiene por un arrepentido a estilo de San Agustín, y las gentes aseguran que usa cilicios y que ayuna como un penitente.

Es reseco, chamizudo, casi imberbe, y tipo acentuado de indio. Con sus buenos dientes y su pelo negro y esa cara hermética, no se sabe si es joven o maduro. Sólo habla lo preciso y come en su mesita aparte, equidistante de señores y servidumbre.

Vuelvo a mi puesto de la ventana. La señorita Palmera como es tan ordenada, se alza de su

puesto con muchísimo recogimiento y va a despa-
vesar las dos bujías que arden en la cómoda. En
altura y delgadez sostiene el apellido, pero no se
cimbra: es palma rígida, de tronco inmovible.
Tiene trenzas muy largas, cara muy blanca y muy
perfecta, pero de expresión adusta. Viste traje de
muselina clara, muy elegante y sobrio en adorno-
nos; calza por lo fino, acaso mejor que las Cuen-
cas. Hay en toda su persona un exceso fanático de
pulcritud y compostura desprovisto de gracia.

Se retira con la tía, escoltadas por Minos. Y
a poco aparece en la sala nuestra vecina Tilita, la
esposa de don Clemente. Qué recibimiento! No le
sacan la custodia, porque está en el pueblo.

—Ahora sí se compuso el cuento.—dice papá
muy entusiasmado.

Y todas hablan a la vez. Por fin distingo la
voz de Lola.

—Vean esta ingrata a la hora que se apare-
ce! Creímos que te habías ido. Pasámos por tu
casa esta tarde, y parecía deshabitada.

—No me culpés, Negra! Era que estaba muy
fea y muy estripada y estaba planchando la mu-
da para venir a verlas.

—Pero caramba, Tila! Cómo viniste de bien
puesta y bien peinada!

—Sí, m'hija. Desde esta mañana me hice
trencitas, para parecerles bien crespas y bien mu-
chacha.

Doña Tila hace una cara y unos mohines y
unos ojos, que yo me quedo sin saber si habla de
verdad o de mentiras. Y veo que doña Martina es-
tá como yo, entre si estira la trompa o se ríe.

—Pero qué tan linda, ole Tiodorete!

—Sí; Tilita es muy linda. Pero fijáte: Es lo mismo qui'una muchacha. Y qué te parece que le lleva un año a Elisa.

—Y por qué no vino Clemente?—pregunta don Eusebio—Nos prometió esta tarde, en la carpintería, que vendrían juntos.

—Clementón? Sí: Vos lo conocés. El día que cumpla lo que dice hay que llamarle el cura. Y bueno, doña Martina. No me ha querido pagar la visita. Ya hace como mes y medio que está aquí. Ha pasado por mi casa dos veces, y no ha querido entrar.

—Pues es que yo me mantengo tan envoltada, Domitila; pero por allá me le aparezco un día de estos...

—Pero me avisa, señora, para tener la casa bien barrida.

—Ya no la barrés, Tila?—dice don Eusebio—Qué te sucedió entonces? Porque antes lavabas el agua y blanquiabas la cal.

—Esos tiempos pasaron ya, Eusebio.

—Estás peliada con Clemente?

—Con Clementón? Ya se lo quisiera!

—Me ha parecido que está muy asentado.

—Mucho, Eusebio. Y se ha vuelto más buen marido... Ahora me está adorando. Se va los sábados para el pueblo a dar serenatas y viene el domingo por la mañana. Yo lo siento desde que asoma al alto, por el olor del aguardiente. Pero ya no viene bravo. Se me arrodilla a quererme y adorarme: Yo dizque soy la reina; que no dizque hay

una mujer más bella y más querida que yo. Y así que se le va pasando, me dice: «Ve, m'hijita, andá haceme un caldito de huevo con culantro». Me da gana de estriparlo. Pero tengo que ponerme, muy en ello, a hacerle el caldo; y cuando no encuentro culantro, le echo pajarito o cualquier yerba que encuentre. Un día de estos lo enveneno. Pero ve, Eusebio: Con el último trago se queda hecho piedra todo el santo día, y yo me vengo para acá o salgo a ventiarirme por ahí.

Todos le ríen sus genialidades.

—Pero ve, Eusebio: Quién sabe de qué carnadura estará hecho ese primo tuyo, porque con todo lo que ha bebido y vagamundiao, no si'ha dañado ni si'ha envejecido.

—Y vos estás con mucha gana de que se dañe para que no te lo sonsaquen.

—Yo, sí. Y vean, muchachas: Ustedes dizque tienen unos novios por allá en Rionegro o no sé donde. Si son buenos mozos, déjenlos; busquen un feo. No hay cosa más horrible que estar casada con hombre bueno mozo y serenatero.

—Pero si don Clemente pensara como usted, Domitila,—dice doña Martina, allá muy solemne—ya se habrían separado; porque usted, niña, todavía está muy buena moza. Cómo sería cuando se casaron.

—Nosotros? No se figura, señora. Cuando salimos de la iglesia se paró el sol para vernos.

—Y adónde se conocieron?—interroga doña Martina.

—En Envigado, señora. Y teníamos que casarnos: El cantaba muy lindo y yo también. Éramos el sireno y la sirena, que tenían que toparse.

Como él es carpintero y fiestero nos fuimos a recorrer. De Envigado fuimos a templar a Manizales y de Manizales a La Blanca. De ida y vuelta vivimos en todos esos pueblos: En Aranzazu, en Neira, en Salamina, en Abejorral, en Titiribí y Amagá. Y en todas partes dábamos el golpe con las serenatas y con lo lindos que somos. Y en todas partes pasamos las de San Patricio. Pero yo aprendí a engañar el hambre y a hacer milagros. Le dimos muchos angelitos al Cielo y algunos a la patria.

—Cuántos han tenido, pues?

—Once en fundamento, doña Martina. Aquí tenemos los seis patriotas.

—Pues deben ser muy buenos mozos.

—Tan feos, señora, que tengo que esconderlos. Hasta pueden creer que no son hijos d'ese muhán.

—Qué opinás, Martina,—dice papá—d'esta comadrita que tenemos por aquí?

—Pues muy simpática...

—Allá verá, doña Martina, cuando me conozca bien. Fue que el otro día que nos conocimos, ni pudimos hablar, porque había mucho envolate. Es que usted apenas me ha sapotiao.

—Y todavía canta?

—Yo sí, señora. Pero unas canciones tan feas y tan pasadas y con esta voz que ya se me volvió un casajero. No es como la del Clementón, que no le entran ni los años ni los aguardientes. Pero no echemos más pico, porque yo vine a oír estas muchachitas. A ver: Canten todas las canciones

nuevas que tengan, porque en otra no me vuelvo a ver.

—Echelas usted, Tilita.—dice Herminia—Nosotras no somos sinó unas aprendices.

—Sí, Tilita.—dice Lola—Echále una canción bien calentucia a esta Martina, para que vea todo lo despejadas que somos las montañeras metidas a gente.

—Sí, Domitila. Una canción vieja, bien bonita, porque ya está algo tarde y no quiero irme sin oírla.

—Si este viejo me acompaña, sí.

—Sí, tío!—piden a la vez las dos sobrinas.

—Vean:—dice el viejo—Tila y yo hace tiempos que no cantamos juntos y a los cincuenta y tantos años no se pueden hacer muchas filigranas. Es hasta feo que se ponga a cantar un currutú entre cucaracheros.

—Bueno.—dice Amelita—Si no están de acuerdo, canten cada uno por separado.

Primero Tila.

—El Preso en Cadenas!—le dice don Isaías, desde el corredor.

—Sí! Sí! Sí!—proclaman—Esa!

—Apuesto a que Martina no sabe qué es El Preso en Cadenas.—dice Lola.

—Ahora lo oigo mentar...

—Si fueras tan ilustrada como nosotras, sabrías que eso lo compuso el Tuerto Echeverri en la cárcel de Abejorral.

—Y que la música se la puso Raimundo Patiño.—completa don Eusebio—Oiga bien, que eso sí es música y eso sí es letra. Tiene seis partes.

Patria! Patria! Tu dulce recuerdo
A los libres anime y sostenga.
Una voz, un cantar sólo tenga
El patriota que mire tu faz.

Y por ahí sigue, ahora en lamentos, ahora en hurras.

Qué dijera Fabián Pulgarín? Tilita tiene unas trenzas muy largas, traje claro, cinturón negro; y, ahorcándole aquel cuello, un cordón que cae y se recoge en el cinturón. Valientes ojos tan bellos y tan garzos! Valientes pestañas tan crespas! Pues, y esa boca y esos dientes? Y aquel garbo y aquella sal. Aquel modo de agarrar la guitarra; aquel recorrer de dedos, de la izquierda; aquel pellizcar de cuerdas, de la diestra, hacen que no recuerde más a mi madrecita. Todo esto serían enredos de algún ilusión?

Ahora el tío:

—Prestáme, Herminia, la guitarra.

Recibe y le arregla el temple.

—Canto no hay ni riesgo; pero sí les voy a mostrar una de mis habilidades. Ha oído La Exposición, doña Martina?

—No, señor.

—Pues óigala, aunque yo apenas medio la toco. Es una retreta y de una ejecución muy difícil.

Y aquel viejorro se pone muy en ello y saca sonidos y da golpes en la caja de la guitarra, como si fuera un tambor, y hace vibrar las cuerdas

como si fueran corneta. Y cambia, en un instante, una cosa por otra y desenreda eso tan particular, que yo no imaginara en tal instrumento.

Qué aplausos!

—Esto merece trago, don Eusebio.—exclama papá.

Y alza con él para el cuarto de los huéspedes. A poco tornan con Jacoba, que trae copas y botellas.

—Vos también tenés qué tomar, Martina, aunque te dé dolor de cabeza.

Y Amelita escancia. Oporto para las damas, brandy para don Eusebio y aguardiente auténtico para papá. Y hasta verte, Jesús mío!

—Bueno, Lola:—dice papá—Si no sabés cantar, le vas a representar a Martina algún pedazo de comedia.

—Sí, sí!—dice Lola—Para escandalizarla. Vayan tocando algo.

Y en un soplo se entra con Amelita.

—Usted habrá sido el maestro de sus niñas, don Eusebio?

—Muy poco, señora. Ellas han estudiado en Rionegro con Santiago Gregory, y en Medellín con Juan de Dios Escobar. Aquí en el pueblo ha trabajado hasta hace poco tiempo, en la iglesia, un cantor y músico estupendo. Es Jesús Rincón, un joven de Marinilla. Es hijo de Emigdio, el arquitecto de la iglesia. Tan bueno será, que lo pidieron de Medellín para dirigir el coro cuando las óperas de la Mazzetti. Jesús les ha enseñado también

a ellas y a Amelita. Compone muy bien. Esa canción al diablo, se la arregló él a Herminia.

—Por lo que veo, en La Blanca todos como que son músicos.

—Por lo menos muy aficionados. Tenemos a Joaquín Gómez, que es uno de los mejores requintos del Estado. Hay dos bandas muy regulares. Y muchas señoras y señoritas y hasta hombres, cantan bastante bien. En estos pueblos hay qué inventar algunas diversiones para matar el tiempo en algo agradable.

Hasta bruja sería esta Lola. En un instante aparece con el pelo echado por delante, muy blanca, ojeras enormes y medio arrebuja en una sábana. Y avanza, muy misteriosa, con un manoteo y una cosa allá que nunca había visto.

Ampárame, por Dios,
Ay! Te buscaba;
No te separes
de la vista mía.
Pues se me figuraba
Que la sombra del muerto
Me seguía.

.....
Y se van al jardín, tronchan las flores,
Que en la gruta tenía preparadas,
Para corona virginal de amores.

Virgen Santa! Qué sería eso tan bello y tan miedoso? De dónde sacaría Lola estas hablas?

La rosa blanca es una flor tan triste!
Hay en su palidez tanta amargura!
A tocarla mi mano se resiste:
Me parece una flor de sepultura.

Me estremezco. Torno a llorar y torno a levantarme. Lola que acaba, y un aplauso que resuena en el corredor de La Placita. Y una voz exclama:

—Repita, mi señorita.

—Brújulo!—chilla Teodorete.—Cuándo nó!

—Entre, maestro.—vocea mamá, saliendo a la invitación—Entre.

—Un millón de gracias, mi sá Elisa. Aquí estoy muy bien. Hace rato estaba escuchando.

—Entre.

—Vea, mi sá Elisa: No estoy en traje para entrar en un salón de tanto respeto.

—Bueno: Entonces éntrese aquí al corredor y se sienta en la banca. No se quede allí en el patio.

—Sí, sí.—Dice papá—Siéntese y se toma un trago.

Y él mismo sirve uno del blanco y se lo lleva, y aquel dómene se lo apecha. Lola ha desaparecido.

—Bueno, Cataño:—suplica papá—Echeles un discurso bien bonito a estas niñas, ya que está tan contento; échelo desde aquí, y cortico para que le quede mejor.

—Me permite un minuto.

Qué tanto sabe el maestro! Consigue taburete y se apoya en el espaldar como en un púlpito, y dice con voz un tanto chillona, con inflexiones y tonos muy sermonarios y alargados:

—Señores: El magnífico y espléndido espec-

táculo que tengo el honor de presenciar en este patriótico banquete, es uno de los triunfos más grandes que pueda presenciar un modesto hombre de ciencia, en la trayectoria de su vida educativa. Porque yo, señores; yo, señores, poco há me hallaba en el recinto de mi hogar, cuando pasó un labriego o acaso un labrador y le oí decir que en este palacio de La Mayoría pulsaban la lira y cantaban los ángeles y los serafines. Y yo, señores; y yo, señores, pasé de la tristeza y de la soledad de mis estudios, de mis estudios inauditos, a llenarme de júbilo para venir a este recinto, para llenarme de estas alegrías sociales, como se esparcen los rayos del sol al pasar una negra tempestad sobre los bosques y sobre la verde esmeralda de los prados. No fue pues, señores, una vana y quimérica ilusión que había cruzado por mi mente calcinada por los profundos símbolos de los que sabemos pensar. He dicho.

—Muy bien, Brújulo!—chilla Teodorete entre la ovación.

Y yo estoy pasmado; completamente pasmado. Me despasmo porque me viene una ráfaga, no ya de yerbas saludables, sino de fritanga longanicerá. Y a poco comparece Ursula en la puerta interior.

—Ya está, niñ'Elisa.

—No te vas, Martina. El que toma trago tiene que cenar.

—Eso si nó, Miguel. Con el poquito de vino tengo para que me dé jaqueca. Déjame ir, porque ustedes son capaces de quedarse hasta media noche.

—Sí.—dice Lola—Nada más que por consu-

mir harta esperma; pero no se va.

Y se planta en la puerta como si atajara.

—Haga alguna vez un disparate, que todo no ha de ser juicio. Se toma siquiera un cacao con chicharrón o voliao. Vea que es por la custodia.

Y Lola se lleva a doña Martina, y todas salen.

—Para todos alcanza!—invita mamá—Vea, Largo Valencia: Corra la mesita a la punta del corredor, porque no cabemos allá. Siéntense Isaías y el maestro con este par de musiquitos. A ustedes los grandes les voy a echar un trago por la ventana. Creo que no se oponen.

—Ni yo tampoco, doña Elisa—dice Largo Valencia.

—Vos? Cuándo habías de oponerte. Para los otros que estén también hay. Digan a ver.

Y no sé cuántos más resultan para trago y cena. Antes de que termine esta de Camacho, se escurre la señora chocolatera. Y cuando todos vuelven, dice papá:

—Vea, don Eusebio: No nos podemos acostar inmediatamente, porque tenemos que hacer la digestión. Sigamos en el bureo.

—Sí, Eusebio.—apoya Tila—Por eso no se va a trastornar la naturaleza ni te vas a perjudicar en tus negocios. Echemos un bailoteo y unas vueltas bien guachaquiadas. Vea, Largo Valencia: Traiga su alazana y el flautín, que esto con música tan aseñorada no resulta.

—A tus órdenes, Tila. No le hace que nos quebramos.—dice don Eusebio.

Las diez suenan.

Amelita rasga el vihuelón; sopla el factotum en el popo pastoril y Delfina le echa espatulilla de cuerno a su meloso instrumento. Las vueltas, las regocijadas vueltas, esa transformación combinada de zambra y fandango hispanos, y amonañerados por nuestra región, alegran corazones de nobles y plebeyos.

Tilita y don Eusebio en el puesto? Los asistentes se arriman a las paredes para ensanchar el proscenio. Tila gira, recogién dose la falda, mostrando pie combado y puntillas albas. El viejo se remoja, hecho un galán. Y de aquí para allá, de allá para acá, gallardea y echa unos zapateos, que aquello es compás sobre compás. El y ella lo entienden.

—Cómo sería de tremendo don Eusebio!— exclama Ursula.

—Callá la boca.—afirma Jacoba—Tan rico, tan noble y sin orgullo. Bendito siá Dios! Y ver tantos zambos tan filáticos.

Papá y Herminita los sustituyen. No le va muy en zaga a su tío político. En cuanto a la bella, no sé cómo lo diga. El mimo, la agilidad, la coquetería, la hacen dar vueltas. A veces se me hace un pajarillo, a veces un trompo sereno. También asoma aquel pie tan diminuto y tan cuco; también asoma blancuras y randas.

Lola no puede contener la risa. Y en cuanto acaban, le dice papá:

—Bien podés reírte de nosotros, Negra envidiosa.

—Es que me figuro cómo estaría doña Rosa-

rio si viera a Herminia. Cómo le parecería de des-
envuelta y descocada!

—Esta sí es la boba!—risotea mamá.

—Toquen un valse o una polca, para que echemos unas puntas de abracijos. Yo, con este viejo Eusebio, y Delfina con Miguel.

Y bailan; pero a Lola no la deja la risa.

Turnándose bailan no sé cuánto, y hasta mamá echa su punta con el tío. Amelita y Herminia ejecutan ellas solas la polca de tacón. Caramba! No sé cómo hacen para sacar tan bien las paticas y parar las puntas y hacer aquellas andanzas y aquellas figuras. Cuando me pusieran botines y vestido de pañete, como a Marto, iba a aprender a bailar todo eso. Qué tan bueno que fuera con Herminita! Qué tal que mamá me adivinara estas ganas!

Todos salen para La Casa Grande a llevar los huéspedes a los dormitorios, y vueltos a casa recibimos la bendición, y... cada mochuelo a su olivo. Tal vez por tantas y tan encontradas emociones caigo a la cama como un tronco. Ni el esquilón me despierta. A las siete, cuando salgo del cuartucho, sólo encuentro a Amelita cosiendo. Todos se han levantado a despedir a los huéspedes. Mamá y Lola andan por La Casa Grande. Theodore se ha ido con papá, y Jacoba y Laurencia con las niñas. Mientras Amelita cose, yo tomo tiza y tablero. Y de repente, sube el maestro la rampa. Se cuela. Saluda desde la barandilla, con el sombrero quitado, y, previas las fórmulas urbanas, dice:

—Yo venía a dos cosas, mi señorita: A ver si me podía suministrar papel de marquilla, para hacerle el consuelo de ausencia a la señorita Lo-

la, que me encargó ayer tarde; y a ver si me empresta la pastilla de laca, que la mía se me acabó. Es que quiero hacerle una cosa muy buena.

—Con mucho gusto, maestro. Permítame que voy a buscarla.

Mientras Amelita torna, el maestro me dice:

—Sí que me gusta, jovencito, verlo estudiando. Los hombres sabios son los llamados a gobernar los pueblos. Pero, primero que todo, debe estudiar la parte educativa. Un jovencito sin educación es como una flor sin perfume.

—Sí.

El maestro recibe hoja y pastilla, y dice:

—Un millón de gracias, mi señorita. Yo le agradeceré eternamente este servicio, porque el hombre sin gratitud es indigno de la sabiduría y de la gloria. Y vea otra cosa, mi señorita: Yo pensaba elevar una queja a don Miguel o a mi sá Elisa; pero quizá sea mejor elevársela a usted.

—Qué será, maestro?

—Una cosa bastante desagradable. Anoche, en presencia de personas de tanto respeto, el jovencito Teodoro me gritó un apodo que no conviene. Los apodos siempre son hirientes para una persona de dignidad; porque yo, mi señorita, aunque sea un maestro pobre y esté casado con una joven campestre, soy hombre de mucho punto y no me gusta que me quieran poner de mingo.

—Y qué fue lo que le dijo Teodoro? Yo no oí ninguna cosa desagradable...

—Sí. Me gritó «Brújulo», con mucho sarcasmo, dos o tres veces!

—Yo le oí. Pero yo no sabía que eso fuera un insulto. Eso es una palabra que le debe agradar mucho, porque es un elogio. Usted es muy instruído y sabe muy bien que la brújula es la que dirige a la gente que está perdida. Decirle Brújulo, es decirle maestro y guía.

—Así será, mi señorita Amelia?

—Así es, Cataño; no le quede duda. Un maestro es un Brújulo. Todos los que enseñan son brújulos. Don Ceferino es el brújulo mayor de estos lados. Ojalá me dijeran a mí Brújula, por las bobadas que he enseñado. Qué más me quisiera yo! Usted, que ha estudiado mucho Telémaco, sabe quién fue Mentor: Pues Mentor y Brújulo son una misma cosa. Hasta Nuestro Señor Jesucristo dijo que El era el camino. Y hubiera dicho la brújula, si en sus tiempos se hubiera usado. Porque, ya ve: Siempre guía más la brújula que un camino.

—Me va convenciendo, mi señorita...

—Me alegro mucho, Cataño. Y deje que le digan Brújulo. Mejor para usted.

Una sonrisilla parece animar la cara amarillenta del dómine, y se despide muy satisfecho.

—Ya ve, pues, Eloy, en las que se meten los muchachos con las groserías. Desde anoche le echó su buen regaño Elisa, y en la mañana no le ha hablado. El pobre, de puro encorizado, se fue con Miguel por aquí, por el Molino del Medio. Ya ve, Eloy, lo que sacan los muchachitos con la gana de hacer papel y de lucirse delante de la gente. Usted sí entiende bien lo que es hacer papel?

—Sí.

—Pues muy bueno que lo entienda, para que

no se le vaya a ocurrir.

—No hago papel, Amelita. No se me ocurre.

Lola vuelve y emprenden labores de corte y costura. Yo paso del tablero a leer en el compendio de Carreño. Siento que entra doña Rosario. Me acerco a la ventana y finjo estudiar, oreja alerta.

—Cómo está de calavera.—dice Lola—Hace bien en aprovechar esta mañana tan linda.

—Pues fue que Ignacia y Minos amanecieron con la blanquiadera enconada y me están limpiando el cuarto. Allá dejé a don Julián con Angelina.

—Y Elisa qué camino cogió?

—Se fue a escribir al tal Gabinete Azul. Eso va a ser de todo el día; porque Elisa, cuando agarrara pluma, no acaba nunca. Yo no sé qué son tantas cosas que tiene que escribirle a la gente. Y vea una cosa, m'hijita. Yo le venía a hacer una advertencia. Vea: No le vaya a cortar a esta muchachita Raquel esos vestiditos tan tronchos que están usando ahora. Ella siempre está grandecita para estarle mostrando las piernas a todo el mundo. Con estos usos se van criando tan inmodestas y tan fatales...

—Sí, señora. Yo le alargo. No tenga cuidado.

—Y vea una cosa, Negrita: Por qué no le quitan ya esos cachumbos? Eso no le conviene ya. Se van criando muy coquetas y muy miñoqueras. Pues no ve, m'hija: Todo señor y todo muchacho que viene aquí les piden regalo de cachumbo. Y por eso son tan hombreras, y desde chiquitas se meten en noviazgos.

—Pero ahora años le gustaban mucho los ca-

chumbos, doña Rosario. No se acuerda que siempre mandaban a Angelina a que mamá la encachumbara, cuando nos íbamos de ninfas? Y Angelina estaba mucho más grande que Raquel.

—Sí, m'hijita. Pero eso era por honrar a la Virgen y al Santísimo y no para cosa profana y perjudicial.

—Tiene mucha razón, doña Rosario. Recomiéndele a Elisa y a Amelia que la vayan desenchespando con mañita.

—Sí, m'hijita. Con usted sí se pueden tratar estas cosas: Porque Elisa, con su buen genio y su groja, le enreda a uno el cabresto y se tiene que ir muy satisfecho. O si nó, que lo diga Amelia.

—Sí, señora.—repone Amelita, y nada agrega.

—Y vea, Negra: Como usted es tan convenida, se le puede hablar de todo. Cuénteme bien cómo va ese muchachito Martiniano.

—Muy juicioso y muy aplicado, doña Rosario. En la semana entrante lo verá.

—Y sí le obedece a José Joaquín y a Dolores?

—No solamente a ellos, sinó hasta a mí: Es muy sumiso.

—Dolores lo habrá hecho confesar varias veces?

—Cómo no, señora...

—Pues gracias a Dios, m'hijita. Porque yo no sé qué tienen los hombres de hoy en día: Ya ve al viejo Tiodoro y a Miguel; porque se confiesan dos meritas veces en el año, les parece que están muy piadosos y dando buen ejemplo. Va-

lientes tiempos tan fatales! Pueda ser que ese muchachito se enderece, porque valientes inclinaciones tiene: No sólo es irrespetuoso y sublevado, sinó que hasta tiene sus ribetes de hereje.

—Aquí hacía muchas herejías, doña Rosario?

—Sí, m'hijita: El se burlaba del Padre Casafús y lo remedaba; no rezaba el rosario sinó que se ponía a hacerle micadas y zalamerías a don Julián por detrás de la silla. Ya lo habrá oído que a Miguel y Elisa no los trata sinó de vos, y no hay ni riesgo que les diga padre ni madre, ni papá ni mamá, sinó que los nombra como si fueran sus iguales; y les contagió el vicio a los hermanitos. Es tan altanero y tan respondón, que cuando lo reprendíamos por alguna cosa no nos volvía a decir ni padre ni madre, sinó don Tiodoro y doña Rosario, y misiá María Ignacia y misiá Angelina. Porque ese le sacó la sátira a los hermanos de Dolores. Y qué le parece el mal ejemplo que le daba a Raquel? Un día vino con ella, y la muchachita se entró al cuarto de don Julián y se puso a rezarle a la Virgen que era de mi suegra; y el muchacho le dijo muy tranquilo: «No siás boba, Alfandoque: No le recés a esa Virgen, qu'eso es una tabla pintada». Figúrese, niña: Una imagen tan milagrosa y que tiene tantas indulgencias que le concedió el obispo Garnica!

Ese muchacho tal vez sí resulta hereje.

—Pues, no ve, m'hijita. Lo pusimos en esa escuela tan religiosa, de Ceferino, donde lo hacían oír misa y recibía tan buen ejemplo. Y ya ve lo que sucedió: Miguel y Elisa se hicieron de la oreja mocha, y en vez de mandar a Largo Valencia para que lo devolviera a la escuela, le toleraron toda la picardía de la huída y la desobediencia, y

se quedaron muy tranquilos. Qué le parece, niña! Para ponerlo allá, en San Juan, en ese colegio del tal doctor Albano, que es tan oliscado, y donde da clases ese yerno de Eusebio, que es hasta masón. Yo no sé qué será lo que están pensando José Joaquín y Dolores. Y con ese cura que tienen en ese pueblo, m'hijita!..

—No diga nada, doña Rosario, que es muy pariente suyo.

—Sí, m'hijita: Muy mi primo segundo. Pero yo no sé qué tienen estos hombres que se ordenan después de viudos. Será por los hijos; pero son tan manguianchos y tan orondos que no parecen sacerdotes. Ese padre Javier dizque tiene cara de llevar las hijas a estos bailes de ahora, con tanto abracijo y tanta inmodestia, y a esas comedias tan inmorales que representan en San Juan. Yo no sé qué les habrá pasado en ese pueblo. Cuando vivíamos allá había tanta religión, que hasta ese cojo Pino que es tan descreído, iba a las visitas del Santísimo. Yo siempre creo que por toda Antioquia quedó regada la semilla de Mosquera, y que no ha valido el buen Gobierno del doctor Berrío ni el castigo de Dios que sufrieron esos jefes liberales, en esas peleas de El Cascajo y Yarumal.

—La gente está muy perdida ahora, doña Rosario.

—Bueno, m'hijita. Y José Joaquín y Dolores sí la han llevado a esos bailes y a esas comedias?

—Sí, señora; yo tengo que obedecer a papá, porque él me lleva. Pero en los bailes no hago sinó rezar pasito para que el diablo no me tiente. Y no bailo baile de abracijo, sinó un capitúsé muy apartado y con mucha moderación. Y contradan-

zas con mucho señorío y mucho recato. En las comedias también rezo, cierro los ojos y me tapo los oídos.

—Pues gracias a Dios, m'hijita; porque ese tal Pascual Bruno, una comedia que echaron allá, dizque es tremenda.

—Sí, señora. Yo me tapé bien los oídos y cerré los ojos. Después oí decir que el Pascual dizque era un salteador; y un hombre y una mujer, que representaban en esa comedia, queriéndose mucho, no estaban casados.

—Pues no ve, m'hijita: Nada se ganan las solteras con no asistir a esas cosas, porque siempre se las cuentan; y por eso aprenden tanta cosa mala.

—Sí, señora. Por eso me cree usted muy indevota, porque no me gusta leer vidas de santos ni evangelios. Ahí dizque cuentan las maldades que hacían los judíos y los romanos.

—Hace bien, m'hijita. Una joven cristiana no necesita sinó saber la doctrina, bien sabida. Esos libros son para viejos de mucha experiencia y muy buenos cristianos.

—Sí, señora. A las mujeres jóvenes nos tienta el diablo cualquier día leyendo esos libros. Eso es para señoras así como usted y Elisa.

—Elisa? Esa se traga cuanto libro hay en el mundo. Le sacó la misma manía a José Joaquín. Ya ve, m'hija: Con ese modo de leer tan bonito y tan patente que tiene, y ese modo de aclararle a uno las cosas que no entiende, podía irse para la iglesia y explicarle la doctrina a tantas personas y leerles las visitas del Santísimo Sacramento y

libros de devoción. Pero lo que hace es pegarse de libros y gacetas bien malos.

—Sí, señora. Elisa es tan rara. No sería, doña Rosario, que se le pegó algo de herejía por haber ido a esa Convención de Rionegro y haber conversado con ese viejo Mascachochas y haber asistido a ese baile de herejes?

—No le quede duda, niña. Toda esa gente está prohibida hasta para verla.

—La bobada fue de Miguel, que la dejó ir. Y ella tuvo todo el colete de oír proclamar la tal Constitución y no se tapó los oídos. Y qué le parece, doña Rosario: Usted no le debió haber permitido a mamá, que es tan inocente, que le hiciera ese vestido a la Virgen de la Soledad, con la saya y la mantilla que le regaló Elisa, untadas de Convención.

—Pero vea, m'hijita. Eso lo conversámos muy bien Ignacia y yo. Esos lujos no los usó Elisa sinó para ir a la iglesia. Y el Padre Betancur los bendijo, y Dolores, como es tan curiosa, le puso muchos galones y muchos bordados que no podían estar contagiados de nada.

—Pues mucho que me alegro, doña Rosario. A mí me daba fastidio cuando veía a la Virgen con esos ornamentos. Y vea: Ese traje de moaré moraúsko, que me regaló Elisa, lo remonté a la moda y el día que me lo estrené, me dio dolor de estómago y escalofrío. No sabía que con él había ido al baile. Y eso que no bailó, porque ella nunca ha sido fuerte en varsovianas. Pero siempre estuvo cerca de esos convencionistas y conversó con algunos.

—Bueno, m'hijita: Y ese muchachito Marti-

niano no se pone a leer esas gacetas y esos papeles que le mandan a José Joaquín de Bogotá?

—No, señora. El no lee sinó La Caridad, que es un periódico que tiene indulgencias. Usted sabe.

—Pero apuesto que vive pegado del tal Correo de Ultramar...

—El sí, señora. Por ver las vistas y los retratos nada más.

—Pues peor, m'hijita. Porque todas esas maldades pintadas le cuelan más a los muchachos. Yo no puedo entender cómo un hombre como José Joaquín, tan caritativo y tan buena persona, bote tantísima plata en esos papeles de la extranjería, escritos por herejes y por protestantes. Miren que tener cara de recoger todos esos cuadernos y juntarlos en tomos más grandes que un misal! Cuánto le costarán a José Joaquín todos esos carraos de libros, que no caben en ningún estante! Y mantener aquel cuarto atestado de libros profanos y prohibidos, como si fuera una tienda. Cualquiera día les manda Dios un incendio en esa casa para quemarles esos libros tan perjudiciales y que perverten tanto a la gente.

—Esos no los leen sinó los viejos, que ya están aprendidos.

—Bueno, m'hijita. Confiésemle su verdad. No es cierto que no ha leído el tal Judío Errante?

—No, señora. Dios me libre yo haber leído ese judío!

—Pues bien lo dije yo, m'hija, que usted aunque leía libros profanos y décimas, no iba a perder su alma leyendo esos escritos contra la religión de Nuestro Señor Jesucristo.

—Imposible, señora.

—Pero sí me aseguraron que había leído los tales Mojicones de París. Eso debe ser horrible. Por el nombre se le ve: Debe ser pelea a pescozones o quién sabe qué; porque no habrán de ponerse a escribir esos libros para enseñar a hacer cosas de harina.

—Ah doña Rosario para divertida!—exclama Lola, estallando.

—No lo vuelva chacota, m'hijita, que esta es una cosa muy seria. De ella pende la salvación de las almas. Ave María! Es que el mundo está tan perdido. Berrío es muy bueno; pero desde que no vuelva a traer a los jesuitas no se acaba la semilla que sembró Mosquera. Y no ve la tentación? Ahora que hay tanta religiosidad en el pueblo va a ser más piadosa y más bonita la enseñanza de Ceferino. No habrá riesgo que Joaquín devuelva ese muchachito?

—Eso no lo arreglarán él y don Tiodoro con Miguel?

—Pues Ceferino siempre como que tiene gana que vuelva, porque le estaba quitando ya ciertos resabios muy feos. Sobre todo esa trisca y esa manía de dañarle los nombres a los cristianos. Porque él fue el que sacó el cuento del Marto, del Tiodorete y del Miguelete. Y es tal, que a don Julián le decía papá Juliancete, con el cuento del tu y del ti que usa el viejito, a la moda de ahora años. Y eso que a don Julián es al único que él quiere, aquí en la casa.

—El se va componiendo, doña Rosario. No le dé cuidado.

—Pero vea, m'hijita: En la única parte donde se puede componer es en el pueblo, al lado de Ceferino. Aquí nada nos ganamos con corregirlo, porque Eladio y Largo Valencia le acotejan todas las cosas y las altanerías que él saca. Figúrese con El Príncés! Porque ellos no se pueden resignar a que El Príncés no esté aquí. Y allá en San Juan, fuera de esos libros tan malos y de esos maestros tan mosqueristas, tiene a don Silverio, que le enseña tantas indecencias. Aquí aprendía las palabras tan feas y los ajos de los peones, y allá esos cuentos tan horribles, enseñados por el bisabuelo.

—El ya está muy grande y no está para que le cuenten cuentos, doña Rosario.

—Pues siquiera, m'hija. Porque don Silverio no solamente se los enseñaba, sinó que se los hacía contar delante de la gente. Todavía me acuerdo del cobijón que nos hizo pasar un día: Estábamos allá donde Rosario, y había muchas personas de respeto. Pues entró don Silverio con el muchacho, y le hizo contar el cuento de la mesonera y el fraile, con todo y versos. Es que don Silverio ha vivido tentao toda su vida.

—Ya nó, doña Rosario. El pobre viejito, con la ceguera, se ha vuelto hasta muy rezandero y les enseña la doctrina a los hijitos. Y a Martiniano ya no le gustan cuentos sinó versos y bobadas.

—Pues esa es otra de las plagas de ahora, m'hijita: Los tales versos. Ya ve que en Medellín hasta las mujeres están escribiendo ahora versos de amores y echándolos en papeles públicos. Le aseguro que desde que resultó la tal Agripina, todas se han metido de versistas.

—Sí, señora. Esa es la última.

—Pero no es cierto, Negrita, que usted no se ha metido en eso?

—Yo con qué patas, doña Rosario? Ojalá! Para hacerle versos bien lindos a la Virgen, como esos que le hace doña Silveria Espinosa.

—Bueno, m'hijita. Y ese novio suyo, tan entregado a esos papeles públicos y a esos versos, sí será bien religioso y de buena conducta?

—Vea, doña Rosario. Eso es la pura conserva de brevas.

—Pues ese era el que debía poner el colegio allá.

—Ese no es sinó un tinterillo muy guasamayeta...

—Pues siquiera, m'hijita; porque esos hombres verseros, yo no sé que es lo que tienen. Tan calaveras y tan desbaratados. Ya ve Federico Jaramillo y el Tuerto Chaverra. De esos no me extraño, porque son tan rojos. Pero el Gregorio Gutiérrez, tan religioso, y haciéndole versos al diablo! Y ya ve: Anoche dizque cantó esa canción del diablo esa niña de Eusebio. Valientes cosas las de ahora. Pueda ser que ese muchachito Martiniano no se meta también a hacer versos.

—El sale formal, doña Rosario. Allá verá! Mientras más herejía hay en San Juan, más buen cristiano va a resultar: Los que se crían en trapiche aborrecen el dulce. Vea a Elisa, que no sabe jugar ni cargalaburra, y no puede ver una baraja. Pues eso es porque allá en Medellín en casa de mamá Soledad, donde ella se crió, vivían jugando día y noche. Ya ve, doña Rosario, cómo Alvaro y Evaristo le resultaron liberales. Ellos cuentan

que usted dizque les daba tisanas de agua bendita y les ponía cataplasmas de incienso.

—Esas son cosas de Alvaro, que es tan amigo de decir disparates; pero sí bregué mucho con ellos para que fueran muy buenos cristianos. Aunque no son tan mosqueristas como esos rojos de San Juan, siempre sacaron su olisque malo. Precisamente por esto mantengo tanta pensión con este muchachito.

—Vea, señora: A usted le dan aquí unos informes muy malos. Hagamos una cosa: Ahora que está tan aliviada por qué no se da una asomadita a San Juan? Arregle el viaje para que nos vamos la semana entrante. Cómo se pondría mamá de contenta. Vámonos, doña Rosario. Allá se juntan las dos a rezar por la conversión de los pecadores. Y se convencerá de que no es tanta la herejía. Allá comparan los pergaminos y pueda ser que algún día sepamos cuáles son más blancos, si los de aquí o los de allá. El camino está muy bueno y este abril como que sigue manejándose muy bien. Resuélvase, doña Rosario.

—No, m'hijita. No me salga con esas. Ojalá pudiera. Pero yo no estoy para andanzas sinó para encomendarme a mi Dios. Aunque quisiera, tampoco me podía ir. Don Julián está muy viejito y se puede morir de un momento a otro, y en estos quince días traen la muchachita de Alvaro. Ya usted sabe que el abuelo la trajo a Medellín hace como tres meses.

Y se alza, en aire de despedida.

—No se vaya, doña Rosario. Aquí le traen la mediamañana.

—Ya la tomé, m'hijita.

Y sale.

—Ahora sí me persuado de lo que dice Miguel.—apunta Amelita—Naciste para cómica.

—Creo que no lo hice mal. Si no la apoyo, se confunde la viejita. Pero ve qué tan bien informada la tiene Ceferino.

Mamá llega y pregunta:

—Y el mico en pesebre no ha parecido?

—Me parece que se quedó en la carpintería con Eladio.—contesta Amelia—Por allá estará botando el entripado el pobrecito. Levántele el castigo cuando venga a almorzar. El pobre se siente tan humillado cuando usted no le habla.

—Me duele mucho tener que hacer esto, porque sé que se encocora él y se encocora Miguel. Pero es lo único que medio le vale. Y vea, Eloy: Con usted hago lo mismo el día que me haga una floja. Pueda ser que no llegue ese día.

—No llega, mamá. Pero háblele ahora que venga.

V

Después del almuerzo salimos a la excursión o reconocimiento. Nos han puesto vestidos viejos y remendados y sombreros de caña de anchas alas. Son nuestros compañeros Tano el de don Clemente, y Jurado, uno de los nietezuelos de María Cifuentes. Largo Valencia nos conduce, con los fiambres, avíos de socavonear y la indispensable vihuela. Bajamos por la rampa; atravesamos la Calle Real, la casa de don Clemente, la de los Pispirises y la escuela. Es un cuartel habilitado de tal. Ahí se van reuniendo todas las arrapiezas, porque es día femenino. Teodorete y Tano les hacen gestos, bizcos y pistola. No se quedan atrás las rapazas: Hacen el pis pis, a todo chirrido; sacan lengua y miden puño. Jurado y yo permanecemos en la más completa neutralidad. Largo Valencia estimula la mímica epopeya, pero La Joven Campestre las llama desde la puerta con manoteo y actitudes amenazantes. Avanzando, nos detenemos en la plaza del Molino del Medio. Es como un cuarto de círculo, entre la larga cocina, el cuartel, la herrería y la carpintería, que de un lado se alinean. Aquello es sinfonía y movimiento: Los pisones y las aguas, los yunques y los martillos, las azuelas y los serruchos, los gritos y

las andanzas; el ladrido de los perros, el cacareo de las gallinas, el gruñido de los cerdos, el lloriqueo de los chiquillos, los reniegos y regaños de los grandes. Aquello es panorama: Del lado este, las altas barrancas; del opuesto las bajas, coronadas de monte. Una cuesta por el frente, por entre aquel terreno rojo y despedazado, conduce al alto ganadero. De las alturas descienden las canoas, en un parapeto de palamentas, que el goteo del agua reviste de esa lama verdosa que parece guiñapos escurridos. Mampuestos, canoas, carreteros, palos, cables, atraviesan por todas partes. A la plaza llegan chicuelos con tablas, gariteros con leña, carboneros con tercios.

Teodoro y yo entramos en el vigeo. Los peones rezagados almuerzan en los bancos del corredor; mordisquean del arepón, mientras sacan de las cuencas de palo, con las cucharas de idem, el plátano y las papas de aquellos caldos dañinos en que se cuece tanta carne. Y luego el troncho que a cada cual le corresponde, es mascado y remascado, hebra por hebra, nervio por nervio, con el cubierto de nuestro padre Adán. Luego viene el cuarto de panela, y... para qué os quiero, dientes afilados!

El garitero mayor maniobra en aquel pilón que hace almudes de maíz. Del ancho recinto ennegrecido sale el humo por los abuhardillados del techo. El lar céntrico levanta incendios allí, donde la leña no se escatima. Las tres fregonas de la piedra muelen y arman mientras las dos fogonearas van tendiendo y recostando en la enorme parrilla, para parar en el rescoldo, los centenares de arepas que a diario tienen que fabricar. Y en tanto la negra Felipona, reina y señora de aque-

llos dominios, revuelve el descomunal fondo de cobre, con frisoles y cuartos de carne, y maniobra con el mecedor en la ingente olla masamorrera. Los chiquillos, en pelota, con más tizne y mugre que pellejo, triscan o gatean, felices, por todas partes, sin temer al fuego, ni a los bichos, ni a las astillas.

—Caminá, Eloicete, vamos a ver los cuchinos.

Y nos acercamos a aquel chiquero de cuatro compartimientos, muy bien techado con caedizo de helecho. Una vieja les echa a totumadas el nutritivo condumio de afrecho, cáscaras de plátano y cuantas porquerías han resultado.

—Ve, Eloicete. Velos tan largos y tan lan-garutos, pero en esto les dan maíz y se ponen com'unos tambores. Y ve: Nu'estés pensando que son de los dueños de la mina tan solamente: Son en compañía con Felipona y las hijas.

—Y toditos estos muchachitos de quién son, Tiodorete?

—Pues d'ellas: dos son casadas con los gariteros y las otras dos están solteras.

—Habrá arrinquines, Tiodorete?

—Pues demás! Ni aun sabrán cuáles son los taitas. Y caminá a ver la huerta, pa que viás qué tan caliente es Felipona pa sembras.

No sé cuánto medirá aquel corral cercado por talanquera heroica enredada de cidrayota. Platanal, coles, cebollas y cuanta yerba se echa a la olla. De un lado se extienden las malvas y las borrajas y se levantan los malvaviscos y las malvarrosas, porque aquella gente se medicina mucho.

Una zamba lava la vajilla en el chorro; otra estriega ropas en una batea, y Theodorete dice:

—Veles el jabón a estas! Eso es frutillo matapiojos que no comen ni los gusanos. No vas a probar, porque eso pica mucho y se te pela la jeta y es peor que ají de perro; y le adelgaza a uno las tripas.

—Y todas estas mujeres que van llegando cocinan aquí?

—No, Eloicete. Esas son lambisquionas que vienen a pedigüenar. Ve: Esta que viene con el bolo de vitoria, es por lamberle a Felipona. Es que aquí hay mucho pobrecito.

Por ahí enredan perros y gallinas, gatos y palomas; anidan cluecas bajo las bancas, en sus nidos de colchón de pobre; y madres con su prole trasiegan de aquí para allá. Y un sultán, más abusivo que Sánchez Cerro, se encarama por las piedras y escarba por todas partes, rebotando los espolones.

Pasamos a la fragua. Allí están el maestro Monsalve y sus tres hijos. Yo tiro del fuey, y Theodorete explica:

—Ve esos cuadros que están haciendo. Son para zunchar los palos en que encaban los pisones. Caminá, vámonos a ver a Eladio. Pueda ser que no nos rumben.

Y nos metemos entre el virutero y nos arriamamos a los bancos, y agarramos cuanto instrumento topamos a mano. No contentos con esto, nos zampamos al cuartucho donde guardan la herramienta, y Theodorete me da la nomenclatura de tantos útiles y enseres.

Cuando volvemos al patio está barriendo un

arrapiezo con ramazón seca de escobadura encajada en largo palo.

—Con eso hay, Hilarión.—dice Largo Valencia—Caminen Tiodoro y Tano a echar un bailoteo; pero no se salgan de lo limpio, porque se entierran algún calvo o se chuzan con una astilla.

Se sienta, muy en ello, en un banco, y guachaquea la vihuela.

—Ea, pues, muchachos! Un simbolo con hartos aguacates. A la una... a las dos... a las tres!

Y Theodorete hacia la izquierda, y Tano hacia la derecha, marchan, cantan, bailan, se remenean, sacan y avientan las patas, según indican la letra y el compás:

Simbolo bolo bolo,
simbolo bolobé;
simbolo con la pata,
simbolo con el pie.

Patojo toco tojo
patojo tocoté;
patojo con la pata,
patojo con el pie.

Felipona y las hijas asisten, y la mulata se pone las manos en la cintura, y risotea y sacude la exuberancia de pechos, caderas y posas.

—Ah, viejo vagamundo! Cuándo había de quedarse sin venir aquí a quitarnos del oficio!..

—Salga la otra parejita.—indica una de las odaliscas.

—Yo no sé todavía.—contesto yo, muy insi-

nuante—Apenas sepa, veré.

—Echen una pisa bien floriada.—pide Eladio.

Y va de pisa, con todas sus pausas, sus vaivenes y sus golpes contra el suelo:

Me mandan bailar la pisa.
La pisa yo no la sé;
que para bailar la pisa,
las indias de Santa Fe.

Me mandan bailar la polca.
y polca no sé bailar;
que para bailar la polca,
los negros de Calamar.

Me mandan bailar la gaita.
La gaita no es cualquier cosa;
que para bailar la gaita,
Remedios y Zaragoza.

—Y no más, muchachitos, que nos muerde el perro.

Y nos entramos al cuartel. Tiene celdas abajo y arriba; pegotes y quemaduras de vela en las tablas; harapos y mugre por todas partes. Allí está doña Chinca, la abuelita de los Pispirises, que es la médica de la mina y la que asiste a las mujeres en el «trance fiero». Le lava una canilla a un minero forástico, que se ha herido. El paciente tiene el pie metido en un bongo aguamasero, y la médica le chorroa totumadas de agua de cordoncillo.

—Vea, Tiodorito.—le dice la señora—Démele saludes a Lola y dígale que de aquí a mañana voy a hacerle el salvajón y a darle las gracias por la historia tan linda que me trajo. Que no he

ido porque he estado muy ocupada. Y vea, m'hijito: No se ponga a hacerle caso a la malacrianza de Pedro José. Es'es un mentecato que no se deja corregir.

De ahí bajamos al molino.

—Este sí, pues, Eloicete! Vele ese principalón. Mueve los doce pisonos. Ve qué tan lindo guachequean. Ve ese guiño tan sumamente grandote. Y qué te parece: Ese sebo del guiño, así tan negro y tan asqueroso, es lo más bueno para curar los enconos. Ve, Nazario, mi querido: Dejános arrimar a las canoas, que nosotros no hacemos daños ni metemos las manos.

—No, Tiodorito. Don Miguel es el primero que nos calienta.

—Dejános, Nazario. Ve que vos sos el hijo más formal de Minos.

Marcial, el molinero, viene en nuestra ayuda. Y vigilados por Largo Valencia y por todos, nos movemos de aquí para allá, y oigo las explicaciones de mi maestro, y puedo, al fin, contemplar aquel azogue endiablado que no se deja coger. Largo Valencia nos saca del embeleso y de ahí mismo pasamos a la plaza de un socavón. De él corre la sangre que arroja la tierra por esa herida. Unos hombres echan azuela y serrucho en unos troncos montados en burros. Otros están armando una puerta. Teodorete, secundado por Largo Valencia, me da la explicación. Lo de arriba, o sea el umbral, se llama capis; los lados, palancas; el palo de abajo, quicio. Ellos los enchazan con muchas reglas y precauciones, hasta armar aquella puerta que se tiene sola.

Sólo nuestro conductor y yo vamos a entrar

en aquel agujero. Los tres chicos se quedarán donde quieran, pero entregados al juicio.

Nos entramos a un cobertizo donde cuelga la ropa de los socavoneros; nos despojamos de la nuestra y nos vestimos el capisayo de encerado, a estilo de aquellos que usan los Builes en sus viajes. Gorros de bayetón fabricados con los restos de los paños oreros nos cubren las cabezas; ciñen nuestras cinturas unas cuerdas de cabuya. Apenas sale el carretero con la carga tomamos hueco adentro, por el tablón de la carreta. Chorrean las paredes. Un olor a podrido me asquea. Mi conductor me pega a su espalda y me apoyo en sus hombros. No sé si veo o no veo. El olor a podrido se alborota. Siento los trastornos de la desorientación: recelo, fastidio, ansiedad. Al cabo de no sé qué tiempo percibo unas lucecillas.

—Usted tiene miedo, compañero.

Pero la voz de mi guía me parece hueca y medrosa. Mi recelo aumenta.

—Ya llegamos, compañero.

—Pero no veo nada...

—En estico ve bien.

Oigo ruidos y palabras. Una voz, que no parece de cristiano, echa tajos y mandobles, groserías y palabrotas. Por fin puedo ver. Estamos en el frente; que en todo luchar hay siempre frente. Un hombre alumbra con una linternilla. Unas velas, pegadas a lo largo, no sé en qué, dan señales de vida. Alguno voltea un hierro de arriba hacia abajo, y le da golpes de martillo. Cómo suena de extraño aquel golpeo. Sacan el hierro, conversan, y aunque oigo, no entiendo.

—A mala hora se colaron, Largo Valencia.

—Por qué, mano Valerio?

—Es que vamos a llenar el taco.

Maniobran y... no entiendo la operación. Sólo veo una cuerda como un bejuco, que sostienen en unos travesaños.

—Corrámonos para atrás, compañerito, que van a prender la mecha.

Volteamos y alcanzo a ver una lucecita. Es la entrada; porque aquel socavón va en línea recta. Los de adentro se vienen hasta nosotros. Veo que la lucecilla se tapa. Comprendo que es el carretero, que vuelve. De repente, pum! Y aquello resuena sordo. Y el olor a podrido se confunde con otro olor que no defino.

—Ya pasó todo, compañero. Guárdese el miedo.

—No tengo en qué, Largo Valencia.

—No ve, compañerito, cómo se le quitó la canillera?

—Se me ha quitado y he aprendido a ver.

Me enseñan unos trabajos: otro roto que están haciendo a un lado. Y mi guía me dice:

—Es una lumbrera para que éntre el aire y puedan resollar bien los trabajadores y no se apaguen las velas.

—Dónde está el oro, Largo Valencia?

—El no se ve ahora, compañerito; pero él resulta.

Ya que no oros, veo el reflejo tan triste de aquellas velas brillar como una cosa fosforescente,

por allí en las palancas y en los atices. Veo cómo se reflejan las lucecillas en los charcos de agua, y pregunto.

—Eso es que la palamenta vieja relumbra a ratos.

El carretero ha entrado y resuena el pedrisco, al cuchareo de las palas y al caer en la carreta. Oigo el choque de las barras contra la piedra, pero todo muy feo, como ruidos de ánimas en penas. Salimos y me voy recobrando. Y veo y distingo más y mejor: Chorretas rojizas por las paredes, y orejas de palo, esos hongos que aun en pleno día me inquietan. Y otros, asquerosos y erizados, que no son ya los paraguas de los sapos, tan redondos y tan lisos. Y veo lamas y barbas de palo con las puntas tiesas y como untadas de sangre. Y veo chorrerones viscosos de gelatina. Cosa bien impresionante son esas lepras, esas apostemas reventadas, de los palos que se pudren en las oscuridades de la madre tierra. Sería allí donde los ilusiones descansaban de sus travesuras? Hasta serían ellos los que soltaban esa hediondezapestada que no era ni de mortecina ni de guales.

Qué alegría al ver la luz de Dios y aquel cielo tan azulito y tan limpio!

Teodoro y Tano se han inventado un mataculín, con cualquier palo y en cualquier horqueta. Largo Valencia sacude los encerados y los tendemos al sol en un pajonal. Y yo también recibo el calorcillo restaurador.

Van llegando los monteros. Pero esto no es para decirlo así, de buenas a primeras. Aquí tengo de ilustrar:

Misión altísima la de esta legión de los monteros. Ganan las cumbres y espantan los genios agrestes con el himno libertario del hacha. Cortan y llevan hasta la plaza de los socavones la madera para construirlos y sostenerlos. Cortada, la echan a rodar por donde pueden. Los atices, esos palos que sostienen las paredes, los juntan en haces; recogen las palancas en montones. Recuestan todo en un barranco del mejor sendero. Amontonado aquello, principia el transporte.

Cada sección de montería tiene su jefe sobrestante. Sea por contrato o por jornal, dirige las maniobras de aquella movilización. Cada cual está armado de largo madero con punta de bordón. Se colocan a lo largo de la vía, equidistantes uno de otro como a treinta varas más o menos. El primero alza la palanca; se la echa al hombro; la sostiene adelante, con el brazo correspondiente; se pone el bordón en el otro hombro, y con la punta sostiene la palanca por detrás, haciendo equis. De tal guisa avanza hasta el compañero que viene a su encuentro. Al juntarse se vuelven las espaldas, y el nuevo recibe la palanca en su hombro. Así se forma la cadena y pasan los troncos y los haces, de hombro a hombro, desde el montón hasta la plaza. Así trabajan todos, sin que nadie aventaje a nadie.

Son para oídos los gritos estimulantes del combate:

—Adelante con la cruz, qu'el muerto jiede!

—No resuelle gordo, cuñao, qu'el almuerzo es yucas!

—Adelante, zangarria, qu'el puesto está lejos!

Y los berridos en ji! y ja!, que son como órdenes de corneta.

El refrán canino de Largo Valencia es el clásico en estas monterías. A veces duran más de un día, y por allí duermen como pueden. Cuando es cerca, va hacia ellos ensartado por sus asas, en un palo conducido por dos pinches, el ollón de comida, como el racimo de la tierra de Canaán. Si no con vinos civilizados, se embriagan con jugo de roble, que toman solo o revuelto con panela. Todas estas faldas están cruzadas por atajos que los monteros han abierto.

—Caminen, muchachitos, que nos muerde el perro.

Vueltos gorros y encerados al morral, tomamos falda arriba, en dirección al Alto del Ganado.

—Ea, pues, muchachitos. A cantar todos!

—Los sapos, Largo Valencia.

Y va el quinteto coral:

Los sapos en la laguna,
cuando viene el aguacero,
unos piden su cachucha
y otros piden su sombrero.

En el alto de la Villa
tengo un sapo con calzones.
Cada vez que voy y vengo
nos echamos pescozones.

El sapo se iba a las fiestas
de la ciudad de Corozo;
Y la sapa le decía:
Quedáte allá, corronchoso.

Cómo me ufano con mis disposiciones para las cantatas batracianas. Cuándo me había visto yo en tales bundes? Subiendo, subiendo, llegamos a un repecho de la manga ganadera. Y el conductor nos manda:

—Suban en mico.

Y heme en otra andanza que no conocía. Y Teodorete gañe:

—Eso no es bueno sinó de doce p'arriba. Pero hagamos los micos.

Y nos enfilamos a gatas, en la falda, pies contra cabeza. El último pasa sobre los tres y se coloca el primero. Y así sigue la marcha hasta subir. Y el niño de once lustros canta a cada cambio:

Compañero, no me diga mico,
no me diga mono,
no me diga más;
que si yo le digo mico,
dígame mono
y estamos en paz.

—Ea, pues, ganaíto bravo! Echemos pata a cas de mi compé Cepeda.

Y en un dos por tres estamos allá. En el corredor lo hallamos con sus dos hijos postreros, labra que labra; el menor, una batea; el más alto un platón; y el compé cierta bacía cantada por el doctor Saavedra, canónigo insigne de la catedral de La Habana.

—Sacramento del altar, padrino.—dice Crispín, arrodillándose ante él.

Y nuestro conductor le imparte la bendición, en toda regla.

Asoma ña Polonia, toda flacuchenta y espiritada, a darle la salva a su compadre.

Padres e hijos tienen esa voz y ese deje, entre rumor y simpleza, tan propia de los campesinos de nuestras regiones orientales.

—Echenos unas totumadas di'agua, comadrita, que tenemos mucha de la sequía.

—Tanté, compadrito, qu'el agua d'esta cequia está agora muy jedionda. Quién sabe qué porquería le cayó. No quieren más bien un clarito?

—Pues lo tomamos encima, comadre; porque nos vamos a comer esta melcocha y este quesito.

Saca el machete y en el banco de los escultores pártelos dos libras en tajadas, con mucha maestría. Abre la hoja de pantano y descubre aquel quesito sanvicenteño, veteado con ese tinte moraúsko que le ha impreso la hoja. Y con ese filo todo melote, lo divide por nueve.

—Para todos hay.

—Tanté, compadrito,—contesta la vieja—qu'entualito nos comimos el frijol. Mi Dios se lo pague.

—Ah, pues si no les cabe lo guardan...

Y muela va y diente viene.

—Ese tan macuenco qu'está labrando, compadrito, será pa Felipona?

—Qué le parece, compé, que es pa ña Salvadora Penagos, que también es algo acuerpada.

Y el bobo de Teodorete casi se atraganta con el claro. Y nosotros le seguimos. Qué ibamos a hacer? Y nos colamos a la sala para ver toda la labranza. Hay allí un muestrario de vasijas domésticas y de bateas mineras.

—Toíto eso son encargos.—dice la vieja—Es qu'estos de casa son tan aguerridos pal palo.

—Tanté aguerridos!—murmura el mayor—Eso será mi pápa y los grandes; pero yo y este semos muy macheteros, en tuavía.

—Y vos qué decís, ahijao?

—Qué va a decir uno! Tanté uno tan montuno! Y este muchachito es d'estos laos?

—Soy di'otros...

—Este es Eloy Gamboa, un hermanito que nos trajo Miguel.

—Pues fue que fallecieron sus padrecitos?—reportea la vieja.

—Sí.

—Pues a muy buena parte lo trujo mi Dios; —sentencia el artífice padre—porqu'estos patrones de la mina son tan devotos y tan virtuosos. Es mucho lo que nos socorren a toítos y no son cosas rios con naides.

—Y cuánto va a durar la tregüita, compadre?

—Mañana acabamos. Tábanos atrasaos en los encarguitos y siempre es bueno qu'estos muchachitos aprendan como los otros hermanos la labranza de madera. Cualquier día les cuela algún mal como el de ñor don Pispirís y se quedan cruzaos de brazos, asina como'stá él.

Es de saberse que Cepeda y su prole son aserradores y monteros y que trabajan por contratos. Admiro aquella casita tan limpia, con tanto sembrado y jardinería y una cruz de cuartones clavada en la pared, con su haz de flores montarraces; y acordándome de mis coloquios con ño Matica, digo:

—Aquí no vendrán las brujas, con esta cruz tan grande. No cierto, mano Cepeda?

—Ni las brujas ni espíritu malino.—me contesta—Y vea, niño: Estas cosas no las deben conversar sinó los mayores; y eso con el señor cura y con misiá Marinacita.

—Pero esta cruz, compadrito,—dice Largo Valencia—no la irá a reponer esti'año, así tan buena?

—Hay que reponela. Por aquí tengo guardao un cuartoncito de cardenillo pa la nueva y ai mesmito la voy a cantar. A yo no me gusta plantala en tierra, comu'hacen otros, porqu'eso tan solamente es pa sepultura de los cristianos. Algotros tienen el vicio de ponela en el tejao, y esto es malo. Las golondrinitas, que son tan desasiadas, se paran en ella a hacer sus vascosidades. Es que losotros, los que trabajamos en madera, tenemos que reverenciar más que todos el Madero de la Santa Cruz, pa que los vaya bien en el oficio. La madera d'esta bien podía aprovechala alguno pa enmarcaos de santos go pa componer algo en la iglesia del Sitio. Peru'esto tal vez no resulta. Siempre es mejor hendela y echala a quemar. Porque el fogón en qui'arda queda bendecido y nunca le faltará qué cocinar. El padrecito Salamanca los decía qu'este jumero que se levanta de la madera de la Santa Cruz es lo mesmo qu'incensio. Por

eso, mientras ta ardiendo, hay que rezar con mucha devoción. Yo y esta lo que rezamos es la pasión de mi Amto y Señor, porque la relatamos íntriga. Pueda ser qu'estos mocitos l'aprendan como sus hermanos.

—Eso es tan trabajoso, pápa.—dice el mayor—Y ni mano Nicomedes ni misiá Marinacita los enseñaron eso en la dotrina.

—Pero el ahijao sí lo sabrá?

—Maa! Qué va saber uno!..

—Pero este año, compadre, sí irá a llevar estos muchachitos al alumbro con música.

—Ellos en tuavía están muy medianos pa metelos en todas esas follizcas. Lo qu'es por ellos, y'habrían ido dende el otro año. Mejor es que aprendan en su casa a alumbrar la Santa Cruz con toda devoción y no en esos bundes tan azarosos qui'arman pu'ai, con aguardientes y peleas. Ya ve todas las furruscas qui'han habido aquí con los tales alumbros. Nada que le gustan ni al señor cura ni a doña Rosarito ni a misiá Marinacita; pero es qu'en esta mina hay unos jornaleros tan sobaos!

—Pues la Santa Cruz—dice la señá Polonia—me parece que cae en la semana di'arriba. Y la creciente va ser muy grande, porque la cabañuela del cinco fue con aguacero.

—Y al ahijao no le dan ganas de ir?

—Tanté nó! Per'uno qué se gana?

—Cuando nos vamos yendo, potranquitos.

Y, a Dios os quedamos, Cepedas ilustres.

—La Guariconga, Largo Valencia!

—A la vuelta, Tiodorito. Y vámonos a paso de perro cazador.

Atravesamos una senda bordeada de casitas entre rastros y sembrados. Desde allí desciende la falda hasta el río. Es casi un plano inclinado con algunos tolondrones. En una zona larga hasta más abajo del molino la viste esa vegetación, tan pobre como efímera, de los rastros: Cargamantos, salvias, morales, chilcos, entre vitorieras y calabaceras. Por allí baja el camino en culebreos; por allí la mitad de la grande acequia ya citada. El Alto del Aguila, cumbre máxima de estas latitudes, se levanta anguloso y adusto al oriente, para curvarse hacia el sur y destapar la cuenca por esta banda del río. Del opuesto lado se baja el terreno en colinas y en collados hasta la cuenca. Al frente, allende el río, se perfilan cordilleras más o menos distantes. Como en la mitad de la falda se emplazan el Molino de Abajo, el edificio de los arrastres, la cocina y las otras fábricas consiguientes.

Descendemos.

Pronto estoy con el gorro y el capisayo impermeables, porque me van a bajar al apique chiquito.

Nos acercamos. Cómo subiría del hoyo esta agua que sale por una canoa y salta con tanta fuerza? Veo cómo se va enrollando aquel cable, como hilo en su carrete, y cómo asoma aquel cubo vacío. En el centro de aquel abismo se eleva, paralela a las paredes, una escalera en cuadro como una jaula en forma de torre.

Pido que me bajen por ahí.

—No, compañerito. Puede caerse si no se agarra bien, porque no puede abrir las patas a lao y lao. Venga yo lo meto en el cajón.

Y entre él y el apiquero del cable me acomodan en el cubo. Y voy bajando, bajando. Siento que por un lado de la pared sube y gorgorea el agua, no sé cómo. Cuando llegamos abajo, nada veo por de pronto. Aquello está encharcado. Las velas, pegadas de los palos, medio alumbran. Y otra vez los ruidos sordos, los choques contra la madera del cubo. Apenas lo llenan... arriba con él! Ya está abajo mi guía, y me va enseñando. Hurgoneras por un lado; palos que bajan; hombres que maniobran. Pero no entiendo, tampoco. Vuelve a bajar el cubo; torna a ascender repleto, y yo abajo. No alcanzo a ver ni luz exterior, porque el techo que guarnece aquel antro no lo permite. Gritos de arriba; voces de abajo. Y entre la confusión me acomete el pavor de la angustia. Cuantas nociones tengo sobre el infierno y el purgatorio se me acumulan. Si un socavón es miedo, así de travesía, cuánto más es este hoyo abierto a plomo? Y si iban a reventar pólvora, por dónde corríamos? Mas no tuviera cuidado. Como no fuera yo, nada más iba a estallar. Por fin me vuelven al cubo y voy ascendiendo, ascendiendo, hasta que el mozo del cable tira del rejo del cajón, para que me reciba el seguro del suelo. El hijo de mi madre no se volvería a meter en otra. Al fin me veo enjugándome con la coleta y atracándome mis braguillas.

—Ah, compañero. Como que siempre le coló recelito; nó?

—Sí.

—Muy bueno, pa qui'aprenda a ser guapo.

Ya mató, pues, el antojo. Allá arreglará con la niñ'Elisa, pa ver si le da permiso otra vececita.

—No me da: yo ya ví.

Cuando salimos a la plaza del apique encuentro a mis compañeros en grande empresa, entre aspavientos, carreras y chillería. Tano tiene una gran vara, Theodorete un lazo, y el nieto legítimo de María Cifuentes se agacha y mete la cabeza por unos huecos que se abren bajo unas piedras. Tano hurga con la vara, por un lado, por otro. Por fin asoma por no sé dónde, la figura medrosa de un gurre. Pero se rebuja con unos rastros y entre todos lo acosan; y cuando menos lo pienso, tira Theodorete del lazo y entre todos arrastran al pobre animalillo, engarlitado por las patas traseras.

—Es una gurra! Es una gurra! Y está cargada!—asegura Jurado.

Y yo, que por vez primera contemplo tan extraño bicho, me asombro de aquellas conchas que no supusiera en un animalejo de cuatro patas y de aquella cabecilla tan rara y tan chocante. Largo Valencia risotea la hazaña de los potrancos, y les dice:

—Jueguen con él un ratico, sin maltratarlo. Pero no vamos a pasar trabajos llevándolo a La Mayoría. Allá no les permiten eso: Eso no se come y Elenita se va a asustar.

Y tal es el prestigio de nuestro guía, que los tres forajidos obedecen, después de intentar con sobijos e insinuaciones civilizar aquel montañero tan huraño.

Y bajamos hasta la cocina del Molino de Abajo. Los peones están pegados de los ingentes

platos de frijol.

—Ea, pues, mana Custodia: Sírvanos acá cinco raciones en unos platos bien lavados, que somos cinco piones di'agarre.

Y esto diciendo, saca del morral hasta una libra de tocino muy bien cocido, y dos pezuñas de cerdo mejor sudadas. Y a partir tocan, machete afilado! Y como nuestro hombre todo lo prevé, saca de entre un papel tres cucharas de metal para los tres niños blancos.

Y Theodorete me secretea:

—Es para que no se nos peguen las bubas.

Y héteme plato en banco, arepa en mano, engulle que más engulle, entre toda la peonería.

Un chirringo, que gatea diableando entre todos los comensales, mete la mano en los platos de los unos y en las totumas de los otros. Está en pelota, pero lleva la cuenta consabida contra el ojeo. El señor Inspector ha puesto este chicuelo en cantarilla entre toda la peonada. Y Juan Malo, uno de los molineros, se lo ha ganado.

Teodorete y yo nos sentamos a reposar la panzada en una piedra cercana a la cerrajería, en un campo ennegrecido por el cisco. Y me instruye en todos los secretos de la mecha y cuál es el socavonista medio pirotécnico que la fabrica. Y aunque Theodorete no ha oído esos estallidos subterráneos, ha presenciado la voladura de piedras y todos los peligros de los operarios asistentes. Junto a nosotros se amontonan, medio enterradas, escorias de fierro con sus adherentes de carbón. Y hé aquí que un ilusión épico nos acomete, y nos damos a tirar escoria a los palos, a los estantillos,

a un matorral de rascadera que abre más abajo sus enormes hojas, orillas de un desagüe caudaloso. Nuestros compañeros y la chiquillería de la cocina se nos agregan. La epopeya se intensifica. De la metralla resulta una baja, una víctima preciosa: el pollo de Hilarión, el nieto dilecto de ña Custodia. Llanto, querella, lamentos de la abuela, sátiras de las cocineras, revuelo en todo el ámbito. Y Theodorete se compromete a pagar el daño esa misma tarde, con tal que no le lleven el cuento a Elisa. Y Largo Valencia moviliza su ejército, sin yo haber entrado a conocer aquel molino. Pronto nos encontramos en la Manga del Ganado. Y Theodorete se dispara hacia la casa, para traer clandestinamente los tres cuartillos de aquella indemnización. Hilarión le sigue.

La Manga del Ganado! Es una meseta, talvez de dos cuadras de largo por alguna de ancho. Por ahí atraviesa el camino que a La Mayoría conduce; por ahí la acequia que surte las canoas que bajan al Molino del Medio. Es el único espacio plano en estas californias y cantumbas. Y como aquí tengo de hablar a lo sabio, diré que el tal plano lo formó el desmoche de lo que antes fuera un pico o cosa tal. Eso se le ve por los muchos pedrejones rodados que se incrustan en sus flancos, y por los varios que quedan en el plano. No sé si por vía de ornato fueron dejados ahí árboles decorativos y florales: Aquello es el arbolado de una quinta de recreo entre la verdura constantemente empradizada donde pace el ganado de leche. Allí deshojan los sietecueros sus pétalos desteñidos y maduros; allí lucen su florecencia bicolor. Los árboles de Santa María constelan aquí y allá, con sus estrellas de oro; allí otros, sin nombre, de pompones amarillos, morados y azules; allí la bo-

ca de diablo prodiga aquella flor de dos pétalos rojo coral, divididos por dientes amarillos, y el caunce sus copas gualdas y el chagualo sus artísticas bellotas. Hasta poetisas serán estas vacas que rumian tan reposadas y tranquilas bajo esos árboles, como custodiando los nidos de mirlas y de tórtolas que fundan por ahí sus colonias. Este punto es el gran observatorio de la empresa. De él se divisan los tres molinos, los mampuestos, las casas, todo. Me asomo por entre los árboles para contemplar allá abajo el Molino del Medio. Qué raras y qué patentes son las cosas vistas desde arriba! Cómo nos verán los gallinazos cuando describen ruedas en el aire?

Teodorete vuelve a poco con la «mesa». Es este el único punto donde se puede elevar fácilmente: Espacio para ponerla, espacio para correr; viento que sopla, ya de un lado, ya del otro. Y el niño viejo acomete con nosotros la magna empresa. Cómo se cierne, al fin, aquella cometa tan alta y tan serenita! Theodorete y yo tomamos la cuerda y maniobramos que aquello es. A esas llegan las señoras de nuestra casa, las niñas y las niñeras. Hasta a doña Martina la ha metido Lola en la aventura. Jacoba trae bateas con trastos y chocolatera. De merienda se trata, y las cuatro chicuelas se alborotan. Recobramos la cometa, y los cuatro muchachos salimos con Jacoba y Laurencia a recoger la chamiza y armar el fogón. Las señoras se sientan en una piedra plana, amarrada por las raíces de un chagualo que le asoma por un lado. No bien arde y hierve aquello, yo me tiendo en la yerba, cerca de mamá.

—Cómo le fue, Eloy? Le dio miedo del socavón y del apique?

—Tal vez sí, mamá.

—Muy bueno para que no le provoque.

—Sí, mamá.

—Oigan el entable del arrinquín.—exclama doña Martina—Quién sabe qué irán a sacar de este arrimadijo.

—Cualquier cosa, Martina.—repone Lola medio enfadada—Sacarán lo que sacan todos los padres.

Siento ganas de llorar, pero disimulo, y ahí me quedo tendido.

Doña Chinca asoma del lado del molino y Lola se levanta a saludarla con muchas efusiones. Y la señora se sienta y dice:

—Estaba loca por verla, pero he tenido que ver unos enfermos en estos días.

—De dónde viene ahora, vieja? — pregunta mamá.

—De cas de Zoila Rosa. Como que no tiene achaque mayor. Es un romadizo que se le está pasando. Ai le receté un lamedor de borraja.

—Y cómo está Polita?—pregunta Lola.

—Muy alentada. Siempre pensando en novios la pobre boba.

—Cómo están por su casa, doña Chinca?

—Será bien, hija. El pobre Mamerto siempre tullido. Pero ya él y nosotros como que estamos conformes con la voluntad de Dios. Hasta mejor será, hija, verlo quieto y sosegado en su casa, que yente y viniente de aquí para el pueblo, para meterse en esos billares y en esa gallera.

—Y Ana Rita?

—Lo mismo que siempre, hija. Callada su boca, porque esa sí es la criatura que aprendió a padecer! Tan siquiera no nos falta nada, hija, porque mi Dios sabe hacer sus cosas. Ya supe por Miguelito que José Joaquín y Dolores están muy alentaos. No te figurás, hija, lo bien que nos cayó la pieza de género que nos mandaron.

—Y el libro que le traje ya lo están leyendo?

—Callá la boca, Lola! Esa sí es de las historias más bonitas que yo he leído. Iremos en la mitá; pero ese misterio no me deja ni an ponerle cuidao a los enfermos. Es que esa Dama de Noche, que no sabe uno si está viva o muerta, es de las historias más bien compuestas.

—Y no ha rezado por el autor, como rezaba por Dumas?

—No te quede duda, Elisa, que tengo que rezar; porque valiente cosa tan bonita! Si uno no reza por esos cristianos que li'hacen pasar tan buenos ratos a la gente, por quién va a rezar? Y ve, niña: Siempre recé mucho por esa señora qu'escribió La Pastora del Guadiela y por la que escribió Oscar y Amanda. Es que a esas mujeres de por allá siempre les dio mi Dios mucho discurso.

Doña Martina se queda mirándola y dice:

—Avemaría, doña Chinca! Usted se pone a leer esas novelas tan bobas, en vez de rezar?

—Yo sí, doña Martina. Siempre rezo y me encomiendo a mi Dios y siempre me distraigo con el oficio; pero lo único que me consuela en este mundo son las historias. Qué tal que no fuera por ellas. Y a usted no le gusta leer historias?

—Poco más, doña Chinca.

—Pues será que vive tan contenta en la vida que no tiene de qué consolarse.

—Bueno, vieja:—dice mamá— Cuántas historias ha juntado ya?

—Pues ve, hija: Como unas veintiocho. Es que allá en San Juan me han regalado tantas y tan sumamente preciosas. Cuando no consigo alguna nueva, las voy repasando y les saco el mismo gusto. Vea, hija, que ese Jorobado y ese Conde de Montecristo. Siempre son más bonitas estas historias de hoy en día que las que componían los antiguos. El otro día volví a repasar a Leoncio y Clemencia y a La Casita en el Bosque y siempre me parecieron bonitas, pero no tanto como ahora años. La Princesa de Babilonia la volví a repasar y siempre me pareció muy bonita.

—Bueno, doña Chinca: Y usted no sabe que esos libros están prohibidos?

—Qué prohibidos van a estar, Elisa! Eso es para darle gracias a Dios, que le dio al hombre tanta capacidad.

—Se levanta.

—Y ya me voy, que es muy tarde y tengo que entrar adonde misiá Rosarito.

—No se vaya sin el cacao, doña Chinca.—pide Lola—Vea que es de harina, como nos gusta a usted y a mí, y con unos buñuelos muy buenos que nos hizo Jacoba.

—Vea, hija: Es que nosotros los viejos desdientaos hacemos tantas porquerías para comer, y aquí no traerían cucharas.

—Echele dedo al migote, doña Chinca, que estamos en el monte.

—Sí, vieja.—le suplica mamá—Ya está batiendo Jacoba.

Tomado el refrigerio se despide, y exclama doña Martina:

—Valiente vieja tan extravagante! Como que es medio loca?

—Loca?—repone mamá.

—A Martina tiene que parecerle loca una vieja que lee novelas.

—Es la primera vez que veo una vieja en tales bundes.

—Qué vas a ver vos, Martina, si no conocés ni la gente! Te figurás que todos los que no sean al estilo de los de tu casa están de amarrar.

—Pues siempre será mucha gente doña Chinca cuando ustedes le están haciendo tanto pasaje...

—Mucha gente.—asegura mamá—Si en el mundo hay bienaventuradas, doña Chinca es una de ellas. Qué va a pecar esta pobre vieja, aunque lea a Voltaire!

—Pero será muy de segunda...

—Muy de primera, Martina. Gente muy limpia de sangre y muy honrada. Los de los pueblos conocemos mucho nuestra gente, por lo mismo que es tan poquita.

—Pero a esta viejita no se le ve.

—Pues entonces a vos y a tus muchachitas—repone Lola—no se les ve tampoco que sean gen-

te, con esas vestimentas que usan. Es que a vos no hay quién te entienda, Martina: Te mantenés asada con los lujos y con las ínfulas de nosotras las Cuencas, y ahora que ves a doña Chinca de vestido lavado y de alpargatas, te parece que es una ña.

—Dejá a Martina, Lola.—insinúa mamá, muy afanada—Ella tiene sus ideas y el derecho de expresarlas.

Doña Chinca y su familia son sanjuaneros. Enviudó muy joven, de don Mamerto Vasco, a quien sepultara un socavón en la mina de La Quiebra. No quiso reponerlo, aunque le salieron buenos pretendientes. Sólo tuvo a Mamerto II, alias Pispirís, herrero por profesión y vago por oficio. La pobre vieja salía todas las noches con su vela, para buscar al hijo en garitos y billares y traerlo a la casa. Aunque estaba casado y con hijos, la vieja tenía que hacer la fuerza para conseguir el sustento de hijo, nuera y prole. Pero hé aquí que Pispirís determina enmendarse, con confesión y todo. Tántas promesas hace, que le creen; y entre don Teodoro y don Miguel lo hacen venir a la mina, con todo y familia, para trabajar en alguna de las herrerías. Con ellos se vienen el negro Timoteo y la mulata Nicolasa, a quienes ha criado y casado doña Chinca. No tuvieron hijos y el par de negros han sido el apoyo de la vieja. Mamerto no principia mal, pero pronto vuelve a las andadas y hace novillos en el pueblo, por estarse en los billares y en la gallera. Por consideraciones y caridad no le dan el pasaporte; pero cualquier noche, a la vuelta del pueblo, lo cala hasta los huesos un aguacero y atrapa un reumatismo que no ha cedido ni por remedios ni por oraciones. El pobre Pispirís queda reducido a una si-

lla y entretiene su vida ayudándoles a abrir el tabaco a las mujeres y leyéndole las novelas a la madre. La empresa les pasa la ración del inválido, que agregada a la del negro, que es muy buen carretero, les da para engañar el hambre. Sobra decir que mamá y las señoras de la casa los socorren como pueden y con la delicadeza que el caso exige, porque las asistencias de la médica comadrona las practica por amor al prójimo. Y tanto que, en altas horas de la noche, a pie o a caballo, andorrea falda arriba o falda abajo.

Todo esto se lo cuentan mamá y Lola a la señora despreciativa.

Melita me llama desde una ceja de rastrojo, por donde se asoma, y me dice:

—Camine, Eloy, para que admire las cosas de Dios.

Y me va mostrando y describiendo los colores y las figuras que forma el ocaso. Serán las cinco y media, y entre el rastrojo se oye la elegía de las tórtolas. El viento esparce olores de musgo, de salvias, y principian a oírse rumores de gentes alternados con el pito metálico del grillo y con el silbo de algún castrapuercas tañido por algún rapaz.

Descendemos y mamá se va quedando rezagada. Me le acerco y le digo:

—No le da miedo de resbalarse?

—Pues no ve, Negrito, que estoy bajando con mucha maña?

—No estoy sucio ni sudado. Quiere tenerse de mí?

—Gracias, Negrito. Allí me voy apoyando en

su hombro.

Nos vamos retrasando.

—Mamá...

—Qué es, Negrito? Le está doliendo algo? Ya sé que usted es muy reservado y muy tímido. A ver; qué le acontece?

—Es que... Yo más bien le digo a Melita.

—A mí, primero. No soy su mamá?

—Es que... Por qué no le dice a misiá Martina que mis padrecitos eran casados, para que no crea que soy arrinquín?

Mamá se ríe y me soba el hombro, con cariño.

—Usted qué cree que es arrinquín?

—Pues... un muchacho, así... como los qui'hay en la cocina de Felipona...

—No siá bobo, mi Negrito! Arrinquín es cualquier muchacho como Tiodoro, como Tano. Por qué cree usted que arrinquín es cosa mala?

—Es que... así llamaba Cantalicia a los muchachos de cualquiera mujercita... Pero no es cosa mala, mamá?

—No, Eloy. Eso es una palabra que no significa nada.

—Y arrimadijo tampoco?

—Pues, tampoco, Negrito. Arrimadijo o arrimado llama la gente boba a las personas que viven en alguna casa que no es la de sus padres. Pero eso no quiere decir nada. Ya ve Amelia: ni mi padre ni mi madre son sus padres, y ella ha sido y es lo mismo que si fuera hija. Usted es hijo de Miguel y mío.

—Mamá...

—Qué? Diga.

—No es por envolatarme? Fue que... Melita le dijo a Brújulo...

—Sí, ya sé, Negrito.—dice, riéndose—Pero eso fue por lavar las groserías de Tiodoro. En esto que le digo no hay ningún engaño. Cómo lo voy a engañar?

—Qué tan bueno, mamá! Yo no podré traer atices o cargar arena en las carretas, como otros muchachos?

—Demás que puede, Negrito. Pero a mí no me lo mandaron ni a Miguel se lo dieron para que fuera peoncito sino un muchachito bien educado. Allí lo iremos ensayando en algún oficio que le convenga. No se afane. No dizque va a ser doctor?

—Sí, mamá. Cuándo veo la rosa de los vientos?

—Muy pronto. Aplíquese y verá que en esto sabe lo que es eso.

Esa noche rezo el rosario sin saber qué. Esos ilusiones siempre serían espíritus malignos y perjudicarían a la gente, en todas partes. Esos serían los que habían hecho tantos daños en Aguas-limpas; esos serían los que volvieron así al difunto Chalarca y a ña Melchorita. Hasta serían esos ilusiones los que le habían hecho perder la cabeza a mi padrecito. Por qué habría tantos ilusiones en las minas? Hasta serían ellos los que metían el oro tan hondo. Y eran más malos en las vetas que en los ríos y en los organales. Esos espíritus lo metían entre las piedras, allá muy adentro de la tierra, como si fueran niguas en el

jarrete de algún patojo como esos de Aguaslimpias. Hasta ilusiones serían lo que tenía adentro ese bizcorneto de doña Lorenza. Y, Avemaría, muy bien rezado, para que me librara de esos enemigos. Mas no me dura el fervor: Se me presenta la rosa de los vientos, muy grande, sumamente grande, y las matas con muchas hojas y unas espigas muy altas, zumbando y haciendo bulla con el ventarrón. Ah bueno para Teodorete que ya la había visto! Cómo serían los chócolos de esa rosa?

VI

Si es verdad que los filones se forman en las grietas que abren dentro y fuera de la tierra los movimientos sísmicos, las convulsiones en la región a que nos referimos debieron ser apocalípticas. Toda ella está cruzada por filones caprichosos. Serían los escombros de una Nueva York preadánica, cubiertos por tierra aventada de otro planeta? Serían acaso las raíces de aquel árbol que daba Algarrobas de oro? Dios lo habría quitado de la tierra para que sus animales no comiesen fruto tan venenoso y habría petrificado sus raíces para que no retoñasen.

Por las guacas que por allí se han descubierto se sabe que los indígenas extraían el oro. Y no son pocas las leyendas y tradiciones sobre las mineras que allí establecieron los españoles.

Así y todo estos filones ocupan un cuarto o quinto orden entre las minas de Antioquia. Ni siquiera las nombran cuando se enumeran nuestras regiones auríferas. Por muchos años han dado vida al distrito de Santa María de la Blanca, a que pertenecen.

La casa de Castellanos e Hijos, una de las

más respetables y emprendedoras del comercio de Medellín, las trabaja desde el 56 con buenos beneficios. Desde entónces es don Teodoro su director. Con la paz y la administración Berrío la minería ha tomado en Antioquia mucho vuelo y la empresa de Santa Ana su mejor desarrollo y sus óptimas ganancias, merced acaso a los conocimientos, más intuitivos que adquiridos, de don Miguel. Ello le viene por herencia: Un tal don Juan Moncada de Rivero, sanlucareño de mucho empuje, emergió a estas breñas en busca de oro, por allá en los promedios del siglo XVIII. Era un tatarabuelo de don Miguel. Tanto don Julián como don Teodoro se han formado en la escuela de Orofino y en otras minerías del norte del Estado. Don Miguel ha visitado los minerales del nordeste, de Titiribí y Marmato, en busca de conocimientos, y en San Juan ha trabajado con su padre vetas y aluviones: De aquí su rutina o su experiencia. Aunque don Teodoro es muy entendido en estos trabajos, a la buena de Dios, y en las construcciones y andariveles del caso, su hijo le supera por sus buenas aptitudes para la mecánica y por el ojo minero. Don Teodoro más que todo es administrador, y en esto aventaja al hijo. Para consultas tienen a Leonardito, uno de los hijos de don Mariano, que ha estudiado mineralogía en Europa y en los Estados Unidos. Como teórico será uno de los mejores en Colombia. Prepara una obra sobre la minería en Antioquia, que probablemente publicará. Para asuntos de amalgamación y evaporaciones del azogue, tienen a Castor, otro hijo de don Mariano, que ha hecho estudios químicos en los mejores centros de Europa y establecido en Medellín casa de fundición y apartado. Uno y otro vienen con frecuencia a

la mina y, año por año, don Mariano y sus otros hijos consocios. La consulta es un día sí y otro también, porque los malditos filones tienen tales caprichos, veleidades, independencia y edades tan distintas y discutibles, que Leonardito por más que les conozca la ganga, no les encuentra similitud, en su estructura y máxima consolidación, con ninguno de los que estudia en sus tratados. Aquellos filones o raigambres se pierden, se traban, se juntan, se involucran, cuando menos se supone. De aquí el que su persecución sea más de tanteo adivinatorio que de cálculos científicos.

Ni para los rompecabezas que en la de don Miguel se acumulan, con las diabluras del tal oro.

La administración de la mina es un engranaje de muchas menudencias. Con los víveres y palamentas que traga, hay para marear a cualquiera.

Don Teodoro ha logrado, después de muchos chascos, seleccionar e instruir su ejército. Lo componen gentes montañeras de los distritos circunvecinos, casi todos de familias blancas y hasta bien parecidas; Africa está en minoría. La empresa suministra habitaciones a los trabajadores de más honradez, formalidad y arraigo. Y como es condición sine qua non el cuidarlas y cultivar la parcelilla correspondiente, aquellas residencias de humildes asoman muy graciosas sus techumbres de astilla y alzan sus penachos de humo, medio escondidas entre el follaje de los chachafrutos, hortalas y jardincillos. Así se han formado las cuatro agrupaciones; a saber: El Alto, La Calle Real, El Hoyo y La Acequia. No pasarán de cuarenta, sin contar algunas dispersas, de colonos de don Segismundo Colmenares, dueño de los

terrenos de esta empresa y las colindantes.

Los grupos y jerarquías de la mina! Será una las gentes del molino y del lavado, del socavón y del carretero. Será otra las carpinterías a codal y escuadra y las fraguas de toda clase. Otra los macheteros ambulantes que componen y remiendan canoas y mampuestos, acequias y carreteros, socavones y apiques. Pues y los monteros, sacadores de teja y aserradores? Y todo aquel personal de pinches y fregonas que preparan y reparten el condumio para sesenta en cada cocina? Puestos para gentes muy probas, que sepan de apuntes y cuentas, son la despensa y el almacén de herramientas, la carnicería y velería. Mézclase a este movimiento interior la arriería, que trae constantemente víveres y materiales para la mina y mercancías de ropas y cachivaches para la tienda de don Teodoro y don Miguel; pues a más de buenos sueldos les concede la empresa el gaje mercantil. Don Teodoro acude domingo y lunes al pueblo, para entenderse con sus agentes proveedores de víveres y ganados. Relacionada está la empresa con las colindantes en eso de cambios y servicios mutuos. El dueño de estas tierras es personaje para gastarle muchas condiciones y distingos. Es el tipo clásico del avaro aldeano, y saca gran partido de la empresa, no sólo con la indemnización de daños, sino también por las reses, granos y demás productos que le vende.

Como esta empresa da vida al municipio, la ha elevado a la categoría de fracción. Y en la propia Calle Real ha puesto la inspectoría. No se queda atrás la curia eclesiástica: La empresa, de acuerdo con el prelado y el vicario del pueblo, ha logrado un segundo coadjutor que venga a la mi-

na, de sábado a domingo, a administrar los sacramentos y a celebrar la misa.

Lindando con la zona minera está La Playa, una vereda de seis o siete alquerías habitadas por agricultores, que también negocian con la empresa. Es una vega bordeada de helechos arborescentes, casi en línea recta, orillas de la quebrada de La Trinidad. Es como un zaguán que conduce a la finca colindante de San José, de otro dueño. Como haciendo contraste con los riscos auríferos tiende esta posesión sus praderas apacibles de pastos naturales y sus suaves pendientes pobladas de ganado vacuno y caballar, con algo de lanudo. Cinco socavones y dos apiques suministran carga a los tres molinos y arenas a los arrastres respectivos.

Tal la mina y sus nexos, a mi llegada, el año de gracia de 1871.

En aquellos tiempos de las velas de sebo, la pólvora mondragona y las mechas farfulladas por nuestros pirotécnicos, no se conocían otras máquinas que las de coser, los relojes y nuestros molinos.

El hierro, así en barras como en pisones, en ollas como en calderos, se introducía de Inglaterra. Sabido es que el azogue nunca se ha extraído en estas latitudes y que no fabricábamos, ni fabricamos aún, la mayor parte del instrumental del caso. Bien se sabe cuales eran las vías y los medios de transporte por aquel entonces. Con todo, la empresa ganaba sus dineros. Los ganaba porque la vida era muy barata y los jornales tenían de serlo; porque los derechos aduaneros eran bajos, la moneda buena, y nuestro comercio muy

TOMAS CARRASQUILLA

acreditado, con la exportación de los orales antioqueños. Habrá que contarles a los filántropos que hoy favorecen las clases obreras, que la empresa reconocía el jornal de los domingos, pagaba la escuela, suministraba las drogas a toda la peonada, ración y casa a los inválidos, y daba órdenes para que socorriesen con víveres a los pordioseros de la región. Bendecid, pues, la memoria de Mariano Castellanos e Hijos.

Habrá que contarles a muchos señorones que hoy descuellan en Colombia en todos los campos, que muchos de ellos descienden de esta jornalería sana y robusta, hidalga y devota. Bendecid, pues, oh egregios, si a tanto alcanzáis, los manes de vuestros antepasados montaraces!

Las minerías del nordeste y de otras regiones antioqueñas se han tenido siempre como asiento de crímenes y borrascas. Mas en esta región alta y fría de Santa Ana, sin que falten los pícaros y urdemales que en todas partes se usan, un delito de sangre hacía época.

Por esos cerros de Dios sopla el viento de la bienaventuranza, impregnado con ese opio dulce e inquietante de las supersticiones inofensivas.

Y vuelvo al hilo de mi cuento.

Después de aquel día de excursión amaneco con los bríos enconados. Ayudo a Melita en sus faenas florales y salgo a las de Minos. No viéndolo por parte alguna me cuelo a La Casa Grande, corredor adentro, y encuentro a la niña Angelina arreglando la tienda. Aquí de mis tareas en la de Nicanor. Ofrézcome al punto. Me acepta. Y viérasme de nuevo, encaramado en la escalera emparejando ropas, tarros de drogas, bultos de

bayetón, ovillos de pábilo, y poniendo como un pesebre todo el cachivachero. Enorme posición conquistado por tal método y tales estéticas. En seguida me traslado a los dominios de don Isaías y sus dos ayudantes. Están en pleno ajetreo, en el recibo y medida de granos. Y en la despensa me luzco más que en la tienda, con gran regocijo de Largo Valencia, que se anda por ahí en sus remiendos de cueros, correas y enjalmas. Luégo al punto me diputan como agregado en el despacho de la ración diaria para las cocinas y en la semanal para las casas de los trabajadores que tienen de recibirla en la proveeduría.

En mi vértigo de labor me voy al almacén de herramientas y no acabo de pasmarme con tanto serruchón de aserrío, tantos pisonos, tanto instrumento y tanto fierro. Me siento con fuerzas para mover y arreglar todo aquello. Entran los socavoneros, por los taladros, y los sigo. Se llegan a la muela circular, que al borde del corredor campea en su aparato acuático, y no pudiendo ayudarles en sus afilamientos, tomo el manubrio del mollejón y me doy a la faena. Qué aparato más delicioso y que patio este de la entrada. El corral granjero, plaza de cuadra, lonja de víveres, lonja de herramientas. Está empedrado de lajas. Tiene su caño, que lo cruza diagonal; tiene unas casetas masculinas, disimuladas por saúcos y por sauces llorones; tiene la larga pesebrera y el corral de los terneros en un corte de la falda. Y afuera, junto a la puerta de golpe, están en el ordeño. A quiénes ayudaría en tan diversas y simultáneas faenas? Ni sé. Cómo saberlo? Ahí baja una recua, otra recua; y espero. Sal, petacas de tabaco, cargas de cacao, cargas de arroz y peroles. Poca será mi ayuda en cosas tan pesadas, pa-

ra tienda y despensa; pero siempre me ingiero y meto manos y hombro por donde puedo. Ya voy entendiendo el «laborinto» de Beneda. Pero a mí no me darían los «infusques», por más que los ilusiones lo procurasen. Decididamente yo era un hombre de agarre.

Mas, por mucho que lo fuese, no entraría en esa hombría de matanceros, con tantas suciedades y hediondecas. Imposible. Ahí viene Anselmo Bobo, con su perpetua risotada, trayendo en sus hombros, sobre un cuero, un cuarto de vaca. Mas, en medio de mis pujos de limpieza, siempre me meto por un lado del ordeño, a atisbar los descuartizamientos del matadero, dedo en nariz y ojo alerta. Cuándo no habían de estar los sinvergüenzones de los guals husmeando con sus picos indecentes? Pobres guals! Hasta contentos vivirían con esos atracones de inmundicias. Por allí hay otra gallinazada que le hace mucha competencia: Son viejas y rapaces pedigüños, acompañados de perros, que vienen en busca de los bofes y desperdicios de la matanza. Y cuando mendigos y aves despejan el lugar cruento, revuela sobre él, como para recibir su hálito, una banda de esas mariposas verde muzo y negro azabache, de alas picadas y góticas, que llaman de matadero; porque en esta vida hasta esas flores que vuelan necesitan aspirar la sangre. Pronto sube señó Remigio con el cuero colgado al hombro como una capa mojada, y sentado en una piedra lo va horadando por los bordes. Y yo indago. Llega Sierrita con un haz de chuzos, y los dos tienden el cuero, pelo contra tierra, y lo van estacando en el campito medio inclinado que al efecto tienen por esos lados. Me doy a contemplar aquel forro de

vaca que blanquea como isla en mapa. Y me recreo en la tenacidad de los guals, que vuelan a ver que ruñen. Cómo se resbalan los cochinos en aquella piel, tan húmeda y templada; pero siempre le arrancan sus hebras. Sierrita se desata. Maldito fuera el sorombático de Pagola. Allí se había quedado latiéndoles desde lejos a los otros langarutos, en vez de venir a cuidar el cuero, que era su obligación. Y chiflidos y Pagolas resuenan cañada abajo. Por fin llega el haragán. Entretanto Anselmo Bobo se carcajea que es una dicha. Esta hilaridad y su potencia digestiva son sus características. Es una vorágine: Se atraca de un voleo toda una asadura; y los peones, apostando a su estómago, le hacen tragar hasta cuatro libras de panela, de una asentada, como si fueran cuatro confites para un mocosuelo.

Después de aquel almuerzo tan bien ganado me doy con Melita a cumplir la orden perentoria de mamá: Una carta para Cantalicia y Escribano. Melita me saca el borrador y yo iré copiándolo, hasta que lo saque a pulso, para remitir la epístola por el correo próximo. Con datos míos ha puesto en ella mucho afecto, mucho optimismo y saludes para el género humano. Me propongo despachar la letra con ocho o diez copias. Teodorete y yo ponemos la mesa en el corredor delantero. Yo me doy a las escribanías y él toma Las Memorias de Ultratumba. Con muchos sacados de lengua y muchos torcidos de cara se da al dibujo: Copia Napoleón en Santa Cruz de Tenerife, mientras mamá cose sola en la sala.

—Ve, Eloicete,—me dice al cabo muy satisfecho—qué tan bueno me quedó Napoleón.

En efecto. Yo admiro aquel dolmán y aquel

sombrero al dos, con tanto lápiz azul y colorado. Sale a mostrarle su obra a mamá, y ella dice:

—Quítese de aquí con esos escarbados de gallina y váyase a estudiar, que está muy desaplicado!

—Todo lo que uno hace le parece feo!

Y sale, muy incomodado; pero no obedece. Se vuela al patio, por la barandilla, voltea por la rampa, y se larga Dios sabe adonde.

A poco llega Tilita con el rollo y sus palitroques, y a semejanza de los filones, enreda hilos y los va prendiendo con espinas de chonta.

Comentan y ríen el bureo de la víspera. En estas y las otras voltea por la rampa su alteza el señor inspector.

Digo alteza, porque jamás he visto gañanote más alto y acuerpado. Este sí es el lantagón de los lantagones y nada menos que el Antolino de don Olegario Campanillas, padre de don Clemente, de otros hijos habidos en dos legítimos consorcios y de toda una tribu arrinquinesca. Camilón, previo legitimazgo, fue el regalo de novio que el genitor le hiciera a su primera esposa. Menos bien parecido que su hermano don Clemente, tiene la arrogancia campanillesca y unas barbas muy crespas y muy cerradas. Representa cuarenta años y el sello divino de la autoridad, a pesar de sus patas al aire, todas sucias y rajadas, su ruana al hombro, el enorme carriel, y el sombrero mugriento de jipijapa. A más de autoridad es herrero y director de la fragua de atrás. Trae ensartados en un palillo hasta cinco capitanes.

—Hola, parientica!—berrea desde afuera.

—Colate, Camilón!—contesta Tila.

Y el San Cristóbal apoya una mano en la baranda y se brinca hasta la puerta de la sala, como una pluma.

—Aquí le traigo, parientica, y perdone la poquedá.

—Dios se lo pague, Camilón. Están muy grandes y muy buenos. Veá, Eloy: Lléveselos a Sebastiana para que los abra.

Pero en esas asoma Jacoba y los recibe.

—Hoy como que sería la pesca milagrosa!

—Nada d'eso parientica. El tal capitán se iría a temperar río abajo, porque de tres tarra-yadas sacámos como unos treinta y siete. También fue que el dijunto Benancio estaba de mucho afán, con no sé que arrierías. Allá te dejé, Tila, tu parte, con la negra Prudencia.

—Dios te lo pague, Camilón.

—También venía, parientica, a que me prestara una copa de cuacia, que dizque usted tiene, pa curar el tun-tún, porque a ese atembaíto no li'han aprovechao las tales píldoras de fierro que me recetaron en el pueblo.

—Con mucho gusto, Camilón. Yo la busco ahora y se la mando: esas copas de cuacia siempre aprovechan. Pero tal vez es mejor que le den agua de chireta, bien cargada. Aquí tienen en la tienda.

—Eso no es, parientica, sinó por hacer la potesforma, porque a ese atembaíto creo que siempre se lo lleva Chisgaravís. Mejor pa él; porque valiente vida tan puerca!

—Apuesto que te agarraste con Procesa.—dice la cuñada—Y nosotros que decíamos que dizque eran un nidito de palomas.

—Bien decían, cuñada. De palomas es, por lo puerco y lo jediondo. Maldita sea mi suerte! Mejor hubiera sido qu'esa maldita Zarcucia se hubiera largao a la paila mocha con el maldito tifo. Fue que al viejo barbas de cabuya y al dijunto Ceferino se les metió que si no me casaba con Procesa se trastornaba el mundo. Y m'echaron cura encima después que se confesó y nos tomámos las manos. Yo no sé de dónde sacó ese viejo todos esos escrúpulos: Si hubieran de casar a uno con todas estas jediondas que lo enredan, se tenía que casar ese viejo con medio pueblo.

—No digás nada, Camilón, que siempre es tu taita. Y vos siempre vivís muy enchamicado con Procesa.

—Vivía, cuñada; pero yo no sé que tiene el tal matrimonio, que le quita la gracia a todo. Esa Zarcucia y yo nos echábamos cocas y nos reventábamos la jeta cada rato, y hasta nos queríamos más; pero ahora...

—No, Camilón.—insinúa mamá—Siempre es bueno que hayan legitimado la cría.

—Qué cuento de legitimar, parientica: tan tomaos estamos los unos como los otros.

—Pues no ves—dice Tila—que echaste agarrre con ese patrón de Cauca, donde estabas tan contento? Allá estuvieran, y tal vez ni se habría enfermado Procesa.

—Pues no fue ni por la pelea que nos vinimos. Allá me hubiera colocado con otros patrones. Fueron calenturas d'esta Zarcucia. Dizque tenía

mucha gana de ver a su máma y a sus hermanas. Malhaya la máma y las sinvergüenzonas de sus hijas! Y lo peor de todo es que yo no me puedo amañar en estos laos, con estas finquitas. Yo nací pa vaquero de ganao bravo. No pa estas vaquitas comeyervas y aguamaseras. No sé por qué ese viejo barbas de cabuya me metió d'herrero. En Cauca siquiera puede peliar uno, no sólo con los animales, sinó con esa negrería tan altanera. Pero por aquí qué voy a peliar yo. Estos marinillos y santuareños patimoraos y toda esta canalla de blancuzcos y gurres, no le hacen cara ni a una gallina sarabiada. Qué voy a peliar yo con el dijunto Miguelito ni con el viejo Tiodoro. Miguelito lo amansa a uno con el buen genio, y el viejo con esa risita que tiene, le clava a uno los ojos y se los entierra hasta los hígados.

—Pues pelé con Brújulo, pariente.

—Qué voy a peliar con ese buey de San Isidro! Y si peleo con él se friega l'inspetoría; porque yo no sé ni encabezar un sumario ni escribir una declaración: ai tomo juramento y echo unos garabatos, que dizque son mi firma. Y eso es todo. Si no fuera porque soy medio tesorero y cobro los derechos de degüello y de caminos, no tendría ni qué hacer. El dijunto Brújulo, aunque es tan animal, siempre aprendió algo de expedientes en el pueblo y a preguntale a los reos y a leeles no sé qué cuentos, cuando les recibimos la indagatoria.

—Bueno, Camilón. Y por qué son las contien-das con Procesa, a estas horas?

—Pues por celos, cuñada. Pues no ves que como la Zarcucia se cre con mucho derecho, a

cuenta del tal casorio, ha determinao celarme hasta con las dijunas de sus hermanas y hasta con la vieja María Cifuentes y La Bella Pola. Y antes no decía una palabra, aunque supiera cosas.

—Ve, Camilón:—dice Tila—Es que no es lo mismo la esposa que cualquier otra.

—Dejate di'aleluyas, Tila. Si yo hubiera sido el primero que le volió sogá, sería otra cosa; pero cuando la cogí sabía hasta de silla. Y después entre todos m'hicieron gavilla y determinaron poneme de autoridá y d'herrero. No les falta sinó ponerme camándula y que me vaya a rezar con el dijunto Minos y con don Juliancito.

—Pero bueno, pariente:—pregunta mamá, muy sonreída—Usted tan conservador y que peleó en el Cascajo con el dijunto Ceferino, cómo sale ahora tan poco devoto y tan liberalote?

—Vea, parientica: A mí m'importan un ble-do los conservadores y los tales liberales. Yo me fui a peliar al Cascajo y me le presenté a Berrío, cuando se alzó el viejo Mascachochas, y peleo cada vez que me lleven, por peliar. Y también por llevarle la contraria a ese viejo barbas de cabuya y a estos hermanos míos tan rojos. Si yo pudiera hacer novenas, había de mandarle una a cualquier virgen, pa que el ñato Berrío armara la pelea con los otros Estaos o con el mandón de Bogotá.

—Acuérdese, Camilón, lo que dice la Citolegia: La paz es dón de Dios.

—Qué cuento de Dios, parientica! Mi Dios hizo a la gente peliadora. Siempre he oído hablar de guerras, y cada rato se despachan los unos a los otros. Y lo que es yo, me fregué pa siete arepas. Con cuatro o cinco negros medio azarosos

qui'hay en estas minas no puedo echar agarre, dizque porque soy autoridá y porque me friegan por abuso. Malhaya la tal autoridá! Y aquí ni siquiera pelean estos pendejos! Hace veintiséis meses qu'estoy d'ispetor, y apenas hemos instruído cinco sumarios por bobadas de borrachos. Porque ni siquiera ladrones son estos pergüétanos: en todo este tiempo me parece que he puesto en el cepo a unos cuatro.

—Pero en el pueblo siempre dizque le dan mucha lidia los domingos.

—Ojalá, parienta. Ai quieren hacer furruscas con los tragos, y hasta pongo vasallos; pero al momento los arriamos p'acá, y se vienen quietecitos y sosegaos. Estos taitas no son sinó flo-tantes. Les aseguro qu'esta vida qu'estoy llevando es de lo más pendejo.

—No siás desagradecido, Camilón. Aquí ganas buen jornal como herrero y sueldo como inspector; te dan dos raciones y hacés todo lo que te gusta. Te vas a cacerías de venao; te vas a cacerías de guagua; te vas pescar; cuidás tus gallos y siempre te asomás los lunes a la gallera, en compañía de don Tiodoro.

—Así es, cuñada; pero eso d'estar uno medio impedido pa la pelea siempre es muy triste. Y me voy, no sea que el dijunto Miguelito y mi amo Tiodoro determinen qu'estoy alargando tregua.

—No se vaya, Camilón, sin tomar las once.

—Gracias, parientica. Aquí en la chácara llevo el cuarto de dulce sanvicenteño pa jartámelo en l'herrería. Y voy a que me despachen la tal chireta, y por ai me gano al alto. Y hágame el

bién de mandarle la copa a esa Zarcucia con la negrita Guariconga.

—Mire, Camilón:—le suplica mamá—No se vaya. Ya recuerdo que tengo aquí chireta, y se la voy a mandar con la negrita. Quédese y le damos trago de vino. La tregua la repone usted en esta misma semana. Me figuro que no tendrá trabajo de mucha urgencia.

El hombre accede y todo se hace según lo dispone mamá. Las dos señoras siguen charlando con la autoridad. Mamá dice:

—Qué fueron los coloquios que tuvo ayer con don Segismundo?

—Lo de siempre, parientica: Los palos y los atices de los contratos, y la leña. A ese viejito le parece que dejan de apuntarle una chamiza y que la empresa lo v'arruinar. Ese viejito está deschavetao y la empresa va a tener qui'acabar por dale limosna. Hasta a mí me da gana de dale un rial a esa pobre gente. Hasta de debilidá se van a morir. El otro día que andaba en cacería, me entré a la casa; y si les digo lo que estaban almorzando, no me lo creen.

—Qué era, Camilón?

—Pues ve: La vieja sacó un cazuelón; llamó al viejo y a los hijos y les llenó los platos di'agua negra. Hicieron migotes di'arepa y después se bebieron unas tutumitas di'una cosa que yo no supe si era cacao o aguadulce. Ese fue todo el almuerzo.

—No siás cañero, Camilón.—repone la cuñada.

—Que me trague la tierra si te digo menti-

ras. Es qu'está loco. Eso no puede ser avaricia ni cicatería. Lo malo es que nadie sabe ónde entierra ese maldito viejo toda la plata que coge. Tal vez di'hambre, precisamente, no se mueran en esa casa, porque el viejo y los hijos cuando traen la olla de leche por la mañana, la llevan llena de caldo. Porque él tiene mucho brazo con mi suegra y con la negra Felipona.

—Sí, Tila.—dice mamá—Ya he oído decir que se alumbran con frutas de higuierillo ensartadas en un chuzo y muchas historias por ese estilo. Y estoy de acuerdo con Camilo: eso debe ser locura.

—De la legítima, parienta. El viejo madruga a tentar todas las gallinas, y él mismo trae las canastas de huevos y los pollos y los quesos y la mantequilla y todas las cosas de la güerta.

—Qué cosas tan curiosas tiene la vida.—dice mamá—Es el más rico del pueblo y cada mes recibe de la empresa un platal por todo el ganado, el frisol y el maíz que les vende, sin contar lo que recibe por los desmoreronos y madera. El otro día se lo encontró Miguel echando calabozo en un zarzal y con todas las canillas lastimadas. Y le dijo que se desarremangara los calzones, que se iba a quedar como un Nazareno; y el viejo dijo: «No, Miguelito: el cuero sana y la ropa nó».

—Sí, parienta. Ese viejo lo hizo el diablo, de roble o de tagua, o quién sabe de qué. Nunca dizque si'ha enfermao, ni se l'encona ese pellejo, aunque lo piquen los pitos.

—Y cómo le ha ido últimamente con las calbargas de doña Chinca?

—Muy bien, parienta. Esa viejita es de canela. Yo la monto en la mula, en el galápago viejo de misiá Rosarito, y siempre la saco por todas estas trochas y estas travesías, aunque sea a media noche y agua a Dios misericordia. Porque estos montañeros de Los Vahos y San Vicente son tan zonzos.

—Vea, Camilón: Mi Dios se va a ver en trabajos con usted. No lo puede mandar ni al cielo ni al infierno.

—Al cielo, parienta. Ai me chambuscarán las alitas unos días. Pero estas cosas mías no serán ni por hacer el bién, sinó porque me da lástima de todas estas pobres, en manos del dijunto Celeonio y de mi suegra María Cifuentes. Es que las iniquidades y las maromas qui'hacen con estas pobres ni se las puedo contar.

—Eso queda empatado con todas las maldades que le hacés a La Bella Pola.

—No, cuñada. Todas esas cosas con La Bella Pola sí son caridá de verdá. Yo le compro blanquete y papelillo pa que se ponga bien bonita, y le doy la receta de hollín y sebo, pa que se pinte los copetes.

—Pero le metés todas las mentiras que te da la gana y le hacés creer que cuatro o cinco peones, de los más blancos y bonitejos, están locos por ella.

—Eso sí, cuñada. Y busco quién le lleve serenata, pa que crea que son ellos, y le mandé pliego de consuelo de Tiberio Rojas, uno de los carpinteritos de Santa Ana, que es uno de los que más le cuadran.

—Y eso no te parece picardía?

—Por qué me va a parecer, cuñada? Eso es alegrar a esa Bella. Goza con todas estas mentiras como si fueran verdades. La cuestión es alegrarse uno. Y... siempre será con mentiras, porque con verdades me parece trabajoso.

—Sí, Camilón.—dice mamá—En eso tiene razón. Usted la bautizó con el nombre de La Bella y ella se siente bella y todos los peones y todo el mundo la llaman así. Qué le hace que se rían de ella por todas las galanuras que se pone, la rueda de bejuco con que se esponja y la redecilla.

—No le cotejés, Elisa, las vagamunderías a este loco, porque se empeora.

—Aquí habemos muchos locos di'amarrar, cuñada: don Segismundo, La Bella, Beneda y la dijunta Simona. Esa sí qu'está, ahora, de remate!

—Aquí estuvo la semana pasada con Ramoncito.—dice mamá—Vinieron a traer una ropa que le habían hecho a los Dávilas, y fue mucho el término que m'echó.

—Eso sí, parienta. Porque esa vieja tiene más letra menuda qui'un código. Voy a ver si le saco la toma de tonga y raspao de jarrete que le dio a Ramoncito, pa ver si La Bella puede entongar a Tiberio.

—Pues sí parece cosa de tonga.—ríe mamá—según las cuentas que les he oído, le lleva más de treinta años a su segundo esposo. Y no se lo ha robado estos días para ventearlo por el pueblo?

—Sí, parienta. Hace como mes y medio que lo saqué del purgatorio por dos días, y siempre se tomó sus cocos y echó sus cantos. Tuve que esconderlo en cas de las Calderones; pero no me va-

lió, porque la dijunta Simona siempre fue a desenterrarlo. Ya lo tiene tan hechizao que salió detrás, como Tom detrás de Miguelito. Pero eso sí: Lo cuida más que a una mujer de dieta. Me parece que ninguno en la mina vive más bien alimentao: Ella le da la sustancia del rey Salomón, porque... ah vieja! Es qu'estos hombres cara d'imagen, parecidos a San José, no merecen ni los calzones. Pobre Ramoncito! Y ahora sí me voy, porque me largo a decir disparates. Yo ni sé cachar con señoras. Y si me topa aquí la dijunta Marinacita diciendo cosas deshonestas, hasta si'accidentata. Dios se los pague, y adiós.

Y se va.

Con estas conversas, con los retozos de Tom y las niñas, poco más aprovecho de mis escribanías. A esas llega Teodorete, voleando un zumbel que se ha fabricado en la carpintería. Y nos vamos por ahí, por la Calle Real, con los dos molinitos de cruz y el regatoncillo, y nos ponemos a hacer acequias y a plantar los molinos.

—Esto nó, Eloicete.—me dice mi hermano—Hasta vergüenza me da que nosotros tan grandes estemos poniendo estos molinitos tan bobos. Pueda ser que Marto se resuelva, ahora que venga, a dejarnos el molino.

—Y adónde lo tiene, Tiodorete?

—Pues no viste allá en San Juan, que no le pude sacar dónde lo tenía? Ve: Desde la última vez qu'estuvo aquí lo escondió con el caimán, quién sabe en qué zarzo o en qué casa. A mí se me ha metido que Largo Valencia siempre sabe, aunque lo niega: Figuráte: Una cosa tan querida del Príncés!...

—Y adónde viven doña Simona y Ramoncito?

—Ah, pues por aquí cerca. Arribita de San José tiene ella posesión. A ella no le gusta vivir en el pueblo para que las otras mujeres no se enamoren de Ramoncito.

Lola y Melita salen de la casa de doña Chínca. Y Teodorete, con esa veleidad que lo caracteriza, determina que volvamos a casa, a ver láminas de libros.

A poco entra Brújulo, muy cortés y descubierto. Y después del gran saludo, dice:

—Aquí le traigo, mi señorita Lola, el consuelo que me encargó. Pueda ser que le satisfaga.

Vosotras las antioqueñitas inquietantes del año 33 podéis llevar vuestros novios en vuestros carros y dispararos con ellos por estos andurriales; podéis raptarlos en vuestras naves; hender los éteres azules y aterrizar con ellos en isla o continente. Pero no podéis enviarles un «Consuelo de Ausencia», que acaso enviaron vuestras bisabuelas. Sois tan desgraciadas, que ignoráis lo que es esto; pero Brújulo y yo os lo vamos a explicar:

Mide diez centímetros en cuadro. Eso sí es pliego. No de un solo doblez como el de cualquier papel oficinesco, sino de diez y seis en pico.

Aparece el mundo con su cruz, y esta leyenda por los cuatro lados:

En este mundo compuesto
de gozos y de aflicción,
sufren los novios ausentes
la pena del corazón.

Desdóblase un pico, con pintura y esta leyenda:

Oh corazón afligido,
la música te consuela
y por eso la sirena
te presenta su vihuela.

Otro doblez:

Esta sirena del mar,
libre de cola y escama,
se transforma de repente
en la mujer que te ama.

Desdoble y final:

Aquí tenés el retrato
de la mujer que te adora;
que te sirva de consuelo
mientras ella gime y llora.

Cuando es encargo de cuitado, sale un sireno
que se convierte en galán.

Ya sabrán los eruditos si estos mensajes representativos vinieron de España o se inventaron en la tierruca.

—Está precioso, Cataño.

—Lo trabajé con mucho esmero, porque quería hacerle una cosa muy fina.

—Tirso se va a encantar. Cuánto le debo, maestro?

—Oh, mi señorita Lola! Cómo quiere que vaya a cobrarle? Yo hago estos consuelos en papel común y se los vendo a los peones y a las jóvenes silvestres y me los compran los chechereros, a ocho reales docena; pero este lo hice especialmente para usted. Vea: Por detrás tiene el Dedicó: «A la señorita María Dolores Cuenca, para

enviar a su novio Tirso Gómez.

Por mano de

Nicomedes Elías Cataño».

Y un culebreo de cuatro ojos, o sea la rúbrica de Pilatos.

—Me da mucha pena, maestro.

—Es un honor y una satisfacción muy grande para un modesto institutor.

—No puede figurarse cuánto se lo agradezco...

El dómine se va.

—Tenés que mostrárselo a Martina — dice mamá—para que vea todas tus ínfulas.

—Y con qué le retorno a este animal?

—Pues vos verés.

—Ve, Amelia: Andá escogeme un corte de muselina de los de catorce reales, para mandárselo a La Joven Campestre, vos que les conocés los gustos.

VII

Qué viernes! Me voy derecho al despacho de raciones, y de allí me llama Ignacita, que actúa en el otro lado del corredor empedrado, entre una taifa de mocosos, enfilados frente a frente, en las dos bancas de pata en tierra.

—Hoy que es doctrina de niños—insinúa la devota—tiene que ayudarme en el repaso. Pero cuando sea de niñas, no se arrime a este corredor. Según me ha dicho Amelia está muy adelantado en doctrina.

Y tál y cuál. Sí pensaría la señora que me iba a coger puntos en estas sabidurías religiosas? Y vienen Bienaventuranzas, Artículos de la Fe, Pecados Capitales, Dones y Frutos, sin que marre en lo más mínimo. Y luégo seguimos con aquello de «Sois Cristiano?», hasta que la catequista da por terminado el aprendizaje. Ella teme que Brújulo, por inculcar las profundidades del número y la letra, descuide la doctrina. Y por eso sus repasos.

Aparece por el callejón la zamba Canuta con la olla de sancochito cogida del aro, y de la muñeca el talego de arepas. Y sacan de la despensa

los platos y cucharas de palo, que al efecto guardan; y sacan los octavos de panela. Por supuesto que yo ayudo al reparto de aquel condumio, con que premian a la devota rapacería.

Estamos junto a una reja o cosa tal, en la que se abre la puerta que comunica con el pago. Se asoma doña Rosario, inspecciona, y me dice:

—Mucho que me gusta verlo tan buen cristiano. Usted es de una familia muy piadosa. Tanto sus abuelos paternos como los maternos eran personas de mucha devoción y mucha caridad. Me acuerdo que doña María, su abuelita materna, besaba siempre el suelo cuando alzaban a Santos. Mañana tiene que confesarse, m'hijo.

—Sí, señora; pero yo me confesé en Aguas-limpias la víspera de venirme.

—Por lo mismo debe confesarse y comulgar,—afirma Marinacita—para que mantenga su alma limpia de pecado.

—Sí, señora. Yo me confieso, yo comulgo.

Y pidiéndome informes sobre mi primera comunión, le cuento todo lo referente a Luisita.

Me entro con la señora al pago. Es uno como vestíbulo, en la esquina del cuerpo de la casa principal. Allí está la tienda, con ventanales en la escuadra, y del lado de atrás un cuartucho para huéspedes con dos camas. El corredor delantero empata con un pasadizo como de seis varas, a manera de puente, que une el cuerpo central con el de oriente. Derecho al puente se abre el oratorio. Este cuerpo, que avanza hacia el sur, hace frente a nuestra casita y voltea en corredor, embarandado hasta el Gabinete Azul. En su ángulo

está el cuarto grande para huéspedes, y en seguida del oratorio, hacia el norte, la sacristía, con la cama del cura y el confesonario. En este mismo cuerpo, separados por un zaguán o pasadizo, están el almacén de herramientas y las otras piezas atrás mencionadas. El pasadizo y los dos corredores de ambos edificios abren un pequeño patio unido con el de la entrada, que llaman El Coso.

En el pago platican en ese instante doña Martina, Lola y Melita. La señora remienda; Melita teje y Lola echa valero en el mío. Doña Rosario se pasea, arrebuja en su pañolón, como recibiendo el beneficio del sol. No sé si me vaya o me quede. Al fin me siento en una banca, arrimado al ventanal de la tienda que da al patiojardín. Veo las interlocutoras y las oigo. Ambos ventanales están abiertos.

—Pues, m'hijita...—dice doña Rosario dirigiéndose a Lola—muy bueno que don Leandro les hubiera anunciado la visita, porque si nó no les iba a alcanzar el almuerzo.

—Sí, señora. El siempre se anuncia aquí o en San Juan. Ya sabemos que hace mucho.

—Tiene fama.—dice doña Martina—Me han asegurado que come como cuatro. Parece que estos Cuencas fueran de la familia de Anselmo Bobo, porque don José Joaquín y don Eusebio tampoco dizque lo hacen mal.

—Sí, Martina.—repone Lola, entre picada y divertida—Somos muy parientes y estamos muy julleros con él. Todas las familias tienen algún miembro para julleriar. Ya ven ustedes los Palmeras: Nos hacen fieros con el pariente don Segismundo Colmenares.

—Sí, Negra. A nosotros nos han criado tan diferente. Comer tanto no sólo es muy costoso y muy feo, sino muy dañino. Yo no sé este muchachito Martiniano cómo puede vivir alentado con ese modo de tragar. La primera vez que estuvo en Medellín, cuando lo llevó Evaristo, les aseguro que se mantenía engullendo a toda hora. Me parece que lo que le dieron lo gastó todo en cosas en la pulpería del frente, y creo que no le dio ni un dolor de estómago.

—Qué le iba a dar, Martina! La tripa se ancha o se angosta según como lo críen a uno.

—Sí, niña: A ese muchachito lo resabieron desde chiquito. Si así van a hacer con Eloy, tiene que aprender a trabajar mucho para poderse mantener.

—A este arrinquincito — repone alzándose, yéndose hacia mí y echándome los brazos por los hombros hasta ponerme frente a las señoras— lo vamos a criar con la tripa bien ancha, para que resulte bien mantenido y tenga harta fuerza. Y ve, Martina: Este y yo somos de la misma ralea, por lo mulatos; pero tenés que convenir que «entre rosas y azucenas lo moreno es lo mejor».

No sé qué siento. Es vergüenza o dicha? Pero el sentirme abrazado por Lola me desconcierta. Me parece que voy a llorar. Cómo siento de dulce el roce de la bola del valero en mis molledos. Por fortuna que en ese instante se oye ruido en la entrada y Lola sale. A poco entra abrazada con un viejito de ruana y alpargatas. Saluda a las señoras con mucha educación, y Lola se va abrazada con él, corredor adentro. Melita los sigue y yo me quedo sin saber qué camino coger. Doña Rosario dice:

—Ahora se pegan Leandro y Elisa a hablar de Córdoba y de Santander hasta que San Juan agache el dedo, y la vida del santo se queda en veremos. No vino esta mañana a leérmela porque se quedó arreglando los libros. Elisa, desde que se trate de libros profanos, no se vuelve a acordar de nada.

—Como ellas saben tanta historia...

—No digás, niña. Cuando vivíamos en la casa vieja, iban allá mucho José Joaquín y los hermanos, porque estaban medio escondidos por la guerra. Y emprendían el tole con Elisa, y eso era cosa de todo el día. Le aseguro, niña, que nos dejaban borrachos. Yo no sé cómo hará esa gente para acordarse de lo que hizo el uno y de lo que hizo el otro y del tal Ayacucho y del tal Junín. Y se pegaban de esos libros que escribió don José Manuel y no se acordaban ni de persignarse.

—Por eso son tan instruídas, doña Rosario. Por eso es Elisa tan letrada y tan descuidada con la casa.

—Sí, niña. Esos son estilos de San Juan. Y eso que Dolores es de mucho fundamento para todo. Por eso nos choca tanto que ese muchachito Martiniano se quede allá y aprenda quién sabe qué cosas con todos esos libros. Amelia me asegura que todos esos que trajo Lola en los hatillos no son cosas inmorales ni prohibidas. Tal vez no serán. Pero es una perdedera de tiempo y un mal ejemplo. A Miguel es tiempo perdido decirle que se oponga a esas cosas, porque lo que haga Elisa le parece a él cosa de santos.

—Es que a Elisa la han criado como si fuera una reina. Miren que tener cuatro negras, pudiendo ella y Amelia hacer todos los oficios! Muy

buen sueldo tiene Miguel; pero me parece que no le alcanzará para todo ese tono y todos esos huéspedes.

—Sí, niña. A ella la criaron en eso. Le aseguro que esa casa de José Joaquín es como la fonda de Baena. Vive llena de cuanto perro y gato pasa por el pueblo. Dolores tiene que mantener la mesa puesta y vivir en danzas con los que vienen y con los que se van.

—Eso me ha contado Evaristo. Y dizque comen sumamente bien. Me parece que por mucha plata que tenga don José Joaquín, no le va a dejar nada a los hijos. Muy bueno que hagan caridades; pero eso de llenarle la barriga a todo el mundo y encimarle a la mujer tantos sobrinos y amigos qué atender, siempre me parece mucha ancheta.

—Pero vea, niña: Dios sabe sus cosas! A Dolores le encanta cuidar la gente y aflojar la plata, como si no costara tanto ganarla.

Don Julián sale por la puerta de la tienda.

—Cómo es la cosa, Rosario? Hoy no piensan almorzar en esta casa?

—Todavía no son las nueve, don Julián.

—Ese reloj está loco, Rosario. Vea el sol. Y dónde está Ignacia?

—Me parece que está en la despensa—le dice la nuera—haciendo colgar los talegos de cacao molido, para que esos pobres piones no vayan a tomar sobraos de cucaracha y de ratón. En esto viene Teodoro; pero voy a que apuren la servida del almuerzo.

Al quedarse con doña Martina se sienta el

viejecito junto a ella, y le dice como en secreto, tomándola por mamá:

—Esta Rosario, como se toma la mediamañana desde las siete, no piensa que los demás tengan fatiga. Y dime una cosa, Elisa: A cómo está ahora el almidón?

—Muy barato, don Julián.

—Pues por muy barato que esté, le comen medio lado al pobre Tiodoro. Sabes cuántas polle-ras almidonaron hoy?

—Cuántas, don Julián?—interroga la señora con una sonrisa, la primera que le veo.

—Quince. Ahí las tienen colgadas en el callejón.

—Cúyo eres tú? Es tuyo, Elisa?

—No, don Julián: Este es Gamboa, el que trajo Miguel. Ya no se acuerda?

—Sí me acuerdo. Ve tú, Gamboa, y dile a Minos que me traiga el tabaco encendido, que hoy no se va a almorzar en esta casa. Qué se hizo Rosario? Apuesto que se fue a comer más carne pisada y a tomar más claro con leche. No tiene riesgo de aliviarse jinchendo la tripa como si hiciera morcilla.

Me retiro, y al pasar veo a Angelina sacudiendo con el plumero y en conversa con Minos.

—Aquí es inútil limpiar.—dice la niña, fastidiada—A medio día está todo manga por hombro. Ya ve ese entablado del corredor cómo amanece los lunes.

—Yo lo limpio, niña, como siempre. No se afane.

—Vea Minos: Saque el sahumerio del cuarto y sahume toda la sala y el pasadizo y todo. No se le olvide el comedor.

Lola ha partido con el tío Leandro.

Esa noche me prepara Melita para la confesión. Después de enumerarme los pecados que haya podido cometer, me dice:

—Tiene alguno de que yo no tenga idea?

—Pues... es que...

—Diga, Eloy. No ha de ser cosa que yo no pueda oír.

—Es que esos ilusiones... Será que yo no sé atajarlos?

—Los ilusiones no se pueden atajar, Negrito: Ellos no están afuera sinó dentro de uno. Por eso es mucha gracia no pecar. Usted no reza y se persigna con mucha devoción?

—Sí.

—Pues entonces no le dé miedo de los ilusiones. No ve que eso son cosas del diablo, o de los otros dos enemigos del alma? Persígnese con harta devoción, rece bien el Padrenuestro y pídale al ángel de la guarda que no lo deje apartarse de él. Récele también a las almas de sus padres y verá cómo le ayudan en la vida.

—Usted le reza a su madrecita?

—Todas las noches. Y usted también no reza conmigo los Padrenuestros del Camarero? No sabe cuáles son?

—Nó.

—Pues esos de la Encarnación, del Sudor

del Huerto y de los Tormentos que sufrió Cristo en la Cruz. Ese rezo dizque lo sacó un criado de San Gregorio y por eso lo llaman del camarero. No le dé vergüenza contarle a Elisa o contarme a mí las faltas que haya cometido. Todos somos pecadores, pero Dios nos perdona si nos confesamos como manda la doctrina. Usted dijo que le obedecía a Elisa, y en eso está todo. Desde que usted quiera ser formal y salir un hombre de toda cuenta, lo consigue.

—Yo quiero.

Este pacto influiría en mi vida? Así y todo, no es mayor mi recogimiento para recibir los dos sacramentos, porque ese sábado me embeleca más que todo. Es día de pago por turnos, y desde las seis están abiertos los dos ventanales de la tienda esquinera, con sendas mesas por delante. Papá, don Teodoro y Melita con los libros; la señorita Angelina pagando desde adentro. Siento que suenan los chelines en las mochilas de cabuya menudita; siento que suena la plata en otras, de cabuya gruesa. Cuándo y dónde oyera yo semejantes armonías? Y ahí me quedo absorto, arrimado a la baranda, los codos en el mesón y un jarrete en la macana. No pierdo pie ni patada de tan sublime faena. Vuelvo a la sesión meridiana; vuelvo a la vespertina, porque el pago dura hasta que suena el esquilón.

A las tres ha llegado el padrecito Alejandrino, en un mulito más para leña que para gente, con atalaje paupérrimo, recogida como blusa la sotanilla de merino verdinegro. Tendrá treinta y cinco años. Es menudo y feo, oriundo de El Santuario, y tipo perfecto del curita bienaventurado y campesino. Cuélase al cuartosacristía y ocu-

pa su rincón: Una silla con uno como biombo a un lado para las confesiones femeninas. Los dos Cepedas arriman los primeros. Yo les sigo. Y continúa la tanda de hombres y mujeres hasta el rosario, para seguir después si fuere preciso.

Al embolismo del pago y al de los penitentes se une el de Marinacita, Minos y Angelina, con el arreglo del oratorio. Es la casa una colmena de Dios.

Oh, mi primer domingo en la mina! A las seis y media, previos tres esquilonazos, se congrega la gente para la misa. Minos preside la ordenación de puestos y enfila a los comulgantes de escalera abajo, mientras los señores y señoras ocupan sus puestos, inmediatos al altar. Don Julián, sentadito en su silla, tiene al frente uno como asiento de reclinatorio. Mamá, que está en el centro, tiene un taburete en cuyo espaldar se apoya. Por el corredorcito sale el cura y echa los asperges, y a poco torna en actitud misal, seguido de Minos.

El sacerdote y mamá principian. Eucologio en mano, articula con voz alta, sonora, que va lubricando de fervores. No sé; pero se me figura que nunca había oído misa como se debe. Mamá es para mí una revelación. Esas frases del ordinario misal van cayendo en mi espíritu con el poder de la novedad. Pero hé aquí que un ilusión se me alborota bajo los crespos, y me voy deshilando. Esta puerta, medio enrejada, abierta hacia afuera; este recinto, más camarín de santo que oratorio; este crucifijo tan alto, en su repisa engalanada; el copón y el cáliz; las flores, las velas, los candeleros, el atril, el misal, el cuadrito del Evangelio, todo me disipa. La palia y los paños, tan

bordados de colores, me recuerdan la escena entre Ricarda y Luisita. Y veo los pájaros comiéndose las uvas. Y luego el tarambana de Teodorete, que me hace ojos y muecas desde su puesto. Por ellos entiendo que una cara muy fea y muy pintada es La Bella; y volviendo la mía, distingo en la esquina del corredor angosto la figura procerosa de Camilón. Roto el recogimiento alcanzo a ver al compadre Cepeda muy cruzado de brazos, muy cerrado de ojos, y a Beneda con los suyos muy compungidos y más vacunos que siempre, bajo la toca oscura del pañolón. Veo la Santa Cruz sobre la puerta del oratorio y veo tanta gente y tanta cosa. Y los trajes negros de las señoras y sus cabezas cubiertas me recuerdan a las hijas de doña Bonifacia en el entierro de marras. Mas la voz de mamá me torna a las realidades religiosas. «Santo, Santo Señor Dios de los ejércitos...» Y quiero seguir tras ella; mas unas cuentecillas negras que relumbran en su manto se ingieren en mis preces. Tanto, que en los momentos de la elevación no alcanzo los fervores que deseara. Y en el momento supremo de recibir a Dios me siento tan lejos... Papá ayuda a don Julián a arrodillarse, para recibir el primero a Dios Sacramentado. Y veo albear e inclinarse la cabeza del anciano. Me parece que se dobla; que Dios va a llevárselo en ese instante. Pero el sacerdote sigue trayendo a los labios de las señoras el alimento de sus almas. Apagada en ese instante la voz de mamá, se me antoja que el molino, con su eterno taquetaque, se acompasa más, para rezar con la mina entera. Y recuerdo cuando a Cantalicia y a mí nos acompañaban los pajarillos en el Porce. Y recuerdo a mi madrecita con su traje azul, más linda que siempre y más parecida a la

Inmaculada. Mi madrecita es sér perfecto y está rezando conmigo en el Cielo.

Cuando me arrodillo para recibir a Dios cierro mucho los ojos y ajusto las pestañas, para que las lágrimas no me corran. Ni sé cuándo termina la misa.

Teodoro quiere que antes de desayunarme hablemos con La Bella. Sería malo? Iría yo a reirme, como ese Theodorete tan triscón? Voy; la veo y la oigo. Ya caído el pañolón, un pañolón de raso alucinante, restos probablemente de mejores tiempos, luce su cabeza ennegrecida por los untos formulados por Camilón y el rodete castaño entre la red encubridora, y unos zarcillones muy grandes, con dobles rosetas de corales. Indudablemente se siente bella. Y anda menudo y menea la falda enrodada, como una campana que se agitate. Al hablar saca un remilgo, un algo allá muy parecido al de doña Ursulina. Conversa con Melita mientras Theodorete y yo hacemos el papel de los muchachitos intrusos y pegajosos. Y Theodorete dice:

—Hoy como que no vino Tiberio a la misa. No lo he visto.

—Cuándo iba a venir. Es tan moñón. No lo ví subir. Me parece que se iría para el pueblo desde anoche. Pero ayer no me mentó viaje para nada.

—Anoche le llevaría serenata?...—pregunta Theodorete.

—Sí.—dice La Bella—Pando y otros cantaron unas canciones muy nuevas y muy bonitas. Unas en el corredor de casa, y otras en las de más allá. Y eso que la noche estaba más bien fea. Y

usted, Eloicito, está muy contento en la mina?

—Muy contento, mi señorita Pola.

Pero Ignacita corta el diálogo llamándola, y nos vamos con Melita. Por ahí se anda doña Chínca rompiendo zapatos, saya merina y mantellina de paño. Es traje histórico, vitalicio, sacramental: Es misero. Pero no habla con mamá de nada eclesiástico, sino del Marqués de Fonseca, de Margarita, de Rosalía y del negro Pablo. Porque esta Dama de Noche sí era el misterio más bien discutiendo.

—Vea, Elisa, qué cosa tan particular: Ese señor que compuso esa historia tiene el mismo nombre y los mismos apelativos de mi ahijado Manuelito, el de mi compé Baldomero Fernández y mi comé Josefina González. No le parece muy particular, niña?

—Sí es curioso, vieja. Y ha rezado mucho por el?

—Cómo nó. Desde antenoche, que rematamos la historia, lo metí en la retajila de todos los que las componen. Es que esa es mucha caridad, m'hijita! Estos señores y estas señoras que discurren esos libros sí saben consolar a los tristes. Hasta al pobrecito Mamerto se le han olvidao los achaques.

Mientras tanto Ignacita se anda en afanes con Camilón para que se vayan pronto los empleados de los molinos, a fin de que les den tiempo a los otros para arreglarse y correr a la misa del pueblo.

No bien ha terminado la de la mina, montan don Teodoro y su nieta. Ya los seguirá la mística, escudada por Largo Valencia, que va a llevar

a Raquel. Se discute la ida de Teodorete y el Negrito. Sería a pie? Sería a caballo? Y luego resulta que no hay tal viaje. Nada triste que se pone Teodorete, porque Teresa, la señora de sus pensamientos, vendrá probablemente al medio día con su hermano Lalo, insigne discípulo de don Ceferino. Yo iría en la semana, en compañía de Marto. Y me voy a la tienda, a ayudarle a papá y a Melita en la gran venta dominical. Allí están no sé cuántas consortes de los trabajadores, a regateo limpio, estirando las telas para examinar el batán; forran el índice en el pañuelo ensalivado, para ver si aquellas pintas son firmes. Y le dice la comadre Abigaíl a su hija Rogelia, una muchacha muy salada:

—Y vusté mesma, por qué no hace la escogencia? Engañese vusté mesma pa que después no salga con calenturas. Diga a ver: A yo me parece qu'esta regencia nácar con esos frijolitos tan bien repartidos, le pega más a vusté qu'esas otras tan listadas go de tanta charamusquina. Y resuelva ya, pa que no li'hagamos perder más tiempo a mi compadre Miguelito y a la niñ'Amelita.

—Pes yo ni sé qué decile, máma. A yo la que me peta es esa de la flor colorada, manque sea de pinta floja. Peru'han de ser nueve varas, pa que doña Simona mi'haga el camisón algo adornaíto.

—Mida, pues, compadre.

Corro vara en vano, y mientras una vieja chata se persigna está el corte doblado, a estilo de Nicanor. Y sigo despachando mazos de tabaco y cuartos de cacao; espejos carrieleros y navajas de bolsillo, cortes de dril y diagonal, de pancho y de fula, géneros blancos y zarazas de colcha, y qué sé yo cuantas más garambainas.

Nos turnamos para el almuerzo, y a las doce, cuando se va a cerrar la tienda, resulta la gran venta. A unos de La Playa se les ha muerto un párvulo, y esa noche y la siguiente hay angelito. Vengan, pues, el linón, el punto blanco, las cintillas engomadas, las franjas y los dos pliegos de papel marquilla. Melita, provista de alfileres y aguja enhebrada, se pone en la hechura de aquellos zapatos para que el angelito no se entune al atravesar los caminos de la eternidad; el jarrito para que tome el agua, y la palma con que ha de presentarse ante Dios y sus coros angélicos. Mucho que le admira doña Rosario aquella obra de zapatero y de orfebre.

Corremos a casa a tomar el puntal para volver al trisagio. A él concurre Tilita con Teresa, y Teodorete no tiene devoción por hacerle muecas. Y cuando salimos al patio le dice la amada, de diez y siete años, haciéndose muy ofendida:

—Por más que me coqueté no le creo ya, Tiodoro. No crea que me compra con el guardapelo que me trajo. Me lo puse porque yo no soy despreciativa; pero yo sé qui'allá coquetió mucho con Serafina y que le hizo muy bonitos regalos.

—Ya sabía que te lo iban a piconiar.—contesta Teodorete—Pero vé, Teresita: Eso fue por pasar el tiempo; pero vos sos siempre la novia mía.

—Eso creía yo, Tiodoro; pero me ha resultado muy falsario. Tiene que darme muchas pruebas para que yo lo vuelva a querer.

—Sí. Eso es por disculparse, Teresa, porque a mí me contó Tano que usted estaba coquetiando con Evencio el de doña Simona.

—Peliá ahora, Tiodorete, con esta Teresa;— dice Tilita—porque doña Simona le va a enseñar a hacer el menjurje; y si lo tomás, quedás amarrado para toda tu vida.

Los dos amantes, Melita y yo aprovechamos aquel domingo soleado de abril para ventearnos por esas barranqueras. Mamá y Tilita nos imitan. Las mujeres van con botines rionegreros y trajes de zaraza clara. Las mayores con pañolones de lanilla; con sombreros de caña las menores. Nos vamos hacia el Molino de Abajo, Melita y yo los últimos. Nos detenemos ante el socavón consabido y me dice:

—Fíjese, Eloy, en toda esta tierra, para que vea que Dios hace maravillas hasta en lo chiquito.

Nos acercamos a uno como medio círculo que flanquea la placita del socavón.

—Fíjese: Toda esta tierra removida se ha ido asentando. Esas cañaditas las han hecho los aguaceros. Esas torrecitas y casas las forman piedras, y esa lama tan fina va cubriendo todo como un barniz. Vea todas las matas tan lindas y tan menudas que han ido resultando.

Son países encantados para unas parejas de amantes liliputienses. Aquí un puente; allí el arbolado de la febrífuga sarpoleta; allá esa planta miniatura que llaman Azucena del Niño Jesús se deshace en palmas de florecillas cándidas; y unos cardos, que pueden sembrarse en un dedal se alinean como cactus de un jardín de Armida. Y aquí y allá castillos, torreones, entre esa planta que llaman ilusión, junto a las rocas que forman los líquenes, crespos y blanquecinos, apelmazados y verdosos. Y para que más se idealicen

estos paisajes tienden las arañas rastreras sus gasas, de árbol en árbol, tal vez para cazar microbios o electrones. Y los saltamontes pintos y las mariposillas áureas cantan o suspiran para celebrar estos edenes, que acaso hayan perdido la inocencia. Allí deben dormir los ilusiones que asustan a los parvulillos en sus cunas.

Aunque veo gentes que suben y bajan por los caminos, siento esa paz, esa modorra religiosa del domingo. Y de cuando en vez el silbato lejano de algún muchacho, el alboroto de las guacharacas y el cacareo de alguna gallina rastrojera se unen al ruido del molino y de las hojarascas que el viento agita.

—Vamos, Negrito, a hacerle la visita a María Cifuentes. Usted que ha vivido en minas sabe que hay que tratar con todas las personas. Esto le conviene mucho para que aprenda a no despreciar a nadie. No ve que todos somos iguales ante el Señor que nos hizo?

—Sí. No desprecio, Melita.

Nos juntamos todos al entrar a los dominios de la suegra de Camilón. Sale a recibirnos en compañía de Procesa.

—Má! Valiente dicha velas por aquí.

—Por hacerle el salvajón, Marucha. — dice mamá—Hoy no pude ni hablarle en la misa, porque había mucho envolate. A usted sí la ví, Procesa.

—Tanté que en un tris no alcanzo.

Nos sentamos en el corredor, en la larga tarima, junto a la mesa de comer de los herreros y carpinteros de esa zona. En la mesa resalta, la-

brado a navaja, un trique, y los amantes, provistos de puño de maíz, se entregan a las delicias del juego. Yo me quedo al lado de la conversa.

—Y adónde están las otras muchachas, Marucha?—pregunta Tila.

—Pues no se fueron, anoche, las dos medianas pal Sitio? Tanté que tenían un baile en cas de mi hermana Guadalupe. Quién sabe cómo les habrá ido, porque Camilón no le ha querido mentar nada a esta.

—Ese? De puro chinche y sobao no ha querido mentame una palabra, por dame en qué morder. Yo tampoco l'he querido preguntar nada.

Es alta, garbosa, de facciones nobles, ojos verduscos, pelo castaño y ensortijado. La madre, de tipo opuesto, todavía está muy competente.

—Y Juliana?—le pregunta Melita.

—Tanté que salió dend'esta mañana con toita la recua, a ayudales en cas de Caravajal al arreglo del angelito. Ella es tan entendida pa estas cosas. Cito de mi vida! Estaba lo más alentaíto y en día y medio se lo llevó el tal achaque. Yo bien se lo dije a Patricia qu'esa soltura verde no tenía remedio. Tanté que doña Chinca se puso a dale agua de verdolaga con polvos de botica. Tanté botica! Ni an pa los grandes!

—Y qué polvos le dio, Marucha?—pregunta mamá.

—Pes ese bismute, que dicen. Doña Chinca saberá mucho p'acompañar a mujeres; pero pa chiquitos no tiene esperencia. Tanté que no tuvo más hijo que al don Pispirís. Este angelito se lo

llevó mi Dios en muy mal día. Tanté hoy domingo. El velorio de alegrías va'star lóbrego, porque toda la gente viene cansada del Sitio. Pero mañana en la noche sí resulta la cosa. La criatura me parece qui'aguanta hasta tres velorios, porque quedó vaciaíto con esa soltura y esa abalanzadera.

—Y cómo van a velar al angelito?

—Pes ni sé que decile, niñ'Elisa. A misiá Rosarito y a la niña Marinacita no les peta que los vistan di'obispos, porque eso izqu'es irrespeuto. Ai inventará Juliana, porqu'esa parece qui'Amelita la hubiera enseño. Porque vusté sí, niña. Aquí estuvimos vigiando el avío que l'hizo pa l'eternidá.

—Má, niñ'Amelita.—exclama Procesa — No se sabe cuál de las tres cosas le quedó más linda. Veán qu'ese jarro! Es que vusté sí, niña; es la que saca más cosas d'esa cabeza.

—Todavía me quedan muchas adentro, Procesa. Yo tengo mucho papel picado en la mollera.

—Qué será, niñ'Elisa,—pregunta la vieja— que la niña Lola no si'ha querido asomar por aquí? Estará sentida con alguna de las mías?

—Ella viene a saludarla. Es que ha tenido que cortar mucho y recibir muchas visitas. Y dónde está mano Jurado?

—El como qu'está güertiando.

—Camine asomémonos, Eloy.—dice Melita.

—Sí.—dice la patrona. — Vigén por todas partes: Pa eso mantenemos esta casa, que se puede comer en el suelo. Qué tal será que la niña Ma-

rinacita se mantiene ponderando a estas muchachas por lo fundamentosas y limpias.

Nos sigue y sigue el elogio.

—Y agora estos oficiales de ración grande y toda la pionada. Yo no sé qué tendremos nosotras las Cifuentes pa la sazón. Tamién es que a yo siempre me dan cada mañana mi cartucho de cominos pa los cocinaos y mi cartucho de jamaica pa componele a estos pobres ese cacao tan maluco que les muelen. Por eso los tenemos tan mal enseñaos. A nosotras las Cifuentes se nos atraviesa la comida sin aliños. Es qu'en casa siempre nos ha gustao tanto la cebolla y el tomate y el culantro. Y l'hemos enseñaos a Felipona a ser aliñada. Hasta güena güerta tiene ya. Lo qu'es la mana Custodia, sí. Ai izque les da a esos pobres piones unos caldos con la mera sal. Es qu'es tan montuna! Y no es capaz de dales arepa de pelao pa desayuno y merienda, izque por no mermale el afrecho a los cuchinos. Esa no es capaz de sembrar ni una mata de col. Yo no sé Camilón, con todo lo desigente qu'es, cómo les come esas comidas, en vez de bajar a su casa a jartase la suya.

—De vivo, máma. Pa qu'en casa le sobre pa llenar a tanto pedigüeño.

—Sí, Marucha.—pondera Melita—Los frisoles suyos son los mejores de todas las cocinas.

—Es que yo no tan solamente sé cocinalos sino que se los crezco con plátano guineo, go dominico, go con coles y cidrayota. Y no les meto tantísima candela, como hace mana Custodia: Dende el alto se le siente el rechín.

Admiro la huerta y la veguita de la quebrada cubierta de platanales, y las siete casitas que

se levantan, por ahí entre maizales. Sale ño Jurado y nos hace el salvajón, con muchas zalamerías. Y tornamos a la banca, al parlamento. Ya nos tiene allí Procesa las batatas asadas con que nos obsequian. Y ño Jurado, el hombre de los despotriques, el émulo de Pando, padre en el arte de contar, va ensartando mientras los visitantes gustamos el tubérculo morado.

—Má, mis señoras. Cómo s'está luciendo esti'abril. Asina irá a ser el mayo de fatal. Con tal que no se levante esa peste que nos cayó hace cinco años, después de los aguaceros de mayo. Vustedes si'habrán di'acordar.

—Cómo no!—afirma mamá—Me parece que estoy viendo las barbacoas que pasaban con los difuntos.

—Ese es el castigo más medroso qu'he visto yo. Asegún mi'han contaos, como que no cayó más que por estos laos y los de San Juan. Peru'eso era doblar y doblar las campanas en el Sitio. Y asina izque era por allá: Le caía al cristiano la pica-da en l'arca'el cuerpo go en la nuca, y el que más duraba dos días. Y muchos caían bocabajo, que ni desnucos. Bien le decían a eso «el rayo». Fue mucha la güerfandá que quedó por estos laos.

—Pues el Doctor Manuelito Uribe y el Doctor Posada no dizque conocen esa enfermedad.—dice mamá.

—Pes eso sería de todas las inundicias qui'aflojó la tierra en ese invierno tan bravo. Sería que al secasen los pantaneros echaban algún vaho bien fatal.

—Y adónde va a ser el alumbro este año, maño Jurado?—pregunta Tila.

—Pes el alférez prencipal es mano Caravajal. El es muy rumbo y el más pudiente d'esta fraición. Pueda ser que la creciente venga antes go después del tres, porque si cae el mismo día, no hay que pensar en alumbro ni en nada. Quién sabe cuántos trabajos iremos a pasar los cequeros y recorredores. Lo qu'es yo, no pierdo nunca una gota del aguaceral. Porque si no andamos vivos con las compuertas, se jinche el agua y se derrama p'ond'ella le dé la gana. Tanté l'agua! Yo le tengo mucho recelo a este mampuesto di'aquí: Anqu'es tan nuevo y con esas dos canoas tan grandotas, tal vez no resista la jinchida de l'agua. Otra cosa es saber el modo como crece esta maldita cequia de San Pablo, con todo el repecho de monte que le queda encima. Hasta recelo me da que no quepa por este socavón de la travesía. Agora un año siempre hubo dañitos, manque la creciente fue muy manual. Y a don Sigismundo siempre li'arrastró la puente que tiene al frente de su casa.

—Y qué hubo, mano Jurado, del entierro? Sí se lo habrán sacado?—indaga mamá.

—Sacao, niñ'Elisa? Ni el Patas con toda su pionada se saca es'entierro mientras don Sigismundo com'arepa. En la misma casa lo debe tener, porqui'hace añisimos que no duerme en el Sitio. Aunque sea agua a Dios misericordia y haiga huracanes en este monte y caigan rayos, se viene por la tarde o por la noche. No si'acuerdan, pues, qui'hace dos años que se vino en medio de la creciente? Yo siempre creigo qu'ese viejito tiene pauto con el enemigo malo y que por eso no le pasa nada a él ni a su familia. Porque ni las rozas se le pierden anqui'haiga la sequía qui'hubo el otro año. A los demás labradores se les pierde la cose-

cha go sale de no servir. Y el viejito es el único que cosecha hartó maíz y hartó frijol. Otra cosa es ver cómo vienen de lindas todas estas rozas qu'echó hace dos meses y medio. Pa eso que ni los animales li'hacen daño; porque ese sí es el viejito que tiene más discurso y más capacidá pa los pajareos.

—Y en qué tendrá el entierro, mano Jurado?

—Pes eso ni se sabe, niñ'Elisa. Unos dicen qu'en tinajas y otros qu'en damesanas. Pero eso tiene que ser arrobao di'oro amonedao, porque dende el año 54 go 56 viene cogiendo esos platales que no parecen ni en negocio ni en nada. Todo ese vaquerío y yegüerizo pende d'esos tiempos, y en los animales es lo mesmo qu'en la labranza: Ni peste ni nada l'entra a animal que sea de don Sigismundo. Se ve, por eso, qu'es pauto con el enemigo malo. Porque mi Dios no tiene por qué premialo por caridades ni por mandas a su santo templo. Un mero medio es lo que li'han sacao toda la vida, los domingos. Y ya ven: Don Javier Idárraga, que ni tan ainas es tan acaudalao como don Sigismundo, mandó el frontis con toíto y reló.

—Y sí estarán endemoniaos los perros de don Segismundo?—pregunta Tilita.

—Nu'han d'estar? Es'es una raza que ese viejito sacó quién sabe di'onde y que la va perpetuando de tres en tres. Siempre mantiene dos machos y una hembra. Y es tan condenao que si resultan otros perritos los ech'hogar, y a los viejos los horca. El más arrestao no se va metiendo en esa casa, con esos tres enemigos. Ya ven la que le pasó al Tobías Arredondo, que se mantenía echando flotas: Qu'el entierro se lo sacaba anque l'echaran todos los perros d'este territorio. Recuerden

que lo tumbaron y cuasi le truezan el gañote di'una tarascada. Mas sin embargo, el viejo no deja la tarascada. Mas sin embargo, el viejo no deja la casa con los perros solos ni una sola noche. Vayan viendo, pues, si tendrá allá la cata! Es qu'en esa maldita casa de la Trenidá son toítos brujos. Don Sigismundo se vino a poner en estao cuando ya'staba viejorro y tenía su pauto con el Patas. Y en vez de casase con una muchacha, se pegó de doña Fulgencia, que ya'staba muy jecha: Apenas le pudo coger ese par d'escuerzos, tan feos y tan pasmaos como los taitas. Y resultaron tuavía más hambrientos qu'ellos. Y esa vieja Radimundis es la bruja más violenta d'estos laos. Esa ve en un'olla di'agua la cara del cristiano que se roba alguna cosa. Cuando recorro por ai la cequia, la veo lavando en esa quebrada, y'eso es mesmamente una cosa del Patas. Ai la veo peinándose con un cacho de peine y s'echa el pelo por delante y se tapa la cara y asina trabaja mejor.

—Bueno, mano Jurado:—pregunta Tila—Y siendo todos tan brujos en esa casa, cómo hace Camilón para que don Segismundo no moleste con sus pleitos?

—Pes ai verá, misiá Tilita. A yo me parece que don Camilón le mete recelo al viejo con esa muñeca tan violenta que tiene. Vustedes recordarán que cuasi le cuesta presidio. Y precisamente por eso lu'han puesto aquí d'ispetor. Eso como que fue un pauto entre el prefeuto y las autoridades del Sitio. Y hasta el dotor Berrío tendría parte, porqu'él izque lo iba a mandar de fefe a los penales del Patiburrú. Lo cierto es que dende que don Camilón está aquí, el viejo nu'ha vuelto a molele la pacencia a los patrones ni a ponele quejas a los que vienen de La Villa.

—Qué dice usted, Procesa? —pregunta mamá—Su señor esposo le hace algún unto a don Segismundo?

—Pes ese, hasta li'hará: Ese taita es tan sobao y tan perverso!

—Y entonces cómo te fuiste con él?

—Pes ni an me fui, niñ'Elisa: Tanté qu'esas fueron cosas de mi máma.

—Ah, pues yo qu'ib'hacer!—repone la aludida—Dende que se fueron pa Remango, echó a jeringar don Pedro: Qu'eso izqu'era muy malo; que los iba a denunciar y que yo tamién iba a encurrir en la denuncia. Y pegué patas pa Remango y me truje a esta y la empunté a Ventanas, a cas de mi máma. Y de Ventanas se la sacó Camilón y se largó con ella pa la tal Fredonia.

—Y por allá no los molestaron, Procesa?—pregunta mamá.

—Nada, niñ'Elisa. Dende que caímos al cañón seguimos como si estuviéramos casaos, y allá en Cauca no son soperos ni cosarios comu'aquí. Tanté allá!..

—Por lo que he entendido—dice mamá—estás muy contenta con el matrimonio...

—Tanté contenta! Ya izque estoy amarrada con ese taita. Si mi'hubiera muerto, mi Dios siempre mi'habería perdonao.

Sacan a colación al Príncipe y dice la Cifuentes:

—Es mucha dicha volver a ver a ese enemigo malo. Ese siempre es el más tremendo! Pa eso que con todo el mundo tiene qui'hacer! Dende que

se fue ha habido mucha desocupez en esta mina. Vean qu'en esta cocina es mucha la falta qui'ha-ce... Cada rato venía con alguna inguandia. Cuando determinaba bailar con yo las güeltas en el patio, tenía que salir al puesto, muy en ello, porque me jalaba de las criznejas y me sorrostiquiaba, y después de voltiar con yo volaba a metese por los socavones y por todas partes, porqu'ese sí es el duende. Siempre es mucho más tremendo que Tiodorito.

—Por ahí irán!—dice mamá—A cuál de los dos más necio y más cabeciduro.

—Pes este muchachito forástico—se deja decir la matrona, dirigiéndose a mí—como que tampoco es fruta que come mono, ai onde lo ven tan modosito... Aquí me contó Jurao qu'entre él y Tiodorito armaron contienda con esas zambas de Custodia, por la matada di'un pollo.

—Sí; ya estoy muy enterada, aunque ellos me están guardando el secreto...

—Nosotros no sabíamos, mamá, que por ai en ese rastrojo estuviera ese peletas.

Teodorete se calla, no sé si por el juego o por disimular.

—Esos fueron los ilusiones—interviene Melita—que los metieron en esos dibujos.

—Ellos fueron, niña.—dice el padre de nuestro amigo—En esta mina siempre han habido muchos, pero agora están mucho más alborotaos.

—Caminen vámonos para el molino,—ordena mamá—que en esto tocan el cacho y les estorbamos a los peones para la comida.

—Ah! Y tienen cara d'irsen sin probame los

cháncharos? Si fuera la niña Lola, ya si'había tambao su platao.

—Dios te pague, Marucha. Estamos demás de apuntaladas con las batatas.

Todos salimos, acompañados por el viejo. Andareguemos por aquí y por allá, y luégo pasamos a la plaza. Allí están unos cuantos. Dos juegan al machete con unas paletas de res; otros juegan tute en la carpintería, otros chumbimba, con sus corozos grandes bien amolados y la mocha eminente de cuerno. Dos luchan. Mas, de pronto, suspenden la lid y se apartan muy asustados.

—Descansen un ratico, pero tienen que seguir—dice mamá—porque los vamos a ver y vamos a apostar.

—Yo apuesto diez tabacos a Cárdenas.—dice Melita.

—Yo otros diez a mi paisano Sinforoso.—contesta Tila.

—Vean, señoras:—dice Cárdenas, muy confuso—Es qui'a nosotros los ocupa la vergüenza. Tanté uno con estos calzones tan sucios y estas pichangas tan hilachentas!..

—No sea bobo, Cárdenas.—dice mamá—Yo los he visto muy galanes los domingos; me parece que esta mañana los vi en la misa.

—Es que... estamos tan sudaos y se nos ve el pellejo con estos hilangos...

—Mejor, muchachos.—repone mamá—A los gallos de pelea siempre se les ve el pellejo, porque los rapan por alguna parte. Y por qué no fueron al Sitio, paisano?

—Pa qué íbamos, señora, a hacer el papel del bobo? Todos los di'afuera qui' hoy nos quedámos aquí estamos en la pur'istricia. Lo poquito que nos quedó lo comprámos en tabacos pa las apuestas.

—Ya sé de qué viene la peluncia.—dice Tila
—Se colaron a la casa de Salvadora Penagos y entre ella y el yerno les metieron cabra.

—Ni modo de negalo, paisana.

—Eso es oro en chumbe, muchachos:—dice mamá—Me parece que con esta cogieron experiencia.

—Vea, señora:—repone el envigadeño—Nosotros semos tan inocentes, que ni sabíamos de los tales daos cargaos. Y tamién es que desde qu'el paisano don Tiodoro prohibió este juego, más gana le da a uno de jugalo. Tan siquiera nos bajámos a tiempo, porque ya íbamos a jugar los carriales y las ruanas.

—Sí.—dice Tilita—Yo los ví subir muy puestos y creí que iban para el baile.

—P'allá íbamos, señora;—contesta Cárdenas—pero esos traicioneros que nos ganaron la platica nos sonsacaron.

—Es lo que les he dicho yo, muchachos:—dice Jurado—No saquen el sábado sinó la paga de dos jornales. Pero vustedes los mozos creen que toíto se lo saben.

—A esa vieja Salvadora y a ese caimán—afirma Tilita—sí los debían bombiar d'esta mina.

—Eso es lo mismo, Tila.—dice mamá—Si no les roban aquí, les roban en el pueblo. La cuestión

es que estos mocitos aprendan a conocer los caimanes.

Se casa la riña. Los tutereros prestan a las señoras los tabacos que han apostado. Y los púgiles, ante el concurso de tahures y señorío, emprenden aquella lid, en que el honor de Marinilla y el de Envigado penden de dos carpinterillos.

—Juego limpio, muchachos!—grita Jurado.

Teodorete gazzatea; gazzatea Melita; gazzatean todos. Mamá hace una cara de satisfacción por ser la única que no apuesta.

—Echele mano, Mico!..

—Póngali'harta potencia a ese brazo, Sinforoso!..

—No resuelle gordo, Cardenitas!..

—Métale fuerza a esa cintura y a esos muslos!..

Y los hombres jadean, el mechero en los ojos, descompuesta la vistosa pichanga remangada hasta las axilas, dejando ver el remate del espinazo poderoso, mientras las manazas oprimen las espaldas y los jarretes se afianzan en la arena. Se sostienen en sus líneas en aquel vaivén. Mas, de pronto, se van de lado a un mismo tiempo, entre la confusa chillería. Mamá se constituye en juez de gallos, y declara empate. Y cincuenta por ciento de los tabacos apostados, como premio a los gladiadores, con una prima suya de cincuenta más. Aplausos formidables en las barras.

—Bueno, muchachos:—dice mamá—Váyanse para el velorio de alegría a ver si se consuelan.

—Qué vamos a hacer tan pelaos, señora?—

contesta el marinillo—Ni an pa tomanos un guarapo tenemos.

—Si quieren—repone mamá—yo les presto cuatro reales. Manden ahora un muchachito para que les traiga los tabacos y el préstamo...

—Qué decís vos, Sinforoso?

—Ah, pues bueno. Cuando más le pagaremos a misiá Elisa con un madrugón. Y que mi Dios le pague.

—Yo gano con vustedes — dice Jurado — y treigo la encomiendita.

Emprendemos la retirada.

—Usted irá al velorio a contar los cuentos, mano Jurado?—pregunta Melita.

—No, niña. Ya yo'stoy muy pordebajiao pa estas cosas. Agora el que sabe contar quizqu'es Pando. Como yo no sé hacer cismas...

—A usted no lo pordebajean, mano Jurado.—dice mamá.

Por ahí bajan muy ensombreradas y con los atados bajo el pañolón las beldades de María Cifuentes, con otras que regresan del pueblo. Informan. El baile ha sido de lo mejor y el señor Inspector, que ha vuelto allá, viene atrás arreando los rezagados.

Antes de las seis llegan papá, Largo Valencia y Raquelita. Se alborotan Tom, Laurencia, Gloria la niñera de doña Martina, sus dos niñas y Repollo la famosa. Por fin se destaca la vocecilla entre el tumulto:

—A vel lo que me tlajiste, Miguelete!... Ah! Son melengues, Elisa!

—Este Repollo tan interesado!..

—Tiololete necio!.. Miguelete: Hicimos comilitas en el colelol, y Tom tumbó la mesa, pelo no hedió laños!

Raquel le arrebató la palabra:

—Me estrené todo, Elisa, y Lola me prestó la sombrilla y un muchacho muy chinche me jaló los cachumbos; y nos fuimos a ver los tendidos de los chécheres. Y qué te parece: Unas muchachas se fueron detrás, y la más grande me echó codo en el hombro y casi me tumba. Quién sabe qué irán a decir los curas!..

Le celebramos la originalidad curera y lo volvemos refrán.

—Los curas deben estar muy preocupados de semejante personaje y de toda la vanidad que Dios le echó a nuestra madre Eva.—dice mamá—Y vaya a que le quiten todos los arreos, para que se siente a la mesa bien formal y bien callada.

—Esta creída!—le zalamerea Teodorete.

—No le vaya a buscar pleito ahora, don Matapollos, porque toma la palabra y nos azonza.

En medio del carguío a Elenita y de las patitas de Tom, me dice papá:

—Me alegro mucho, Negrito, que esté tan comulgado. Ojalá siga buen cristiano. Pero no les enseñe más doctrina a los muchachos, aunque Ignacio lo llame. Dígale que yo no quiero que lo ponga de Brújulo. Y si lo llama para enseñarle versos para cantarle a la Virgen, ahora en Mayo, dígale que yo no lo dejo.

—Sí, papá.

Entramos en la grata expectativa. La vuelta de aquel Marto que ha huído de la férula magistral tiene de ser grande acontecimiento. Mas, antes que llegue, será bien narrar con la gravedad de un Tácito lo del magister y sus circunstancias en la actualidad. Imitándole copiaré de un historiador, sin ponerle comillas, como si fuera muy mío.

VIII

El poblachón relegado de La Blanca dormía como un bendito el sueño nemoroso de la ignorancia. El rumor de sus montes y el caer de sus torrentes le arrullaban en una música de bienaventurados. Sentíanse en su ambiente la libertad de las cumbres, la paz de lo sencillo y de lo ignoto, la gloria del sol y el perfume de la inocencia. Hombres y animales, espíritus y cosas convivían sin saberlo en el limbo sedante de la tranquilidad. Eso era el nirvana soñado por el tedio de los cultos; era la dicha del no ser; la morfina vivificante de la naturaleza.

Por luengos años tuvo La Blanca por único alimento la leche milagrosa de la doctrina cristiana. El Padre Astete, sólo el Padre, fue su proveedor lustros y lustros. Pero toda ventura es efímera: Llegó un día en que al Gobierno progresista de la época se le ocurrió abrir escuela de varones en esos vericuetos ignorados del planeta. La llegada del maestro, la apertura de la enseñanza, los útiles y los textos fueron un pasmo complicado. La Cartilla, la Citolegia y el Catón, así como esa tabla con menuda arena, donde se esbozaban

con un chuzo números y letras, destaparon ante aquellos espíritus murados el horizonte infinito de la ciencia. Para los selváticos lugareños era el maestro Lara poco menos que un portento. No era, con todo, más que el precursor: Ya vendría el Mesías. Y el Mesías vino.

Era oriundo de esta villeja, clásica en la tierra por su conservatismo y militaría, y a la cual se le atribuyen, lo mismo que a Beocia y a Galicia, tantas y tales simplezas, que forman una como leyenda complementaria del Bertoldo.

El maestro despampanó desde el estreno. Su recogimiento en aquella misa de renovación; su manera de llevar una de las varas del palio, fueron edificantes e insólitos. Subióse, a la salida, a los balcones de la Casa Consistorial; hizo tocar la tambora como en bando; la hizo callar por seña aparatosa de teatro, y con voz ondeante que resonaba por la plaza, comenzó: «Pueblo encantador y hospitalario de La Blanca: Vengo en nombre del Gobierno que nos rige y en el mío propio, a traer el pan sin levadura de la Sabiduría...» Y floreo tras floreo, tropo aquí, tropo allá, ensartó y expuso su prospecto o lo que fuese. Aquella gente, el cura inclusive, abrían la boca: Jamás el hipnotismo de la oratoria había embrujado a tal auditorio. Doña Casimira Palacín, señora del coquete, prorrumpe delirante no bien termina: «Mi Dios le bendiga la lengua a este hombre! Este debe ser un sabio muy macuenco! María Santísima! Lástima que no fuera cura!». Esto fue como una consagración.

Caso curioso el de aquel dómine y de aquel medio. No había transcurrido un mes, y ya mandaba en el pueblo hartos más que el cura y el

alcalde. Don Ceferino Guadalete, que tal era su gracia, comprendió al punto el partido que podría sacar de aquel venero inexplorado. Previa consulta con el Cabildo tornó a su villa, que era entonces cabeza de provincia; gestionó con las autoridades respectivas, y se trajo un subalterno llamado Diego Antúnez, mozo reposado, más para industrias artísticas que pedagógicas.

Entrególe la escuela propiamente tal, con la chiquillería plebeya, y plantó en el piso alto de la Casa Municipal, merced a un mediano sobresueldo, algo así como un maremagnum politécnico, con los hijos de los caciques, fuesen barbados o mocosuelos. Allí se enseñaba desde aritmética hasta trigonometría, desde escritura hasta retórica; desde el Código de Carreño hasta el Civil, desde lo doctrinario hasta lo teológico; había aulas de latín y de francés y aditamentos de canto y de dibujo. Sólo esta última clase y la de caligrafía las daba Antúnez; las demás, don Ceferino. Nada se les dificultaba a este par de brujos que hacían hasta miel de abejas: Farfullaron mapas, moldes de letras, globo celeste, globo terráqueo, tableros, reglas y demonios coronados.

Una vez afirmado don Ceferino trajo a su señora y a Leticia, su único retoño, y en compañía del paisano Antúnez plantó su tienda y sus penates.

Fundó a poco Junta Escolar y Sociedad de Fomento. Casi todos estos patriarcas montañeros que apenas si firmaban, se vieron en parlamentarismos y en cuerpos colegiados. Pero a Dios gracias ahí estaba aquel vidente que alumbraba a los estúpidos y prendía candela bajo el agua.

«La Maestra», que tal llamaban a doña Resfa Coello de Guadalete, también fue resultando otro prodigio: Cantaba como una sirena, tañía la guitarra y la bandola y tenía manos de ángel para guisos y labores femeniles. Su casa fue, desde luego, centro y recreo del lugarón. Y qué veladas! Don Ceferino, que también despuntaba por lo músico, la acompañaba al són del tiple con su vozarrona eclesiástica, mientras Antúnez le sacaba dulzuras y ternezas a los cinco popos de un caramillo montañero fabricado por sus propias manos. Cantaban de todo: Por lo fino y por lo «juma», por lo español y por lo criollo. Sólo la bobalicona de Leticia no representaba ningún papel.

Pronto principiaron los aprendizajes de cantos y punteos, de pastas y labores. De ahí le vino a don Ceferino la idea de abrir un colegio de señoritas. Casualmente que la tal escuela de niñas, que se iniciaba en esos días, no tenía cara de salir con nada. La tal Cleofe, su directora, era una montuna de la nuca del animal, de esas que no se cocinaban en cuatro días.

Pactóse con el cura y el alcalde, y con su elocuencia tribunicia fascinó al Cabildo y al lugar entero. Qué hombre! Se le quitó a Cleofe, por más que protestase, toda la chiquillería caciqueña, y se completó el personal con mozas casaderas y con varias rezagadas. Agregósele a misiá Resfa, como subdirectora, la Pastorita Mira, hermana del cura, una pobre mema beata y llorona. Bajo la cátedra y patrocinio de don Ceferino, y con el mote de Colegio de la Inmaculada, inauguróse aquel plantel, con tabla y todo. La ceremonia fue un vértigo, y las arengas del fundador y de doña Resfa otras tantas ciceronianas oraciones.

Tuvo como el otro cursos inconexos, en montón, sin escala ni precedentes; un mismo reglamento, y palmeta para grandes y pequeños. Como las hembras no podían tener en ningún caso más privilegio que los machos, reclamaron ellos título y tabla para su universidad. No había de acceder don Ceferino? Plantóse en la baranda un tablón con letras de a cuarta, que rezaba: «Colegio de San Antonio». Por sugerencias del jefe se emulaban aquellos dos centros de la sapiencia magna, avanzando por los tortuosos caminos de Minerva como bandas de gitanos que van a una misma feria.

Aquel apóstol incansable de la civilización hizo venir de su nativo suelo latoneros y carpinteros, pintapuertas, alarifes y hasta músicos. Hubo entonces tubos y canoas, rabiosa pintura en cerraduras, y salas empapeladas; hubo mesas de adorno, sillería de lujo, portones muy labrados y ventanas de cornisón; hubo «banda de viento» con cinco instrumentos.

Intervenía también en lo eclesiástico, y bajo sus auspicios inflamó el culto externo, que casi había apagado aquel curita de montaña que no estaba por embelecocos. Ayudado por Antúnez y sus estéticas andróminas fundó el coro, con las mejores voces de ambos colegios; estableció en mayo «Las flores de María», con ninfas, riego de pétalos, ofrenda de ramilletes y larguísimos cantorios, y el eco repetía por esos callejones:

«Venid y vamos todos
con flores a María».

Pues y en Semana Santa? El creó el cuerpo

de sayones, capuchón al rostro con el pico en alto; él creó el paso de San Pedro, calentándose en el brasero, junto al gallo ominoso; él creó «La Procesión Secreta», sin cura ni ciriales, con «la criada de Pilatos», muy fea, embozada y misteriosa; él creó «La Sentencia», en una esquina, con un muchacho encaramado en un andamio, en traje de procónsul, con percalinas de colorines; él creó el cirineo de lengua túnica y birrete de plumaje. Pero sus creaciones enormes y el encanto de la rapacería fueron «El Calvario» y «La Pascua»: Tormenta horrida, tras el velo tenebroso, entre las espesuras de sauce y de guaduas; huracán con bramaderas, tronamenta con golpes y tamboreo, relámpagos de pez griega inflamada por sopletes. Y el domingo, qué carreras las de Juan y Magdalena, calle arriba y calle abajo, y qué reventazón la de Judas en su encumbrada horca!

Y como el cura no era ningún pico de oro, don Ceferino leía y comentaba desde el púlpito Las Siete Palabras. Doña Casimira y Pastorita lloraban parejo con las montañeras.

Logró, otrosí, que aquel presbítero sumido en la rutina negligente celebrase por vez primera las funciones de Cuarenta Horas y las placeras del Corpus Christi. Aquellos altares, dirigidos por él y por Antúnez, subieron el pedestal en muchas varas.

Haciendo ellos los papeles principales ensayaron con varios discípulos La Flor de un Día; fraguaron decoraciones, construyeron teatro, y dieron las representaciones en la fiesta titular, a beneficio del culto.

En La Blanca no se tenía noticia del tal Veinte de Julio. Pues vieras qué conmemoración! Quitando un tabique de La Consistorial formaron una salona que ni la nave mayor de la iglesia. Sobre los manes tutelares de la Patria desgajóse la avalancha aplastante de arengas y recitaciones; cantóse en coro alterno «El héroe de los héroes»; declamó don Ceferino, desde un parapeto y disfrazado de Bolívar, el «Delirio sobre el Chimborazo»; ejecutó doña Resfa en la guitarra mil primores. Cómo saldría aquella gente!

Pero eso era nada comparado con «las fiestas de la civilización», que decía don Ceferino. Celebrábanse en la iglesia, y a cuatro sesiones cotidianas, duraban todo noviembre: Medio para los varones, medio para las varonas. Antes de entrar daban una vuelta por la plaza, a són de marcha; ellos, marcando el paso muy marciales; ellas, serenitas como unas monjas.

Balumba de flores, trapos y colgajos era el palenque, arreglado a diario, para estas justas mentales ante el Santísimo. Desde agosto se repartían los discursos y se ensayaban a tarde y a mañana. En cada sesión había cuatro, amén de las improvisaciones de los maestros consortes; pues era obligación reglamentaria que todo colegial, así fuese el arrapiezo más chirringo, echase su retahila. Mozos hubo que relatasen en el mes hasta media docena. Así se fue formando la academia oratoria de La Blanca, que ha dado al mundo tantos Castelares. Hogaño, como en aquellos tiempos venturosos, suben a la tribuna, a cada triquitraque, hasta monaguillos y caporales. Cerrábanse las fiestas con un desfile calle abajo, hasta el morro de un ejido, donde héroes y heroí-

nas tomaban el refresco que en larga mesa les tenían preparado.

El progreso cayó en aquel terreno cual germen de tomate a borde de cloaca. Don Ceferino, doña Resfa y compañía eran algo así como el código de Manú: Legislaban e intervenían en lo público como en lo íntimo. Sobre todo se les consultaba: Uniformes y ajuares, construcciones y remotes, edificios y mobiliarios, cuitas de amor o de odio y casos de conciencia. Ellos, por su parte, introducían entre la mocedad, hoy uno, mañana otro, usos y costumbres, modas y elegancias.

El hablar fino y figurado fue allí un pacto. No se decía «las mujeres», sino «el bello sexo»; nó «mis padres», sino «los autores de mis días»; nó «la muerte», sino «la parca»; y así por el estilo; y a quien saliese con un gazapo se le rechiflabá de lo lindo. Las señoritas, sobre todo, pulían y perfilaban como preciosas de las cortes galantes.

Varias aprendieron a cantar tonadillas, muchas «el lenguaje de las flores» y todas a bordar paños de altares, tapaojos hípícos, reatas y guarnieles masculinos. Tan sólo Irene Carba mostrábase reacia a tales artes y finezas. Oveja arisca, no entraba de lleno en el redil de la imposición.

Don Ceferino, como toda celebridad, era atrozmente autobiográfico y autocrítico: Yo esto, yo aquello; a mí lo uno, a mí lo otro; y del yo no lo sacaban ni con perros. A fuer de dómíne y de orador hablaba siempre cual si estuviese en cátedra. Todos lo escuchaban como a un oráculo, y como oráculo se escuchaba él mismo, embriagándose en su augusta egolatría. El hombre prodigioso narraba y narraba con cultivo de ficción, que

era una gloria, ahora su niñez desamparada de huérfano, ahora su campaña heróica en el Cauca; su herida en cruentísima batalla; sus frecuentes conversaciones con Julio Arboleda; el afecto de padre que el guerrero insigne le profesaba; luégo sus triunfos en el «Colegio de San Joaquín», sus polémicas filosóficas con sus profesores, su revelación como orador, sus composiciones, la negra envidia que le tenían sus condiscípulos; después, su influencia con el gobierno y su significado en el partido, sus amores, su matrimonio; y como mata de alhelí que coronase pétrea fortaleza, sus lauros apolíneos. Porque aquel consentido de don Julio también pulsaba la lira de poeta. Doña Resfa le oía y suspiraba.

A fuer de vanidoso llegó a creerse a sí propio sus mismísimas invenciones, y la autosugestión crea los héroes. Harto escasos y someros eran sus cacareados conocimientos; pero lo que no sabía lo inventaba, que para el caso es lo mismo. Bien se le ocurría, en su cacumen, que entre enseñar y engañar no existen mayores diferencias; que tanto dan las suposiciones de un pobre dómíne como las hipótesis de un sabio esclarecido.

«Hoy me siento inspirado. Esta noche voy a escribir», anunciaba a los compañeros, en las caminatas vespertinas; y en tales veladas nadie acudía a su casa: Todos respetaban los partos opulentos del pensador. Encerrábase en la sala, donde tenía libros y bufete, y se daba al dulce latrocinio, fuente y origen de sus glorias supremas. Ya del uno, ya del otro libraco sacaba trozos, a veces textuales, a veces disfrazados, y los iba ensartando, empataran o no empataran. Para espolear el numen venía la copilla de lo blanco, alicuando, a-

licuando. Ningún escrúpulo por estas mañas. Demasiado se le alcanzaba que de tales merodeos nadie se percataba en el poblacho; que no saldría de sus goteras; que el delito no está en la acción, sino en la divulgación; que ser y aparentar lo mismo dan; que al ratero hábil que no se deja pillar, lo tendrán todos por muy delicado; que las ideas no tienen dueño, y que la forma textual, previas ligeras variantes, es propiedad traslaticia, al alcance de gaceteros y coplistas. Lástima que don Ceferino no hubiera tenido mejor teatro!

Qué era este hombre para aquel lugarón? Ni se sabe! Algo como un vidente, un inspirado, un Moisés; mas nunca hubo grande sin su enemigo, ni Marat sin su Carlota. Era la de don Ceferino la tal Irene Carba, moza levantisca, un tanto salvaje e indomable, de muchos alcances y mayores caviloseos. Huérfana de madre, desde su nacimiento habíala criado con mucho mimo y ajonjeo su abuela materna, viuda acaudalada, ferviente admiradora del hombre magno. Por complacerla solamente había aguantado la nieta en La Inmaculada; pero desde el principio mostróse insubordinada, burlona y refractaria a muchas prácticas. Tenía novio y estaba más por casanga que por educaciones. Don Ceferino la tenía entre ojos; mas como le debiera atenciones y dineros a la viuda, hacía el tolerante con la chica.

Así las cosas, celebrábase un sábado salve de gala, con asistencia, en comunidad, de escuelas y colegios. Quién sabe qué vientos malignos se colarían esa noche a la casa del Señor. Entre la mocedad hubo corrientes magnéticas, suspiros, ojos lánguidos, secretos y hasta coloquios; y una parte de la chiquillería, apoderada de los incensarios,

dio en la flor de quemar semillas de bledo y en reír con aquellas explosiones, que parecían... gases comprimidos. Sería el diablo que se lo sopló todo, ahí mismo, al señor cura: De repente se vuelve a los fieles, y, poseído de santa cólera, echa maldiciones y pone en los infiernos a grandes y a pequeños, a inocentes y culpados. A Pastorita le da ataque; don Ceferino se desfigura; los chicos lloran, los grandes se estremecen.

A falta colectiva, colectivo castigo. Así lo anuncia a la salida, en medio de aquella corajina que lo levanta del suelo. Qué comentarios y qué terror en padres y en comunidades! El no salió el domingo ni aun a misa: Amaneció con ataque debilis. La expectativa los pone a todos medio enfermos.

La pela general en las escuelas primarias verificábase en la mañana del lunes, cual si lloviese: Tan habituados estaban maestros y discípulos a los rigores del rejoy. Pero en aquel San Antonio, donde cursaban hombrachones, la cosa tenía sus bemoles... Don Ceferino recelaba novillos en los días subsiguientes, salida definitiva de algunos, insurrección acaso. Pero... lo dicho, dicho!

Aquel lunes terrorífico entra a las seis, como de ordinario. Trae el panzadeburro tragado hasta el cogote, dos mechones sobre la frente lívida, palpitantes las narices, anteojos verdes y una bufanda verdusca, puesta allá como sierpe enroscada. Su chivera entrecana de cincuentón parece más hirsuta; parece más alto su cuerpo achaparrado. Otea en redor de aquella sala, y pasa lista. No falta ni uno solo. «Vosotros no sabéis todavía quién es Ceferino Guadalete», borbota trágico, en cuanto acaba, y saca un pistoletón de a

tercia; tórnale al cinto y toma la palmeta. «Aproxímense uno por uno, por orden de formación». Nadie protesta. Desde el alfa a la omega; éstos pálidos, aquéllos trémulos, reciben cada uno en la palma culpable seis ferulazos muy de padre y señor mío. Aquello suena como aplausos. El último grandullón pretende resistirse. «Déjese pegar, Juliancito», chilla un su hermano chiquitín. «Déjese, por la Virgen, que lo mata el maestro Ceferino con ese estoperol!» Y por la Virgen se deja Juliancito.

Al terminar los echa a todos: Ese día de las justicias es de huelga. El maestro vuelve a la casa, verde y sudoroso. El ataque de bilis le repite. Qué susto el de Leticia y qué vomitar el del maestro! A la mañana siguiente es el suplicio en La Inmaculada. Pastorita está con el baile de San Vito, y doña Resfa como una esfinge. Todas sufren sus cuatro ferulazos, entre sollozos. Todas nó: Irene Carba, que entra la última, se vuelve como una cabra en riña y grita frenética: «Te parece que soy como estas ovejas? Eso te quisieras, viejo atrevido, viejo sinvergüenza, viejo verdugo!»; y se flecha a la calle, lo mismo que una loca que huyese del asilo.

Siéntese el autócrata como preso de una pesadilla. Por vez primera burla tan sangrienta, irrespeto tan inaudito!... Si no lo remedia, él y la disciplina están perdidos.

Aquí de sus inspiraciones e inventivas; y qué hace? Reune al punto la Junta y decreta una como audiencia pública para interrogar a la culpada y entablar con ella un careo, a fin de que cante la palinodia y se someta al castigo. Caso que se niegue, será expulsada sin remedio. Ahí mismo

redacta el acta de aquella sesión extraordinaria; de ahí mismo manda a Irene con un comisario la cita de comparecencia, firmada por todos. Contesta ella que a la noche avisará si comparece o no comparece. Otro conflicto! De no venir queda expulsada de hecho. Vendrá? Ella era violenta y de arrebatos; pero en el fondo, buena y religiosa. El aparato se le impondría y se sometería a todo. Y si fuera otra burla? De todos modos, quedaban a salvo la honra del superior y la disciplina del colegio. Antes de anochecer recibe la respuesta de Irene: Iría a la cita, sin falta. Corre a los de la Junta. Todo como él pensaba. La indómita se sometía, como todas. No podría ser de otra manera!

A las doce del miércoles está repleto el salón de las veladas. Reunidas están ambas comunidades colegiales; reunidos Junta Escolar y Cabildo, notables y noveleros. Sólo faltan Alcalde y comisarios, el cura y doña Casimira. Mano Merejo, el padre de Irene, está presente como cabildante. Pasan minutos; pasa un cuarto de hora y la emplazada no parece. El público está en un hilo. Al héroe se le ocurre, de pronto, que es mejor que no venga. Sabría Dios con cuántos disparates saldría! Declara abierta la sesión y ordena leer el acta consabida. Apenas principia Antúnez, cuando se siente uno como rumor hacia afuera e Irene se perfila en la puerta. «Qué mujer tan arrestada!—cuchichea doña Resfa—. Venir a enredarse con Ceferino!» Trae bata dominguera de lana azul, el pañolón caído con desgaire y cinta brava entre el copete y la castaña. Entrase rauda y taconeante, con desenfado entre chulesco y señorial. Si no linda, aparece gallarda. Hase dado sus polvos, y el ojo zarco, medio irritado, chispea cente-

llante. Señálale un comisario el asiento céntrico; ocúpalo y dice: «A ver: Para qué me necesitan?» «Sírvasse comenzar de nuevo la lectura, señor Secretario», manda el Presidente. No bien termina, pónese en pie, toma un papel, tose y declama conmovido: «Señorita Irene: Acaba de escuchar la lectura de las disposiciones emanadas de la honorable Junta Escolar. Tan respetable entidad lo ha dispuesto así por ver de evitar las desastrosas consecuencias de un arranque suyo, en que no hay, por su parte, ninguna falta premeditada, sino una simple precipitación, que puede serle funesta a usted y al plantel donde se educa. Ahora bien, señorita Irene: En este instante tan sublime de su vida; en este sol de su juventud florida, se le abren dos caminos: Si acata lo dispuesto por sus superiores; si se retracta de sus expresiones a su maestro; si se somete al castigo que han sufrido sus queridas condiscípulas, será usted proclamada como la más egregia del plantel; será proclamada como la más humilde arrepentida, como la mujer fuerte, como la flor más perfumada del jardín de la Virgen sin mancha. Al contrario: Si por una desgracia, que yo no creo, que me resisto a creer!, usted insiste en su rebeldía, será usted señalada por sus amigas, será la adelfa envenenada, la palma carcomida que amenaza muerte. (Pausa. Pastorita ora, doña Resfa se abisma, el auditorio se electriza). Aún es usted, señorita Irene, una tierna niña: Usted es muy inteligente, muy atractiva: Aún puede nutrirse con el manjar divino del saber; aún...

—Muchas gracias, don Ceferino!.. — interrumpe nerviosa — Estoy muy hostigada del dichoso manjar! Ni yo necesito ser sabia. He durado en el tal colegio por complacer a mi madre-

ta; no por mi gusto. Yo me he de casar con un montañero, que no sabe del tal Telémaco, ni de la tal hipotenusa, ni de los catetos, ni del cabo Comorín. Para qué voy a aprender, entónce, esas cosas tan grandes? Eso para otras que se van a casar con sabios traídos de París y que van a vivir en palacios. Para mí nó! Y me parece muy raro que hablen de expulsarme después de haberme salido yo misma, sin que nadie me lo dijera. Es como si yo soltara la mirla que se me fue ayer de la jaula. Enteramente lo mismo!

—Está bien, señorita: Usted misma se dio por expulsada. Pero, y las irreverencias en el templo ante El Santísimo?

—Qué irreverencias ni qué demontres! Yo no coqueté en la iglesia, el sábado en la noche, por la sencilla razón de que mi novio no estaba aquí: No vino hasta el domingo por la mañana. Si hubiera estado, lo hubiera mirado como lo miro siempre!

—Según eso, es una costumbre, una falta habitual...

—Falta? Ahora lo oigo! Mirar una mujer el hombre que va a ser su marido no me parece ningún delito. Eso se hace sin pensarlo!

—Pero en el templo, señorita?..

—En el templo; sí, señor! Ni en el cielo que fuera! Caramba!

—Qué ideas en una niña cristiana!

—No son ideas: Es que así lo siento!

—Qué conciencia!

—No tengo otra, señor cura! Yo qué hago?

—Está bien. La insurrección en el plantel y el irrespeto al superior también los niega, señorita?

—Usted sí está distraído, don Ceferino! Quería que me dejara pegar como estas bobas? Como estos mozos sin calzones? Un veneno para usted. Usted es el que merece el castigo. No palmeta ni bala: Unos azotes! Pero aquí no hay más que un montón de viejos enjalmados y de muchachos sinvergüenzas, principiando por mi padre y acabando por mis hermanos. Se dejan pegar; les dejan pegar a las mujeres, a cuenta de los tales planteles, y se quedan muy orondos!... No mi'haga ojos, papá! Yo tenía que decirle a don Ceferino lo que ustedes no se atreven.

—Damos por terminada la sesión. No hay sujeto!

—Sí, señor! Pero me escucha antes dos palabras.—dice ella subyugadora e imperativa—Usted no es tal maestro ni tal sabio: Usted es un montañero como nosotros, nacido y criado en La Chapa! Lo pusieron unos días en un colegio y lo sacaron de la olla al primer hervor. Usted es un falsario y un fabuloso que ha venido a este triste pueblo a enseñar lo que no sabe y a engañarnos con sus aleluyas. Todas sus clases son invenciones que va sacando de la cabeza. Todas sus peroratas y sus relatos los copia de libros y gacetas!

—Qué está diciendo usted, señorita?

—Lo que está oyendo, si no es sordo! Usted no es tampoco ningún santo! Usted bebe aguardiente y anda de noche en malos pasos y le pega a misiá Resfa. Usted vive a media caña. Aquí no saben qué laya de culebra se les ha entrado a la

alcoba!

—Usted es una calumniadora!... Una desgraciada!...—ruge descompuesto y fuera de la plataforma.

—Calumniadora?—replica alzándose y cruzando los dos dedos—Lo juro por esta Santa Cruz! Si es mentira que me caiga un rayo ahora mismo!

—Usted abusa de su sexo! Si fuera hombre no me diría tanta insolencia. Aquí mismo le daría su merecido!

—Ah, cosa divina! Conque abuso de mi sexo? Y pegarle un hombre a las mujeres le parece mucha hazaña? Soy una triste mujer y usted no puede peliar conmigo ni atacarme. Pero lo que le digo es como si se lo dijera el hombre más hombre. Ni mi padre ni mis hermanos salen por mí, pero mi novio sí sale. Está dispuesto a sostenerle a usted, como quiera y cuando quiera, todo lo que he dicho y... algo más. Y si quiere que se lo pruebe todo, también está pronto! Como usted es tan encumbrado, tal vez no lo conozca, porque no es de los sabios de su colegio. Se llama Donato Parra y vive en la Calle del Alto, frente al ciprés.

Dice y sale.

La ráfaga deliciosa del escándalo pasa por todos los corazones. El maestro torna a los vómitos ahí mismo. Aquella gente se queda de una pieza. El Personero secretea al señor Alcalde. Hay que exigir fianza a la salida. Donato es muy altanero y temen una desgracia. Muy de bracero y en rodeo desagraviante sacan los de la Junta al atacado por la bilis. El novio de Irene está en la esquina, muy plantado. Le llaman; le llevan con el enfermo a la Alcaldía; los fiadores se ofrecen, y,

quieras que nó, pulla aquí, palabra allá, tienen de firmar la paz y de tragarse el mutuo encono.

Qué incendio en aquel pueblo! Reportean a Donato; a su íntimo el estanquero; a Irene. Citan ellos a la mulata Naciancena, que sirvió en casa de don Ceferino, y la sirvienta cuenta todo con sus pelos y señales: Las compras clandestinas de aguardiente, los celos de doña Resfa, los golpes de su infiel esposo, la copia de los libros y las angustias de Leticia.

La Inmaculada quedó cerrado ipso facto. Doña Resfa no vuelve «a tener cuentas con gente tan mala y habladora». Pastorita ha recabado de su hermano la promesa de no volverla a meter en berenjenales de enseñanza. El cura se esconde por no oír el chisme, y prohíbe se lo lleven al confesonario. Doña Casimira, a quien Irene había asegurado su sometimiento, está aterrada; teme la cárcel para ambos; teme el presidio para Donato. Páctanse los hombres castigados para explicar su mansedumbre, y aseguran los muy embusteros que desde ese domingo nefando acordaron a una someterse a todo sin protesta, por no matar al maestro en vil gavilla y no hacer desgraciadas a sus madres; pero que en cuanto lo topasen a solas, cada cual se entendería con él, de hombre a hombre. Algunos se retiran a sus montes; mas los empecinados en sus cursos de oratoria, permanecen impertérritos.

Don Ceferino sigue en cama y «San Antonio» apenas si funciona, bajo un pasante ad-hoc, y la vigilancia, por instantes, del maestríco Antúnez. La Junta Escolar queda en el aire y la Sociedad de Fomento se vuelve humo. Algunos padres de familia se niegan a pagar, en adelante, las cuotas

del sobresueldo. Cabildo, Junta y Alcaldía se unen en consulta. Al fin triunfa la opinión del Personero: No convenía, de ningún modo, estrellarse por ahora con personaje tan influyente y poderoso como don Ceferino. El sería tomatragos, pegón y enamoradillo, pero a sabido y perorador nadie le ganaba. Que sacase cosas de otros libros, nada importaba. Todos los sabios eran así, porque nadie sabía por sí solo, sino por lo que supieran los demás. Si no les cogían «los mogos y las merijunjuñas de otros», cómo aprender y decir tan bonito?

Don Ceferino, apenas convaleciente, se madruga para su tierra con su mujer y su hija. El chismorreó, medio contenido por la presencia del héroe, se desata como tormenta. Los discípulos refieren; refieren las discípulas; ellos de los tufof alcoholícos que le han sentido; ellas de las indiscreciones y confidencias de Leticia. Se cuenta y no se acaba de andanzas nocturnas por las afueras, de los saltos de tapias, de negras y blancas, de los celos llorones de doña Resfa. Asegúrase que los cónyuges son en su tierra «unos ñapan-ges medio tolerados» y se discute si Leticia nació antes o después. Aún hay huesos que roerles, cuando el maestro regresa. Trae tres policías bien armados y pliegos del Prefecto y del Visitador provinciales, en que se ordena al señor Alcalde fomentar el colegio y sostener al director. A él, ahora, los Donatos y las Irenes! A él los mozos ca-reados del castigo!

San Antonio, mermado en sueldo y en discípulos, languidece a pesar de los mandatos. Ni los certámenes lo levantan. El ídolo ya no se siente in-conmovible. Aparenta la misma seguridad de

su apogeo, y al tratar de estos asuntos asume aire de grandeza: Todas esas pequeñeces eran muy naturales: El mérito y la virtud siempre habían sido perseguidos; la ingratitud era el patrimonio de los hombres; él había tenido enemigos a su altura, y sólo sentía que estos nuevos de La Blanca fuesen tan menguados. Mas por dentro le devoraban el despecho y los rencores. Su soberbia destila veneno al pensar que tenía que salir de su reino por gradual destronamiento. Si un genio benéfico le deparase algún final glorioso!..

IX

Malhaya el aguacero de la noche! Malhaya ese abril tan veleidoso! Pero de todos modos, con pantano o sin pantano, con el río crecido o sin crecer, había que ir al tope de El Príncés. Largo Valencia no cede un ápice.

Mamá en su bucéfalo, Teodoro en el de Melita, yo en el de Angelina y Largo Valencia en el rucio de Eladio, llegamos a las ocho de ese martes frente a la casa de mana Salvadora, que se alza a la izquierda de la falda, más abajo del molino y a la propia vera de la vía. Es entre venta, estación de arrieros, posada, y el punto donde se inicia, hasta llegar al pueblo, el aquelarre sabático de toda agrupación minera. La habitan, a más de la voluminosa matrona, su yerno Felipe Torres con su esposa y pequeñuelos. Es arriero perpetuo de la empresa y sostiene una cancha clandestina de Santa Polonia, con otras granjerías de tal laya.

—Desmonte, niñ'Elisa!—grita la vieja, saliendo hacia el corredorcito — Desmonten qu'entual acaba de abrir y se orea el camino.

—Gracias, vieja.

—No convide mucho, mana Salvadora,—dice nuestro escudero—porque ella es capaz de quedarse con usted, echando pico.

—Eso quisiera yo, viejo indino. Cómo estará de contenta esperando al dolatro. Cuélese pa que lo espere aquí y antes se toma su buena pulse-tilla de cacao.

—Dios le pague, Salvica. Llevo los pulsos muy fortalecidos. A la vuelta colamos un momento.

Bajamos hasta la casa de la comadre Abigaíl, esposa de Venancio, el amigo de Camilón y arriero también de la empresa. Ahí se queda mamá, y nosotros avanzamos hasta el río. Al cabo de hora y media regresamos, y dice Largo Valencia:

—Se perdió el tope, niñ'Elisa, y se perdió la pisca. El Prínces seguramente no podría salir hoy, porque ya es hora de qu'estuviera aquí.

—No me vengás a hacer papeles. Salí, grandísimo bobo, que ahí te veo detrás del rastrojo!

Mas no es por ahí por donde sale, sino por la sala de la casa. No sé cómo se pone detrás de la madre y le tapa los ojos.

—Este zoquete!

Y Marto se vuelve y casi quiere destriparla en aquel abrazo y en aquel besuqueo.

—Este Rollete! Tenía tanta gana de ver a mi Rollete!

—Déjame en paz, impertinente. Viniste lo

mismo de bobo y de payaso.

Apártase el mozo hasta destacar su figura en el extremo del corredor, subida la ruana, echado atrás el sombrero panzadeburro, el carriel al cuadril, las mechas en los ojos, pelando aquellos dientes tan blancos y tan parejos.

—Me habían dicho que habías crecido mucho en estos ocho meses, pero no me figuré que estuvieras así tan muhán.

—Ahora vas a decir qu'estoy muy feo.

Se vuelve hacia ella y de nuevo la abraza con maña. Por fin se sienta en la banca, el brazo izquierdo en el hombro de mamá.

—Déjame empalagosiarse un ratico, que hacía mucho tiempo que no lo probaba.

—Estás peor.

—Vos es por no confesar. Ahí te veo que estás muy encantada con tu hijo El Prínces.

Asoma Gabriel, maleta a la espalda, arreando el caballo de Martiniano y una bestia medio cargada. Después del salvajón, entrega y lectura de boleta.

—Pero esto es como el cargamento de los tres reyes magos.—exclama mamá—Qué son todas las cosas que traés?

—Pues así irá viendo, niñ'Elisa. Cosas de mi-siá Doloritas.

—Sí. Me parece que es plan viejo entre ella y Largo Valencia.

—Son todos los traídos de tu hijo El Prínces.—chiquea éste, imitando el tono campesino—

Tanté que les trujimos naranjas de Sepolturas y algo otras cosas más.

—Animal! Bien me figuré que no habías botado el pelo de la dehesa, aunque Lola te esté arrendando. Ya que viniste tan galán por qué no trajiste el cuello de papel y la corbata colorada?

—Tanté qu'eso es pa julleriale a Faustina.

—Zoquetón!

Y lo pellizca.

—Ay, ay, Elisa! No vas a acabar con tu hijo El Príncés aquí en este monte!

—Qué horas serán a todo esto? — pregunta Largo Valencia.

Y El Príncés se vuelve a enrollar la ruana, desabotona el chaquetón y saca el reloj.

—Faltan cinco para las diez!

Mamá lanza una carcajada.

—Ya veo toda la comedia. Prestá acá.—Y examina la alhaja.—Quitáte esa ruana y esa gorra y paráte allí al frente, para ver si ya sabés caminar como gente.

Obedece el tagarote.

—Tanté qu'en este corredor tan cortico no me vas a ver el caminao. Eso tiene que ser de cuadra p'arriba. Pero ve: No me le has hecho caso al caballito.—se lanza al camino; quita los zamarros, que cuelgan de la montura, y agrega:—Vé que no es tan matalote ni tan material. Por ai en la calle siempre sabe ponerse y caminar de paso. El siempre tiene buena presencia.

—Sí. Aquí estoy admirando al Clavileño y el

galápago nuevo.

—No lo dejé nada Clavileño, porque siempre es un nombre muy humillante: Se llama Mo-chengo.

—Apenas así sale.—contesta mamá—Y por qué me estabas guardando el secreto del reloj?

—Tanté qui'apenas me lo trujeron el sábado. Este quizque fue el premio que me dieron Juaco y María de los Dolores, en compañía, por todo lo que me lucí en el desamen.

—Este hostigoso! Hablá en fundamento, a ver... Ahí te oigo trompeto; pero todavía estás cantando como pollo.

—Tocá, Elisa.

Y le arrima bien la boca para que le palpe el amago de bigote.

—Voy a decirle a Minos que me lo afeite, porque allá no me han dejao. Así dizque crece más.

—Y te viniste con toda la vestimenta, para meterme los monos!..

—No, Elisa. Vos estás pensando que yo soy cualquier cachaco de cañada? Este es el flux algarrobo para la semana. Si me vieras con el relevo dominguero! Pero qué te parece: No me lo pongo sinó pa ir a misa. Y después me tengo que poner en la tienda el vestido de dril. Qué te parece que Faustina ni me ha visto con la tal muda. Cómo te parece el bigote?

—Más grande que el de Camilón.

—Sí; bien podés burlarte. Todo eso es para que no te digan vieja cuando te vean con tu hijo

El Príncipe. Y ya sé que me estás rebajando como un año. Acordáte que el 7 de enero cumplí los dieciséis. Hacé la cuenta y verás!

Teodorete y yo estamos como fascinados con aquel hermano, hombre hecho y derecho, poseedor de caballo, de galápago, de reloj y de tantísimos vestidos. Mamá ignora que al llegar al río ha sido el cambio de traje, y que en la maleta vienen el vestido de dril y los botines amarillos de vaqueta; que los tres venimos muy bañados y con muchísimo frío.

—Bueno, Elisa. No trajites naíta qué comer? Ya yo tengo mucha de la fatiga. Comamos algo antes que venga Miguelete.

—Estás con el mero desayuno?

—Tanté que con el frío le agarra a uno la fatiga. Puaá en los Amagamientos nos tambámos toíto el jambre que nos echó María de los Dolores. Tanté que la tripa no se mi'ha angostao nada. Más bien m'he vuelto medio longaniciador.

—Sí: Te has vuelto, porque vos nunca has probado bocado...

Se entra a la sala y ordena a la comadre que apure el pisolabis mañanero.

—Salí, Rogelia, —chilla el mozo desde la puerta interior—que me han dicho que estás muy bonita y que ya tenés novio.

—Vusté siempre tan averigüetas, niño Martiniano.—repone la moza desde la cocina.

—Quitáte el pañuelo pa vete esa mata de pelo.

—Vusté sí. Manque creció tanto, siempre es

el mismo.

—Ai te truje un ternito muy bonito y confites y corozos pa todos. Mañana te los mando con los muchachos, cuando vayan a l'escuela.

—Ni an trujería nada! Eso es por embotellanos!...

Papá llega y no bien se desmonta se le aboca el hijo.

—Este balcarrotón!

Y eso es con beso y estregamiento de hocico en las paternas barbas. Y se cuelan pegaditos como dos amigos.

—Cómo viniste de paquete!

—Por meterle los monos a Elisa y a toda la mina. Y decime una cosa, Miguelete. Cómo están en La Casa Grande conmigo? Todavía están bravas mi madre Rosario y Angelina?

—Por qué van a estar bravas? Saludalas con mucho cariño, y no vas a salirles con repelencias.

—No, Miguelete. Allá verás. Y vámonos ya, porque yo tengo mucha gana de ver a mi padre Julián, a las monicongas, a Melita y a todos.

Salimos al corredor y Largo Valencia exclama:

—Espérensen un momentico.

Y sacando de un envoltorio de encerado, toma tres cohetes, y, uno tras otro, los dispara Santa Ana arriba.

—Te faltó la chirimía.—exclama papá, muy satisfecho—Si me hubieras avisado, te había contratado a ño Segundo el chirimero de San Vicente.

—Este es el viejo más vagamundo!—exclama mamá, no menos satisfecha. Y cuándo mandaste a labrar los voladores?

—Desde antier los traje del Sitio. Aquí son tres; otros tres, en cas de Salvadora; otros tres, en La Manga del Ganao; otro tres, al llegar a la casa.

—Muy bonito programa.—exclama mamá— Pero le debés avisar a Minos para que repique el esquilón, porque entrada de obispo sin repique no resulta.

Nos subimos a prisa por evitar unas recuas que vienen un poco atrás. Y el programa se complica con el encuentro de Melita, que viene sola en el corcel de Ignacita, tocada con el sombrero de caña.

Otros abrazijos y otros pegoteos. Chis... pum! aquí; chis... pum! allá, y Marto es ovacionado como un héroe.

En La Manga del Ganado, allá sobre el morrito, distanciadas de la vía de tránsito, sestean las niñas, escudadas por Beneda y Jacoba, Ursula, Laurencia y Tom. Aquello es la chillería y la complicación máxima. Tom, que viene siempre pendiente del lazo para que no se lance en aventuras contra todo cristiano, perro o bestia, se posee en un momento del ilusión que le suele acometer. Qué brincos y qué postura de patas sobre los zamarros de este amo a quien reconoce al punto!

Descendemos. En el embolismo, ni aun me fijo en el saludo de las tres señoras temidas que esperan en el corredor empedrado, junto a la despensa. Sólo veo el saludo a don Teodoro, que sale a poco. Es de mano y sin mayores muestras de afecto.

—Estás hecho un cachaco.—le dice el abuelo —Pueda ser que te haya asomado el juicio con todas esas galanuras.

—Ahí va asomando, padre Teodoro. Ahí verá.

—Cuando lo vea lo creeré.

—Tiene qué creerlo.

Y se zampa, pago adentro, en busca del bisabuelito. Beneda y los otros lo acompañamos. El viejecito está en su sitio habitual, junto a la puerta de la sala, recostado en su poltrona, cuyas patas traseras detiene una varilla clavada en el suelo. Minos, junto a él, le reza en un libraco no sé qué devociones. Está medio adormilado, pero a los aspavientos y llamados de Beneda abre los ojos. El biznieto se le arrima, emocionado con la dicha. Le toma la mano, le arrima la cabeza al hombro y le dice:

—Padre Julián, padre Julián: Yo soy Moncada. Ya no se acuerda de Moncada?

—Ah! Eres tú?

Y le soba la cabeza con aquella mano trémula y blanca, que mueve la fuerza de la sangre.

—Moncada, Moncada, el grande, el mayor!

—Apártese pa que lo devise.—indica Beneda.

Obedece el garzón, y el viejecito sonríe y Marto muestra los dientes. Qué ráfagas comunicarían esas almas?

Entre tanto papá y mamá contemplan la escena desde la esquina de la tienda, y la negra Gloria, con las niñas, asoma por allá, atisba que atis-

ba, como gente extraña.

Papá y mamá con El Príncipe en medio, bajan por el patio. Teodorete y yo los seguimos como dos acólitos.

—Los autores de mis días!—exclama Marto, abarcándolos con ambos brazos—Esta autora tan pellizcona!..

—Pero ve, Elisa, las cosas de Martina:—murmura papá—No quiso asomarse.

—Ella está durmiendo la siesta.—dice mamá.

—Seguro que no la despertaron los voladores!..

—Dejála, Miguel. Ella es así.

Son las once. Pasado el revuelo de la entrada viene el almuerzo de bienvenida, y en seguida la apertura de tanta cosa. Pañuelos, delantales, cortes para el negrerío, agua florida, vinos, jabones para los blancos, y los cacharrillos de loza para las Fulanas y las Zutanas; las dos navajas para Largo Valencia y Eladio.

—Me parece que María de los Dolores—dice mamá—quedaría quebrada con tanta mercancía.

—Ah, pues dízque es para que vean en la mina que yo soy ya un caballero muy bizarro.—Y luego agrega:—Ve, Rollete: Este librito te lo encargó El Príncipe, con su plata ganada a pura muñeca. Y también este que le traje a Melita. Y ve, Miguelete: Esto te lo traje a vos y también con plata mía. Ve:—y le entrega una regla de pulgada, para bolsillo—Es para que midás a ver cuánto he crecido.

Lo que se demora papá en hacer la mensura. Melita y mamá examinan sus libros.

—Pero esto tiene que ser con dedico.—indica Melita—No has de ser más atrasado que Brújulo.

—Pero usted me tiene que decir, porque yo salgo con alguna chambonada.

—No!—dice mamá—Poné la dedicatoria como te parezca, a ver con qué salís. Para eso tenés buena letra.

Siéntase el mozo en el pupitre. Todos nos retiramos como respetando aquel parto, mientras Alfandoque y Repollo enredan con los juguetes del traído.

Al cabo, entrega el gran Marto las dos obras y mamá lee:

«Este es el primer libro que le regala a Elisa su hijo,

El Príncipe».

Son Las Doloras de Campoamor, en pasta española.

Melita lee en el suyo:

«Melita: Le regalo este libro para que le traduzca a Marinacita la historia de San Carlos Borromeo.

Martiniano Moncada».

Es Moral Práctica, texto de la Universidad de Antioquia.

—Se los encargué a Tirso y me los mandó con Eustaquio.

—Y todo el corocerío y los confites también

te los compró Tirso?—pregunta mamá, muy risueña.

—No. Eso fue un encargo que le hizo María de los Dolores a ño Milagros el checherero. Pues no ves que este viaje lo venía arreglando desde hace quince días? Juaco le ha hecho mucha burla y dice que este viaje ha sido como si fuera a Tierra Santa y que yo debía haber hecho testamento. Tanté el viaje de El Príncipe! Ah, se me olvidaba lo principal!..

Esculca el carriel y saca un collar de tafilete rojo con tres cascabeles. Al momento le quita a Tom el collar ordinario y le pone el de música. Y Tom se encabrita, se enrosca, gruñe, late, da vueltas y se vuelve un loco, un neurasténico, un poeta en trance, con aquellas sonajas. Todos nos carcajamos. Pero mamá dice:

—Pobrecito! Eso no es alegría. El tiene que sufrir con la música alguna pena especial. Qué cosa tan rara es este animalito. Le tenés qué quitar los cascabeles, porque hasta se enferma.

Melita apoya y viene la navaja. Qué dicha la de Repollo con la herencia cascabelera. Qué reposo el de Tom.

—Tan lindo!—acaricia Marto—Estaba padeciendo el negrito Tom?

Y lo indemniza del suplicio con no sé cuántos sobijos y embelecocos.

—Andá, Laurencia, ponéte la gargantilla que te traje a ver qué tanto te luce.

Y corre y vuelve como un astro, con aquellos hilos de cuentas plateadas.

—Quedaste muy bonita. Andá asomate al

cercadito y pelale los dientes a todos los negros que pasen, y sacá el carricoche, porque voy a montar a Repollo.

La negrita cumple, al menos el último mandato. Sacamos el carricoche a la placita. Marto le ata la cuerda, monta Elenita y ordena:

—Tlaé floles, Laulencia, y tlaé muñecas y cosas...

En un instante está la chicuela entre flores y cachivaches. Papá y Melita toman parte.

—Cuidado!—grita mamá—No vaya a determinar dispararlo, porque me destripa la muchacha.

—Si yo ya tengo juicio, Elisa. Es que vos no creés.

Entre el regocijo y las risotadas de Repollo, sesga el carricoche por la placita; lo mete por el borde del jardín y le da la vuelta hasta los dominios de Petos.

—Más! Más, Malto!—pide la chicuela.

Pero mamá ordena:

—Dele la vuelta a Raquel y no más, porque ahora emprenden el bochinche y se enoja doña Rosario.

Triunfo cuesta bajar a Repollo para que monte Alfandoque. Yo estoy pasmado ante aquel aparato, del que no tenía noticia. Resbala por sus cuatro ruedas de tablón. Tiene barandilla de barrotes torneados. Lo han construido Eladio y papá por un modelo de El Correo de Ultramar y es propiedad de El Príncipe. A pesar de la prohibición,

Teodorete y yo siempre echamos nuestra montada, un poquillo encogidos, pues ya no están nuestros cuerpos para estas pequeñeces.

Papá, muy a su pesar, se retira a sus trabajos y mamá ordena:

—Caminá, muchacho, contame de casa y dejate de retozos!..

El se brinca adentro, según la usanza; lleva a mamá al rincón de la tarima y se acuesta, muy tranquilo, para que ella le haga cabecera. Teodorete y yo nos sentamos en el borde, palpando las enormes bolas de cristal que nos ha traído.

—Muchachitos!—manda mamá—Ya le hicieron todos los papeles a Marto. Váyase Raquel con Laurencia a coser el vestido de la muñeca, y usted, Repollito, vaya a echar a nadar los patos y a bañar los muñecos.

—No se desbalatan, Elisa?

—No; esos no son de cartón. Bien pueda bañarlos todo lo que quiera.

—Y no se vilaguan?

—No, Repollito:—repone Melita muy encantada—Esos no son de trapo. Bien pueda bañarlos.

Todos reimos las aprensiones de la niña y Marto le echa mano y la arrima.

—Un piquito largo!

Y la besa y la sacude.

—Quítesela, Amelia, porque este siempre ha seguido con las caricias de lienzo gordo. Bueno. Contáme de mamá.

—Pues María de los Dolores—principia Marto—está ahora confundida con el precipicio. Desde que se vino Lola con Miguelete y estos, no ha hecho sinó pensar en el precipicio. Como cuatro veces me recomendó que me desmontara desde antes de llegar a él.

—Para el caso que le harías...

—Me desmonté, Elisa. María de los Dolores ha estado tan entregada a los sustos, que el otro día le preguntó a Juaco si no habría algún abogado para los precipicios.

—Y qué le dijo el viejo?

—Ah, pues le dijo que dejaran el precipicio en paz y que en todas partes había precipicios.

—Pobre vieja!

—Andá decíle vieja! Si la vieras: Ahora está lo más galana, con el vestido azul que le hizo Lola, adornado como el de una muchacha. Esa no es como vos que no te gustan camisones bonitos.

—Pues no me viste hace ocho meses con todos los ornamentos?

—Tanté ornamentos: Unos vestidos negros como de vieja, sin castaña ni prendedor, ni aritos tonables. Es que vos sos tan pasada! No te he visto bonita sinó en el baile, cuando amarraron al viejo Mosquera. Esa noche sí estabas muy galana.

—No te dé cuidado. Un día de estos me pongo vestido de linón blanco o rosado para parecerme bien bonita. Y contá a ver cuáles son los adelantos en los estudios.

—Pues decile a Melita que me examine, para

que viás. Pero eso sí: No me vas a poner a leer, porque en eso sí me echan bolas negras. Yo siempre me atranco y no puedo coger el compás así como vos.

—Así me lo figuraba! Con tantas ínfulas y tantos discursos como te enseñó Ceferino, y todavía no sos capaz de leer en formalidad.

—Ve, Elisa: No siás injusta. Eso de leer bien no es para todos.

—Pero en últimas, qué es lo que vas a ser por fin... doctor o arriero?

—Pues ahí revuelto, Elisa. Lola siempre quiere que dizque me den un bañito en Medellín, para no quedar así tan chontal. Vos qué opinás, Elisa?

—Qué voy a opinar si todavía sos una cosa que no da punto de nada?

—Que no doy punto? Si ya sé vender muy bien y voy a aprender a trabajar, así como Juaco y tío Eusebio, porque tengo que casarme de aquí a cuatro años. No vas a poner impedimento.

—No lo pongo; no te dé cuidado. Desde que sepás trabajar y mantener la mujer, te dejamos casar cuando querás.

—Pues mi padre Silverio quiere que me case ya. Me dijo que si estuviera rico me daba dote.

—Contame del viejito.

—Pobrecito. Está de lo más ciego. Dardo y yo lo sacamos todas las tardes y lo llevamos a casa. Pero ve qué tal es: Siempre se repecha y quiere caminar muy ligero, como si fuera un muchacho. Ya no me dice Chisgaravís, sinó el Mocososo

Grande.

—Y todavía te enseña tantas cosas tan lindas?

—No, Elisa. Y qué te parece que a Dardo no le ha enseñado. Qué tan particular!

—Por supuesto que no habrás contado, desde que estás de cachaco, aquellos cuentecitos...

—Pues ve: Mi verdad, Elisa: Ahora, que sé que son tan feos, siempre se los cuento, por ai escondido, a otros muchachos grandes. Si María de los Dolores alcanza a trascender, no le vuelvo a sacar un rial.

—Entonces adónde está el juicio tan decantado?

—Es que el juicio, Elisa, no viene así todo junto de una vez: Ahí va viniendo, poco a poco.

—Pues un hombre que se está casando ya debía tener el juicio muy bien puesto.

—A mí me han contado que cuando Miguete y vos se casaron no tenían nada de juicio.

—Muy juiciosos que éramos, aunque no lo creás. Me figuro que el que irá a poner impedimento a tu matrimonio será tu suegro el señor cura.

—El señor cura? No siás boba. Si vive encantado de mí! Ya ves qué tan formal seré. El es el que me confiesa. Y cuando me cuelo a la casa a ver si puedo conversar con Faustina, no me hace mala cara, sinó que me conversa, muy satisfecho. Bueno. Y por qué no me querés despulgar la cabeza? Despulgáme un ratico para que viás que ya no soy ningún piojoso ni ningún musgaño.

—Sí: Ahí te veo muy limpio y con la cabeza muy lavada. Como no haya sido por meterme los monos!..

—No, Elisa. Si yo la mantengo a toda hora sumamente limpia: Hasta me habría destripado María de los Dolores si no me hiciera todos los lavatorios con los jabones y la clara de huevo y la sal de tártaro. Y ve: Fijáte en el pelo. Ve que me estoy volviendo crespo. Y el otro día que me motilaron, hice rosquita y se la llevé a Faustina para que la pusiera en el guardapelo.

—Y qué fue el aguinaldo que le pagaste, que no me has dicho en las cartas?

—Ah, pues caja de colores... Pues no ves que ya sabe dibujar casi tan lindo como Melita? Allá tengo muy guardados el pisco y la pisca con que me retornó el aguinaldo. Si vieras qué tan bien pintados. Es la mejor discípula de dibujo que tiene Carlota.

—Pues me alegro mucho de tener una nuera tan artista.

—Bien podés burlarte.

—Bueno. Levantáte ya, que me parece que el mimo está demás de bien hecho. Levántense los dos arrinquines.

—Cuando apenas le estaba cogiendo el gustico!..

Viene el reparto de todos los traídos y de las naranjas de Sepulturas, la cosa única y rara en cuarenta leguas a la redonda. Declare un erudito qué valenciano o balear sembró por esa sierra, de donde se han sacado tántas guacas, la semilla de aquellas naranjas menudas, rojas como lulo, tan

delgadas de corteza y tan ricas de miel. Tal vez los manes de los tristes indígenas hayan establecido un monopolio en esa breña tan alta, porque, por más que hayan sembrado en otras partes la tal semilla, se apesta la mata no bien brota.

—Caminen llevémosle las cosas a mi padre Julián.

Las tomamos los tres.

—Vea su merced:—le dice en cuanto nos acercamos al viejecito—Esta botella de vino de San Rafael se la traigo para que se la tome con su leche, y este frasco de aceite verde para que le eche a los frisoles, así como le gustan a su merced; y esta caja de ariquepe se la manda María de los Dolores.

—Dios te lo pague, Moncada.—le dice el viejecito muy alegre—Míra, Minos: Pónmelo todo en la tabla del cuarto, donde La Larga no le cambie el puesto.

Vueltos a casa envía los presentes a las señoras y pasamos al comedor; aquí es el melindre con aquella dinastía de Ortegas salida de las academias culinarias de doña Dolores. Jacoba es tía de Ursula y Sebastiana, y Laurencia, arrinquina de la última, es la negrita criada en casa grande con todos los cuidados y galanuras que se prodigan a estas famulillas, más de ornato que de servicio. Jacoba ha criado desde Martiniano hasta Elenita.

—Cómo te parece tu muchacho?—le pregunta mamá.

—Qué me ha de parecer, niñ'Elisa? Un señor de toda cuenta, aconforme me lo figuraba. El no

es carilindo como Tiodorito, pero un pastelón muy garboso y muy acuerpao.

—Oí, Elisa. Es que esta Jacoba sí distingue.

—Esto es un milagro muy grande que me ha hecho la Virgen, con todo lo que l'he pedido yo por este muchachito. Velo asina, después de todas las pestes y todos los peligros por qui'ha pasao, siempre es mucha dicha.

—Cuántas son las desgracias y los castigos que le ha ajustado al fin?—pregunta Melita.

—Pes ni an mi'acuerdo, niña: Tos ferina con hogadera; sarampión de sarpullido; tuntún sacao de El Hormiguero; tifo de calungo; mordida de cuchino; quebradura de brazo; torcida de jarrete; candilero de lata enterrao en la plant'el pie; dañada di'uña, y ni an mi'acuerdo qué más desgracias.

—Se te olvidan las niguas—apunta mamá—y las postemas y los enconos y los gusanos que se le entraron en la cabeza, y todos los chuzones y cortaduras que se ha hecho en sus carpinterías.

—Sí.—dice Marto—Y siempre m'echás la culpa: Que dizque todo ha sido por desobediente y cabeciduro. Es que yo siempre he sido de malas, Elisa: Ya ves este Tiodorete: Ha sido más necio y más mico que yo y se ha caído de los caballos y se ha rodado como yo, y ahí está con sus uñas muy buenas y sin descomponerse ni nada.

—Porque Tiodoro,—replica mamá—aunque es tan impertinente y tan azogado, no anda a los atropellos ni es tan atolondrado como cierto zoquete que yo conozco.

—Este Rollete tan injusto! Es que yo soy patidulce y por eso me han perseguido las niguas. Y a este Tiodorete, como tiene las patas agrias, no lo persiguen como a mí. Y fijáte en Eloy: También tiene las patas agrias.

—Ve, Marto:—suplica Teodoro—Mostranos el reló.

—Bueno; pero no lo cojás, porque algún daño le hacés.

Examen de aquella joya de plata alemana, con muestra medio destapada y pendiente de doublete.

—No es de llave, Tiodorítico. Es de remontoir.

—Bueno, Marto:—pide en cuanto guarda el cronómetro—Por qué no sacás el molino y el caimán, que es que Eloicete tiene mucha gana de verlos?

—Vea, Tiodorítico de mi corazón: Yo lo quiero mucho, pero no saco el molino ni el caimán, porque usted determina que se los deje y eso no hay ni riesgo.

—Qué li'hace, Marto. Dejanos siquiera el molino, pa ponelo a trabajar.

—Ni riesgo, m'hijito: en sus manos no dura ni dos días. Acuérdesese que usted acabó con todo: Que me desbarató los perros y los gallos para ver qué tenían por dentro. Acuérdesese que me quebró el toro y la mula que me hizo Eladio; acuérdesese que usted todo lo bota; acuérdesese que reventó el rosario que le dio mamá Dolores. Y vea el mío.

Saca de entre la camisa de bayetilla la punta

de un rosario, con la cruz y los pater noster de oro.

—No me lo he quitado desde que nos los regaló mamá Dolores y siempre le he hecho reponer el cordón de seda. Pero usted, Tiodorítico, no se sabe si fue que lo reventó o que lo botó sin reventar.

—Ve, Marto: Es que si vos sos de malas para el cuerpo, yo soy de malas para las cosas...

—Me parece muy buena defensa, Tiodorete. —dice Melita—Y vea, Marto: Sáqueles mañana el molinito y el caimán, aunque no se los deje.

—Ahí lo iré pensando, Melita. Y ve, Sebastiana:—grita al asomar ella por la puerta de la cocina—Asá bien esa pisca y metele adentro todo lo que encuentrés, porque este es el día más grande qui'ha habido en la mina.

—Pes quién sabe cómo salirá, niño: Eso ni an pende di uno!..

—Bueno.—ordena mamá—Vaya llévele las cosas a Indalecia y dele las gracias por el obsequio de la pisca.

—Sí, Elisa. Vos decís que soy muy chinche y que toda la gente dizque me aborrece por repelente. Y ya ves que Indalecia y mana Custodia, que son tan bravas y que no le hacen papeles a nadie, son las que más me quieren aquí en la mina.

—Es que no hay pícaro sin fortuna.

—Tanté pícaro! Este Rollete tan cosario!..

Nos trasladamos a la región del sebo, que apenas he entrevisto. Es un cuadrilátero levantado en la falda, con corredores por los cuatro la-

dos y su cocina aparte. Marceliano Dávila, Indalecia y la hija de Largo Valencia están en pleno desempeño de su función. Cuál recorta velas, cuál tuerce los pábilos. Y el sebo cuajado, en pailas, en cazuelas, en cacharros, exhala por todas partes su fragancia con esas otras del chicharrón, y todo el aire está ensebado, y, pese a la escoba y al cuchillo raspador, hay algo pegajoso en las bandaras y maderas del edificio.

—Creí que no venías, taita consentido.—gruñe Indalecia—Pues será decite que te sentés, con todo jundamento, porque ya vinites muy metido a grande. Dende aquí te devisé cuando llegates y ni an podía conocete. Y usté Tiodorito y este muchachito no vayan a meter la mano en todo este seberío, porque se empuercan y después es pa calenturas con el tal Largo.

Ni veo la entrega de las cosas por contemplar las gallinas, las gallinitas de Guinea y los patos, que suequean del subterráneo de la casa hasta la quebradita.

—Cuántos picos tenés ahora, vieja Indalecia? —le pregunta Marto, con cierto mimo de altanería y de confianza.

—Más o menos los mismos que dejates. Aquí nada se gana uno con afanase con los animales. Ni las chuchas ni las malditas comadreas los dejan en paz. Y eso que las aguilillas no están agora tan cazadoras. Las tales gallinitas de Guinea me tienen a cantos de coger el monte. Se parecen a vos y a Tiodorito en lo necias y brinconas.

—Se parecerían ahora años, vieja malaley; pero ahora nó. Es que no sabés todo lo juicioso que m'he vuelto!..

—Callá la boca mataperros! El día que te murás conseguirés juicio!

—Y vos qué decís, Froncha?

—Pes yo... ello dirá! Al según mi taita, irés a ser obispo go algún mandatario como el dotor Berríos.

—Eso mismo. — murmura Marceliano. — Tanté no? Lo malo es que vusté, con todo lo tentao qu'es, no lo van a dejar en paz los ilusiones.

—M'irán a fregar mucho, Marcelo?

—Pes tal vez sí, El Príncés... Vusté tiene esi' ojo tan ladino!...

—No creás, Marcelo: Por los ojos no se sacan ni los caballos...

Teodorete y yo nos bajamos hasta el subterráneo, e Indalecia nos grita:

—No se vayan a colar a esos güecos de los patos, porque se llenan de zumbambicos y después son las moliendas. Este muchachito Eloy como que también es medio jodido. Cómo se irá a poner aquí con estos sofísticos!

—Ve, Eloicete:—me dice Teodoro.—Ve ese zarzo tan alto. Ai duermen Marcelo y Floro. Caminá subámonos pa que viás.

Dicho y hecho. Cuando yo admiro todo aquello tan sabroso, me dice:

—Esto no es nada. Es que vos no has subido a todo el zarcerío de La Casa Grande. Es que vos sos tan bobo que no te has fijao que toda esta casa está armada con mucho campo de pa arriba. No has visto, pues, que el cielorrasso de los corredores es tan alto como el de los cuartos? Pues es para

que quepa gente y harta cosa de pa arriba. Estas casas las armó Miguelete por una muestra que le hizo Castorcito el de don Mariano. Ese es un señor que sabe mucho di'armazones.

—Y por dónde se cuela a los zarzos?

—Ah, pues por algún cuarto... Ese tuyo, de la casita, es el subidero di'allá. No habías visto, pues?

—Pues nó...

—Por el cuarto de las monturas se cuela al zarzo di'acá, y ai duermen don Isaías y los dispensereros. Y en el otro duermen Juan y Eladio. Como son carpinteros lo tienen muy bien arreglao.

—Y en La Casa Grande por dónde es el subidero?

—No has visto esa ala tan grandota de la puerta de la sala tan pegada a la pared?

—Sí.

—Pues no creás que es por asegurala tan solamente. Ve. Es por tapar la puertecita del subidero. Esa reja alta, que sale al comedor, es para que le entre luz. El subidero es muy bueno; es como escalera de casa de balcón. Y a un lado y en el rincón hay estantes para guardar barrenos y otras herramientas. Pueda ser qui'un día d'estos nos den permiso pa subir. Ve: Eso allá arriba es com'una iglesia. Por los lados guardan muchos corotos y el tejerío de roble, y hay barbacoas como camas, así como en los cuarteles. Tía Martina, como en todo se mete, dice que han gastao madera sin caridá. Como si valiera tanto la madera en este monte! Ella dice que dizque esta casa con tanto andarivel y tanto güeco dizque es muy aburridora. Que no dizque se puede vivir dondi'hay

TOMAS CARRASQUILLA

tanta cucaracha y tanto ratón. Como si en Medellín no hubiera!..

—Sí hay, Tiodorete?

—No ha di'haber? Las cucarachas, los ratos y los ilusiones son de todas partes.

—Pero siempre habrá más en el monte...

—Sí, Eloicete. Siempre hay más. Pero ve: En Medellín también molestan los ilusiones.

—Ah bueno que será allá, Tiodorete!..

—Pues sí! Hay mucho qué ver y muchas señoras muy bonitas y mucha iglesia y venden muchas cosas y muchas frutas muy buenas; pero le ponen a uno botines y está uno como con grillos y caminando con el hocico.

Nos subimos con Marto por el camino de los lulos, porque nos lleva arreados de aquí para allá: Esa es una pegadilla de que no podemos desprendernos. Y nos dice:

—Ustedes como que están muy amigos y queriéndose mucho!

—Pues sí!—dice Teodoro.

—Muy bueno, m'hijito: Acuértese que Juaco nos dijo que si peliábamos con Eloy éramos unos canallas y unos negros con tamaña jeta. Y ve, Eloicete: A este Tiodorítico le entra de repente el remolino y se pone neciecito y malcriado. Eso es un ilusión que lo pica. Pero ve: No li'hagás caso.

—No.

—El ya me vio con el remolino y ya ves que no peliámos: Se me subió con ese Pispirís.

—Sí, Tiodorítico. Usted es tan amiguito de

hacerle caso a cualquier calzonsingente.

—Y sí nos sacás el molino, Marto?

—Contá conmigo. Pero eso sí: Lo vuelvo a encatar donde ustedes no sepan.

Después salimos a cas de Tilita, a llevarle las cosas y a convidarla para la pisca. En seguidita nos vamos a la carpintería de Eladio, con igual convite. Acepta, desde que no haya más blancos en la mesa que doña Tila y los de la casa.

Este Eladio es mozo muy humilde y muy formal; el mimado de papá; el que les hace los juguetes y las carretas a los niños en las horas de vagar; el que trabaja el cuerno y hace primores y curiosidades. Tiene novia en San Juan, pero no se pondrá en estado hasta que junte sus ahorrillos. Como la gente de La Casa Grande no come a deshoras ni guisotes irritantes, hay que reunir gente de afuera para este banquete de bienvenida. Largo Valencia nos acompañará desde la mesita de los músicos, porque él no es para los tiquismiquis de la grande. Tal nos comemos el ave y sus adherentes, en sana paz de Dios.

Cuando los convidados se han despedido y Melita se ha ido a recibir los diarios, y las niñas de paseo, nos sentamos en el corredor de la placita para hacer la digestión de aquella ave que la casa de Valencia y Dávila ha tributado al Príncés.

Beneda, según su costumbre, se da el descanso ahí cerquita, sentada en el banco, junto al comedor de los empleados, al habla con nosotros.

—Cómo está de güete el matrimonio prencipal d'esta mina!—exclama, allá muy filosófica—

Es qu'El Príncipe va sacando ya una persona muy respetible. El tuavía crece mucho y así qu'embarnezca va quedar un toletón como Patrón go como mi amo don José Joaquín. Ni an gracia es con este par di'agüelos.

—Pero siempre t'está pareciendo muy feo!
—exclama mamá.

—Tanté feo! Con ese cuerpo pa qué más?

—Vos sí entendés d'estas cosas, Beneda...
—charlotea nuestro hermano.

—Es qui'usté, Martinianito, con esos dientes igualitos a los de la niñ'Elisa y esos ojos tan pelotiaos, con eso tiene.

—Oí, Elisa. Y bueno, Beneda: Qué hubo de aquel marchante que te echaba tan bonitas canciones?

—Pu'ai izqui'anda en el Río Abajo, trabajando en minas di oro corrido.—contesta con cierto tonillo melancólico.—Pu'ai lu'he visto en el Sitio, las últimas ocasiones qu'he ido; pero ni an hemos hablao, porque Patroncita siempre ha estao con yo.

—Esta tarde estás con la habladera,—dice papá—y de aquí a mañana, mi compadre es muerto.

—El Señor Espontigo no lu'haberá de permitir. Y me voy a dentrar los candileros antes que se mi'olvide.

—Traé primero a Petos, para ver si ha embarnecido mucho.

—Agora nó, Martinianito. Aunque no vienen

pinches a estas horas, siempre es güeno que vigile las maticas y el patio, porque por la tarde siempre rumban por aquí los espíritus malinos.

—Cómo estarán de alborotados los ilusiones.
No, Beneda...

—Alborotaos viven ellos, Martinianito.

Y se va.

—Bueno, Miguelete:—insinúa Marto—Allá en San Juan no me quisiste confesar qu'estaba muy juicioso. Decíme ahora cómo te parezco. Pero no te atengás a lo que diga Elisa.

—Todavía no me pareces nada. De aquí a unos días te digo, si acaso echás juicio. Yo creo que siempre estás haciendo allá todas las bobadas de siempre.

—Ve, Miguelete: Desde que me pusieron los botines y la corbata me entró el juicio.

—Quién sabe! Allá vi yo, en la tapia de la pesebrera, una muerte muy bien pintada.

—No, Miguelete. Esa es una muerte vieja. Fue que Juaco determinó que no emboñigaran ese pedazo, para que yo viera la muerte a toda hora y fuera buen cristiano. Pero no he vuelto a pintar muertes en ninguna parte.

—Pero de dónde sacaste vos esas habilidades para la pintura?

—Es que como vos no le hacés caso a uno—le dice el hijo palmoteándole en un hombro—no sabés cómo he aprendido tantas cosas. Te acordás cuando Elisa me mantenía encerrao aquí en el cuarto de los huéspedes, dizque porque no me aliviaba de la herida que me hice con el candelero de lata? Pues allí aprendí a pintar la muerte: La

saqué del Ramillete de Divinas Flores. Como la pintaba cada rato, aprendí toda la güesamenta y todas las costillas. Pero no he vuelto a pintar nada en las paredes, ni con carbón ni con clavo. Es que he echado mucho juicio, aunque no lo creás: Ya no voy a ver los difuntos ni los entierros ni he vuelto al cementerio a ver cómo sacan restos, ni he vuelto al despacho a oír las demandas, ni he vuelto a cas de las Morales a que me den la presa del gallo que matan en la gallera.

—Pero en los casamientos siempre dizque te has metido.—dice mamá—Aunque no me lo constaste en las cartas, supe que habías estado haciendo papel en el casamiento de Carmen Rosa.

—Pero ve, Elisa: Eso fue Encarnación que me convidó con mucho fundamento. Cómo la iba a despreciar? Me fui escondido, porque no me dejaban ir. Y vea, Tiodoritico: Eso es lo que uno saca con las novias grandes. Yo era lo mismito que usted, y a dos o tres novias he tenido que ver casar. Carmen Rosa fue la novia que más quise y eso que me regañaban y me hacían mucha burla, porqu'es zamba y es hija d'Encarnación, que no ha sido casada. Si vieras, Elisa, lo bueno qu'estuvo el casamiento.

—Me lo figuro. Sé que se consiguió un negro de Porce, muy rico.

—Pero fue que el matrimonio fue doble. La negra Emigdia, hermana del negro Fortunato, se casó ese mismo día con Jacobo Cuervo, aquel taita de la Calle Abajo, tan caliente pa la pelea. A ese le compraron los negros cuñados y la suegra una muda muy buena pal casorio. Ese casamiento ha sido el más rumboso de los porceños. Si vieras todas las cosas que les vendimos. Como los

negros Londoños le cambian el oro a Juaco, sacaron del almacén el montón de cosas para los novios y las novias. Si vieras toda la labia qu'he conseguido yo pa venderles a estos marchantes de Porce. Ya yo sé todas las cosas que les gustan, y les meto mil mentiras y les digo que d'esos mismos trapos hacen vestidos Lola y las principales del pueblo.

—Y vos que no distinguís de colores, cómo hacés para vender?

—Ya voy distinguiendo: En el azul y el morado siempre me enredo todavía.

—Pues con todas esas habilidades, no es gracia que Juaco te pague ese sueldazo...

—Sí! Apuesto que te está pareciendo mucho. Meros veinticinco riales cada semana. Y ve: Como yo ya soy cachaco de botines, no me han vuelto a dar ni rial ni peseta ninguno de los huéspedes que van casa. Y a María de los Dolores ya no le saco cosa.

—Pues no será por falta de diligencia,—dice mamá—porque siempre has sido con ella como gato en machucadero de carne.

—Pero nada me gano, Elisa. Cuando María de los Dolores va a abrir el escaparate grande, donde mantiene el tarro con la plata, siempre me le arrimo y le hago ñao ñao. Pero ve: Cuando más le saco un rial. Y me tiene sentenciado a no darme nada este año, porque con todas las cosas que ha tenido que comprar para mi viaje, dizque va a quedar de limosna.

—Poco miedo te dará con la amenaza, porque con todos los empalagos que le hacés y todas

las cismas, siempre le sacás.

—Quién sabe, Elisa. María de los Dolores se ha puesto muy refugada. Ya tengo que besarle el peinado con mucha mañita, porque ya dizque estoy muy grande para todas esas bobadas. Pero sí la saco a bailar. Como yo ya saco pareja en todos los bailes, baila conmigo en toda regla. Ya ves. María de los Dolores se engalana más que vos, y se hace cintura delgadita como Lola. Apuesto a que vos no te ponés varillas como ellas.

Y la toca por la espalda y por la cintura.

—Yo no necesito varillas con este talle de batea. Quedo lo mismo de linda con varillas que sin varillas.

—Apuesto que Melita y Lola no te han contado todo lo compuesto que estoy. Ve, Elisa: Qué tan compuesto estaré que ya Lola no me dice ni guasamayeta, ni guache, ni caporal, ni bracamonte, ni todos los insultos que ella saca.

Papá ríe y Marto despotrica y explana. Irá a ser un negociante de tomo y lomo: Mulada que lleve víveres a Remedios y traiga artículos de la Costa; introducción de telas de algodón y lana; compra de cachivaches en Medellín. En San Juan o en Medellín trabajaría con Juaco y con los tíos, Alfredo y Emilio, que ya actúan allá. Sus conocimientos en contabilidad son profundos. El doctor Cuesta y Carlota le han infundido toda la gramática y toda la historia.

—Muy bien!—dice mamá con su tonito burlesco—Pueda ser que te resulte talento del bueno y consigás platica. Lo malo es que Juaco y tu tío Eusebio, que son tus modelos, principiaron a trabajar a pata limpia, jornaliando en cualquier

oficio y juntando cuartillo sobre cuartillo. Y vos vas a principiar con botines y reloj y botando todo mediecito que conseguís.

—Es que los Princeses tenemos que principiar así...

—Tampoco creo mucho en tus sabidurías. Teodoro, aunque es tan desaplicado, no le tiene tanta pereza a los libros como vos. En eso no le heredaste nada a Juaco.

—Este Rollete tan levantate testimonios! Yo no leo libros fuera de los de estudio y los de verse-río, pero siempre oigo mucho de las cosas que leen y de lo que conversan de las lecturas. Si vieras todas las levas que les meto a los muchachos, porque yo sé los títulos de muchos libros. Yo les hablo de Los Girondinos, de Los Miserables y de La Guerra de Independencia. Como yo veo muchas cosas en El Correo de Ultramar, les hablo de la guerra de los franceses y los prusianos y del sitio de París y de los incendios de La Comuna.

—Lo que entenderés vos de esas cosas...

—No entiendo, pero siempre digo y cuento y los muchachos me creen. Ve, Elisa: Es que uno debe ser siempre metemonos.

—Sí!—dice mamá—Tenés muy rebotado el Triana. Y siempre le aprendiste las cañas a tu maestro Ceferino. Ni aun malo será.

X

—En materia de versos no son cañas, Elisa. Vos misma me enseñaste, desde antes de aprender a leer, muchos versos, y me compraste las fábulas de Iriarte y de Samaniego, y después siempre he leído en todos los libros de versos que tenés vos aquí y en todos esos que tiene Lola allá. Ya sabés que sé muchos de Gregorio Gutiérrez, de Espronceda, de Selgas, de Julio Arboleda y de Zorrilla. Y también sé muchos versos de poetisas, aprendidos en esos libros que le manda a Lola Jorge Pérez, desde El Ecuador. Y otros muchos de El Oasis, de El Iris, de El Mosaico y de todos esos cuadernos de periódicos que tenés aquí. Ve: En los juegos de prendas, cuando me echan penas de versos, siempre se los echo muy bonitos. Los que más les gustan son aquellos:

Era mi vida el lóbrego vacío,

Era mi corazón la estéril nada.

—Esos los sabe Teresa—interviene Theodore—y yo también los sé.

—Usted sí, Tiodorítico; porque usted es mucho más versiador que yo. Pero eso sí: No ha aprendido a zurrunguiar la vihuela ni a cantar acompañándose.

—Eso es muy trabajoso, Marto. Y a mí tampoco me ha enseñao Largo Valencia a zurrunguiar, como a vos.

—Tal para cual.—dice mamá—Cierto zoquete que yo conozco no es capaz de estudiar bandola ni guitarra en formalidad.

—Ve, Elisa: No siás injusta. Eso por nota es muy trabajoso. Y para zurrunguiar guabinas y monos no se necesita nota ni bandola. Y es que la bandola no la puede tocar uno sin quién lo acompañe, porque ella sola resulta muy melindrosita y muy chinche. Allá en San Juan siempre zurrungueo y canto con Eloísa, en el corredor del jardín. Y cuando hay paseos, siempre canto con ella o con las hermanas de Tirso.

—Pero ahora que estás trompeto cómo estarés cantando de feo!..

—Siempre canto, Elisa, y cantando voy cursando la ronquera. El negro Angel María y Juancho, que son tan buenos cantores, me han dicho que voy a quedar con muy buena voz.

—Ojalá no resultaras—dice mamá—porque los serenateros y cantores siempre son muy amigos del aguardiente y de las francachelas de garrote.

—Ya venís vos con tus pensiones, como si no hubiera cachacos cantores como el doctor Lemus y aquellos señores Jaramillos que han cantao allá en las fiestas. A vos no te gusta, Miguel, que tu hijo mayor sea un cachaco contento?

—Por qué me va a chocar, hombre? La cuestión es que el contento esté revuelto con el trabajo, porque de contento solo no vas a comer.

—No te dé miedo, Miguelete. Allá verás todo lo trabajador y hombre de bién que voy a ser.

—Que Dios te oiga. Y ya no te dan ganas de ser militar?

—Pues no, Miguelete. Eso fue cuando me llevaron a Medellín la primera vez y conocí aquel batallón tan lindo que estaban formando para la pelea. Y vos y Elisa determinaron mandarme con María de los Dolores para acá, cuando iba a haber pelea en San Juan. Todos los muchachos cuentan todas las cosas que hubo allá tan tremendas, y yo tengo que callarme la boca, porque nada ví. Ni aun a los calungos los conocí, porque antes que ellos llegaran nos empuntaron. Aquí me metieron a la casa vieja, con María de los Dolores, a hacerle compañía a mi madre Rosario y a los dos viejos. Mientras los muchachos de San Juan estaban viendo cosas tan divertidas y tan sabrosas, yo no hacía sinó oír rezos y novenas. Bueno, Elisa: Vos por qué no me has contado bien todas esas peleas?

—Que te las cuenten Miguel y Amelia, que fueron los que ganaron. A los derrotados no nos gusta hablar de las derrotas.

—Y cómo eran los calungos, Elisa? Eran muy miedosos?

—Qué miedosos iban a ser, zoquete! Eran unos negritos infelices que vivían emparamados con el frío y envueltos en las cobijas. Ya te ha enseñado Amelia los cantos que echaban. Y si no conociste a los calungos, tuviste la gloria de coger, apenas te llevaron, el tifo que se levantó en el pueblo por el calunguito que nos bebimos.

—Cómo fue eso, Elisa?—pregunta Teodorete.

—Pues eso fue una cosa muy sencilla y muy natural. Como se estuvieron allá cuatro meses, dejaron el pueblo infectado. Tanto, que el agua estaba hedionda; pero a nadie se le ocurrió que nos estábamos bebiendo un difunto. Los fontaneros habían descuidado la acequia, y un día que se les ocurrió recorrerla encontraron en un hoyo un calungo podrido, envuelto en su cobija. De ahí le vino el tifo a tanta gente. Aunque en casa mandábamos por el agua al chorro del Avila, vos, con todas tus andanzas por todas partes, bebiste del agua podrida. Bien dice Jacoba que mi Dios te tendrá para obispo.

—Pues será después de viudo,—dice Teodorete—así como el cura de allá, porque Marto dizque se casa apenas le crezca el bozo.

—Este Tiodorítico!

Por la esquina del Patio de la Manzanilla asoma don Julián, seguido de Minos. Papá y Marto se apresuran a recibirlo y a darle la mano para que baje las dos gradas que empatan las dos casas.

—Ya venís vosotros a darme la mano.—gruñe el viejecito—Os parece que me voy a caer. Si me caigo, tal día hará un año.

—Qué se va a caer, padre Julián!—dice papá—Es por hacerle a su mercé las atenciones.

Y lo lleva a la silla frailería y lo sienta junto a la puerta, con muchísima maña y muchísimo sobijo.

—A ver, hombre Moncada:—manda don Julián—Pónte allí de frente para verte otra vez.

Obedece el biznieto.

—Cómo le parezco a su mercé?

—Me pareces bien. Vas a quedar tan gallardo como tu padre Teodoro. Habrá que casarte pronto. Pueda ser que yo alcance a ver los tata-ranietos.

—Demás de que alcanza, don Julián!—exclama mamá—Su mercé come mucha arepa todavía.

—Quién sabe, hija. Todos tenemos los días contados. Y dónde está la Chiquita?

—Allá en la tienda, recibiendo los diarios. Para qué la necesita?

—Ve, hija: Es que quiero que me consiga, con la plata que tenemos del tute, una pieza de Irlanda para que me labre unas camisas como ella sabe. Esa Chiquita sí sabe coser como sabía la Señora. No es como Rosario y María Ignacia, que no entienden de costuras finas. Todo el día se les va en dar vueltas y no hacen nada de servir. La Chiquita sí. Esa sí le hace a uno las camisas bien hormadas y bien cosidas.

—Pero no tan lindas como la Señora; no es cierto?—pregunta mamá.

—No tanto, hija: Es que como la Señora no ha cosido nadie.

—Lástima que hubiera sido tan patriota.—apunta papá.

—Sí, hijo: Algún pero había de tener, porque solamente María Santísima era perfecta. Mejor es que esa Chiquita no sea linda, porque podía casarse con cualquier hombre malo, que no la merezca. Esa es hasta muy buena cristiana, sin ser pendejeta como Ignacia.

—Esa sí,—apoya mamá—para todo lo bueno sirve.

—Bueno.—dice el viejecito—Ya vi a Moncada y ya me voy.

—No se vaya, que aquí toma el chocolate.

—Dios te pague, hija. Me voy porque está soplando un vientecito muy maluco y se me están enfriando los pies. Hasta luego.

Y no lo atajan.

—Sí alcanzará a verme casado, Miguelete?

—Eso depende de lo pronto que consigas la plata. El viejito tal vez no dura el siglo, y no le faltan sino tres años.

—De diez y nueve se casó Juaco.

A poco dice mamá:

—Allá viene Martina. Levántese El Príncipe y saludela con mucho cariño; no le vaya a salir con repelencias, y apóyele todo lo que diga.

Tal lo hace.

La señora viene entre panela y Palma Christi.

—Cuando llegaste estaba dormida y te vine a ver cuando estabas tirando el carrito. Te aseguro que no te podía conocer: Estás hecho un taita; un madurado viche.

—No estaré ya pintón, tía Martina? Apuesto que está creyendo que soy un aguacate madurao a los apretones.

—Pues casi. Muy ofendida que me tenés: La última vez que estuviste en Medellín, no fuiste para asomarte a casa.

—Yo sí fui, señora. Allá no le dejé la razón?

—Sí; pero eso sería por hacer la potesforma. Como estabas con tus tíos Cuencas, te sentiste pescando en charco hondo y te pareció mi casa charco bajito.

—En charco bajito pesco también, tía Martina: Aquí en la acequia he sacao mucho corroncho.

—Sí. Ai le vas aprendiendo las cosas a Lola. Ya sé que te tiene en la palma de la mano. Ello dirá. Yo no sé, mis queridos,—volviéndose a los papás—cómo irán a hacer ustedes con estos muchachitos tan consentidos por los peones y por los abuelos ricos.

—Ahí irá resultando, Martina. —contesta Miguelete—A Evaristo también lo consentían mucho los peones y también fue criado por abuelos. No sería tan despreciable, cuando vos lo esperaste nueve años mientras él empanturraba y conseguía plata.

—Sí. Pero como los abuelos no eran ricos, no podían darle gusto.

—Lástima que no fueras mujer letrada para que escribieras un libro que enseñara a los padres a criar los hijos con disgustos. Y no te pongás a profetizar, que no te resultan las profecías. Ya ves que a Lola, cuando la encontrabas en casa de Rosalía, la hacías llorar diciéndole que no iba a aprender a coser y que iba a ser una desbaratada. Y ya ves que resultó hasta modista y sabe hacer muy buenos platos y muy buenos postres. Lo que sacaste fue que te perdió el respeto, y desde entonces te trata de igual a igual, aunque le llevas once años.

—Es que esa Lola tiene la cuencada tan subida!

—Y vos el Zea. No sé por qué echás tantas cañas con el parentesco con don Francisco Antonio, con todo lo que te chocan los literatos y la gente derrochadora.

—Y fue muy derrochador el tío Francisco Antonio?

—Preguntale a Elisa, que lo sabe mejor que yo.

—Sí!—dice mamá—Si no miente don José Manuel, el tal don Francisco Antonio, con toda su elocuencia y toda su sabiduría, quebró a Colombia. Ahí están las cuentas muy bien hechas.

—Yá ves, pues, para que lo apuntés en el libro verde.

—Y por qué no trajo, tía Martina, a Rosarito y a Carolina?

—Ellas son tan esquivas y tan vergonzosas. Ni me choca que sean así: Los muchachitos metidos en las casas ajenas empalagan tanto a la gente. Muy contentas que se pusieron con los muñequitos que les trajiste. Muchas gracias. Mañana las verás.

—Tráigalas, tía Martina, para montarlas en el carricoche.

—Mirá, muchacho: No me las vas a embelear ni a desentablármelas con esos retozos. Ellas se quedan allá en el cuarto o en el corredorcito del Gabinete Azul, jugando con sus muñecas y haciendo sus costuras.

—Y ha estado contenta, tía Martina, en este

monte?

—Pues no he estado aburrida; pero cuando uno está fuera de su casa y en casa ajena, no puede estar muy a su gusto. Este sí es un clima muy bueno, pero le da a uno mucho frío y se vuelve uno hasta perezoso. Evaristo dizque viene por mí en los julios. Pueda ser que no me aburra en estos meses que me faltan.

—Usted, señora, sin despena qué manejar y sin manojito de llaves a la cintura, tiene que sentirse muy de balde.

—No te quede duda: Cuando uno es tan mujer de su casa como yo, no se aviene en ninguna otra parte. Y ya te saludé y me voy.

—A esta Martina hay que sangrarla.—gruñe papá, no bien se aleja su cuñada—Es que no le circula la sangre.

—Eso dirá ella de nosotros.—dice mamá—Y vos, Miguel, que le hacés tanto caso a todo lo que dice. Como si no la conocieras!..

—Es que no me puedo enseñar a esos estilos.

—Estuve formal con ella, Miguelete?

—Sí, m'hijo: Te portaste bien.

—Por fin confesaste.

—Y se le aboca al empalagoseo.

Por la noche, al són del vihuelón de Largo Valencia, exhibe Marto los conocimientos coreográficos que le han transmitido Tirso y sus hermanas: Polca de galope, redoba cuadrada, valse redondo y estrós.

Es con Melita, pero mamá interviene en lo de valse y redoba comunes. Y les dice:

—Mucho jarrete tienen que echar todavía Lola, Tirso y sus hermanas, para ponerte bien arrendado en estos pasos tan cortesanos. Todavía estás muy potranco y muy zangarria.

—Ahí me voy poniendo trompo serenito y voy aflojando el paso hasta volverme caballo señorero.

Llega Tilita con Tano y Clementico, y según consigna nos entregamos a la lotería, esa lotería de veinticuatro tablas con ciento cuarenta y cuatro figuras, apenas repetidas y matemáticamente combinadas, en que papá, Eladio y Melita han puesto todas sus sabidurías. Como todos tenemos muchos corozos, la cosa rinde. Papá y las señoras alternan con nosotros. Yo, que ni conocía el tal juego, me enredo con esas figuras para mí tan desconocidas; pero me voy embelecando, que aquéllo es. Los que más me sugieren son El Picón, El Embozado y La Tapada de Lima. Por esta como bruja, tan bien amantada, he experimentado las delicias de un alto lleno que vale triple del sencillo. Todas aquellas disipaciones duran hasta las diez y media. Ah Marto! Este sí es el que tiene harta lógica y hartos mogos para sacarles retahilas a las figuras! Y el tal Theodorete, que agrega cosas por su cuenta y razón!... Lo mejor es que papá se encanta más que los tres hijos.

Al día siguiente cuando me levanto, ni señales de mis dos hermanos por ninguna parte. Y eso que no son las seis. Averiguo y los busco, porque ya voy entendiendo las particularidades de la casa. Nos echan por la mañana, porque estorbamos para el arreglo de la habitación y de las niñas. Me

escurro por el corral y tiro por el callejón. Caramba! Por allí debía ser la entrada de los forasteros: El corte declivado del barranco lo tapizan los colgajos de verbenas de no sé cuántos colores; los de esa trepadora de flor áurea que llaman colombiana, y de ese cundiamor, pariente del fríjol, que se desata en copos rosaúscos, rojos, pálidos. Por allí atraviesa el alambre de la ropa. Perfumadas deben quedar aquellas prendas que tanto ofuscan a don Julián por el derroche de almidón.

Todavía están en la despensa María Cifuentes, ña Custodia y Felipona, con sus respectivas parejas de gariteros, para el asunto tan delicado de las raciones. Marinacita preside todo aquello, pues es empleada para inspeccionar, con todas las delicadezas y escrúpulos que ella usa, este ramo tan trascendente del condomio. Marto ha entregado a las ilustres cocineras el lote de pañuelos, delantales, corozos y confites que ha traído para los tres personajes. Y aquellos son los agradecimientos, la celebración y la charla. Entretanto, el loco de Theodorete está entregado al baño. Baño llama él zambullirse en aquel granero ingente de maíz y echarse la granizada por aquel pelo melado y aquella cara tan blancuzca. Lo que le valen las exhortaciones y súplicas de Marinacita. Qué le van a valer si allí están Largo Valencia y don Isaías para celebrarle todas las invenciones? El baño de maíz inspira el de agua. Y volvemos a casa para que nos den los trapos secadores y los púdicos. Mas nos detenemos en el corral: Allí está Beneda entre la banda de gorriones y los regueros de harinas y de arroz. En cuanto se embuchan, los espanta, los dispersa, lanza el croajido, y a poco más aparece Indino y practica con él todo el sortilegio, con las harinas de arepa y los

granos de arroz. La avecilla se ha habituado tanto a esta ceremonia, que no se le da un ardite por la presencia de las dos fámulas y del garitero ni por la llegada de los tres zagalones.

Marto no está ya con las galanuras sino con el traje semanero de dril y unos botines viejos de papá; unos boticones de vaqueta envejecida. No sé de dónde ha sacado un sombrero de caña muy curtido. Cuando salimos con los trapos de baño, dice mamá desde la ventana de su cuarto:

—Ahora sí está El Príncipe con los avíos que más le salen. Es que este muchacho tiene más de matachín que de cachaco. No te pongás ahora en el baño a hacer cabriolas en pelota, como Don Quijote en Sierramorena, delante de las viejas lavatripas y las lavanderas, ni les vas a enseñar a estos muchachitos esas extravagancias. Ve que ya estás muy grande para todas esas caimanadas.

—Este Rollete... Te parece que yo no he cogido juicio en nada. Si ya he aprendido mucho a ser recatado. Te parece que me he quedado de chiquito?

—Pues cuidado, pues.

Nos metemos por la curva de sauces y descendemos por un caminito acanalado. Por allí hay un cuartel y una como cocina. Averiguo, y Teodorete me instruye:

—Eso es para que duerman los arrieros que se tienen que quedar aquí.

—No te vas a meter allá, Eloicete,—me dice Marto—porque se te pegan las carangas. Fueron muchos los pellizcos que me dio Elisa por el caranguero que cogía en ese cuartel.

Por ahí sube Maluqueras arreando los caballos y con Mochengo de cabestro.

—Vea qué tan bien se lo bañé, niño Martiano.

—Peinálo bien, porque hoy tenemos que dar el golpe en el Sitio.—dice el mozo arrimándose al caballejo y sobándolo—Pobrecito el Mochengo! Tan simplecito que se ve, así solo, y tanto que se compone después de ensillado. Cuidámelo bien, Maluqueritas.

—Con todo lo que jartó ayer, ni an ganas tenerá. Véalo qui'hasta panza ha echao di'ayer p'acá.

—Echale dulce y maíz en un platón a ver si quiere, y decile a Largo Valencia que me le revise las herraduras.

Salimos a un llanito. Todavía están en las faenas del matadero, y los guales en atisba. Volviendo hacia el norte, llegamos al «charco de la taza».

—Mirá, Eloicete,—enseña el Azogado—lo lindo que cae la quebradita por ese pedrero. Ve allá arriba el mampuesto que empata con la acequiecita; ve qué tan limpia es el agua que bebemos en la Mayoría; ve más arriba la acequia grande. Más abajito, por esas piedras enrastrojadas, nace la quebrada.

Brota el raudal como en la mitad de la cumbre más alta del sector minero. Desde esa cañada la falda trepa hasta el Alto del Aguila. En la hondonada, cual si aquellos vericuetos quisiesen darse alguna tregua, se tienden las dos veguitas medio planas, obra de unas cinco cuadras, hasta

el Molino Hondo. Vida efímera la de este arroyuelo que allí da tributo a la quebrada de La Trinidad. En tan corto espacio, y naciendo tan puro, acaba inmundo; que aguas y hombres en algo se asemejan.

Muy empradizada mantienen la manga de las bestias. Bordean el arroyo los helechos arborescentes, los dragos, los carates, los encenillos; y entre unos y otros ostenta la rascadera sus hojas de a metro, la pringamosa su follaje color de sangre, la matandrea sus palmares rígidos y esos racimos purpurinos que brotan de sus raíces. Tal vez por lo desagradables y dañinos, no hay rapazuelo que no los coma.

Nos vamos al «charco de la taza», en donde cae el agua por un peñasco medio escalonado. Nada de Don Quijote en Sierramorena. Chapuzamos como unos renacuajos. Marto nos tira agua y se da al canto.

—La Guariconga, Marto.—chilla Teodorete.

Es ello un aire en boga, en partes cantado, en partes hablado, con muchos ay! ay! y mucho zandungueo; de esos que de populares se hacen insoportables. Hase vuelto hasta trascendente: Todo lo chillón, lo abigarrado, lo extravagante, es guaricongo. Y Marto entona:

Yo tenía mi guariconga,
a orillas de la quebrada,
con polleras amarillas
y montera colorada.

Parodiando e improvisando continúa, chisguete a un lado, chisguete al otro:

Yo tenía dos guaricongos
zampados en la quebrada,
con calzones de pellejo
y tapita colorada.

Qué bochinche el de las tres criaturas!

—Mirále el castero, Eloicete!—burletea Teodoro cuando Marto se seca el magno pie.

—Este Tiodorítico tan zampao! Y ya ves que Faustina siempre me quiere con todo y castero.

—Bueno, Marto; contanos un cuento de los de padre Silverio.

—Sí, Marto!—suplico yo—El del Fraile y la Mesonera.

—Eh! Qué muchachitos tan tentaos! Cómo los tienen los ilusiones de tomaítos!

—Contáanos, Marto!..—suplica Teodoro.

—Tiodorítico de mi corazón: Usted va sacando unos hilitos muy malucos. Cómo quiere que yo les cuente a ustedes, que son unos mocositos, esos cuentos tan feos? Cantemos más bien.

No bien se viste tomamos carrera llano abajo, cantando La Recandela, cancioncilla negrera y bozal, también en boga.

Lo tabaco del estanco
se venden por la canina;
ma yo lo fumo má fino,
porque a yo me gusta asina.

Recandela, recandela,
que hay tabaco qu'encendé.

Y mientras canta, echa a revolar la sábana con ambas manos, y da vueltas como un tonto, mientras Theodorete y yo escurrimos los pañuelos paradisiacos, más colorados que el ají.

No trabajamos para nosotros solos: A más de los patos que navegan y de los gansos, que corren tras de nosotros todos alborotados, lavan en esas linfas desgraciadas, viejas y muchachas; las unas ropas, las otras los tripitorios de la matanza. Casualmente que por esas orillas medran la acedera de mata, la campanilla, esas plantas ácidas con que las profesoras estriegan el librito esponjoso del mondongo.

Frente a nosotros pardea la casa pajiza de ño Botija, entre su cerco de sementera y sus arbolcos de vieja data. Su propietario y la señá Ruper-ta son los progenitores de Anselmo Bobo y de otros tres que cortan el combustible y lo encarran en los puestos del leñateo, a donde van con sus bestias los gariteros acarreadores. Tres beldades, insignes lavadoras e infladoras de tripa, completan la familia.

Volvemos hacia arriba porque Marto desea revisar los corrales donde encierran las reses y los cerdos de la matanza.

—Ve, Eloicete:—dice mi guía—Ve los tres cuchinos como'stán de tocínudos. Velos cómo se jartan de maíz. Pobrecitos: De aquí a dos o tres días están en tasajos en la batea, o en chorizos colgando al humo.

Marto interroga a los marraneros y luego trasegamos manga abajo, orillando la quebrada. Ya no son las frondas altas: Son los matorrales

desparramados, de unas hojas que parecen ampliaciones aterciopeladas de la parra. El Azogado arranca una y me la enseña:

—Ve: Esta es la hoja de pantano en que envuelven los quesitos sanvicenteños. Ve qué tan linda! Esta fue la que pintó Melita en la lotería.

—Este Tiodorítico tan metido en todo...

Tomándonos a los dos por los cogotes se nos pone en medio, se apoya en nuestros hombros y pretende alzarse y sacudir los pies como si trabajase en un trapecio. Mas no le resistimos demasiado.

—Estos hermanitos míos son unos muñequitos de palos de tabaco, que no aguantan ni un pedazo de balso.

—Nosotros no vamos a ser cargaleñas, Marto.—gruñe El Mico en Pesebre—Eloicete y yo vamos a ser doctores.

—Muy bueno, Tiodorítico, porque yo voy a ser cacao revuelto. Estos hermanitos míos!..

Juntando nuestras dos cabezas, gaznatea:

—Quesito y dulce, quesito y dulce! Así sí resulta.

Nosotros seguimos todas las micadas de este hermano prodigioso. Somos como dos pedacitos de hierro que nos pegamos a un imán.

Por abajo viene uno montado.

—A que no adivinás quién es, Eloicete?—dice el Quesito.

—Pues nó...

—Puede comprarnos a todos y le sobra pla-

ta, ahí donde lo ves.—dice Marto, y grita: —Buenos días, don Segismundo.

—Muy buenos, el hombre. Usté es el mayor de Miguelito?

—Para servir a usted, don Segismundo.

—Muy bueno que si haiga güído d'esa alca-güetería de colegio. Pero asina, con botines desde ahora, no va a salir trabajador ni va a conseguir naíta. Y con su permiso, que voy di'afán.

—A dónde va, don Segismundo?

—Al Sitio, a una diligencia. Pero entual vuelvo.

Me alelo ante esta figura y su atalaje. Monta una yegua vieja, más de carga que de silla, en una muy cabezona y enorme, con los adherentes más de arriería que de gente ecuestre. Su cara es ceñuda, de ojos pequeños y saltones, cejas espesas e hirsutas y una barba rucia y salvaje recortada a la diablo.

Lleva sombrero alón forrado de hule, raído y mugriento, camisa suelta de diagonal, capisayo jubilado del reino, chácara enorme, zamarros angostos de cuero vacuno con muchas quebraduras y repelones, espuela a pie desnudo en unos estribos del antiguo régimen, de esos chatos y broncotes, con querubines aliabiertos en las orejas.

Se va y se nos pierde de vista en el canalcito por donde hemos bajado.

—Quién se irá a sacar el entierro d'este viejito!—exclama Marto.

—Aquí no se lo han sacao porque no han querido.—repone Theodorete—Si se juntaran veinti-

cinco o treinta y horcaran los perros y amarraran al viejo, siempre se tenían que sacar la cata, porqu'en la casa o en la huerta la tiene que tener!

—Oigan a este muchachito!—clama el mayor—Está tentao del enemigo malo. Ya quiere que la gente se vuelva saltadora.

Lo coge, le arrima la cabeza a su pecho y le raya la cruz en la frente blanquecina. Suelto el Mico, salta acometido por otra tentación: Camina en las manos y da caimanazos sobre aquel césped que aún no ha secado el sol. Bajamos hacia el Molino Hondo; mas al llegar al cerco y a la puerta de trancas que ataja las bestias, Marto se sube por los mismos travesaños del cercado; ase por un matorral de cordoncillo y trepa el seto florido de la huerta. Como sombras le seguimos. Nos metemos por los guaduales, por el humedecido gramalote, hasta el platanal. Nuestros pies se humedecen con los tapices de ajeno y de toronjil. Pueda ser que con la yerba excitadora de nervios, y con la otra, que los aplaca, mantengamos los nuestros en equilibrio. Por si nos faltare algo más etéreo, nos metemos por un lotecillo que viste el venturino con sus palmillas color de cielo. Sus semillas pegajosas se nos adhieren en cuero y ropas, y salimos a campo limpio, constelados de lunares por la base. Por ahí anda ño Botija en sus labranzas.

—María Santísima, niño Martiniano! — vocea el viejo en cuanto lo ve—Está más grande que su mismo taita. El otro día no más l'entabillé el bracito y l'encajé el tubillo. Y era un recorte de muchachito.

—Y qué está haciendo, ño Botija?

—Pes aquí arrancando estas mafafitas, antes que se pongan picantes.

—Y qué es lo que tiene en esa totuma?

—Son unas hachirillas pa poner a secar. Yo siempre se las cambeo a los piones que manijan el guache, tan siquiera por tabaquitos.

Y más y más conversa sobre aquella huerta en compañía con la niña Marinacita. Subimos por las zanjas de aquel cultivo, hasta el borde del jardín, por entre cidrones y otros arbustos.

—Ve el albahacón, Eloicete. Ya lo ves con esos ramos negros y esas flores coloradas, y es el marido de la albahaca, que tiene el palito tan verde y las flores tan blanquitas. Es como si el negro Benito si'hubiera casao con Angelina. Pero no vas a probar de la hoja, porque es más amarga que la jiel de vaca. Qué tal será, que sirve p'hacer el unto pa las niguas. Y ve: Si se pone una rama de eso junto a un vaso de leche, se vuelve amarga, amarga.

—Este Tiodorítico de dónde sacará tanta inguandia?

Y le escarba el pelo y le hociquea por la frente.

—Y vea, el negrito Eloy: No le vaya a aprender al Miquito en Pesebre todas estas aleluyas, porque también se pone idiático y se cae de la cama, lo mismo que le pasa a él.

—Y vos, que te caés de tus patas!..

—Tan cavilosito!..

Y lo arrima.

Al subir a la placita, viene Camilón de La

Mayoría.

—Ai sí, pues!—exclama el insigne inspector—Ya se completó la trinca con el duende mayor.

Eso es de manos y de palmeo en el hombro.

—Estás muy crecido, Príncés; y no estás zanquilengo, sinó muy macizote. A ver esa muñeca. Cómo vas resultando pa las cocas?

—Pues más bien m'he atrasao, Camiloncito. Allá en San Juan siempre me pudo un pecoso que hay allá muy caliente. Pero otros han chupao conmigo. Para patadas y jarrete, sí me careo con el más guapo. Pero ya no dizque puedo patiar porque dizque estoy muy grande. Y cómo están Procesa y los dos muchachitos?

—Ella muy alentada y los pinganillos muy atembaítos. Enseñále en estos días a este par de micos hartas picardías. Este cafioquito que trajo tu taita como que también tiene buena embocadura. Allá lo vi matando pollos, en compañía d'este y di'otros. Enseñales hartas cosas, porqui'uno debe ser bien pícaro y bien altanero, pa que no lo frieguen los otros.

Cuando entramos en el corredor de la casita a nadie vemos, pero oímos las bullas interiores. Qué será?

Qué ha de ser! El molino, que funciona. Largo Valencia lo ha armado con edificio y techumbre. Hasta Rosarito y Carolina presencian el grande espectáculo, y lo presencian mamá, Melita y las cuatro domésticas, tan embelecadas como la chiquillería. Es ello junto al baño, merced a una canoa de guadua. Melita ha habilitado de molinera la negra de trapo, y ha puesto el pilón de

las muñecas a funcionar en el patio de la gran fábrica. No falta sino que Petos venga a presidir la ceremonia. El Repollo no ha podido gozar de todo aquello: Aún suspira por el susto que le ha causado el caimán.

—Me lió mielo, Malto!..

Y Marto toma los tirabuzones de las unas y acaricia las cabezas peliasentadas, hechas unas totumas, de las dos primitas. No saben las esquivas y zahareñas si fruncirse o agradecer. Si pálidas, son muy bonitas, con unos ojos negros muy expresivos. Sólo que ese como trenzado que les bordea las crenchas, para trincarles el pelo hacia atrás, me las hace muy semejantes a las hermanitas de Nicanor y a otras chicuelas de Aguaslimpias. Sería esa la talanquera que decía Lola?

Qué rochela y que comentarios! Tom no se queda atrás, y Marto lo agarra.

—Cómo queda de lindo el negrito con su collar colorado. Ah bueno si Elisa me lo prestara para llevarlo a San Juan!

Imposible que Tiodorete no entendiera tanto de molinería. Allí está, en miniatura y rigurosa escala, con todas sus proporciones, el magno andarivel minero, que ha ido combinando y adaptando la inventiva antioqueña. Allí está con su tolva, sus baterías, sus pisonos, sus guijos y todo el herraje necesario. Se le echa pedrisco desnuzado, y muele que aquello es. Bien puede la negra molinera sacar muchos castellanos en aquel diario. Melita, esa alma de gravedad alegre con notas infantiles, hasta canta, con el santo regocijo de la infancia. Papá llega, y otro que tal: puede explayarse a sus anchas en este gozo hogareño,

porque acaba de llegar de Medellín, a donde ha ido desde la víspera de nuestra llegada, por enfermedad de su padre, el ayudante ingeniero Leopoldo Moncada, pariente no muy lejano. Viene a poco a almorzar a nuestra casa. Es lo que se llama un hombre formal. Treinta años; exterior que nada dice ni significa; muy simplote, muy trabajador y muy práctico y entendido en su oficio. Si Eladio tiene novia en San Juan, Leopoldo la tiene en Medellín; pero es un noviazgo kilométrico como el de don Evaristo y doña Martina. Acaso se vuelva tablas, porque la novia dizque es la estampa de la herejía.

A las doce, después de dar vueltas y caracoleos por el llano de Arcila, por entre los guayabales que allí plantaron manos desconocidas, si no fueron los guayabos mismos, enfilamos los tres jinetes por la vega encajonada entre dos cerros que conduce al pueblo. Marto en Mochengo, Teodoro en el de Melita y yo en el alazán de mamá. Nuestro hermano gallardea con todos sus arreos; hasta le ha puesto al bucéfalo la frentera de tres rosetones que le ha trabajado la madre Dolores. Nosotros nos vemos muy poca cosa a su lado, a pesar de lucir las vestimentas domingueras. Qué orgullo el mío! Por ley de simpatía, de imitación o de afecto, consciente o inconsciente, voy asumiendo las actitudes de Marto: Me repecho si se repecha; me agacho si se agacha, y cuando abre las piernas en A mayúscula, yo las abro en A prima. Y rijo el corcel y me siento un árabe en el suyo. Qué dirían Cantalicia y Nicanor; qué dirían Tocayo y los Builitos; qué esos patojos que allá me molestaban?

Divisamos allá arriba, como genios que guardasen el pueblo, las dos torres del frontispicio

que albean sobre el verde azulado de la falda. Perfilase ésta muy lejana sobre el cielo opalino de este meridiano abrialeño. Qué grato descansar de barrancos y breñales en estos campos verdes y tendidos, en este vallecito tan plácido! Divisamos a trechos el río, que baja por escalones montuosos; divisamos la caída de agua que le da nombre al pueblo. Alguien ha dicho que la roca por donde descende parece un libro abierto, con un torzal de plata y de armiño que le sirve de registro. Ni arbitraria será la comparanza.

Según nos acercamos se va precisando todo: Bosquecillos de arrayanes constelan aquí y allá; aquí y allá los puntos blancos del ganado; aquí y allá la cabaña, la alquería, la casa señorial. Ya alcanzamos el fondo. El río describe un arco, arriado a la falda para demarcar aquellas praderas casi planas. Le guarnecen los guaduales, los chagualones, los yarumos, las hileras de sauces antiguos que apenas sostienen la carga abrumadora de plantas parásitas. Al fin se nos muestra el pueblo en su plano inclinado, con su trazo irregular, sus platanales, sus cipreses. Pasamos ante las hileras de casas de la entrada. Qué encaladas y pintaditas! Los jazmineros en flor encumbran sus ramajes y doblan sus bejucos sobre las tapias. Por las bardas medran las yedras; que Santa María de la Blanca es tierra de flores, de esmero, de prolijo acicalamiento.

Nos tomamos el casco del poblacho; mas no nos dan salvos los cañones ni las campanas lanzadas a vuelo, sino que un rebuzno formidable, que domina los rumores del río y de los vientos, se difunde por esos ámbitos. Mucho rejo ha de tener aquel genitor que tan tonante rebuzna a

medio día.

El loco de Teodorete lanza la carcajada.

—Oigan al burro de don Segismundo. Ese sí pues!..

Nos tomamos la plaza y nos vamos derecho a la casa de don Leandro, donde posa Lola. El viejo está en el estanco, contiguo al zaguán de su casa, departiendo con su hijo el estanquero y con don Libardo Gómez, el pico alegre y decidor del lugar.

Sale muy atento a hacernos desmontar. Amarramos las bestias a las ventanas. Adelaida, la esposa del estanquero, con quienes vive el patriarca, acude a recibirnos. Qué morena más buena moza, más insinuante y formalota!

—Vean al Príncés! Malhaya sea!

Y qué abrazos y qué cosas. Soy presentado y me alcanza el ajonjeo, y yo saco todas mis educaciones.

—Ahora sí es verdad que va a acabar con vos el maestro Ceferino. No le tenés mucho miedo?

—No, prima. Ya yo lo ví en San Juan, y estuvimos muy amigos.

—Descansen aquí en mi cuarto, muchachos, un momento, mientras viene Lola.—ordena don Leandro.

Aquel cuarto aldeano, de muebles viejos, brilla como unas platas. En dos alacenas sin puertas se alinean los libros, y hay libros y periódicos en la mesa.

Le traen el tazón de chocolate cercado de rosas de pandequeso, y a nosotros un bandejón de

la tal parva y otro de subido.

Ahora resulta que en estos tiempos de subimiento no sabe la gente moza lo que es subido. Eso es la inflación, la elegancia y el buen tono de esta panela nuestra que tantos alientos nos da.

Hacen pirámide los pedazos enormes, más viento que otra cosa. Y chasquean las tres dentaduras de este condomio de tan poca solidez y tanto alimento. No tiene ese rubio bobalicón y albino del alfandoque, mas desafía los topacios episcopales.

Con el último trago de agua nos botamos a la plaza, y Theodorete y yo tiramos hacia el templo, que nos queda al frente.

Ea, pues, mi cicerone.

—Ve: Este frontis lo costió un solo rico. Fíjate en el letrero.

Y leo:

«Fachada y reloj

donados por

Dn. Francisco Javier Idárraga.»

—Cómo será de riquísimo, Theodorete.

—Pues mucho. Pero don Segismundo dizque es cinco veces más rico. Cómo serán las olladas de condores y de chelines que tienen en ese entierro; y ve: Aquí en el pueblo, en esa casa tan grande donde rebuznó el burro, vive el hijo mayor, cuidándole otro entierro que tiene aquí. Este dizque es tan hambriento como el taita. Ya viste esa casona tan grande, y vive a puerta cerrada. El que necesita hablar con don Serapio tiene que tocar

con piedras de moler pa que le conteste. Cómo vivirá de maluco! Dice Melita que los avarientos están en el infierno desde aquí. Vos qué decís, Eloicete?

—Yo no sé qué decir.

Subimos las tres gradas del atrio; nos colamos por la puerta céntrica, única abierta; pero he aquí que en la iglesia no impera la soledad augusta. Están en la Visita del Santísimo. Don Ceferino lee con voz medio nasal, medio sermonaria, que se hace oír en esas amplitudes. Allí todo el colegio de San Antonio y toda la escuela primaria; allí el señorío principal, revuelto con ñoes y ñaes; allí Teresa con sus tías del segundo matrimonio; allí doña Rafaela con sus dos hijas y Lola. Qué galanura, en mitad de semana, de las tres muchachas: Trajes de color con sus perfiles de terciopelo negro y la cabeza encastañada cubierta con la mantilla de blonda. Allí están doña Resfa y Leticia, no con blondas, pero con mantos de cuentecillas como el de mamá. Son las cinco la suprema elegancia de la concurrencia. Doña Resfa me parece indevota: Atisba que más atisba a las tres Cuencas. Y según el volumen de la cabeza, lleva castaña prominente. Leticia sí no. Más parece vieja que muchacha.

Teodorete me secretea sobre altares y santos, y quién trabajó en el tabernáculo y quién en el púlpito y quiénes forraron los actinales y quiénes tornearon las barandas de la tribuna céntrica. Y el maestro Matías y el maestro Rincón y los carpinteros del pueblo y los de Marinilla y dónde está la patrona y dónde anida el Espíritu Santo. Valiente Theodorete! Ese sí iba a saber, como Cantalicia, dónde cantaba el garzo!

Siempre hay herejes en el pueblo, porque fuera de los tres del estanco, se ven otros en las pocas tiendas de la plaza.

Y Marto? Cuando salimos, le vemos en la placita con un señor.

—Ese es Enrique Murcia.—me enseña quien todo se lo sabe—No te lo decía? Es que mi padre Teodoro es tan fregao.

—Qué tan cachaco, Teodorete.

Sí, señor: Buena cara, buen bigote y mejor plantaje; corbata de moño presumido, chaquetón, botines rionegreros, y hasta reloj. Lástima que ese que regaló don Idárraga estuviera tan a la vista, para que Marto sacase el suyo, delante de tanta gente. Mas cuánta admiración despierta entre sus condiscípulos, que se van dispersando al salir de la iglesia. Cuán Brújulos se me hacen en sus indumentos, comparados con el Príncipe Marto. Tan sólo Evencio el de doña Simona se inicia en la cachaquería, con su vestido de dril, sus botines de cordobán y una corbata de red, de mala muerte. Valiente corbata tan pasada! Se parecía a las de los Cambas. Nos vamos con él a llevarle a doña Resfa y a Leticia sendos alfileres de mariposa, muy de pacotilla aunque de oro de muy buen quilate. Muy sí señor que vale cada uno sus quince reales: Uno cincuenta, como quien dice. Omito todos los plácemes de esta casa y todos los aspavientos de Teresa y de sus tías. Apuntaré tan sólo que allí está en la puerta el genitor de los Campanillas, tijera en mano, repuliéndole la valona a su encumbrado mulo. Cualquiera entendido podría pensar que Miguel Angel, por visión futurista, se había inspirado en este viejo «barbas de

cabuya», que aún estaba en la mente de Dios, para modelar el Macho consabido. No omitiré tampoco las caras y los ojos que le hacemos a Herminia.

Nos asomamos a la casa que la empresa tiene en el pueblo. No Jesusito y ña Ubalda, los cuidanderos, están sentados en la banca del corredor de la calle, con su coco de cacao, que van tomando; trago el uno, trago el otro. En la banca la olleta de barro con su molinillo de raíz y la bateílla con los arepones de mote. Mónica, la solterona remanente de la tribu, esa que siempre queda en las familias para cerrarles los ojos a los viejos, nos entra y nos abre la sala y los cuartos de los patrones y otros dos donde depositan granos y panela para la mina. De allí salimos a buscar nuestros búcéfalos; y una vez a horcajadas, damos el golpe por esas calles. Las Fulanas se asoman a la ventana; las Zutanas salen a la puerta, costura en mano: «Adiós, Martinianito. Adiós, los niños!» Oh, los niños de la mina!

Recorremos el pueblo hasta el Puente Real, mientras Lola se apareja. Antes de las dos escudamos la bizarra amazona. No bien tomamos la puerta que abre el camino especial, se desata el aguacero. Lluvecitas a Lola! Antes que lo pensemos, saca de la escarcela del galápago la funda de hule y recoge en un soplo las gasas y forra todo. Me vuelo del caballo y corro a desatarle el encauchado. Pronto estamos los cuatro bien arropados bajo el abrigo impermeable.

—Cantá, Marto!—grita Lola—Nosotros somos como los loros, que se alegran con el aguacero. Cantá un bunde bien alegre.

El sobrino predilecto trompetea:

«Eranos cinco negritos
y toos cinco muy majaeros,
y teníanos una guitarra
y toítos cinco
en ella tocábanos.

Rumbe que meque,
rumbe que sú.
La mulata
que meque meque,
que me quería
puso la barca
y yo el timón
donde navega
mi corazón».

Y el loro vestido echa coplas de ponzoña hon-
da como el lorito de plumas.

Canta que canta cruzamos llano, río y falda,
y antes de media hora estamos en Santa Ana,
donde mana Salvadora nos hace la grande ova-
ción. No menor es la de Largo Valencia a nuestro
arribo.

XI

Por la noche viene doña Martina a tomar
lenguas y con el Palma Christi alborotado: Esa
Lola era muy simple y muy arrestada. No haber-
le hecho caso al primo Pascual, un hombre tan
rico, para querer a un poeta que habrá de ser un
grandísimo perdulario.

—Ve, Martina: Dejáte de sermones y de en-
señanzas. A cada uno le gusta lo que le sabe: A
vos te gusta guardar el medio y a mí querer a los
que hacen versos.

—Pues sí, Lola: Eso es así. La cuestión es
que se case, m'hijita, porque la mujer solterona
se vuelve tan trabajosa. Ya ves cómo son aquellas
dos de casa. A la que sí le va a dar mucho trabajo
casarse es a Amelia.

—Sí, señora.—contesta Melita con su impa-
videz—Ya yo me doy por solterona: Las feas que
no tenemos vocación religiosa, solteronas tenemos
que quedarnos. Pueda ser que no me vuelva muy
trabajosa.

—Es que usted, Amelia,—contesta la señora
—no se ha resignado a casarse con un hombre de

su clase: A usted la mataron con haberla metido en casa grande.

—Pues no fue, señora, que me metieron: Eso fue resultando como resultan tantas cosas en la vida.

—Oiganle las cosas a esta Martina!—exclama Lola, entre burlona e incomodada—Vos estás pensando que Amelia es alguna ñapanga porque su familia no es rica. Pero sabé y entendé que es más blanca que nosotros los Cuencas y que ustedes los Palmeras. Si ustedes son parientes de don Francisco Antonio Zea, Amelia es parienta de don Anselmo Pineda.

—Primera vez que lo oigo mentar!..—replika la señora.

—Pues naturalmente! Dónde ibas a oírlo? Siempre has vivido en el limbo, aislada en tu repelencia! Y sabé y entendé que Amelia, aunque su familia sea pobre, es más rica que Elisa y yo. De la vaca que le dio el padrino le resultó un hato. También tiene acciones en el camino de privilegio, porque mi padre parte lo de los hijos con el que a él le da la gana. Y no sólo eso: Amelia tiene sueldo y ración en esta empresa, y gana por fuera lo que quiera. Ella es la que hace camisas de hombre para vender en el almacén de San Juan; ella es la que forra y ribetea las ruanas de lujo; ella es la que hace los vestidos de niño. Y si fuera tan apegada a la plata como vos, cosería toda la ropa de cargazón que aquí se vende. Pero Amelia considera a los pobres, y no les quiere hacer competencia ni a Tilita ni a la familia de doña Chinca ni a La Bella Pola.

—Sí, Lola; yo sé que Amelia es muy útil y

muy trabajadora.

—Pues entonces no trate de zambiarla, porque usted no es la llamada.

—Por eso no se pongan a alegar, señoras.—suplica Melita—Eso no vale la pena.

—Dejálas que aleguen, Amelia.—interviene papá.

—Sí; sí alego—declara Lola—para darle gusto a Martina que no puede vivir sin pleitos. Lo que debía hacer era alquilarme a mí, porque aquí ninguno le hace caso. Ella no habrá de pelear con Angelina, su sobrina, que sería la única que pudiera hacerle cara. Ve, Martina: No te quedes más aquí, porque se te fermenta la peliadera y te ponés peor. Debías arreglar viaje para que te fueras con don Teodoro, ahora en el mes entrante: Vos aquí, sin estar lavando la vajilla para que la vean los aparadores de la despensa; sin estregar el trapo por donde han pasado los ratones, y sin despachar la comida, estás haciendo el papel del bobo. Arreglá el viaje. Si te quedás más aquí, te da hasta reumatismo, porque vos no vas a comprar bayeta ni franela para forrar ese cuerpo tan elegante.

Y se cuela muy incomodada, sala adentro. Papá se ríe como el conejo. Melita y Elisa se quedan como si tal. Y doña Martina dice:

—Esta Lola siempre es muy destornillada.

—Ardores de la mocedad, Martina.—exclama papá, muy jovialote—Los tornillos los va ajustando la misma vida.

Después la toma con Marto, por lo de la madurez anticipada, y Marto se sostiene en una urbanidad muy festiva.

Al fin se va la señora, y Marto, Melita y papá ponen las sombras chinescas. Las dos bailarinas; los dos negros dándose palo; el navío que navega muy embanderado; el caimán que lo hunde de una tarascada. Lo habrá recortado Melita por el caimán de Marto? Allí está en la cómoda, muy verde, muy articulado, a punto de contorsionarse y abrir la boca, en cuanto lo aprieten. Razón tiene Repollito en asustarse: Es, en verdad, un monstruo horrible. Lo contemplo por última vez, porque Marto nos ha declarado que desaparecerá, como ha desaparecido el molino, en algún antro de estos caserones de los escondrijos. Todavía disfrutamos un día de Lola y de El Príncipe. Qué diría doña Ursulina de los caprichos de este par de gamonales? Muy majos, muy puestos en razón se bajan, antes que llame el cacho de la comida, a probar los frisoles de María Cifuentes. Las dos sombras mal podían dejarlos: Con ellos nos vamos; y venga el frisol con todas las yerbas de María Cifuentes, y vengan los coloquios con esta otra comadre que sabe emparejarse con los blancos demócratas.

Por la tarde viene Gabriel Carmona; pero la última velada la refuerza y la anima la personalidad de don Clemente: No es tan prócer como su hermano por vela de sebo; pero ostenta una cara escultural, tan mosaica como la de su padre. Habla pausado, con ese dejo tan simplote de su prosapia legítima. Es muy urbano y servicial con todo el mundo. Cultiva la imaginación, que ni para las rabias de Tilita y los regocijos de mamá. A cada una de sus mentiras, le dice ésta: «Rebájele, compadrito». «No, comadre: Eso pasó así, como se lo cuento».

Como todos los embusteros, ha acabado por

creerse a sí mismo. Acaso sea este el buen punto para ser uno verídico y consecuente con su temperamento y personalidad. No Evangelio, como le llama Camilón, se muestra muy contento convirtiendo en verdades sus ensueños, ensueños que a nadie perjudican. Canta con su esposa, al són de la guitarra y del guitarrón. Y esta es una mentira que se la hace sentir a sus oyentes, especialmente a mamá, chiflada por la música, por lo mismo que no sabe entonar ni siquiera la Guarí-conga.

Qué tristes nos quedamos aquel viernes. Ni el ayudar en la proveeduría, ni el atisbar de lejos a las rapazas de la doctrina, me disipan la melancolía. Mas Theodore se distrae con caballos y manzanza.

Al medio día viene a casita Largo Valencia a darnos el pésame. Si doña Elisa no declaraba que El Príncipe era el dechado de los caballeros, no sabía agradecer los beneficios de Dios.

—No quedé nada descontenta con él, Largo Valencia. El pobre no irá a ser lo que vos te figurás, pero yo no le veo los inconvenientes ni la mala condición que le ven otros. Será que las madres tenemos venda para verles los defectos a los hijos. Una criatura tan cariñosa, que le alcanza el corazón para todo el mundo, no me parece que pueda ser persona muy mala.

—Mala?—exclama el factotum—Ya se quisieran pa oír misa esa maldá otros que se tienen por tan buenos. Qué dice usted, niña Melita?

—Estoy de acuerdo con usted, Largo Valencia. No solamente el buen corazón de ese muchachito, sino que tiene otra cualidad que a mí me

parece muy rara. No sé si eso se llamará discreción, benevolencia o qué; pero lo cierto es que a Marto no se le ocurre nunca hablar mal de nadie ni ocuparse de las faltas que cometen los demás. Si ahora que está tan muchacho es así, mejor habrá de ser cuando coja juicio. Me parece que va a ser lo mismo que mi padrino en este sentido.

—Ojalá, Amelia. Con la centésima parte me contentara yo. Ya ve que papá, siempre que pretendemos murmurar de alguno, nos ataja con aquellas palabritas de Cristo: «No juzguéis, para que no seáis juzgados». Marto, en este punto, jamás me ha dado ningún disgusto. Aquellas cositas de Ceferino me las ha contado Lalo el de Tila, y sé que todos los muchachos del colegio están muy enterados de todo. Pero a Marto, que debe saber mejor que nadie por haber vivido en la casa, no se le ha ocurrido nunca una palabra sobre tales asuntos. Allá en San Juan me propuse, con mucho disimulo, provocar una conversación sobre este punto y no me adelantó una palabra.

—Para que vea, mi siá Elisa, que El Príncipe aunque no tiene un pelo de bobo, es más bueno que don Miguelito y más sabido que don José Joaquín. Aquí nos hace mucha falta; pero al lado del otro abuelito, va a salir a codal y escuadra.

—Que Dios te oiga, Largo Valencia. Allá, aunque lo quieren mucho, no le dan el gusto que don Tiodoro se figura. Papá le ha dado sus buenas pelas.

—Cómo no, señora: Le dio cuatro chirrionazos porque agarró a una muchachita muy bonita, de don Aniceto Tabares, y la jartó a picos en media calle. Yo no le hubiera dao sinó un lapito, por hacer la potesforma.

—Figuráte vos! Hasta premio le hubieras dado por la hazaña!

—Supe que le había dao una pela más dura, pero ni sé por qué.

—También fue muy merecida.—repone mamá—Cogió el viciquito de acostarse en el zaguán y colgar la cabeza por el quicio del portón, para atisbar las mujeres que salían de misa. Y a todas las que mostraban ruedo de bayeta, les decía alguna repelencia. Un día pasó doña Polonia Lara, y como la vio descalza, determinó que era montañera o ña. Y le gritó muy orondo: «Vieja cochina que te ponés ruana por debajo». Doña Polonia, que es más brava que Indalecia, le dio en la cara con el tapete que traía doblado, y le puso la queja a papá. Esta vez como que fueron seis lapsos del tiro.

—Con dos había tenido, mi siá Elisa.

—La cuestión es que ese muchachito salga hombre de bien y trabajador. El no ha de ser tan borrico como un caporal.

—Qué caporal va a ser, doñ'Elisa, al lao de la niña Lola, con todo lo qu'ella sabe de educación y de cosas finas. Allá verá que va a ser de camino, de plaza y de fiestas. A estos dos potranquitos tenemos que mandárselos unos días, para que les enseñe hartas jullerías.

—Pues lo que es jullerías, me parece que no necesitan que les enseñe Lola. Al Mico en Pesebre ya lo conocés; y mi Negrito me parece que tiene muy buena embocadura para las quisicosas finas.

—Qué dice usted, compañerito?

—Pues yo no sé, Largo Valencia... Ojalá sa-

liéramos cachacos, así como Marto.

—No siás bobo, Eloicete.—salta Teodoro—Marto es muy cuadrao y muy alegre. Pero nosotros tampoco vamos a ser ningunos entumidos: Vos y yo dizque somos muy buenos mozos; y aunque Elisa nos trisque, siempre vamos a ser doctores y a ganar mucha plata.

—Me parece muy bueno que El Mico en Pesebre tenga tantas aspiraciones.

—Allá verás, Elisa, que nos vamos a aplicar mucho, porque los relojes de nosotros no van a ser de plata como los de Marto, de Miguelete y de mi padre Tiodoro, sinó di'oro, como el de papá José Joaquín.

—Pues, desde que sean ganados a pura muñeca, ojalá fueran con hartos diamantes.

—Yo me aplico, mamá.—me dejo decir yo, muy convencido—Allá verá!

—Que Dios lo quiera.

Y me aplico. A propia hora me pongo a escribir definitivamente la carta consabida, y resulta aprobada por aclamación.

—Muy bien, mi Negrito.—me aprueba mamá, con todo y caricia por el cogote—Qué tan contenta se irá a poner su Cantalicia! Pobre vieja! Si yo siempre me he acobardado con la ida de Marto, como habrá estado esa pobre vieja con la separación de su único muchacho. Yo también le voy a escribir, para decirle que se venga pronto. Si debe y tiene intención de pagar, lo mismo paga desde aquí. Y si aquí en la mina le parece que gana muy poco, puede venirse a San Juan. Me figuro que debe haber más pasajeros y más gente a

quien venderle comida que en Aguaslimpias. Y es ahora mismo que voy a escribirle.

Ah mamá!..

Días de afanes y de tráfago los de fin de mes: Las cuentas, las cartas, el correo y la remesa.

Aquel sábado dejó las inspecciones del pago para irme con Teodorete a la brujería mensual que ejecuta Largo Valencia. Es ello en el corral, y ahí voy entendiendo la razón de aquel cúmulo de leña en el caedizo frontero a la cocina grande y el de aquellas tres piedras clavadas cerca a un hoyo como poceta. En las piedras monta Largo Valencia una como olla de fierro con un tubo cuya punta mete en el hoyo. En su boca pone una olleta de cobre. Teodoro se ríe de mi asombro.

—No has visto evaporar el azogue?

—No.

—Por esas minas de por allá como que no saben hacer nada.

Papá trae un talego de lona y lo vacia en la cuenca del aparato.

—No ves, Eloicete? Es el oro amalgamao.

Nos arrimamos a ver aquel montón de peloticas. Se me figuran uchuvras en algún canasto de vieja. Tapan aquello, y venga candela y venga leña. La pira sube hasta dos varas. Se me figura que hasta las piedras van a arder; la llama levanta a la altura de los techos. Grande cosa debe ser aquello, porque por el callejón asoman muchachos y adultos y se apoyan en la cerca divisoria. La cosa arde y crepita y Anselmo Bobo y Maluqueras atizan, astilla tras astilla, palo tras palo. Mamá

TOMAS CARRASQUILLA

sale por la puerta que da al corral y regaña:

—Ya están allí estos mocosos pegados a la candela, para salir bien acalorados a mojarse en el chorro. Y para eso que el par de viejos les ayudan. Caminen para acá, que de aquí ven!

Qué bella es la llama en una sola candelaria! Mamá nos hace entrar, porque eso es cosa larga. Sentimos el calor, y las niñas y Tom y Laurencia y las tres negras entran en curiosidad en aquella faena cuya belleza no se les agota. No somos nosotros solos. Desde don Julián hasta Angelina se meten por el zaguán que divide la cocina y las dependencias de las sirvientas, para admirar el incendio.

—Qué te parece, Eloicete:—me dice el loquinario—Si esta fuera la llama de una vela, de qué grandor tenía qué ser?

—Pues... como del corral al patiecito de la manzanilla.

—No siás bobo: Entonces sería un cabo. La vela llegaría hasta más abajo del Molino Hondo.

—Y cómo sería el candilero pa ponela, niño Tiodoro?—pregunta Laurencia.

Aquí cogieron a quien todo se lo sabe.

—Pues sería así como el Alto del Ganao, pero muy cuadrao, y hecho con palos pa que no se desmoronara. El hueco sería com'un apique.

—Asina mesmo, niño Tiodoro.—repone la ne-grilla, admirada de aquella facultad de cálculo—Bien dice mi máma qui'usté siempre es el más sabido de los tres niños.

—Corcoveo!... veo!... veo!...—le repone el loco y salta como caucho, comedor adentro.

Cuando todo aquello se ha apagado, nos vamos a contemplar la cantidad de azogue en el fondo del recipiente. Papá nos lo hace sopesar. Aquí sí que está endiablado el maldito. Cuando más será un pocillo chocolatero, y se me antoja que pesa arrobas. Valientes cosas tan misteriosas había en esta mina! No era raro que Marto y Teodorete supieran tanto. Pues yo no me quedaría atrás.

Todo está pronto para el viaje. Pero hé aquí que en la casa hay conciliábulos. Partirían antes o después de la creciente? El maldito conflicto de cada año. Mas al fin el viejo resuelve. El lunes, aunque fuera 2, partirían. Ni eran de sal ni de panela para revenirse, ni habían de ser tan animales que se dejaran coger por la creciente.

Desde el domingo salen del pueblo don Teodoro, Largo Valencia y otros dos. Entre tanto doña Martina no acaba de admirarse y de alegar. Siempre eran muy tranquilos y muy ocurrentes! Salir con aquella riqueza, con sólo tres hombres y tres popos de revólver. Papá le hace burla y le pondera las partidas de facinerosos que por esos caminos los esperan para paviarlos.

Cómo irá a ser la creciente! «Abril seco, mayo mojado». Marinacita comparece en nuestra sala.

—Decíme una cosa, Elisa: Vos pensás quemar la Santa Cruz?

—Yo sí, Ignacia: Vos sabés que a mí me cae en gracia esta práctica de los Cepedas y otros montañeros. Yo les he entendido que esto es como un remedo que ellos hacen de la misa: En la misa se le ofrece a la Santísima Trinidad el Cuerpo y la Sangre del Hijo, y en esta práctica de estos montañeros le ofrecen a Cristo su propia Cruz,

que es un sacrificio que hacen los que la queman. Creo que este humo tiene que subir al Cielo. Yo no sé qué dirá la Iglesia a este respecto, pero me suena esta devoción. Por eso la he hecho otros años, y ya Eladio me trajo la cruz muy pintadita, para reponer la que voy a quemar. Voy a traértela.

Ignacita la examina y luego dice:

—Pues qué te parece que yo le he consultado esto al Padre Toro y al Padrecito Alejandrino, y no me han resuelto nada.

—Pero qué te van a resolver, mi queridita, si esta es una cosa que lo mismo da hacerla que no hacerla. Si tenés otra cruz para reponer la que hay sobre la puerta del oratorio, quemála, si te da tu santísima gana.

Marinacita sale y mamá le echa la bendición.

—Esta se va para el Cielo, pero no de un tiro: Mi Dios siempre la deja un mes en el Limbo. Tal vez no: En el Limbo vive ella.

Casi la oye, pues torna a entrar: Se ha devuelto del comedor de los empleados.

—Decíme otra cosita. Si quemamos las cruces, no le cotejaremos a esta gente alguna superstición?

—Pues no la quemés nada. Y tratá de averiguar qué cosa es superstición. Quemar la cruz puede ser alguna niñería, pero nó superstición. No queman cada rato santos imperfectos, no queman escapularios y ornamentos viejos? Bien sabés vos, que ofrecés diariamente las obras del día, que todo se le puede ofrecer a Nuestro Señor, menos los pecados.

—Bueno. Y la vas a poner sin bendecir?

—Sí, Ignacia. Yo creo que la cruz de hecho está bendita. No es la imagen de Cristo? Pero si hubiere necesidad de bendecirla, la bendecimos después.

—Ah bueno para vos que tenés una conciencia tan bien formada...

—Como cualquiera, Ignacia. Es que vos, con el deseo que mantenés de que todas las cosas de la Religión te salgan perfectas, te dejás enredar por los diablillos bobos de los escrúpulos. Acordáte lo que te dijo aquel padre en Marinilla: Que Dios recibe cualquier mamarrachada, desde que se le ofrezca de buena fe. Si las oraciones y obla-ciones necesitaran ser perfectas, nadie podría orar ni ofrecer a Dios ninguna cosa.

—Que te parece, Elisa, que eso es así.

Y torna a sus faenas, como espantando los diablillos, entre las risas de mamá y de Melita.

Por aquellos tiempos era la fiesta de la Santa Cruz la de nuestros montañeros de las cum-bres.

En la mina andan de bracero Expectativa y Fama soplando e intrigando por todas partes. El alumbro iba a ser lo nunca visto ni oído.

En la tienda se ha expendido mucho linón y mucho papel de oficio para los faroles; en la proveeduría muchas libras de sebo derretido, mucho pábilo para mechas y mechones. Los carpinteros, en sus horas de vagar, han fabricado muchísimas ruedas, armazones y pértigas para la farolería.

Mana Salvadora y señó Caravajal son tan «orgullosos» para estos alferazgos. Cuentan y no a-

caban de sus preparativos. Doña Simona, asesora en las novedades rituales de don Ceferino, va a arreglar la Santa Cruz a la última moda. Y es mucho el marrano y el tripitorio que se ha vendido para los chorizos y tamaladas de aquella noche, y la canela y los clavos para las chichas y las horchatas y el cacao y la jamaica. Este negocio, combinado con religión, va a granjearles muchos dineros.

Desde por la mañana de ese 2 todos registran el cielo; todos auguran; pero el cielo no tiene cara de nada.

Yo no sé de dónde sacan en la casa tantas bacías de lata, tantos cacharros de barro, tantas cuencas que puedan servir de candileja.

Desde las cinco principian a subir, con las mudas domingueras, las gentes del Molino de Abajo, de la cocina y de las casitas aledañas. A Teodoro y a mí nos hacen engalanar para irnos con Melita, Tila y don Clemente a la procesión, que debe salir de la casa de mana Salvadora. Los alféreces no quieren músicos del pueblo ni chirimeros sanvicenteños, y lo que han economizado en esto lo van a derrochar en pólvora.

La gente sube y sube. En casa se quedan papá y mamá al cuidado de las niñas, porque las cuatro sirvientas se han ido con Beneda y las otras domésticas de La Casa Grande.

Minos, Eladio, don Isaías y papá irán arreglando la luminaria. Cuando pardea, ascendemos por el Alto del Ganado, cada uno con su vela o útiles respectivos.

La Bella se nos une, porque su mamita no la deja ir sola. Luce el pañolón alucinante y los untos que le regala Camilón, pero lleva el copete

muy caído y la falda sin la rueda que la embudaba.

Frente a la casa de la insigne alférez está Camilón con doce horqueteros; Brújulo con sus discípulos; La Joven Campestre con las rapazas, y doña Simona con Ramoncito. Tratan de ordenar aquella procesión sin cura, que tanto tiene de de Religión como de parranda. Todo el mujerío está de veinticinco alfileres y las beldades de María Cifuentes chirrían guacintones rionegreros, zumban faldamenta almidonada, lucen cintajos y pañolones guaricongos.

—Ve, Eloicete, qué tan linda y tan galana está Rogelia. Le echó cacho a La Joven Campestre. Por ahí estará atisbándola Tiberio. Qué tan brava se irá a poner La Bella! Y ve a Brújulo qué tan galán está con las niguas en el oscuro. Vele los borceguies. Esos se los compró a Murcia o a alguno del Sitio. Vele los calzones tan almidonados: Se los planchó La Joven Campestre, con filos por las costuras.

Y el sinvergüenza relincha y pateo. Por fortuna que todavía no hemos encendido las velas en las dos farolas cuadradas que nos ha enastado Eladio.

Las mujeres vela en mano, los hombres con sus faroles, unos en astas, otros colgando, van formando de dos en dos aquel zodiaco desplegado y andantesco. Según la sabiduría montañera, la Santa Cruz no va a dejar caer una gota sobre tantos fieles fervorosos.

La sacan en sus andas de palitroques, conducidas por señó Caravajal y su mujer, por mana

Salvadora y su yerno. Es mucho lo que goza el zángano de Teodorete de ver a la vieja tan gordiflona y tan campante. Y aquello debe pesar: Aunque de cedro muy seco, la Santa Enseña es muy alta y la cruzan en equis la lanza y el palo con la esponja. Por los brazos ondea y cuelga con muchísima simetría la sábana santa; por la base y por el plano de las andas se paran y se tienden ramos de flores. No había de ser doña Simona tan ordinaria para poner cualquier floripón de monte o de jardinera en cosa tan artística y sagrada. Ella misma, aunque no es beata como Luisita la de Aguaslimpias, ha labrado con sus manos mágicas que saben preparar los bebedizos amatorios y la sustancia del rey Salomón, esas rosas, esos lirios, esos claveles, con follajes de oro y de argento. Toda aquella gente está boquiabierta. Tila y Melita la felicitan.

—Nuestro Señor me habrá de agradecer la buena voluntad.—murmura la señora, con voz y ademanes beatíficos—Si me hubieran avisado con más tiempo, tal vez hubiera trabajado algo fino. Pero creo que a Ceferino le gustará el arreglo. Ramón, que es tan curioso, me ha ayudado a la colocación de los ramos. Vea usted, Amelita, qué musgo tan excelente conseguimos. Parece felpa.

—Lindo, lindo!—exclama Melita muy admirada—Las flores están bellísimas, doña Simona.

—Mucho.—afirma Tilita—Lo malo es que si cae agua aquí o en la llevada al pueblo, se le van a perder.

—Todo está previsto, Tila. Usted sabe que yo soy muy precavida. Por ahí tenemos unos encajados flexibles para cubrirlas, bien sea aquí, bien sea en la llevada al pueblo. Me alegro mucho que

hayan venido para que encabecen y dirijan el cántico de las mujeres, ustedes que son cantatrices tan notables. Pueda ser que todos emparejen el tono. De los hombres nada temo, porque con las voces filarmónicas de Clemente y Pando hay para guiar a un mercado.

—Por eso no se apure, doña Simona.—dice Tilita—Esta tonada de la Santa Cruz la han cantado toda la vida hasta los sapos.

Oscurece y principian a relumbrar las candilajas del cielo y las estrellas de la tierra. Molino, cuartel, fragua, carpintería, cocina, casas, relumbran sus parcos de luminaires. Y relumbran los carreteros, las puertas de los socavones, los apiques. Pues y la gente? Qué muchedumbre tan formidable! Hasta un ciento de cristianos marchan por esas breñas.

El concurso crece: Han venido gentes del pueblo y hasta de las minas circunvecinas. Teodorete y yo nos juntamos con Lalo y con Evencio el de doña Simona, que han venido a la fiesta. Tano y Jurado se nos agregan. Los seis, que vamos de chaquetón, representamos la elegancia masculina. Por lo mismo, vamos pegados a la Santa Cruz. Estallan los cohetes, principia la marcha y rompe el coro de hombres:

Santa Cruz de mayo,
te llevo a mi fundo,
para que nos libres
del pérfido mundo

Repíte el coro de mujeres. Repítenlo ambos.
Si no como quisiera doña Simona, la procesión marcha, gana y gana. Llevamos los faroles

muy a plomo para que no se nos quemén esos papeles engrasados. Pero el Azogado casi pierde el compás, al ver cómo mana Salvadora y la Caravajala piden repuesto de hombres que las sustituyan. Sólo han querido cargar, por vía de alferazgo y protocolo.

Santa Cruz de mayo,
a mi casa vas,
para que nos libres
del ruín Satanás.

Repetición como la anterior.

Santa Cruz de mayo,
te llevo a mi sala,
para que nos libres
de la carne mala.

Idem de idem.

Con vos, Cruz Santísima,
imagen de Cristo,
a mis enemigos
combato y resisto.

Cantando, cantando, trepamos a las casitas de Santa Ana; descendemos por el camino nuevo; llegamos hasta el Molino del Medio, entre las luces de los senderos y de las construcciones.

Noche noble y serenísima. La Santa Cruz ha ahuyentado, con los espíritus malignos, y acaso con los Ilusiones, a los relentes y favonios. Ni siquiera ha permitido que el tal cefirillo blando, tan mentado, moleste las velas: Arden derechitas y tranquilas como en un templo. El coro retumba en

la cañada y parece que todos los animales y todos los ruidos de la noche se han unido al rey-fiera de la creación para alabar al Verbo.

—Esto está más bonito, Tiodorete!..

—Tal vez sí. Vos creés que Felipona y estos de aquí, que se creen tanta cosa, se iban a dejar echar cacho del zamberío de ña Custodia?

La Calle Real es un sueño de pirotécnica. En palos, en estantillos, en todas partes arde el sebo. Al llegar frente a nuestra casita nos deslumbra- mos, con ser que todo lo miramos de soslayo. Desde el baño hasta el Gabinete Azul, aquello es una gargantilla. Los cohetes ovacionan en un Sinaí de tronamenta. En el corredor largo de nuestra ca- sita, punto de vista para abarcar el Molino Hon- do, vemos a todos los señores congregados, desde Repollo hasta don Julián.

Coreando, coreando, cohetes aquí, cohetes a- llá, bajamos hasta el edificio de los arrastres. A- quí se acaban nuestras glorias. Nos contentamos con divisar las luces de la cañada y de registrar más de cerca el palacio Cifuentes y las casitas que se enfilan quebrada arriba. Cuánto sebo y cuánta mecha se le ha ofrendado a la Santa Cruz! Desde allá vemos cómo arde la agrupación de la acequia. Hasta el chozón de ño Botija luce sus fa- roles. A Tila y Melita, que también están en la infancia como nosotros, se les ocurre que nos su- bamos por la manga de las bestias, para contem- plar la luminaria de la velería y del cuartel de los arrieros. Don Clemente accede y ascendemos con La Bella.

—Qué hago yo, Tilita?—murmura La Bella.
—Si alguno d'estos muchachitos quisiera acom- pañarme hasta casa...

—Lalo y yo la acompañamos con muchísimo gusto.—le dice don Clemente.

—Me da muchísima pena, pero tengo que aceptarle, porque... hay unos piones tan atrevidos!

—Cuidao, Polita:—le dice Tila—No me vaya a sonsacar ni al marido ni al hijo: Usted está muy atractiva esta noche.

—Gracias, Tilita; pero yo siempre sé manejar como señora.

—Y por qué se quitó el esponje, Polita?

—Ni me miente eso. Es que cuando uno es tan solo, y viviendo en los montes, le pasan tantas cosas.

—Pero qué fue?

—Pues no ve! Como mi mamita no ha querido salir de aquí, desde que se murió mi padrasto y se largaron esos hijos desnaturalizaos, no me había podido asomar al pueblo, hasta los dos últimos domingos, que he dejao a mi mamita acompañada con Rogelia. Por eso no sabía que el esponje se hubiera acabao del todo. Yo las veía a ustedes muy escurridas y supe que Lola había venido muy chupada; pero creía que ustedes, por estar en el campo, no querían usar vestido de calle. Allá en el pueblo me persuadieron mis tías que el esponje estaba muy pasao. Pues no ve: Camilón me ha dicho que en todas partes se esponjaban mucho las señoras, y como él es tan enamorado y repara tanto en las mujeres, yo le creí. Y qué le parece, Tila: Tampoco dizque se usa ya el copete partido sinó cerrao. No ve qu'estoy peinada diferente?

—Cómo no; está muy buena así. No le digo que está muy atractiva? Nosotros no sabemos aquí de modas. Nadie va a saber que no hubiera estado, en todo este tiempo, a la última.

—Pues en la mina nó; pero cómo me habrán triscao todos los forasteros que vienen aquí!

—Ellos nos triscan a todas. No ve que los montunos siempre somos montunos?

Es mucho lo que se carcajea el Azogado, y me dice casi al oído:

—Esa compañía de Rogelia a doña Zoila Rosa, es para echar conversas con Tiberio. Qué tan inocente es La Bella.

—Y vos cómo sabés, Tiodorete?

—Porque yo les he oído conversar a los carpinteros de Eladio. Allá estarán bien encabaos en cas de ño Caravajal. Qué tan bueno qu'Elisa nos hubiera dao permiso pa inos hasta allá. Qué tan bueno pa atisbalos!

En ambos patios ceban y ceban las candilejas don Isaías, los despenseros y Maluqueras. Allí están, puestas en el suelo o en los cercos, en candeleros como el de ño Matica. Tal habrá sido la cosa, que ño Cepeda y los hijos han ido hasta el molino y ascendido tras de nosotros. Si nos dieran permiso para irnos hasta su casa. Pero nó: Mamá ha puesto coto a sus concesiones. Papá, Eladio y Leopoldo regresan en ese instante desde el Molino del Medio. Han ido a llevar las dos chucuelas. Y tal habrá sido el desbarajuste y trastorno de la casa, que se han alzado también con las dos de doña Martina. Repollo, a quien Eladio carga, es la que más cotorrea:

—Eloicete: Vimos todo el alumbro de Felipona.

—Y el de señá Custodia no lo vieron, Repollito?

—No; ese lo lañó el viento hace lato.

Allí está don Julián muy envuelto en su capa; y es tanta su disipación y tantísima su calaverada, que no quiere recogerse todavía, por más que papá se lo insinúe. Ahí se queda un rato, jugando su tute con la Santa Cruz, con el sebo que arde, con las estrellas que fulguran. Tila, con su charla y su sorna, le provoca el pico a doña Martina:

—Cómo estará usted de aterrada, señora, con estas salvajadas...

—Pues ni sé qué le diga, Domitila. Seguro que esta gente tiene mucha devoción; pero estas cosas, berriando toda la gente, siempre tienen mucho de guacherna.

—Si no había ni un solo guache, doña Martina. Todo fue a puro pico.

—Y esas retajilas de versos de dónde las sacaron?

—Pues eso si no sé decirle, señora. Tal vez Elisa, que entiende de todo, se lo podrá decir.

—Pues tampoco lo sé, así tan sabida como me creés. Me figuro que será alguna devoción popular que sacó algún español y que ha ido arreglando todo el mundo, como arreglan las guabinas, los bundes y los alabados. A Federico Jaramillo y a Cuesta les he oído que estas canciones y estos rezos cantados fueron traídos a este rincón por los colonos y los mineros españoles, y que

la gente los va arreglando a su modo. En otras partes de Antioquia, sobre todo por el nordeste, dizque sacan la Santa Cruz y la llevan de casa en casa. Lo cierto es que aquí en Antioquia toda la gente que corta madera en los montes ha sido siempre muy devota de la Santa Cruz, cosa que me parece muy natural y puesta en razón. Y no me parece que vayan mal encaminados: Después del Santísimo Sacramento, nada puede haber más grande en nuestra Religión que la Santa Cruz. A esta Ignacia le parezco muy indevota, porque no me afano por imágenes de santos. A la cabecera de mi cama no pongo sino La Cruz, y me parece que con eso tengo de sobra.

—Con eso hay, Elisa. Pero las imágenes siempre como que le inspiran a uno más devoción.

—Según y cómo, Ignacia. Y eso dependerá también del modo de ser de cada uno.

—Bueno, Elisa:—pregunta doña Martina—Y por qué sigue las bobadas de esta gente, con la quemada de la cruz?

—Pues porque me gusta y me suena. Como de esas bobadas hace uno en la vida. Mañana pienso madrugar para quemarla, mientras rezo la novena con Amelia, estos muchachos y las sirvientas. Es que yo también soy montañera de hacha y serrucho aserrador.

—Pues en mucho orden ha estado la procesión del alumbro.—dice la mística—Pueda ser que no haya desórdenes en la casa de ño Caravajal.

—Camilón está a la vela—dice papá—y no creo que deje entrar contrabando.

—Ave María, José Miguel!—cavilosea su cuñada—Estas francachelas de toda la noche siempre tienen que trastornarle mucho los trabajos en

la empresa. Usted y don Tiodoro no deberían permitir las.

—Pues no, Martina: Ni mi padre ni yo tenemos derecho para meternos en las cosas de los peones. Ni tampoco es mucho el trastorno. Los molineros y socavoneros trabajan lo mismo. Los carpinteros remendones no dejan de hacer sus remiendos porque estén trasnochados; y los monteros, casi todos trabajan a contrato.

—Siempre tiene que haber trastornos, José Miguel...

—Vos deberías ser directora de minas, Martina, para que te saliera todo a compás, sin que te faltara ni te sobrara un punto.

—Sí, doña Martina.—sornea Tilita—Véngase con don Evaristo, porque ustedes sí ponen método y fundamento.

—No lo diga muy en charla, Domitila. Aquí siempre hay mucho derroche. No sé cómo ha ganado esa gente tanta plata.

Para derrochar más, hay tamales y chocolate para toda la clementería. Por la mañana es la quema santa, conforme al programa de mamá. Al acabar nos declara:

—Bueno, mis muchachitos; diviértanse hoy harto, porque de mañana en adelante tienen que ponerse a estudiar con todo fundamento; los asuetos y el bureo con la venida de Lola y Martiniño, se acabaron.

—Sí, mamá.

—Sí, Elisa; pero el bureo no se puede acabar hasta que no pase la creciente.

Ni el día tiene cara de llover: Apenas sí van

soplando los vientecillos. Mas otro aquilón se levanta. Verdad que a la madrugada han llevado la Cruz hasta el pueblo, sin que le caiga una gota; pero mientras tanto ha habido pelea y han resultado dos contusos, un descalabrado y un herido con navaja de barbero. Nos dejan ir a la inspección a ver los reos y la cosa. Los escueleros, pues es día de varones, están todos husmeando que más husmea. Camilón y Brújulo nos echan a todos, pero nos informamos. A dos los tienen en el cepo. Y Brújulo y Camilón están en apuros: Que el sumario, que el reconocimiento, que las fianzas, que esto y lo otro.

En el almuerzo comenta papá todo el asunto: No había llegado la sangre al río ni había que elevar la cosa hasta la Cabecera del Circuito.

Cuando Teodorete y yo entablamos el estudio y las señoras la costura, entra Marinacita, mano en cara, en el colmo de la angustia.

—Ya me lo figuraba.—dice mamá—Allí estás creyendo que todos en la mina estamos en pecado mortal.

—No tanto, Elisa; pero sí me mortifican mucho todos estos escándalos y estas ofensas a Dios en medio de una fiesta religiosa.

—Pues no, Ignacia: No te confundás mucho, que pecados tiene que haber en el mundo; pero allí están la Santa Cruz y los Sacramentos para borrarlos.

—Sí, m'hijita: Pero es cuando se confiesen y se arrepienten. Aquí hacía tanto tiempo que no había heridos...

—La colorada tiene que correr, Ignacia. Lo

mismo será en las guerras que en las peleas entre dos o entre cuatro.

—Pero no ves, m'hijita: Ya volvieron a recibir a esa negra Loaiza y allá dizque se pasó toda la noche cantando bundes verdes con Pando y otros.

—Dejalos que verdén un poquito. Esta pobre gente con algo se ha de divertir: Esos pecados de pico, cantados o hablados, se perdonan con agua bendita.

—Pero no ves, Elisa: Ahora vuelve esa negra a hacer escándalos con sus calzones y a no querer confesarse y a dar mal ejemplo a los peones.

—Dejá a la negra Loaiza con sus calzones. Eso será extravagante o divertido, pero no tiene por qué ser pecado. Hasta virtud puede ser: Ella ha trabajado desde chiquita zambullendo en el Nare y trabajando en las vetas, en socavones y apiques. Ya ves que sostiene tres hermanos mayores, que no pueden trabajar en nada, y a la madre, que es una pobre vieja. Me parece que una negra minera, en esos trabajos, no puede ponerse enaguas ni sayas de ninguna clase.

—Pues sí, para los trabajos no tan malo, si trabajara con mujeres. Pero los domingos y los días que no tiene que trabajar, bien podía vestirse de mujer, y no salir como peón en vestido de fiesta.

—Ve, Ignacia: No vas a salirle ahora con que se confiese, porque el cura le echa de penitencia, como aquella vez, que se vista de mujer. Ya ves que dizque fue la única vez que ha llorado. Ya ves que no se volvió a confesar y prometió no cum-

plir esa penitencia si se la imponían. Esto del vestido es cuestión de costumbre. Si vos vieras a un hombre vestido con saya, te parecería muy ridículo. Y ya ves que ahora siglos y en los tiempos de Nuestro Señor Jesucristo, hombres y mujeres se vestían con saya. El día que las mujeres salgan a la calle con calzones, aunque sean de género blanco y con muchas franjas, la gente se irá acostumbrando, hasta que les parezca cosa corriente.

—No digás esas cosas, Elisa, que me acabás de ofuscar. Estás peor que los hombres. Porque los hombres yo no sé cómo entenderán las cosas. Mi padre y Miguel son los primeros que le cotejan y le celebran a esta negra esa desenvoltura tan maluca. De Camilón no lo extraño, porque ese, aunque tan caritativo, es tan tunante y tan amigo de bromear con todo. Por qué no le decís, Elisa, a Miguel o a mi padre que empunten esa negra?

—Nada me ganaría con decirles. Ellos se encantan con ella, porque le rinde el trabajo mejor que a ninguno. Y todos los contratistas bregan por meterla en el contrato, porque la negra siempre los ha sacado adelante. Eso que llamás desenvoltura, podrá serlo en una mujer de otra clase, pero a esa negra no se le pueden exigir recatos.

—Pero siempre da muy mal ejemplo...

—Pues yo no sé qué entenderés vos por mal ejemplo. Esa negra con nadie se mete, duerme sola en los zarzos del cuarto de las herramientas, reza el rosario ella sola y carga siempre en su carriel el San Antoñito carrielero de todos los peones devotos. Ya ves que es hasta muy retraída y que oye misa arrimada al comedor, casi en la

puertecita de la barandilla. Me parece que ni anoche vino a la procesión. Esperaría la Santa Cruz en la casa de mano Caravajal. Todo su vicio consiste en cantar y tocar todos los sábados por la noche, madrugar a misa y dormir el domingo. Ni aun aguardiente bebe, porque sólo dizque se toma dos cuartilleros, la noche del canto, para aclarar la voz.

—Pero, m'hijita: Si carga cuchillo y navaja barbera!..

—Y qué le hace que los cargue? Entonces te debe parecer muy malo que don Teodoro, Miguel y Leopoldo carguen revólver. Hasta ahora no he oído decir que haya cortado a nadie. Ni te apurés tampoco porque viva trabajando entre todos los hombres. Qué caso le han de hacer a esa negra tan fea y tan reseca que más parece mica que mujer! Toda la vida se ha vestido de hombre y nadie se ha escandalizado, sinó vos. Esa negra debe ser hasta muy vieja, porque desde mucho antes de casarme la conocí en San Juan. Allá es muy solicitada y acatada por todos los mineros, porque no dizque hay peón que la iguale.

—Pero, m'hijita: Si esa negra se viene a confesar el día de Santa Ana, como hacen todos los peones, cómo se confiesa? Por la reja o arrimada al cura?

—Válgame, Ignacia!—exclama mamá carcajeándose—Pues que se confiese como al cura le parezca. Me parece que al Padrecito Alejandrino no lo ha de tentar el Patas con la negra Loaiza, aunque se le arrime a la oreja.

—Pues tal vez no, Elisa. Pero esos calzones...

—Pero bueno, Ignacia: No te entiendo tus cosas. Dos o tres veces te he oído contar muy encantada la entrada de doña Marucha Martínez a Medellín, vestida de general y muy garbosa en su caballo de guerra.

—Pues sí, m'hijita. Mucho que me encanté; pero como eso era en guerra y en defensa de la Religión...

—Dejáte de cuentos, Ignacia. Si te parece que fue un deber muy grande en doña Marucha ponerse los calzones para salir en defensa de la Religión, también te debe parecer en la negra Loaiza. Qué más deber y qué más religión que trabajar para sostener la familia. Y ve, Ignacia: Si te dan escrúpulos y te mortificás por estas bobadas, ofrecéle a Dios estos sufrimientos. Hasta podés pedirle que le toque el corazón a la negra a ver si se pone alguna vez saya y mantellina.

—Y vos qué decís, Amelia?

—Pues yo, Marinacita, estoy bastante de acuerdo con Elisa. Si sufre por esta bobada, mejor: Ofrezcale esta flor a Nuestro Señor o a la Virgen, ahora que estamos en el mes de María.

—Pues será lo mejor, Amelia.

Saliendo al corredor y volviéndose a mí, agrega:

—Muy devoto que me ha parecido en los dos días del mes de María. Mucho que me gusta que sea tan piadosito. Yo hasta pensaba enseñarle los versos para que le ofreciera las flores a la Virgen, pero he convenido con Amelia que siempre está algo grande para estos rezos, propios para muchachitos muy inocentes. Pero vea, Eloy: Dí-

gale a Tiodoro que se los enseñe, para que los rece usted solito en su cuarto. No te parece, Elisa?

—Pues si Eloy los quiere rezar voluntariamente, que los rece; pero no me parece conveniente enseñarle muchas devociones, porque a mucha gente le parece que recargarse de oraciones es la verdadera piedad. Y acordate de todos los cachos que te han pasado con todos los niños y mozos que has metido en devociones.

—Y vos por qué no me has mostrado a la negra Loaiza?—le digo a Teodorete en cuanto nos vemos solos.

—Es que yo no sabía qu'estuviera aquí. Creí qu'estaría trabajando en las minas di'oro corrido, por allá en el Río Abajo, o en unas minas que llaman Playa Rica, Caballo Bravo y La Sorda. Y ve: Si vos ves a la negra Loaiza pensás que es un hombre, porque es tusa y usa un carriel muy grande y una ruana muy buena. Pero apenas habla comprendés qu'es mujer, porque habla más delgaíto qui'Angelina, y cuando canta con Pando chilla lo más bueno, como si fuera una chicharra entre cucarrones alborotaos. Cuando venga Largo Valencia nos dan permiso pa ir una noche a oiles el canto y veles los bailes. Allá verás qué tan sabroso.

Agrego aquí que Pando y la negra Loaiza son el dueto de la mina. Que el barítono no sólo canta y tañe el vihuelón con maestría, sino que tiene gran repertorio de coplas y cantares; que de ellos toma base y pie para componer sobre cualquier asunto; que él y la negra trabajan en los socavones; que él es casado y padre de familia, y que ella, en materias de amor, no sacrifica ni en Chipre ni en Lesbos. Acaso sea uno de esos

seres asexuales que se encuentran en cualquier parte; acaso sea, como piensa doña Elisa, alguna criatura bienaventurada.

La tal creciente cae partida en dos el 4 y 5, y ni se hinchen los mampuestos ni se desmoronan las acequias ni se inunda cosa alguna.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

1881

En este día se ha concluido la redacción de este libro, el cual ha sido escrito en un tiempo muy corto, y con la ayuda de muchos amigos y familiares, quienes me han dado muchas ideas y consejos, los cuales he seguido con mucho gusto.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100120724

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

